

Don Roselao de Grecia

Edición del Libro III del Espejo de Cavallerías Tomo 1

Autor:

Ciapparelli, Lidia Beatriz

Tutor:

Cavallero, Pablo A.

2012

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Letras

Posgrado

Tesis
19-1-22-1

Tesis 19-1-22V.1

FACULTAD de FILOSOFIA y LETRAS	
Nº 883 079	ANSA
- 6 NOV 2012	DE
Agr.	ENTRADAS

***DON ROSELAO DE GRECIA: EDICIÓN DEL LIBRO III
DEL ESPEJO DE CAVALLERÍAS.***

Tesis presentada a la Facultad de Filosofía y Letras

de la Universidad de Buenos Aires

para optar al grado académico de Doctor,

por la Lic. Lidia Beatriz Ciapparelli,

con la dirección del Dr. Pablo A. Cavallero.

Buenos Aires, 3 de noviembre de 2012

Parte I

AL SEÑOR DE...
DIRECCION DE BIBLIOTECAS



LIBRO TERCERO,
DE

Espejo de Cauallerias, *en el qual se*

cuentan los famosos hechos del Infante don Roferin, y el

fin que vuo en los amores dela Princesa Florismena.

Donde vereys el alto principio y hazañolos

hechos en armas de dō Roselao de

Grecia su hijo:



Impresso con licencia del Rey nuestro Señor.

Año de M. D. Lxxxvj.

Índice

Introducción

- El género de los libros de caballerías	pág. I
- El <i>Roselao de Grecia</i> en la materia caballeresca.....	pág. IV
- Lengua y estilo.....	pág. X
- La mitología en <i>Roselao de Grecia</i>	pág. XVI
- Objetivo y materia de esta edición.....	pág. XXVIII
- Descripción del ejemplar de Buenos Aires.....	pág. XXX
- Descripción de los demás ejemplares de la 3ª edición.....	pág. XXXI
- Características propias de cada ejemplar.....	pág. XXXI
- Descripción de los ejemplares de la 2ª edición.....	pág. XXXIII
- Características propias de cada ejemplar	pág. XXXIII
- Descripción bibliográfica de los ejemplares no consultados.	pág. XXXIII
- Criterios de edición.....	pág. XXXV
- Siglas y abreviaturas.....	pág. XXXVIII
Conclusiones	pág. XXXIX
Bibliografía	pág. XLIV

Roselao de Grecia

Prólogo.....	pág. 1
Síguese la Tabla de la presente obra.....	pág. 4
CAP. PRIMERO. En el qual se da cuenta de algunas cosas que estando el sabio Atalante en la corte del Emperador de Costantinopla sucedieron.....	pág. 10
CAP. II. En el qual se dize la estraña forma del gran encantamiento que el sabio Atalante en los palacios de Constantinopla hizo.	pág. 14
CAP. III. En el qual se declara la aventura que al cavallero del varco avino y se dize quién era y la causa de su devisa y armas.....	pág. 17
CAP. IIII. De cómo se dize la suerte que aquestos señores pudo la ventura juntar y del fin desseado que los amores del infante don Roserín con la princessa Florimena huvieron.....	pág. 27
Cap. V. De cómo el infante don Roserín salió de la corte de Constantinopla por intercesión de una doncella que en su busca venía.	pág. 32
Cap. VI. En el qual se dize cómo el rey Escardasso y don Reynaldos de Montalván y sus compañeros saltaron en tierra y vinieron a Constantinopla.....	pág. 37

Cap. VII. En el qual se dize cómo otro día aquellos señores, acompañando al Emperador, fueron a visitar al príncipe Aleandro y de ay a ver el Paráyso de Amor.....	pág. 43
Cap. VIII. De cómo el duque don Estolfo y el conde Galalón salieron de Paris en demanda de don Reynaldos y de sus compañeros.	pág. 49
CAP. IX. En el qual se declara la aventura que el infante don Roserín en un castillo cerca de Macedonia halló, yendo con la donzella que le sacó de Constantinopla.....	pág. 55
Cap. X. En el qual se dize quién era el cavallero y donzel que presos en el varco yvan y de la batalla que con Galiando y el infante don Roserín, sobre los libertar, hovo..	pág. 60
CAP. XI. De cómo el rey Escardaso y la reyna Marfisa con el bueno de don Reynaldos y sus compañeros salieron de Constantinopla para yr en Francia.....	pág. 68
CAP. XII. De la burla que al duque don Estolfo y al conde Galalón hizo un cavallero estrangero llamado Aronte, yendo a se embarcar en el puerto de Aguas Muertas, para passar en las Islas Desiertas.....	pág. 71
CAP. XIII. De cómo el cavallero Aronte quiso burlar a Malgesi y a los hermanos de don Reynaldos y cómo se juntaron con el conde don Roldán, hallándole en una batalla.....	pág. 76
CAP. XIII. En el qual se declara quién era este cavallero pagano y la causa de su demanda.	pág. 82
CAP. XV. Cómo aquellos señores y cavalleros que en la corte del Emperador de Constantinopla estava provaron la aventura del Paráyso del Amor.....	pág. 84
CAP. XVI. De lo que al valiente príncipe Aleandro sucedió después que en el Paráyso de Amor fue metido.....	pág. 89
CAP. XVII. En el qual se dize cómo la princesa Florimena parió un hijo y lo que a la donzella Arminda le aconteció llevándole a criar.....	pág. 93
CAP. XVIII. En el qual se prosigue la intención del passado, declarando quién era el sabio y dónde llevó al infante don Roselao, quitándosele a la donzella Arminda....	pág. 96
CAP. XIX. De cómo la nao de don Reynaldos y sus compañeros aportaron a la ysla de Epiro en la qual fueron malamente heridos y presos.....	pág. 98
CAP. XX. Donde se declara a qué parte llevaron estos cavalleros presos y de cómo el rey Orosanto se topó con la reyna Madama Brandamonte.....	pág. 103
CAP. XXI. Do se dize cómo los dos hijos de don Renaldos de Montalván fueron en busca de quien los armasse cavalleros.....	pág. 108

CAP. XXII. En el qual se dize cómo el infante don Roserín, después de guarido de las llagas que ovo en la batalla con Rodolano, cómo se embarcó la buelta de Alemaña y de cómo la donzella le dize la causa de su viaje.....	pág. 110
CAP. XXIII. En el qual se declara cómo el valiente don Roserín provó la aventura de los príncipes encantados.....	pág. 115
CAP. XXIII. Cómo después que el encantamento fue ya desecho, la Emperatriz de Alemania vino adonde los dos príncipes encantados estaban.....	pág. 123
CAP. XXV. De cómo el rey Orosanto con engaño prendió a la reyna de Cerdeña y la llevó a la Ínsula de la Ventura, donde los otros presos estaban.....	pág. 127
CAP. XXVI. En el qual se dize de cómo los dos jayanes de la liga vinieron a Constantinopla, donde prendieron a la princesa y a las dos infantas y de cómo mataron al príncipe Reduardo.....	pág. 129
CAP. XXVII. De cómo los cavalleros que en la nave de la vela dorada yvan, tomaron tierra en la ysla de Epiro y de las aventuras que allí les avino.....	pág. 136
CAP. XXVIII. De lo que a los dos buenos hermanos, Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván, avino después que del conde don Roldán y sus compañeros se apartaron.....	pág. 143
CAP. XXIX. En el qual se da cuenta de lo que al duque Estolfo y al conde Galalón en esta ysla aconteció.....	pág. 147
CAP. XXX. De cómo Ricardo y Ricardeto hallaron un antiguo hermitaño, pariente suyo, y del fin que ovieron en su aventura.....	pág. 150
CAP. XXXI. En el qual se declara la forma en que el príncipe don Roselao de Grecia salió con una donzella de la Ýnsula de la Ventura, llamándose el Donzel Venturoso.....	pág. 152
CAP. XXXII. Cómo el infante don Roserín y el gran Constantino y Libanor el Lígero y Riarán de Falco salieron de Alemaña y cómo fue muerto el gran Sarraceno.....	pág. 158
CAP. XXXIII. Cómo el infante don Roserín halló a la donzella Arminda y de cómo supo la muerte del príncipe Reduardo y la prisión de la princesa Florimena y de las otras infantas, sus compañeras, y de cómo se embarcó con sus compañeros.....	pág. 163
CAP. XXXIII. De cómo el príncipe Aleandro, sabiendo la muerte del Emperador de Constantinopla y del príncipe Reduardo y de la prisión de su señora Roselinda y de las otras infantas, mudadas las armas y devisa, navegando por la mar, se topó con una estraña barca del sabio Atalante.....	pág. 165

CAP. XXXV. En el qual se da cuenta del valiente príncipe Aleandro que en demanda de su señora, la infanta Roselinda, yva llamándose el Cavallero de la Dubdosa Demanda y de cómo se topó con el sabio Atalante, que en un muy estraño navío venía.....	pág. 168
CAP. XXXVI. En el qual se dize cómo los dos hijos de don Reynaldos aportaron al Navío Encantado por una aventura que con el cavallero Aronte les avino.....	pág. 171
CAP. XXXVII. De cómo el infante don Roserín con sus compañeros aportaron a Constantinopla con fortuna, donde hallaron al emperador Carlomagno.....	pág. 174
CAP. XXXVIII. En el qual se dize cómo queriendo el infante don Roserín bolverse sin se dar a conocer en la ciudad, por astucia del gran Constantino fue conocido y rescebido en la gran ciudad de Constantinopla.....	pág. 176
CAP. XXXIX. En el qual se dize cómo la emperatriz Salamina renunció su imperio en el infante don Roserín y cómo fue alçado por emperador.....	pág. 181
CAP. XXXX. Cómo el Donzel Venturoso, yendo por la mar con la donzella Clariola, se encontró con un maravilloso navío en el qual halló al conde don Roldán haziendo batalla con dos cavalleros y cómo le pidió le armasse cavallero y de la brava batalla que entre ellos ovo.....	pág. 184
CAP. XLI. En el qual se dize cómo sobrevino a la batalla de estos dos cavalleros el sabio Atalante con su encantamento y de cómo desencantó la torre y sacó los que en ella estaban.....	pág. 189
CAP. XLII. En el qual se dize cómo este castillo salió de la ínsula de Epiro y cómo la donzella Clariola cobró al Cavallero Venturoso.....	pág. 190
CAP. XLIII. En el qual se dize cómo todos aquellos cavalleros visitaron al conde don Roldán en el lecho y allí se hablaron y contaron lo que por ellos avía passado...	pág. 193
CAP. XLIII. En el qual se dize cómo el sabio Atalante llevó a aquellos cavalleros al castillo encantado en el qual hallaron al cavallero Aronte, con el qual rieron mucho y allí conocieron a don Claros y su hermano, Finarán el Ligerio.....	pág. 196
CAP. XLV. Cómo el sabio Atalante mostró a aquellos señores al emperador Carlomagno y al emperador don Roserín; cómo [éste] se salió de la corte secretamente.....	pág. 204
CAP. XLVI. En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso, después que ovo la batalla con don Roldán, va platicando con su donzella Clariola y cómo saltaron en tierra con determinación de yr por ella su viaje.....	pág. 207
Carta del sabio Atalante al Doncel Venturoso.....	pág. 210

CAP. XLVII. En el qual se dize cómo yendo el Cavallero Venturoso con su donzella Clariola se topó con los dos jayanes Artadelfo y Galtezino y los mató.....	pág. 211
CAP. XLVIII. En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso puso en paz los dos cavalleros que la batalla hazían y quién eran y la razón de su batalla.....	pág. 217
CAP. XLVIII. En el qual se dize el engaño que por industria de una vieja, la infanta Doralice al emperador don Roserín hizo, del qual quedó preñada.....	pág. 221
CAP. L. En el qual se dize cómo llegó el gran Navío Encantado a tierra de sus enemigos y cómo todos aquellos cavalleros se repartieron para procurar la libertad de sus amigos.	pág. 228
CAP. LI. En el qual se declara lo que al conde don Roldán y a Malgesi avino en su demanda, después que del Encantado Navío salieron, y cómo el duque don Estolfo y el conde Galalón se tornaron a juntar con ellos.....	pág. 231
CAP. LII. En el qual se dizen las bravas y espantables batallas que el conde don Roldán y Malgesi en la entrada de la prisión passaron.....	pág. 236
CAP. LIII. En el qual se declara lo que al duque don Estolfo y al conde Galalón en la entrada de la torre les aconteció y cómo también llegaron a la torre los dos hermanos Ricardo y Ricardeto y también el valiente Aleandro y de lo que allí les avino...	pág. 241
CAP. LIII. En el qual se dize cómo los hermanos, Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalbán, socorrieron al duque don Estolfo y al conde Galalón, que la batalla a la Fuente de la Discordia, el uno con otro hazían.....	pág. 248
CAP. LV. En el qual se dize cómo el emperador don Roserín aportó en Siricania y cómo quedó en servicio del rey de Siricania.....	pág. 252
CAP. LVI. En el qual dize cómo por industria de la Linda Doralice, el Emperador fue por preso y ella entró a ver a su madre y a la infanta Melisandra.....	pág. 257
CAPÍTULO. LVII. En el qual se dize cómo por industria de la Linda Doralice, el emperador don Roserín y su madre y la infanta Melisandra salieron de prisión.....	pág. 263
CAP. LVIII. En el qual se cuenta lo que a la emperatriz Ysifilea avino: cómo estando a punto de ser forçada la libró don Claros de Flordelís y su hermano y de lo que más avino.....	pág. 266
CAP. LIX. Cómo el sabio Atalante con la fingida Ysifilea acordó de dar libertad a aquellos cavalleros y los sacó de donde estaban.....	pág. 270
CAP. LX. En el qual se cuenta cómo después de juntados aquellos señores en el Navío Encantado, navegaron la vía de la gran ciudad de Constantinopla.....	pág. 273

CAP. LXI. En el qual se dize cómo el emperador don Roserín fue desposado con la princesa Florimena y otros de aquellos cavalleros con algunas de aquellas señoras que allí estaban.....	pág. 276
CAP. LXII. En el qual se declara las nuevas que a Constantinopla vinieron y de una estraña aventura que a estos señores aconteció, por lo qual, los puso a todos en muy gran tristeza.....	pág. 279
Carta ¹ [del rey Nembrot al emperador don Roserín].....	pág. 280
CAP. LXIII. En el qual se declara la estraña aventura que al Cavallero Venturoso avino en un castillo, donde libertó a la reyna de Inglaterra y a su hija Angelina.....	pág. 282
CAP. LXIII. En el qual se dize cómo el Cavallero de la Ventura mató a los bravos jayanes, Carpalión y Rinacaronte, y sacó de la prisión a la reyna Siliana y a la infanta Angelina y de lo que más le avino.....	pág. 287
CAP. LXV. En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso entró en el Encantado Laberintio del castillo, donde el jayán Carpalión habitava, y cómo él desencantó a la reyna Siliana y a la infanta Angelina.....	pág. 291
CAP. LXVI. En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso halló unas letras a los pies del gran ýdolo, las cuales leídas, sacó de allí a la reyna Siliana y a la infanta Angelina, su hija.....	pág. 296
CAP. LXVII. Cómo el Cavallero Venturoso sacó estas señoras del Encantado Laberintio y de la brava y cruel batalla que con el jayán Carpalión ovo.....	pág. 300
CAP. LXVIII. En el qual se dize cómo la donzella Clariola, andando en demanda del Cavallero Venturoso, entró en el Encantado Laberintio, donde lo curó y de la manera en que de allí salieron y se fueron, con otras cosas notables, que en su prosecución les acontecieron.....	pág. 306
CAP. LXIX. En el qual se dizen las cosas que la infanta Angelina passó con el Cavallero Venturoso estando herido en la cama y de cómo la nave en que yvan, con gran fortuna, aportó a la Isla Deleytable y de las sabrosas cosas que allí hallaron.....	pág. 310
CAP. LXX. En el qual se dize cómo puestos el Cavallero Venturoso y la infanta Angelina por juezes entre el príncipe don Lindarán y la princesa Fulmerina, litigaron sobre muchas razones de amor y de lo que más les succedió en el viage que llevavan de los Palacios Amorosos con muchos que, la misma demanda que ellos llevavan, traían.....	pág. 316

¹ El f. 95ra no tiene la indicación de remitente y destinatario; se completa con las Tablas.

CAP. LXXI. En el qual se cuentan las cosas *que* todos estos cavalleros passaron con el gran Cupido y de la burla que el cavallero Aronte les hizo..... pág. 321

CAP. LXXII y último. Cómo *aquellos* señores llegaron a las naos muy cansados del trabajo del caminar a pie y cómo, después de hechos a la vela, el Cavallero Venturoso llegó a Ingalaterra con la reyna Siliana y la infanta Angelina..... pág. 327

Anexos:

- **Vocabulario**..... pág. 335

- **Principales personajes**..... pág. 342

Introducción

El género de los libros de caballerías

Los libros de caballerías castellanos constituyen un género que se mueve a lo largo de dos siglos entre el didactismo y el entretenimiento, cuyo éxito fue tan grande que existen decenas de ediciones hechas entre los siglos XVI y XVII, algunas de miles de ejemplares, difundidos por toda Europa y América. Puede decirse que la publicación de libros de caballerías es una de las columnas vertebrales de la industria editorial hispánica en el XVI (en especial para algunos talleres, como los de la dinastía de los Cromberger en Sevilla). Por otra parte este género conforma la base del imaginario de la ficción en español y del nacimiento de la novela moderna. Este largo período de producción suele dividirse en etapas que corresponden a la formación y evolución del género:

a- Fase fundacional: a partir del *Amadís de Gaula*, en la versión de Rodríguez de Montalvo, impresa en 1508; en este libro se adapta y nacionaliza la materia cabaleresca sintetizando el modelo bretón con la poesía épica castellana medieval.

b- Fase constituyente: en ella se incluyen las obras compuestas entre 1510 y 1512. Son representativas de esta etapa *Las sergas de Esplandián* (1510), *Florisando* (1510), ambas continuadoras del *Amadís*; y las dos primeras obras del ciclo de los Palmerines: el *Palmerín de Oliva* (1511) y el *Primaleón* (1512)

c- Fase de expansión y evolución: se desarrolla a partir de 1514. En esta etapa se produce la contaminación de elementos de otros géneros, especialmente la influencia de lo pastoril en las obras de Feliciano de Silva. De a poco empieza a surgir la crítica sobre estas novelas, lo que traerá su declinación.

La relectura de los libros de caballerías propicia una serie de consideraciones sobre los rasgos temáticos y formales típicos de obras con entidad propia, desde las cuales pueden tenderse puntos de conexión con otras formas de la prosa de ficción, realista e idealista. Desde el punto de vista temático estos libros se clasifican en tres ciclos, desde que Jean Bedel, hacia 1200, escribe al respecto en *La chanson des saxons*, donde dice que sólo hay tres materias:

- la de Roma o clásica: las leyendas de la antigüedad griega o latina adaptadas a la visión medieval del mundo (*La corónica troyana*, *Historia troyana* de Pedro de Chinchilla, *Apolonio de Tiro*, etc.)

- la de Francia: tiene como núcleo las guerras y conquistas de Carlomagno y las proezas de los doce pares y otros paladines de su corte imperial (*Noble cuento del emperador Carlos Maines de Roma, Historia de Enrique Fi de Oliva, Historia de la linda Melosina, Espejo de cavallerías, etc.*)

- la materia de Bretaña: comprende una larga serie de libros en que se narran las hazañas del rey Arturo, de Lanzarote del Lago, de su hijo Galaz y de otros caballeros que buscan el Santo Grial (*Estoria de Merlin, Demanda del santo Grial, El baladro del sabio Merlin, etc.*).

Allí se encuentran no sólo caballeros valientes, hermosas doncellas y aventuras fantásticas, sino también normas de conducta cortesana, discursos didácticos y excursos moralizantes, dando cabida a lo lírico y a lo épico, versos y arengas se dan cita en el género caballeresco.

A la fase de expansión y a la materia de Francia corresponden las '*PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA PARTE DE ORLANDO ENAMORADO. Espejo de Cavallerías en el qual se verán el fin que ovieron los amores del Conde Roldán: y del muy esforçado Cavallero don Reynaldos de Montalván y de otros muchos preciados Cavalleros por Pedro de Reinosa, vezino de la muy noble Ciudad de Toledo (Medina del Campo, Francisco del Canto, 1585/6)*'. De ellas, en particular, ninguna nueva edición se ha hecho desde 1586. Existen dos ediciones previas de la tercera parte, conocida como *Roselao de Grecia*, de las que se conservan ejemplares: la aparecida en Toledo, en 1547, del impresor Juan de Ayala (1547) y la realizada por Cromberger, en Sevilla, en 1550.

La primera y segunda partes del *Espejo de cavallerías* de Pedro López de Sancta Catalina constituyen una traducción y adaptación del *Orlando Innamorato* de Matteo Boiardo, poema inspirado en las hazañas de Carlomagno y sus doce Pares; los dos primeros libros del *Orlando* aparecieron en 1483. La muerte interrumpió al poeta cuando trabajaba en el tercer libro, dejando a los sarracenos victoriosos en torno a París y cuando se disponía a contar la derrota y la muerte de Agramante y el desenlace de los amores de Orlando, Reinaldo y Rugiero; este libro fue publicado póstumamente en 1495, junto con los dos primeros. En el Prólogo de la Primera parte del *Espejo*, Pedro López de Sancta Catalina señala esta fuente al escribir:

“(...) andando mirando diversidad de libros, los quales con soberano estilo en lengua toscana escritos estavan, uno que a mi parecer más alegre y mejor que los otros de su calidad era, hallé, llamado Roldán enamorado, (...) determiné con deliberada voluntad de la traducir en nuestro sermón

español del mejor e más compuesto estilo que con la rudeza de mi boto ingenio alcanzar pude¹ (f. 1v)

De las muchas continuaciones que tuvo el *Orlando Innamorato* emplea también las realizadas por Niccoló dagli Agostini, Raphael da Verona y Pierfrancesco Conte da Camerino, aunque se desprende gradualmente de ellas al prescindir de varios personajes y devolver a Roldán a París, luego de la muerte de la bella Angélica y de que él tomara el agua desenamorada que le da Atalante. La Tercera Parte del Espejo de Cavallerías, *Roselao de Grecia*, de Pedro de Reinoso, no tiene fuentes conocidas, realiza una obra original que sigue con el argumento de las anteriores –a las cuales remite con frecuencia– y continúa con los personajes de las dos primera partes, ya con nuevas acciones, ya con menciones frecuentes a los ya fallecidos, como el rey Ruggero y la bella Angélica.

El único –muy amplio y meritorio– estudio sobre el tema es la tesis de doctorado de Javier Gómez-Montero [*Literatura caballeresca en España e Italia (1483-1542). El Espejo de cavallerías (Deconstrucción textual y creación literaria)*] quien se ciñe al estudio (sin realizar edición alguna) de los Libros I y II de Pedro López de Santa Catalina. Funda esta elección en que el Libro III tiene otro autor, Pedro de Reinoso, y en la considerable distancia cronológica entre las fechas de edición de los libros segundo y tercero (1527 y 1547 resp.), así como en diferencias de estilo y de concepción de la obra, que se ponen de manifiesto inmediatamente durante una lectura atenta, todo lo cual avala su decisión de excluir el *Libro tercero* como objeto de estudio de su trabajo. Pone especial énfasis en señalar que no existe documento alguno que cifre la fecha de aparición de la *Tercera parte de Espejo de Cavallerías. Don Roselao de Grecia* antes de 1547 y en que su autor y carácter difieren de los dos libros precedentes. En 2008, Jesús Duce García presentó *Roselao de Grecia (tercera parte de Espejo de cavallerías) por Pedro de Reinoso (Toledo, Juan de Ayala, 1547). Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, que, como es habitual en esta prestigiosa colección, trae una breve introducción al tema, un resumen del contenido de la novela y un glosario de personajes; aún no fue publicada la prometida edición que se hizo sobre el único ejemplar conocido de la *princeps* y en las últimas consultas a la página oficial del Centro verificamos que no se la incluye entre los títulos de publicación próxima. Esta colección tiene por objeto atraer al lector no especializado, por lo tanto carece de aparato crítico, a pesar de lo cual, haber podido cote-

¹ Cita de la edición de Juan Cromberger, Sevilla 1550, Yale, Connecticut, University Library: 1979.121.

jar esta primera edición con los ejemplares de la tercera, a cargo de F. del Canto, habría aportado laguna variante de interés.

El *Roselao de Grecia* en la materia caballeresca

Los ejemplares de Valencia, Londres, Salamanca, Mazarine y Madrid (R-11344) –Cf. *infra*– tienen un grabado inicial²; en él se puede apreciar un caballero, lanza en mano, cabeza en alto, hombros hacia atrás, el pecho abierto y el cuerpo –ligeramente inclinado– pronto a secundar los movimientos del caballo; el brazo, con el codo algo flexionado, sostiene la lanza con naturalidad y da equilibrio a la figura. El caballo está con sus patas delanteras levantadas, en posición de corveta; este aire está clasificado dentro de las artes ecuestres como uno de los artificiales, de alta escuela y naturaleza perfecta, paso propio de caballos de silla adiestrados para ejecutarlos a voluntad del jinete. En heráldica, el caballo se representa siempre de perfil, como símbolo de la guerra y el valor, que se hacen extensivos a su jinete; es por eso que, ya desde la antigüedad, muchos emperadores se hicieron representar en actitud ecuestre. Este grabado inicial carece de un nombre que identifique al caballero supuestamente representado, por lo que sólo parece apuntar a identificar el género de la obra y la destreza del caballero al dominar a su brioso corcel.

El Dr. Lucía Megías (2004), al analizar los grabados que son copias parcialmente modificadas de uno anterior, reseña su historia desde que fue diseñado por Diego de Gumiel en 1515 hasta su último empleo en 1617; en su forma original, el caballero estaba acompañado por dos escuderos que portan sendas lanzas. Con respecto a la portada del *Primer Libro de Espejo de cavallerías*, impresa en Sevilla en 1551 por Jácome Cromberger, señala Lucía Megías que en “esta copia se ha sustituido el escudero del lateral izquierdo por una palmera, se ha añadido un bonete con plumas al otro escudero, mientras que se ha ampliado el lateral superior, y de este modo se han podido añadir nuevas plumas al yelmo del caballero, así como el lateral inferior, en donde también se han introducido nuevos detalles; este grabado gozó de bastante éxito como imagen de portadas caballerescas en la segunda mitad de la centuria...”. Es el grabado que ilustra “los tres libros de *Espejo de caballerías* por Francisco de Córdoba en 1586; sin olvidar que también sirvió de portada a dos reediciones de la *Crónica particular del Cid*, llevadas a cabo en Medina del Campo: la que en 1552 imprimiera Francisco del Canto (...), y la que en 1570 finalizara Alejo de Herrera” (p. 82). El título refuerza el poder aso-

² El grabado que acompaña esta edición pertenece al ejemplar de la Biblioteca Mazarine 307^a

ciativo de la xilografía al poner, junto a los nombres de los protagonistas, su rango de caballeros y adjetivos ensalzadores de sus virtudes como “esforçado cavallero” o “de otros muchos preciados cavalleros”, además del valor modélico que entraña la expresión “espejo”. El que trate de los “hechos” del Conde don Roldán, al que se refiere también como “Orlando enamorado”, marca dos de los elementos –el bélico y el amoroso– citados por Lucía Megías.

La división en capítulos es un rasgo común en las obras extensas que también caracteriza al género; como explica Cacho Blecua (1999), “La progresiva complejidad de la enseñanza medieval, de la argumentación, afectó a la disposición de los materiales, organizándose de forma diferente las copias de un mismo texto en los siglos posteriores por el cambio de hábitos de recepción, de estudio, por lo que se tendía a una mayor segmentación de las obras” (p. 99). Esta división resulta útil para el entrelazamiento de las aventuras de los distintos caballeros, al tiempo que le da una configuración estética definida.

El anunciar próximas aventuras antes de terminar la presente es uno de los procedimientos típicos del *Roselao* y de otros libros de caballerías. A la técnica del entrelazado –que supone ocuparse de los avatares de los diferentes personajes principales mientras se encuentran separados– se añaden figuras recomendadas por las *artes poeticae*, en particular el recurso de la *amplificatio*, cuyos dos tipos más comunes son la *interpretatio* y –más importante para este caso– la *digressio*, en sus modalidades de entrelazamiento e intercalación. En efecto, el autor de *Roselao* no sólo se ocupa en diversos capítulos de narrar los peligros por los que pasó Roselín o cómo Roldán, mientras está encantado, comete grandes injusticias, sino que además, dentro de una aventura, a través de resúmenes, analepsis, prolepsis y profecías, entrelaza cada suceso con los que siguen y con los anteriores evitando así que los episodios parezcan agregados al conjunto y sin una vinculación con el resto de la obra. Los libros de caballerías, como señala Propp (1981), son un conjunto de cuentos, pero la *amplificatio* adecuadamente empleada contribuye a crear la sensación de un encaje –o quizá sería mejor decir una tela de araña– en el cual cada parte del dibujo está unido por gran número de hilos con todo lo que lo rodea.

El *Roselao* presenta varias diferencias con respecto a los ciclos de caballerías tradicionales; se ambienta en tiempos de Carlomagno, por lo cual abundan en él las menciones a este emperador, su corte y muchos caballeros famosos vinculados con el ciclo carlovingio o carolingio como Galalón, Reynaldos de Montalván e incluso Roldán. *Roselao* es fruto del matrimonio secreto entre la princesa Florimena y el príncipe Roselín, en torno a cuyos combates y larga serie de peripecias que le impiden reunirse con su amada es que gira la casi totalidad de la obra. *Roselao*, luego de ser secuestrado el día de su nacimiento, es olvidado hasta el capítulo XXX,

cuando tiene ya quince años y está listo para emprender sus propias aventuras; aun así, la atención sigue centrada en su padre, protagonista indiscutible del libro.

Pedro de Reinoso decide prolongar la participación de los héroes consagrados por la literatura francesa e italiana a través de un expediente sencillo: negar los sucesos de Roncesvalles y la consiguiente desaparición de los Pares, al afirmar: “ni menos les truxo la muerte, como muchos escritores falsamente y con adulación han compuesto” [f. 4 va]. Pero, luego de negar estos decesos, de inmediato añade: “quien la verdad de la muerte de los paladines de Francia saber quisiere, lea las hystorias de España, que allí la hallará y verá el fin que ubieron por mano del rey don Alonso el Casto, de digna memoria” [f. 4 va]. Es decir que nos encontramos ante dos hipotextos contradictorios entre sí, la referencia a los relatos legendarios –a los que califica de “falsedad”– frente a una supuesta verdad histórica.

Esta prolongada existencia de los Pares de Francia no sólo es el resultado del deseo de continuar el relato de las aventuras de caballeros tan famosos, sino también del anhelo de crear un marco adecuado para la iniciación caballerescas de su héroe al hacer que éste sea armado por el legendario Roldán.

En los primeros capítulos, Espinel de Ungría, señor de las Islas Desiertas, es atacado en forma sorpresiva por un numeroso grupo de caballeros dirigidos por un cruel jayán; ante esta emergencia, envía a pedir ayuda a Carlomagno, quien manda en su auxilio a Renaldos de Montalbán, Tudón, Aquilante y a Grifón de Mongrana. Aparece aquí el primer comentario sorpresivo:

“El qual viaje quisiera hazer el buen conde don Roldán, si se hallara en disposición para ello, la qual no tenía, *que* como ya estuviesse tan cansado y algo cargado de días, la naturaleza obrava en su alta calidad el efeto para *que* todos fuymos criados”. [f. 4 rb]

Esta larga vida de Roldán –en otros pasajes se dice que hacía más de treinta años que había sido armado caballero–, contraria a la *Chanson de Roland*, es explicada al negar lo que constituye el elemento fundamental para el desastre de Roncesvalles: la traición de Galalón. En una larga intervención del narrador, es descartada esta felonía con dos argumentos, la grandeza del emperador Carlomagno y el propio respeto de Galalón hacia los otros paladines, contraria a “como se escribe que hazía” [fol. 4va], clara alusión a todos los textos españoles, franceses e italianos que recogen este motivo legendario, pero que aquí se niega por las características mismas de Galalón, sobre quien se afirma su consideración hacia estos héroes: “ni

don Reynaldos ni don Roldán, ni ninguno de los paladines, jamás fueron enojados d'él, antes tenidos y reverenciados en aquel grado que sus altas calidades merecían" [f. 4 va].

Luego de estos cambios –y con un indudable orgullo patriótico–, el narrador remite a sus lectores a “las hystorias de España” para enterarse de una versión de los hechos a la cual califica de verdadera y que, en realidad, es tan inexacta como las otras. Esta explicación de los sucesos parece surgir de la *Historia de los hechos de España* de Rodrigo Jiménez de Rada, quien atribuye la victoria al ejército de Alfonso el Casto, nutrido por hombres de Álava, Vizcaya, Navarra, Rioja, Asturias y Aragón, reacios a la presencia de Carlomagno en su territorio. En un episodio que luego se cierra con la aparición de la legendaria figura de Bernardo del Carpio, El Toledano (1945) cuenta los sucesos en estos términos:

“En la vanguardia marchaban Roldán, gobernador de Bretaña, el conde Anselmo y Egiardo, que era el mayordomo de Carlos. Saliéndoles al encuentro el rey Alfonso con la gente ya reseñada, los venció por la fuerza de las armas, o mejor, por la del Señor; y una vez aniquilados éstos, muchos de los que avanzaban en la larga columna murieron por el ataque y el empuje cuando Carlos aún marchaba por Valcarlos” (p. 172).

La longevidad de Roldán y también de Reynaldos de Montalván va en desmedro del desarrollo de los caballeros de la generación de Roselín; las aventuras de éste se alternan con las de estos prestigiosos caballeros y no deja lugar para las aventuras de sus coetáneos Bisobel, Constantino, Finarán y otros, que sólo tendrán una presencia accesoría. Este aspecto se acentúa cuando llega la tercera generación, la de Roselao, cuya presencia en el libro se alternará con la de su padre y la de los otros caballeros.

Si bien lo más importante para el desarrollo de los libros de caballerías españoles son los aportes técnicos, ya mencionados, en el caso particular del *Espejo de caballerías*, el tema artúrico se hace presente a través de la emblemática figura de Merlín, personaje prestigioso y de gran presencia en los libros de caballerías, ya que aparece en la trama –con mayor o menor participación– de *El Baladro del sabio Merlín* (1498), *el Tristán de Leonís* (1501), *el Lisuarte de Grecia* (1526), *la Trapisonda* (1533), *el Tristán de Leonís y el rey don Tristán su hijo* (1534), *el Baldo* (1542), *el Belianís de Grecia I y II* (1547 y III y IV (1579) y en las tres partes del *Espejo de príncipes y caballeros* (1555, 1580 y 1587), sin olvidar su participación en *Don Quijote* (1615). En el *Libro segundo de Espejo de caballerías*, escrito por Sancta Catalina, Roldán se

arrepiente de sus amores con Angélica al llegar al sepulcro de Merlín y ver que, por su desenfrenada pasión por Morgana, “fieros y espantables vestiglos” lo atormentan, mientras le dicen:

“... tus locos amores de tu muerte fueron causa, cúlpatе a ti *que* assí por amor de una flaca muger te dexaste vencer. Cata *que* los enamorados por servicio de sus amigas mucho han de sufrir y padecer” (f. 43v-44r).

De aquí en más, Roldán sólo pensará en su esposa, Doña Alda. En el *Roselao*, Reinosa se hace eco de esta presencia al mencionar que Roldán pasa junto al padrón de Merlín:

[Roldán] “cavalga en su buen cavallo Briador y, apartándose de la vía *que* a París guiava, tomó la *que* a las selvas de Ardeña yva, por la qual anduvo toda la parte de aquel día que de Montalbán salió, y parte de otro que empeçó a entrar en ellas por vna vereda que él bien sabía, la qual guiava al padrón de Merlín...” (f. 17rb).

“yva el valiente alférez de la cristiandad meditando por aquellas selvas de Ardeña y, desviándose de lo más espeso d’ellas por no se meter en sus cerrados y abscondidos bosques que mucho temía, como aquel que bien los avía provado, yendo por vna estrecha senda que la traviessa desde Montalbán al padrón de Merlín...” (f. 17rb).

La figura misteriosa de Merlín reúne al sabio, el encantador y el profeta, cualidades todas que van a pasar a sus descendientes, entre los cuales se encuentra Atalante. Estos magos, encantadores o hadas (como aparecen en *Palmerín*) son seres de poderes extraordinarios, responsables de sucesos increíbles. En el caso de Merlín, sus especiales dotes se explican por su naturaleza mitad humana y mitad diabólica, por ser hijo de una mujer y un incubo, pero no siempre se aclara el origen de los atributos singulares de estos personajes. Gran parte de los textos caballerescos cuenta con seres de esta índole, que se caracterizan por ciertos tópicos en su descripción y papel argumental, aunque en los libros escritos en España aparecen más humanizados y sus poderes son, por lo general, fruto de sus estudios, ciencia aprendida de libros y maestros y no el resultado de un nacimiento sobrenatural. Atalante, mago protector de la familia de Roselao, comparte los rasgos típicos de ancianidad, experiencia y sabiduría, como así también

su carácter solitario y lo apartado de su morada. Con respecto a ésta, Atalante sólo dice que es “abitador y señor de los altos montes de Carena” (f. 71vb). Al igual que Urganda y otros, reconoce que pudo adquirir sus peculiares conocimientos con el permiso –y los límites– de Dios:

“... me dio ocasión, aunque en breve, procurasse saber de tu linaje y persona, lo qual como al muy Alto Señor esté reservado el secreto de todas las cosas, a mí, su siervo y criatura, no fue concedido solamente que, por ciertas constelaciones que tus hados y términos divide, se me declararon ser nascido de alta prosapia y cristiana generación” (f. 71vb).

La cita anterior corresponde a una carta que Atalante envía a Roselao luego de que éste fuera investido caballero por Roldán, con quien se enfrenta de inmediato. El novel caballero ya había iniciado su *quête*; pero en el caso de Roselao, su primera búsqueda no es la de su propio origen, lo que lo aleja de otros héroes como Palmerín, aunque está preocupado por conocer su identidad:

“... jamás el príncipe don Roselao perdió el desseo de saber quién era y quién eran sus padres, que jamás el *gran* Sarraceno a él ni a otra persona –salvo a la emperatriz– se lo dixo, por lo qual, quando se le venía en mientes, muy triste y pensativo estava, con lo qual a la emperatriz Ysifilea dava harta pena algunas vezes *que* allí venía a velle y a se solazar” (fol. 52 vb).

Sin embargo, lo que lo lleva a partir es el “amor de oídas” que siente por una doncella en peligro:

“Muy espantado quedó el animoso donzel, de lo que la donzella Clariola –que assí se llamava– le avía contado, en demás viéndola venir de tan lexos tierra y tan fatigada, y mucho más lo estuvo de sí, viendo vna nueva ynnovación en su persona que el nombre de la princessa Angelina en él avía hecho; por lo qual y por el desseo que de ver mundo y ser cavallero tenía...” (fol. 54 ra y rb).

“Pues como el valeroso don Roselao de Grecia de sólo el nombre de la princessa Angelina se viesse tan captivo y, en un punto considerando la hermosura, virtudes y grandeza que desta señora su donzella le contava, y no siendo ya parte para más de lo que amor dél quisiesse en su tierna edad obrar, a la donzella dize que al barco se metan...” (fol. 54 ra).

De aquí en más, la búsqueda de su familia y por ende de su linaje va a estar estrechamente ligada con su vida amorosa; para este caballero Angelina es su destino y hacia ella se dirige sin titubear. Joseph Campbell (1984), al referirse al héroe como amante, señala que la “hegemonía arrancada al enemigo, la libertad ganada de la malicia del monstruo, la energía vital liberada de los afanes con el tirano Soporte, son simbolizadas como una mujer. Ella es la donzella de los innumerables asesinatos del dragón, la novia robada al padre celoso, la virgen rescatada del amante profano. Ella es la ‘otra porción’ del héroe mismo, pues ‘cada uno es ambos’: Si la estatura de él es la de monarca del mundo, ella es el mundo, y si él es un guerrero, ella es la fama. Ella es la imagen del destino que él debe sacar de la prisión de la circunstancia que lo envuelve” (p. 304). Roselao planea todo su porvenir en torno a una mujer a la que no conoce, ella será el motor que lo impulse a salir de la isla en que vive, para buscarla y obtener su amor sólo por sus propios méritos, ya que ignora si sus padres serán tal y como él los desea:

“No sin gran afición el Cavallero Venturoso a la donzella Clariola estas palabras dezía, como aquel que ya estava determinado lo vno, de emprender cosas tan arduas y señaladas que por memoria dello –si con vida quedaua– osasse por su sola persona, ya que falta de padres tales quales él desseava tuviesse, paresce[r] ante todos los príncipes del mundo y después desso era tanta la affición que avía puesto en su memoria a la Princesa Angelina, con solo aver oýdo a esta donzella Clariola las palabras que en su alabança le avía dicho, que ya en su captivo alvedrío otra cosa no determinava más de servirla y procurar su libertad, con la qual perdió él la suya misma...” (fol. 69 rb).

Lengua y estilo

El autor se presenta como **traductor** de un libro en lengua toscana (“traduzido de lengua toscana en nuestro vulgar castellano por Pedro de Reynosa, vezino de la muy noble ciudad de Toledo”. Prólogo), lo que corresponde a un tópico del género, pero en este caso también a la necesidad de unir su libro a las dos partes que lo preceden. Luego, además de traductor, asume el papel de **cronista** al anunciar que será quien dé a conocer los hechos de los hijos de Reinaldos de Montalbán, cuya crónica ha sido descubierta por él (“como yo, leyendo muchas hystorias antiguas de Francia, hallasse los grandes hechos destos dos hermanos y viesse *que era razón dar dellos cuenta, acordé de los escrevir en esta tercera parte, para muestra de lo qual os contaremos el principio por donde empeçaron a salir a ellas, que fue quando fueron armados cavalleros*” fol. 36vb). *Roselao de Grecia* se cuenta desde la perspectiva de un **narrador omnisciente**, que está fuera de la acción y conoce todos los pormenores, incluso los más íntimos, de los personajes. Aquí aparece también lo que es una característica del género: la **promesa de una continuación** en que se prolongarán las aventuras y los amores de los noveles caballeros y, para los principales, se ofrece una historia individual. Además de las futuras aventuras de Roselao, Claros y Finarán, aparecerán las del “segundo Roldán” –supuesto hijo de éste–, Don Doralice de Arcadia –hijo de Roserín y Doralice–, Roselián de Hungría y Filispinela –hijos de Aleandro y Roselinda–, lo que parece augurar numerosas peripecias.

El papel principal del narrador es el de guía del lector, a través de **fórmulas textuales** típicas del género, como el paso de un personaje a otro (“Pues dexando de esto por hablar de nuestro propósito, dexaremos de contar destos quatro cavalleros “f. 4vb; “do los dexaremos por contar cómo la Fortuna los pudo juntar” 7va); de una a otra esfera de acción (“a do lo dexaremos por os contar lo que en este tiempo avino” 32vb; “donde los dexaremos por os contar otra cosa que haze al caso de nuestra hystoria” 43va); para advertir de cualquier alternancia espacial (“Guiando la donzella, se meten do los dexaremos hasta su tiempo por os dezir lo que en Constantinopla, después de la partida de don Roserín, avino” 11va; “Donde las dexaremos hasta su tiempo por os contar lo que en Constantinopla aconteció después de aquesta gran desdicha passada” 45vb) o la nueva forma de referirse a un personaje (“adonde le dexaremos agora, llamándole ya de aquí adelante el emperador don Roserín, por os contar las maravillosas cosas que en su tiempo acontecieron” 63ra).

Los libros de caballerías tienen tendencia a usar de **períodos** oracionales extensos y complejos, de construcción trabada y continuados sintácticamente mediante nexos relativos que se multiplican, alternando con nexos adversativos y proposiciones coordinadas, además de tender a que el verbo principal ocupe generalmente la posición final de la construcción, todo lo cual dificulta la puntuación (“Assí se salió del palacio, dexando a la Emperatriz que

los tartarescos por señora tenían y subiendo en su caballo, se salió de la ciudad la vía de una gran floresta que por las señas llevaba, para lo que agora oyréys: que como el emperador don Roserín y su madre con las dos infantas, que se os dixo que traían en las ancas de los cavallos que de los cavalleros tomaron, avían caminado mucho y llegaron en aque|lla floresta, pensando venir libres de poder ser hallados por averse alongado tanto de la ciudad de Siricania, mas como el rey Nembrot viesse que la infanta Doralice no salía, él entró allá y halló el engaño manifiesto, por lo qual estuvo en muy poco de no morir de enojo;” f. 92 rb y va). Las construcciones tienden a ser más simples en los diálogos, sean estos cortesanos o coloquiales, así como en los lemas (“Aunque el de la prueba es tal, el vuestro es immortal” f. 29rb) y las inscripciones en los padrones o imágenes, aunque en este caso a veces su sentido enigmático, torne difícil la interpretación (“Quítale al que te crió, si de aquí quieres salir, aquello que le di yo, para que pudiesse vivir”. f. 100va).

Un rasgo no caracterizador del género, pero que aparece en algunas obras, es la **intercalación lírica**, presente aquí en varias oportunidades como en el romance que Roserín dedica a Florimena (f. 8vb). También un rasgo habitual son las **cartas** intercaladas en el cuerpo de la narración, de las que aquí hay varios casos como la que el Sarraceno escribe a Ysifilea o Roserín a su tío, el emperador Carlomagno, ambas noticieras. Pero se destacan dos, cuya presencia –en el caso de los ejemplares con tablas– se consigna a renglón seguido del epígrafe del capítulo con el folio en que aparece, con un título que indica su emisor y destinatario y que en las columnas son señaladas por los impresores. La carta que Atalante dirige a Roselao se caracteriza por su amabilidad, a partir del saludo, da sólo información de lo que sabe de él, por lo que es una carta noticiera. En la carta que Nembrot dirige al emperador Roserín (f. 95ra) se nota la influencia de las *artes dictaminis* en la composición de cartas formales; la *salutatio* que encabeza su carta es la propia del que se dirige a alguien menor; se divide en tres partes: *inscriptio* (“A ti, don Roserín de Risa, nuevo Emperador de Constantinopla y Grecia”), *intitulatio* (“yo, Nembrot Almançor, rey y señor del poderoso reyno de Siricania y de los abitables montes de la gran Rusia y señor de las yslas Californias, poseedor de los altos y incumbrados palacios del dios Júpiter,”) y *salutatio* propiamente dicha (“embío salud en mis dioses”). Luego inicia el *exordium* con los motivos de su rencor, para dar lugar a la *narratio*: en veinte días lo enfrentará con su ejército; y una mínima *conclusio* (“doy fin en mi letra, con desseo de dalle en mi voluntad”).

Como es también habitual en la prosa barroca, en varias ocasiones se hace uso de **figuras retóricas**. El narrador manifiesta a veces su deseo de no ser prolijo y por eso abundan expresiones propias de la *abbreviatio*, a través de las cuales omite aquellos datos que cree

innecesarios; fundamentalmente en ciertas circunstancias, como las que hacen a la esfera íntima (“el emperador de Constantinopla don Roserín y la princesa Florimena, que contaros las cosas que entre ellos passavan, sería cosa de nunca acabar” f. 92vb; “Pues de los desposados y desposadas, quereros contar lo que passavan y los amorosos requiebros, sería dar principio a una nueva hystoria, basta pensar que cavalleros y señoras que tanto avían amado y tantos trabajos avían passado, viéndose agora en la cumbre de su felicidad y contento, que su gozo y plazer sería demasiado”, f. 94rb-va), no alargar el relato con frases de bienvenida o despedida (“donde passaron tantas cortesías y modos de crianças que sería una cosa estraña de contar”, f. 13rb; “contaros por estenso lo que particularmente en esta despedida passó, sería cosa de nunca acabar”, f. 23va; “fueron tantos los plazerres que hizieron los unos con los otros, que sería muy largo de contar”, f. 92ra), ni narrar momentos sin importancia (“Desta suerte que oýs, caminaron estos dos cavalleros dos días, sin que les aconteciesse cosa que de contar sea”, 24ra).

En la mayoría de los casos, el narrador se dirige directamente a los lectores, haciéndolos partícipes de su relato. Una de las **fórmulas** más comunes y simples corresponde a la frase “¿Qué os diré?” (“¿Qué os diré del príncipe Aleandro y del valiente Escardín de Risa, su compañero, sino que de coraje de ver vencido su compañero como a los otros, querían deshazer?!” f. 29rb), que tiene también unos registros amplificados ‘¿Quién os puede contar...?’ (“¿Quién os sabrá contar lo que el Emperador y grandes señores con las muestras de tan estremada obra sentían?”, f. 3ra; “¿Quién vos podrá dezir el grave dolor e sobresalto que la princesa con tal licencia recibió?”, f. 11ra y rb).

Con la **interpelación** a los lectores, se destaca lo excepcional de algunos acontecimientos, en muchísimas ocasiones referidos a los propios sentimientos de los personajes, poniendo en práctica los tópicos que E. R. Curtius (1975) designó como de “lo indecible” (“lengua humana no bastaría a dar relación de su falso y vano edificio” f. 108rb). Incluso el narrador describe algún hecho como si fuera una respuesta a una pregunta formulada: “Y si alguno preguntasse...” (“Y si alguno dixere *que* cómo el Emperador embiava a don Renaldos *que* se dixo estar desterrado de la corte”, f. 4 va; “Y si alguno tuviesse escrúpulo en cómo diximos que en la quarta parte desta hystoria daríamos cuenta de cómo este cavallero Aleandro y infanta Roselinda saldrían de la cámara encantada, donde primeramente se conocieron, para esto avéys de saber” f. 94rb).

El uso del **entrelazamiento** tiene como consecuencia la multiplicidad de protagonistas, lo que implica la proliferación de aventuras; por eso, el autor desea comentar a los lectores oyentes sus conexiones narrativas y frecuentemente indica la importancia de los hechos en

relación con otros. El procedimiento más reiterado aclara la relación del suceso narrado con hechos anteriores o futuros (“Para lo qual avéys de saber que aquel gran emperador Agricán de Tartaria, que en la primera parte de esta gran histora se dixo y contó, a quien don Roldán mató” f. 27va; “según que en la segunda parte desta grande hystoria avéys oýdo, alçaron por rey a un valiente y esforçado pagano llamado Nembrot” f. 33ra; “la casa, de la qual y de sus maravillas, se os hará mención en la quarta parte desta historia” f. 104rb). Mediante este recurso el narrador consigue varios efectos:

1- destaca la importancia del fragmento narrado en esos momentos y por medio de la indicación posibilita que el lector-oyente le preste una mayor atención para su retención memorística;

2- crea dos espacios interrelacionados: el relato de uno de ellos y la mención del anterior o posterior conecta ambas situaciones;

3- manifiesta la articulación trabada de los materiales narrativos, que así parecen obedecer a un diseño previo.

Por otra parte, el autor se dirige a sus oyentes; como ha estudiado M. Frenk, “contra lo que suele pensarse y decirse, el advenimiento de la imprenta no eliminó de cuajo el multisecular hábito de leer en voz alta; la lectura puramente visual, silenciosa, sólo se fue generalizando poco a poco, y tardaría aún algún tiempo en imponerse” (1986). Son frecuentes las frases que aluden a lo leído como si hubiera sido narrado en voz alta, tanto para anunciar episodios siguientes, como para recordar sucesos anteriores (“se determinó en lo que agora oyréys” f. 98va; “le acaesció lo que agora oyréys” f. 100ra; “Y en este punto sucedió lo que agora oyréys y en el capítulo siguiente largamente os será mostrado particularmente, donde se os dirá lo que más sucedió por su orden” f. 103va; “En esta grande y general historia, avréys oýdo mentar muchas vezes al rey Arismeno” f. 20va; “en la segunda parte de esta hystoria avéys oýdo” f. 28vb; “Entrando toda aquesta compañía por esta puerta que avéys oýdo” f. 108vb).

El uso del **hipérbaton** es continuo (“En muy grandes fiestas y torneos el infante don Roserín y el gran Constantino y Riarán de Falco y Libanor el Liger, en Alemania estavan” f. 54va; “ordenó, a petición del gran Nembrot de Siricania, que las tres princesas que los dos jayanes, Artadelfo y Galtezino, avían de Constantinopla traydo, que las truxessen al imperio y prisión de la emperatriz Ysifilea” f. 65rb), así como también el de la **derivación** (“según que fueron sus obras de gran excelencia y maravillosíssimas maravillas” f. 32rb; “baxando abaxo, fueron dellos muy bien rescebidos” f. 92ra; “mi real persona, acostumbrada al uso de las justas justicias” f. 95ra).

También son muy frecuentes las **figuras de pensamiento**, en especial la **descripción** (“Este cristalino y fuerte muro era ornamento y guarda de un grande y riquísimo alcaçar, cuyas encumbradas torres parecían comunicar su subida alteza con las nubes, siendo todas ellas de un fino y resplandeciente oro esmaltadas de innumerables piedras de gran valor, del qual alcaçar a cierto tiempo y hora del día oían un tan suave son *que* no parecía con su lindeza y ameno exercicio de música, sino un vero trasunto del paraíso terrestre que con los sonos de los amenos instrumentos en la sabrosa conmemoración y sentidos de los veros amadores que como envelesados mirando en el transparente muro estaban: eran con la suavidad de tan dulce armonía elevados, que jamás un punto ni hora de aquella dulçura quisieran ser apartados, especialmente aquellos que en sus trasuntadas formas conocían y les era comunicado el alto grado que en coraçón de su contrario asistía” f. 2vb), en variadas formulaciones:

- **prosopografía** (“de entre otras animalias salió una tan disforme que no parecía sino cosa infernal. Tan grande era esta diabólica sierpe quanto una grandíssima vaca serlo podía y alçándose sobre dos grandes alas que del cuerpo le salían, dando muy fuertes silvos y baladros, la boca abierta, se viene contra los dos príncipes” f. 41 ra);
- **etopeya** (“salió esta señora tan linda y loçana de coraçón y adornada de limpia castidad que por milagro fue tenuta en su tiempo” f.5ra);
- **topotesia**, en especial, el *locus amoenus* (“allí, de altas y artificiosas fuentes de cristalinis mármoles fabricadas, las sonorantes y claríficas aguas, en las amaestradas pilas, con su despiçarradero, de alto abaxo hazian una entonada música. En este lugar, no faltavan infinitas avezicas que con sus cherriadoras y harpadas lenguas, su acostumbrado canto hazían; era tanta la hermosura de los bien ordenados jazmines, con los muchos rosales y frutíferos árboles, rodeados con las verdes y seguidoras yedras” f. 107vb);
- **pragmatografía** (“el un gran cavallero que la puerta de Febo guardava, parecía tan resplandeciente como una vera cometa que la estrella luziente procede, el qual tenía un epitafio de letras en su escudo” f. 3va);

sin faltar tampoco el tópico del *amanecer mitológico*, de tanto uso en el género caballeresco y de precedentes tan conocidos como el *Belianís de Grecia*, del que se burla Cervantes (“Y después que las obscuras tinieblas de la noche con la nueva y luzida vezindad de la mañana eran sus vaporosas y negras nuves desterradas y de otra nueva verdura adornadas, con la commutable luz que la venida de Febo en ellas hazía, aparejando su flamígero carro con la velocidad de sus ligeros caballos a la veloz carrera de su acostumbrada jornada” f. 14ra).

A diferencia de otros libros de caballerías, aquí las alusiones tópicas a una serie de dioses y personajes de la **mitología** clásica quedan integradas al relato, ya que todos los personajes moros son presentados como paganos. Del propio Roselao se dice: “Pues avéys de saber que aunque él fuesse baptizado por su madre y por la infanta Roselinda y donzella Arminda, él se tenía por moro y assí lo creya él y todos los demás que con él tratavan, salvo su amo, el gran Sarraceno” (f. 52va-b), pese a lo cual, en ningún momento se alude al Islam, sino que el personaje reza a los dioses de la mitología romana: “yo juro por Júpiter de no me despartir d’él, si le topare una vegada, hasta tanto que el uno de los dos quede en el campo” (f. 71ra); “No por que el cavallero dixesse estas palabras, el falso ydolo hizo mudança ni le respondió, por lo qual el cavallero, pensando estar enojado con él porque avía peleado con la figura del dios Mars o porque avía entrado en su morada, que pensando ser aquella, y por esso no le respondía, se llegó junto a él por le besar los pies y al tiempo que se los estava besando, le acaesció lo que agora oyréys” (f. 100rb).

La mitología en *Roselao de Grecia*

Como ya se señaló, los personajes del mundo oriental y el propio Roselao son presentados como “paganos”, devotos de los antiguos dioses de la mitología greco-latina. Pese a que el extenso contacto entre españoles y árabes torna imposible que se ignorara lo básico del Islam, sólo en una oportunidad se nombra a Mahoma (“unos encomendándose a Dios y otros a su falso Mahoma, amaynando las principales velas y tomando por reparo de darse a la mar” f. 43 vb) y en otras dos se hacen referencias genéricas a su “sancta ley” (“determiné de faobrescer a los de nuestra sancta ley, porque os hago cierto que solos estos quatro se defendían de tal suerte y sin armas” f. 35rb; “jamás con ella ha podido que con él se case ni a nuestra sancta ley se buelva”); también Clariola se refiere a su “maldita secta”, comentario demasiado amplio como para atribuirlo a una religión en especial.

El autor incluye tanto en el bando cristiano como en el oriental a una serie de deidades y personajes de la mitología clásica –conocidos por cualquier persona de la época con una cierta cultura–, por motivos ornamentales, simbólicos o religiosos. Atalante crea un “Paráyso de Amor”, del cual sólo el príncipe Aleandro tendrá oportunidad de ver una parte de su interior; allí “le fue representado aquel grande y gentílico dios Júpiter, que antiguamente le fabulavan por dios de los dioses” (f. 30ra); precedido por las figuras alegóricas de Mundo, Fortuna y Discordia, ve “aquellos ydolos o forma de ellos” (f. 30rb), ante sus ojos pasan “Mars, junto con él venía el dios Vulcano, señor y forjador de las fortísimas armas; tras estos, venía el

dios Neptuno y Éolo, señores de vientos y aguas; luego el intérprete de los dioses, Mercurio, y Plutón, señor del infierno” (f. 30rb) y “el gran dios Baco con su epulona forma” (f. 30vb). Las representaciones de estos dioses admiran a Aleandro, pero él no les rinde culto y, de lo visto, sólo le interesa el anuncio de una próxima y cruenta guerra. Distinto es el caso de los moros, en quienes las expresiones vinculadas con los dioses parecen muestras de religiosidad, como cuando Nembrot dice: “poseedor de los altos y incumbrados palacios del dios Júpiter, embío salud en mis dioses” (f. 95ra) o, más aún, cuando el propio Roselao, de rodillas frente a una imagen de Júpiter, suplica: “Soberano y potentissimo dios, si mis offensas contra vos hechas no son parte para que vuestra soberana deydad no dexede de me encaminar con vuestro servicio, en cumplimiento de mi desseo, suplico que seáys servido de me dar gracia como yo pueda sacar de aquí aquello porque vine, si en ello no soys ofendido” (f. 100rb).

Dentro de esta nutrida presencia de seres mitológicos, se destacan, por la abundancia de las menciones y por su papel en el desarrollo de la trama, el Grifo construido por Atalante, los centauros (a veces calificados como sátiros) y Cupido, cuyo palacio es visitado y a quien varios personajes rinden pleitesía.

El Grifo es un animal fabuloso, cuya parte delantera es de águila, mientras su parte trasera semeja un león, con larga cola parecida a una serpiente: la mezcla de dos animales superiores como el águila y el león expresa el carácter benéfico de este ser, consagrado por los griegos a Apolo. En heráldica se lo representa rampante y de perfil, rara vez sentado, e indica la fuerza junto con la prontitud y una gran vigilancia de las cosas puestas a su cuidado. Esta figura, más allá de su aspecto simbólico, era muy conocida en España por la orden de caballería conocida como Orden del Grifo, por estar constituido su collar emblemático con un grifo por joyel; fundada por don Fernando de Antequera (luego, Fernando I de Aragón) en 1411, alcanza gran prestigio en el s. XV, en especial con Alfonso V.

Si bien en el Roselao aparecen grifos como parte de los seres monstruosos con los que debe enfrentarse el caballero (Roselín vence a dos para rescatar a Filomela y Listarán, f. 40rb; un encantador se transforma en grifo para secuestrar a Isifilea, f. 78vb), sólo se destaca el forjado por Atalante, quien crea una nave con forma de grifo, como navío más rápido que el mayor, parecido a un elefante; estas extrañas figuras tienen una explicación: “la forma destos navíos y castillos, todo en su naturaleza, eran primero hechos de madera o de otras cosas, y sobre estos materiales, estos sabios con grandes encantamentos, los hazían mover y tomar forma de lo que ellos más se agradavan, assí como el gran sabio Atalante agora, en aquella pequeña ysla avía hecho, que a un peñasco della hazía tener la misma forma y fiereza de elephante y a una gran barca de madera, la de un grifo, para que con su estraño parecer, a los

hombres que la viessen, espantasse” (f. 65vb). El objetivo se cumple, ya que todos los que ven estos extraños navíos se atemorizan, a pesar de lo cual, en el caso del grifo, surge de inmediato su aspecto benéfico: “era esta varca una forma de un caudaloso grifo que las alas estendidas traía, debaxo de cuya guarda, los que dentro venían en la conserva de su vientre, de todo tiempo venían seguros” (f. 57vb): además de servir como barca, es capaz de arrojar fuego y sus alas de águila tienen la posibilidad de moverse y permitirle volar: “batiendo sus descompasadas alas” (f. 58va), “alçándose por el ayre”, (f. 59rb) “estendiendo sus grandes alas fuertemente, alçándose sobre la torre, las empeçó reziamente y con mucha furia a batir; con el qual ímpetu, rebolviendo la mayor parte de un muy crescido ñublabo que sobre la torre estava, después que él por la boca del elephante salió, la empeçó a cubrir de espeso humo y dende a una pequeña pieça, de muy crescidas y terribles llamas, con una grande espadaña de fuego que por la boca en él lançó” (f.65ra).

A lo largo de *Roselao de Grecia* se producen varios enfrentamientos entre caballeros y centauros; Ricardo y Ricardeto de Montalván ven como un sagitario –aunque sería más apropiado llamarlo centauro, ya que no arroja flechas–, al que describen como “medio hombre y medio cavallo” (f. 49ra), lleva por la fuerza a una doncella a la que luego desgarrar y devora, para que ésta reaparezca de inmediato; Galalón y Estolfo luchan con una “manada de sagitarios” y los ven “con ñudosos y largos bastones en sus vellosas manos” (f. 51ra); cuando Roldán y Malgesi buscan a los caballeros prisioneros, se enfrentan con sendos centauros, los cuales son calificados como sátiros, sin que quede duda de su verdadera forma (“dos cavalleros centauros de la más brava catadura y grandeza que hallarse podían” 79va; “como el otro fiero y dessemejado sátiro a su amigo viesse en tierra, al conde don Roldán –dexando a Malgesi– arremete y, asiéndole con las dos manos de hombre, con grandíssima fuerza le empeçó a apretar” 79vb). Por último, también Roselao deberá enfrentarse con un bravo centauro al que vence fácilmente (f. 98rb). Los enfrentamientos entre caballeros y centauros son abundantes en la literatura caballeresca; como vemos en el combate entre Diomedes y el Sagitario en las *Sumas de la historia troyana* o el del propio Palmerín en el *Palmerín de Oliva*. El Centauro, hijo de Ixión y Néfela (nube a la que Zeus dio la forma de Hera para burlarse de la lascivia de Ixión), es un ser fabuloso, medio hombre y medio caballo, que luego se reproduce con las yeguas de Magnesia, por lo cual, la parte animal de sus descendientes predomina sobre la humana; combinan la fuerza del semental con la codicia, la lujuria y la arrogancia heredadas de Ixión. Desde el punto de vista simbólico constituyen la inversión del caballero, ya que éste también reúne un hombre y un caballo, pero mientras en el caballero lo único que importa es el jinete –incluso cuando se destaca la bondad de determinados caballos como el Briador de Roldán o Ba-

yarte de Reynaldos—, en el centauro es su parte animal (instintos, inconsciente) la que domina plenamente. Este hombre-animal es el símbolo de los deseos sin freno; la mitología no les otorga ninguna importancia personal, por eso en su mayoría carecen de nombre propio, a excepción de Folo, Neso y pocos más (Quirón tiene otro origen), aparecen habitualmente en tropilla y en número indefinido, ignoran la lucha heroica y por eso sus combates con caballeros ocupan un lugar secundario. Caballero y centauro representan dos tendencias opuestas: la espiritualización y la perversión; mientras el caballero ama, el centauro sólo puede sentir lujuria, aspecto que lo asocia al sátiro. Sátiros y centauros participan del cortejo báquico, ambos son caracterizados como desenfrenados y lujuriosos; dentro de los seguidores de Baco se encuentra una figura que sintetiza a las dos anteriores: Isleño, cuyas primeras representaciones lo pintan con cuernos de cabra y patas de caballo, aunque éstas fueron luego cambiadas por las de cabra, pese a lo cual, siempre conservó cola de caballo; participa del gusto por el sueño, el vino y las fiestas.

Cupido ocupa un lugar importante en la *Tercera parte del Espejo de Cavallerías*; además de la imagen ficticia hecha por Atalante, frente a la cual implora don Claros de Flordelis y que a su pedido se transforma en Ysifilea (f. 67vb a 68rb); también marcará la trayectoria de Roselao. Mientras Angelina y la reina Siliana viajan hacia Inglaterra custodiadas por él, deben enfrentar una terrible tormenta que los coloca en grave peligro de naufragio; al atracar en un lugar desconocido se produce el encuentro con Lindarán que dará paso al divertido episodio de Reduarte y Tarlacia. Esta *digressio* tiene entonces por finalidad aliviar la tensión creada por el difícil momento vivido por los protagonistas, por medio de la risa de éstos y de los lectores del episodio.

El Palacio de Amor es un lugar singular a tal punto que, desde la primera vez que se lo menciona hasta que se da por acabado el libro, la palabra ‘maravilla’, sus variantes o expresiones equivalentes (‘maravillar, maravillado, extremo, estremada’) aparecen con inusual frecuencia.

Los personajes se encuentran con jardines y esculturas de belleza sin par, un *locus amoenus* en el que habita un dios de la Antigüedad, pero este hecho es vivido por Roselao y sus acompañantes con la más absoluta naturalidad, sin preguntarse siquiera cómo es posible que el hijo de Venus more en ese lugar. El sitio es muy agradable:

“...el triumphal carro salió a una gran vega, en la qual les fueron representadas infinitas huertas de muchas arboledas que, con su

frescura, gran contentamiento a todos aquellos que lastimados de Amor venían, davan” (f. 107vb);

“...era tanta la hermosura de los bien ordenados jazmines, con los muchos rosales y frutíferos árboles, rodeados con las verdes y seguidoras yedras, que al más triste corazón del mundo pusieran contentamiento” (f. 107vb);

“...y, apeándose todos, juntamente entraron por aquellos sobervios y sumptuosos edificios, que grandes príncipes para honra de este falso Cupido avían edificado. Y eran tan sobervios y bien obrados que lengua humana no bastaría a dar relación de su falso y vano edificio...” (f. 108rb).

Aquí, el misterio es, sin duda, la presencia de Cupido en una morada terrena en la que puede ser visitado por todo aquel que lo desee y donde atiende a los que van a rogarle o a formularle reproches por su injusticia, unidos por su común condición de ‘lastimados de amor’.

El carácter contradictorio, arbitrario e incluso cruel del dios es largamente comentado desde el momento en que Roselao y Angelina se encuentran con el príncipe Lindarán, la princesa Fulmerina y sus acompañantes, quienes los invitan a acompañarlos en su visita a los Amorosos Palacios. La arbitrariedad de Cupido es puesta en evidencia por los opuestos puntos de vista de los hermanos Lindarán y Fulmerina: mientras él no ve nada malo en amar a su hermana, ésta opone la lógica resistencia de quien sólo siente amor fraterno. En un diálogo intenso, Fulmerina le recuerda la existencia del libre albedrío:

“...no dudo que la potencia de los dioses sea más eminente que todo el poder de los hombres, mas tampoco creo que vuestras summas potencias negaréys lo que ya una vez nos concedistes, que fue nuestro libre alvedrío, en el qual nos dexastes señores de nosotros y libres para escojer lo *que* más nos cumple” (f. 109ra y rb).

El que Cupido dé la razón a Lindarán no sólo es una prueba de arbitrariedad sino que también dejará que la idea del incesto sobrevuele hasta la prometida cuarta parte:

“– Bien sería esso –dixo Cupido–, si no estuviesse mal para mí, porque es contradézir mi potencia. Y porque esto es ansí y para que ve-áys cómo me sigo más por mi voluntad que no por la razón que me anteponeys, quiero que de aquí adelante améys al príncipe, vuestro hermano, como os ama y le queráys como os quiere. Y contra esta, mi voluntad y sentencia difinitivamente en mí solo determinada, no vays porque no os lo consentiré.” (109rb)

Las penas que causa el amor son preanunciadas desde la puerta misma, formada por dos leones rampantes que sostienen entre sus garras un corazón en carne viva, al que lamen; escrito en uno de ellos puede leerse: “Ved quan buen tratamiento que damos con nuestro halago al que buscamos tormento, huyendo de algún regalo” (fol. 108 va). Aunque algunos se acercan a darle gracias, la mayor parte de los que allí acuden se quejan de “la razón de las sinrazones de amor”, lo caracterizan como “falso”, “el cruel hijo” de una “piadosa madre” o le ruegan que lastime a alguien “con el bien de vuestro mal”.

Luego de describir los jardines, el bello palacio en el que habita y los primorosos detalles con que está adornado su trono de oro y piedras preciosas, llega el momento de describir al dios mismo:

“En esta silla estava aquel grande dios y niño chico que Cupido se llama. Tenía en las manos las armas que a este dios antiguamente le ponían; y era hecho con tanto artificio y tan amaestradamente que, aunque fingido –el soberano edificio y el falso demonio– que, a los vanos amadores que allí yvan, con sus engaños cegava” (fol. 108 vb).

Estas características responden en gran parte a la tradición clásica; ya en la poesía de la época alejandrina, Amor es el dios niño cruel y hermoso que se burla de la locura y del llanto de los humanos; Sófocles habla de su poder universal y Eurípides lo describe como un dios contra el que no hay lucha posible, armado de flechas inevitables, de efectos más terribles que el fuego y los rayos. Apolonio de Rodas lo presenta como un niño juguetón y caprichoso.

Este carácter arbitrario del que Cupido hará gala en otras consultas queda de lado cuando atiende a Roselao, quien con gran humildad le pide que lo favorezca:

“– Soberano Cupido, señor y gran dios de las potencias divinas y humanas, yo, aunque indigno, ante ti me presento y, como a piadoso señor, suplico humildemente *que* seas servido de lastimar a aquella por quien tan lastimado me tienes...” (fol. 109 ra).

En la respuesta de Cupido se deja de lado la tradición clásica para insertarse claramente en el ámbito de lo caballeresco:

“– Por justa justicia de mi poder, está determinado que vos sirváys hasta tanto que por méritos de vuestras hazañas consigáys el fin de vuestros desseos, por tanto, suffrid con paciencia lo que passáys, que allí está la gloriosa victoria donde con mayor esfuerço se vence la Fortuna” (fol. 109 ra).

Roselao realizó una hazaña extraordinaria al liberar él solo a Angelina de los jayanes que la tenían cautiva, pero *no es suficiente*. Un caballero debe probar su amor y sus méritos en forma reiterada para lograr que su amada corresponda a sus sentimientos; ese arduo camino será recorrido en la hipotética cuarta parte del *Espejo de cauallerías*.

M. C. Marín Pina, al caracterizar el género caballeresco, dice: “El relato caballeresco se articula en una sucesión, alternativa o entrelazada, de aventuras, amorosas y bélicas, en mutua justificación y dependencia. La aventura es, por tanto, la unidad básica del relato caballeresco y de su capacidad combinatoria depende, en buena medida, la trama novelesca” (1986). Todos los personajes que intervienen en el episodio del Palacio de Cupido son conscientes de que esto es una aventura –aunque de tipo amoroso– que Roselao deberá enfrentar.

El episodio del palacio de Cupido se vincula estrechamente con el motivo del ‘encuentro’. Como señala Bajtín (1986), en todo encuentro “la determinación del tiempo (‘al mismo tiempo’) es indivisible de la determinación del espacio (‘en el mismo lugar)’”; luego añade que con frecuencia el encuentro “cumple en la literatura funciones composicionales: sirve como punto inicial, a veces como culminación y hasta como desenlace (final) del argumento. El encuentro es uno de los hechos formadores del argumento de la épica (en particular de la novela)” (p. 285). Es evidente que el encuentro de Roselao con Lindarán y Fulmerina da lugar a que él y los suyos se desvíen de su camino para ir a consultar a Cupido. Un segundo encuentro permite la incorporación de tres damas y sus respectivos caballeros, dos de los cuales desean agradecer a Cupido por la belleza de sus damas, mientras el tercero va a presentar sus quejas porque ha da-

do su palabra de matrimonio —de la que quiere ser relevado— a quien resultó ser una doncella fea y vieja, la cual se siente muy complacida y no desea alejarse de él.

Este hilarante episodio no es el primero de estas características; a lo largo del *Roselao*, aparecen varios momentos de humor en que los personajes intercambian bromas o comentarios graciosos que revelan un trato íntimo y gratos instantes cotidianos que permiten apreciar su faz más humana y que señalan, explícita o implícitamente, los nexos comunes a todo un cuerpo social. Es un humor entre iguales que con frecuencia refleja la necesidad de aliviar la tensión de una circunstancia dolorosa o el anhelo de dejar de lado brevemente las preocupaciones.

Un pasaje que puede servir de ejemplo de este tipo de humor benevolente, propio de una relación de marcada cordialidad, es aquel en el que el Emperador de Constantinopla, ante la tristeza que ha causado la repentina partida de Roselín, decide *bromear* con la infanta Roselinda, prima de éste y a quien une un sorprendente parecido físico:

“— ¡¿Cómo hermoso cavallero e assí os queréys encubrir de mí en nuestra posada que toméys hábito de donzella?! Y para más zelar vuestro engaño, me escrivistes una carta en la qual me pedistes perdón de vuestra secreta partida...” (fol. 14 va).

La chanza se prolonga con las respuestas de Roselinda y las intervenciones del rey Escardaso y de don Reynaldos quienes, en rápida sucesión alternan ‘sugerencias’ tales como reemplazar a su primo, que la doncella participe en las batallas, cambiar sus vestidos por la armadura del caballero. Al concluir este intercambio, el narrador comenta el estado de ánimo de la corte:

“En estas graciosas palabras de burlas estuuieron muy gran pieça, con las quales todos los que las oýan recebían deleyte en ver cómo el Emperador se burlava con la infanta Roselinda...” (fol. 14 vb).

Es posible apreciar que todos los miembros del grupo participan o disfrutan del gracioso diálogo, ya que se tratan entre ellos con la confianza propia de la relación entre iguales. Aunque algunos ciñan corona y otros no, todos pertenecen a la alta nobleza y varios de ellos son de sangre real, lo que les otorga la suficiente seguridad como para hacer y recibir bromas de sus pares. Esta confianza recíproca se ve reforzada por el hecho de partir de sobrentendidos que todos festejan; cuando el Emperador finge confundir a Roselinda con su primo Roselín, sabe que los

demás conocen a este caballero y habrán notado ya lo mucho que se parecen o podrán captar el chiste rápidamente; la Infanta misma, víctima aparente de este intercambio, sigue la chanza sin olvidar el debido respeto al Emperador.

Si lo anterior es un ejemplo de las situaciones humorísticas o risibles que se producen por el amable intercambio de comentarios graciosos, muy otro es el caso de Reduarte y Tarlacia. Pese a que participan de la misma clase social que los demás viajeros, desde su presentación son caracterizados como distintos, ajenos a los valores y sentimientos del grupo; con sus actitudes y comentarios se vuelven intrínsecamente cómicos y causan que se rían no *ya junto con ellos sino de ellos*.

Cuando Roselao y los demás ven a este grupo de jóvenes, el comportamiento de esta pareja la distingue del resto y no deja de ser llamativa para el lector:

“... estaban tres cavalleros y tres donzellas descansando del trabajo del camino, las dos dellas eran por extremo hermosas y la una tan fea quanto las otras le hazían por extremo ventaja. Las dos dellas tenían a sus cavalleros en sus faldas, solazándose y tomando plazer; y la de en medio y más fea le tenía de rodillas delante della, llorando y presentándole quejas” (fol. 107 vb -108 ra).

En un mundo caracterizado por la gran belleza de todos sus personajes –especialmente, las doncellas– y en el que el servicio a la dama era norma para todo enamorado, la presencia de una mujer fea y de un caballero quejoso los instala rápidamente en el terreno de la caricatura. Es más, la fealdad de Tarlacia –a la que luego se añade su vejez– y la disconformidad de Reduarte son las señas que permiten identificar a los personajes hasta que se dan sus nombres:

“...porque yo y esse cavallero, que con essotra donzella hermosa veys, nos determinamos de venir a dar gracias a Cupido, por las mercedes recibidas y esotro cavallero y donzella fea, que aquí veys, a dar quejas de sus intenciones” (fol. 108 ra).

“...el cavallero *que con* la donzella fea venía...” (fol. 108 rb).

“–dixo la donzella vieja–“ (fol. 108 rb).

Estas diferencias iniciales se ven confirmadas por los posteriores diálogos entre los personajes; los demás no intervienen en lo que es una relación privada, pero no pueden dejar de reír

frente a la inusual situación de una dama que suplica y un caballero que la rehúye. La comicidad de ambos se acentúa por lo absurdo de sus diálogos, Reduarte le dice una y otra vez que no la ama, sólo se siente obligado por su palabra de matrimonio, en tanto Tarlacia le declara su amor y se aferra a dicha promesa como medio de obtener lo que quiere. Las alternativas de vida para una dama eran el matrimonio o la vida religiosa; para lo primero necesitaba una dote apropiada o aportar una alianza provechosa con un linaje superior, pero siempre se esperaba que fuera fértil, lo que la edad de Tarlacia ha hecho imposible; en su carácter de noble y rica, que llegara a vieja siendo soltera constituía una anormalidad social. La única solución para Tarlacia es su compromiso con Reduarte, por conservar el cual no duda en aceptar las despectivas frases de éste:

“(Tarlacia)... no os quiero yo a vos tan mal que por mí os veays en tristeza.

– No puede ser esso –dixo él– que harto es obligado a tener quien os ama.

– Y harta gloria –dixo ella– la que por vuestra se tiene, aunque vos no lo admitáys” (fol. 108 rb).

“– ¡Ay de mí –dixo Don Reduarte, que assí se llamaua el cauallero que a la donzella vieja traía, y ella Doña Tarlacia de Castalia–; y cómo Amor pone a todos esperança y a mí solo me la quita! Porque quiso que con lo que los otros la tuviessen a mí me faltasse, que es con ver y amar a sus queridas, cuya hermosura acrecienta la fe de sus desseos, y a mí me los dobla su contrario.

– Aunque más lo queráys –dixo Doña Tarlacia–, no creáys que tengo de desdezirme de lo dicho” (fol. 108 va)”.

Uno de los caballeros de España elogia el “alto y soberano linage” de las tres damas que los acompañan; aunque en el texto no se lo señala explícitamente, se puede inferir que ese es el motivo por el cual las han solicitado en matrimonio. Dos de ellos tuvieron la suerte de enamorarse y ser correspondidos por sus señoras, que están presentadas como sus iguales; Tarlacia, noble como las otras, es vieja y fea, lo que hace que sus proyectos conyugales resulten absurdos. Si bien los dos personajes son ridículos, Tarlacia aparece como lo opuesto al ideal de la mujer a la que el caballero debe amar con reverencia. Así como se elogian las relaciones entre

pares, se critica aquella que se aparta de lo normal –juventud y belleza como móviles para el amor–, como se indica cuando se presentan ante Cupido:

“Luego llegaron los tres caualleros de España y las dos de las damas hermosas, dándole gracias por las que les auía hecho en hazerles amar a quien ygualmente los amaua, se apartaron a vna parte; y luego Don Reduarte, como aquel que a par de sí tenía a su donzella fea y vieja, empeçó a dezir desta manera:

– Gran dios... a tu grandeza suplico que la desigualdad que con tu potencia determinaste... la comutes en dexalla a ella libre de sus desseos, para *que* yo tenga libertad de emplear los míos...” (fol. 109 rb).

De inmediato, Tarlacia suplica a Cupido que Reduarte permanezca a su lado y empiece a amarla tanto como ella a él. Perdida la esperanza de que Cupido lo ayude a recuperar su libertad, el caballero se queja amargamente de la mucha edad de su prometida, a quien le dice que “días há ya que tal joya auía de estar para aquí diputada, si a alguno le uviérades cabido en suerte”; Tarlacia le dice que hasta entonces no ha tenido voluntad de amar, pero ahora lo ordenó Amor. Reduarte no está dispuesto a obedecer este mandato (“...creed que antes passaré por la muerte que obedecelle”, f. 109va).

Esta forma de humor tiene en *Roselao* la función de diferenciar lo socialmente aceptable de lo que se considera anómalo, alejado de los usos y costumbres que estos libros sostienen. Por ser socialmente sus pares, las risas que generan estos personajes en los demás con sus palabras y actitudes son abiertas, pero no dejan de subrayar lo inusual y, por lo tanto, ridículo de su carácter. Tanto los comentarios de ella como las quejas de él causan la hilaridad general:

“...y por esso, para no amaros como devo a quien soys y yo soy, no querría que me pusiéssedes en tantos trabajos.

– No lo son para mí –dixo ella– en rodear por vos el mundo. No sé cómo os sentís tanto de lo que *tan* poco yo me quexo” (fol. 108 rb).

“Y assí yuan por aquella morada, riendo mucho de lo que la donzella vieja y su cauallero passauan” (fol. 108 va).

Cuando Tarlacia compara su corazón con el que los leones rampantes sostienen entre sus garras, Reduarte provoca sus risas al exclamar:

“...corazón tan duro como el vuestro, amando a quien no os ama, no podía ser menos, sino hallarle en poder de leones y no de hombres.

De esto rieron todos mucho...” (fol. 108 va y vb).

El último momento humorístico protagonizado por ellos sirve para que los personajes rían en medio de una situación difícil: aprovechando sus “descuydos de amor”, Aronte, un caballero burlón, les ha robado sus caballos y el carro; mientras Roselao se preocupa por las damas, Reduarte no pierde la oportunidad de zaherir a Tarlacia, la cual –con total olvido de las obligaciones que el cuidado de la honra imponía a las damas– se muestra dispuesta a ser ella quien lo sirva.

(Roselao) “...más me pesa de las damas que de nosotros.

– Si algún plazer puedo tener –dixo Don Reduarte–, esse es, porque la mía pierda caminando todos los bríos de Amor.

– No pienso yo sino doblarlos –dixo Doña Tarlacia–, porque mientras más trabajos se me offrecieren en vuestro seruicio, más crecerá mi fe.

– Tanto menos crédito avréys conmigo –dixo él.

Mucho rieron aquellos señores y señoras con las burlas de estos dos, aunque estaban tristes por la falta que los cavallos y carro les hazían”

(fol. 110 rb).

Luego de esta última burla, el narrador concluye rápidamente su historia con la despedida de los personajes, el regreso de Roselao y los suyos a la nave y su llegada a Inglaterra, donde son recibidos por el rey Ángelo, todo lo cual se relata en algo menos de un folio.

En síntesis, el palacio de Cupido es un ambiente especial, fuera del tiempo, de cuya ubicación sólo se conoce que está en una isla a la que los protagonistas son arrojados por una tormenta. La respuesta que da al pedido de Roselao está llena de mesura, lo tranquiliza al decirle que conquistará a Angelina, mientras lo insta a perseverar en sus esfuerzos hasta que el mérito de sus hazañas lo haga merecedor de ser correspondido.

Por último, es posible apreciar que existen distintos tipos de humor, frecuentes en los instantes en que es necesario aliviar la tensión; uno es benevolente, grato, la broma es compartida por el que la hace y por quien la recibe y disfrutada por todos los presentes, sirve como un elemento más de unión entre los integrantes de un mismo círculo. Otra forma de humor está di-

rigida hacia aquellos que, por su aspecto físico o por su temperamento, son distintos al resto; estos son ridiculizados y con frecuencia aquellos personajes que encarnan los valores estatuidos se ríen de ellos. Aronte, como sus predecesores, Fraudador de los Ardides (*Florisel de Niquea* III, 1535) y el Caballero Metabólico (*Cirongilio de Tracia*, 1554), se destaca por su astucia y por unos actos que dan pie a la risa del lector, pero sus fechorías perjudican a los caballeros y, aunque sus burlas no lo llevan a la muerte, sí recibe algún castigo y está aislado por ser su conducta socialmente inaceptable.

Objetivo y materia de esta edición

La presente es una edición crítica de los ejemplares impresos de la tercera edición del texto, en sus dos emisiones. El punto de partida de este trabajo fue tratar de difundir la presencia, en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, de la colección Foulché-Delbosc, la cual –si bien nunca estuvo perdida– permaneció mucho tiempo sin ser conocida y posee obras valiosas tanto por su contenido intrínseco como por su antigüedad; de entre sus libros, se eligió la *Tercera parte del Espejo de cavallerías*, el *Roselao de Grecia*.

Nada se sabe de su autor, Pedro de Reinoso, excepto que es un “vecino toledano” como dice en el Prólogo, quien se presenta como traductor del libro, rasgo habitual en las obras de este género. Más conocido resulta el impresor, Francisco del Canto (fl. 1551-1590), radicado en Medina del Campo, cuya hija, Isabel Delgado del Canto se casó con el librero Benito Boyer, de ahí que muchas ediciones aparezcan con el pie de imprenta “Medina del Campo, Francisco del Canto, a costa de Benito Boyer”, o a costa de su hermano, Juan como ocurre con el *Espejo de cavallerías*. De Francisco del Canto se sabe que imprimió, entre otros muchos títulos: *Crónica particular del Cid* (1552), *Palmerín de Olivia* (1562), *Primaleón*, (1563) *Amadís de Grecia (Noveno libro del Amadís)* (1564), *Amadís de Gaula* (1564), etc.

En la impresión del *Espejo de cavallerías*, Francisco del Canto recurre a algo usual en su tiempo que es unir libros que constituirían con anterioridad unidades literarias diferentes, con dos posibles ventajas: que la fama de los precedentes ayude a la venta de la nueva continuación, o que se lo anuncie como unidad en la portada, pero que cada parte tenga portadas interiores y una numeración propia, que permiten el desglose de las mismas y su venta por separado, lo que reduce los costos. Por otra parte, F. del Canto realiza la edición en dos emisiones como indica el cambio en la portada –a cargo de Juan Boyer o de Benito Boyer–, sistema de co-financiación habitual en estos libros, cuyo gran número de folios, los volvía costosos.

Hay que destacar que no existe ningún ejemplar manuscrito ni hay noticia de que la obra se haya difundido de esta forma. Sí se conservan varios ejemplares impresos, los cuales son:

Francisco del Canto, 1586 [colofón 1585]

a) Emisión A: A costa de Juan Boyer

- Biblioteca Nacional de Buenos Aires: 526 F.D. (Colección Foulché-Delbosc)
- Biblioteca Nacional de Madrid: R- 24.903
- Biblioteca Nacional de Madrid: R-11344
- Biblioteca de la Junta de Castilla y León (conocido como ejemplar de la Biblioteca particular de José Antonio Pascual de Tejares, Salamanca.)
- Nationalbibliothek de Viena: 40.R.29
- Biblioteca Nacional de París: Rés. Y2 219-220, Rés. Y2 222-223
- Biblioteca Mazarine: 307^a
- British Library: G. 10240

b) Emisión B: A costa de Benito Boyer.

- Universidad de Valencia: R- 1/159.

La *collatio* comprende los ejemplares de Buenos Aires, Madrid, Salamanca, Londres, Mazarine y Valencia; no pudieron ser consultados los ejemplares de las bibliotecas nacionales de París y Viena ya que, como resultado de sendas restauraciones, ellos pueden abrirse a menos de 90° lo que impide su reproducción o fotografiado.

También se tuvieron en cuenta los ejemplares, conservados en Munich y Yale, de la 2ª edición realizada por Cromberger (1550), para algunos casos puntuales, como frases notoriamente truncas, erratas comunes a todos los ejemplares, o para confirmar errores de redacción ya advertidos.

Destacamos que la crítica ha mencionado otras ediciones, en forma errónea, como si ellas testimoniaran este texto: “Alcalá de Henares, Ramírez: 1577” y “Ciudad del Vaticano, Rossiana: 4466” corresponden a “*Los tres libros de Matheo Maria Boyardo, Conde de Scandiano, llamados Orlando Enamorado, traducidos en castellano y dirigidos al Illustrissimo Señor don Pedro Luys Galceran de Borja, Maestre de Montesa. Por Francisco Garrido de Villena. Impreso en Alcalá en casa de Hernan Ramirez, impresor y mercader de libros. Año M.D.LXXVII*”. Incluir estas ediciones es erróneo ya que, si bien la obra parte del *Orlando enamorado*, no comprende las continuaciones también tomadas por Pedro de Sancta Catalina

ni la escrita por Pedro de Reinosá. En el caso de "Munich, Bayerische Staatsbibliothek: 2ª P.o.hisp. 19", se citan dos ejemplares, uno correspondiente a la segunda edición y el otro, a la tercera, pero sólo hay uno, el cual corresponde a la edición de Cromberger (1550), consultado para esta edición; también corresponde a la imprenta de Cromberger, "Yale, Connecticut, University Library: 1979.121"; estos ejemplares difieren de la edición de Francisco del Canto, no sólo por estar en letras góticas, sino también por contener diferencias que van desde una sola palabra como variante hasta el agregado, supresión o modificación de frases íntegras. El ejemplar de Yale comprende las tres partes del *Espejo de cavallerías*, con encuadernación de la época, lo cual crea una duda sobre si un lector particular decidió encuadernar ejemplares publicados en forma independiente o si ya Cromberger los reunió para su venta conjunta. También es incorrecto incluir entre los testimonios del *Roselao de Grecia* "Madrid, Biblioteca Nacional: R-35327", ya que, si bien corresponde a la edición de Francisco del Canto 1586, sólo conserva el primer libro del *Espejo de Cavallerías*.

Descripción del ejemplar de Buenos Aires

Cuenta con las tres partes del *Espejo de cavallerías*; es un *in folio*, cuyas dimensiones son de 185 x 250 mm, con dos columnas en el prólogo y dos en el texto; con una caja de 154 x 227 mm, 47 líneas por folio y una línea con reclamos e indicación de cuadernillos, en tinta negra, con iniciales, en caracteres romanos. La Tercera Parte tiene 3 ff. preliminares, 111 folios numerados en arábigos (con excepción del XXIX), con errores subsanados por mano moderna.

Está impreso en papel con filigrana, que representa una mano enguantada que sostiene una flor o estrella de cinco puntas, con variantes en el puño, en forma de media luna o con un volado. El estado general es regular, faltan las portadas y los títulos de las tres partes; los folios 28, 29 y 71 de la Tercera Parte, difieren del resto en la calidad de la impresión y del papel, que permanece blanco, sin el amarilleado propio del paso del tiempo. Hay numerosas restauraciones, la más notable en el folio final.

La encuadernación está en mal estado. La tapa y el lomo están desprendidos del cuerpo de la obra; en tapa y contratapa, el cuero está desgastado y rasgado con un doble filete dorado. En el ángulo superior derecho de la contratapa, hay restos de cinta adhesiva, en el lomo el cuero está descolorido. En sus cantos y cara interna posee un filete dorado simple. El lomo es de cinco nervios decorados con cuatro filetes dorados, de líneas entrecortadas los interiores. Seis cajas enmarcadas por filetes dorados; en la segunda aparece en letras doradas. "EL / ESPEJO/ DE/ CA-

VALLERIAS". En la tercera: "POR / P. L. DE SANCTA/ CATALINA". Al pie "1586". Papel de guarda liso; dos folios de guarda en tapa y contratapa.

En la portada de la tercera parte aparece como lugar de edición Medina del Campo y en el Colofón, Sevilla; en cuanto a la fecha de impresión, en Portada indica 1586 y en el Colofón, 1585.

El ejemplar de Buenos Aires cuenta con catorce cuadernillos de ocho folios cada uno, de la A a la O (no está la J); los primeros folios de cada cuadernillo están, además, numerados del 1 al 5, y sin indicación en los tres últimos (B, B2, B3, etc.). No está la indicación del A, aunque sí A2 y hay un error en el cuadernillo M, en que aparece L4, en lugar de M4.

Descripción de los demás ejemplares de la 3ª edición

Para la descripción no se tienen en cuentas las manchas de humedad o amarilleado por el tiempo.

Los ejemplares de Buenos Aires, Madrid R-11344, Londres, Salamanca, Mazarine y Universidad de Valencia tienen las siguientes características en común: f. 29r –único numerado en romanos –, la cabecera dice "DE ESPEJO DE CVALLERIAS", en 100v y 101v, la cabecera dice "LIBRO SEGUNDO DE"; 38r, 68r, 87r, tienen el número invertido, 43r, no tiene número de folio; errores de numeración en 70 [69], 71 [69], 73 [80], 83 [84], 87 [89], 103[104]; 99r tiene el número volcado; la indicación de cuadernillo al pie de 92r dice L4, en lugar de M4 (excepto en UV, que no tiene M8); en el f. 48r, falta la indicación de cuadernillo; aparece en dos oportunidades el número de capítulo IX y dice capítulo LXVIII, donde corresponde LXVII. Falta la indicación de cuadernillo en 59r, 62r, 64r, 72r, 96r y 102r. En las reproducciones de estos ejemplares puede apreciarse que los folios 28, 29 y 71 son más blancos y están mejor impresos que el resto, lo que permite suponer que, por alguna razón –numerosas erratas, problemas de entintado–, se habría decidido reemplazarlos.

Características propias de cada ejemplar

Buenos Aires: carece del grabado inicial. El prólogo y las tablas no tienen numeración. Hay manchas de tinta que no interfieren con la lectura en 14r-v, 51r-v, 54r-v, 58v, 61r, 66r, 104r-v; en 61v, hay una mancha de tinta que no permite ver tres letras. Hay manchas de tinta en las cabeceras de los folios 49 r-v, 50 r-v, 51 r-v, 58v y 66r. El f.18 r-v tiene cortados la cabecera y el número de folio. La indicación de cuadernillo está parcialmente cortada en 17r y 42r. Tiene

correcciones hechas a mano en la numeración de los folios 70r, 71r, 87r, 99r, 103r. El folio 111 está incompleto, le falta la mitad de la columna rb y el número de folio; no tiene el folio final del cuadernillo.

Madrid R-11344: tiene un sello a un lado del grabado inicial: parte de los folios están desordenados, ya que aparecen así: 58 - 62 - 60 - 61 - 59 - 63; faltan los folios 75 y 76: en el f. 49r falta tinta en el final de las dos líneas inferiores de la columna b y en el 49v, falta tinta en el final de las dos líneas inferiores de la columna a. El f. 111 tiene el número 108; hay un sello al pie.

Madrid R- 24.903: Por un error de encuadernación, el ejemplar comienza con el grabado de la Segunda parte y luego sigue la Tercera, la cual carece de prólogo y tablas y sólo conserva 41 folios. La cabecera y el número de folio están totalmente cortados en: 10, 17, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 26, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 40, 41. El corte es parcial en 20, 25, 28 —en que el número está íntegro—, 30, 38 —a pesar del corte, se ve que el número está invertido—, y 39. El f. 31, tiene también cortada la primera línea.

Biblioteca de la Junta de Castilla y León (conocido como ejemplar de la Biblioteca particular de José Antonio Pascual de Tejares, Salamanca.) El grabado tiene un sello al pie. Hay algunas manchas de tinta que no interfieren con la lectura en los folios 9v, 10r, 10v, 17r-v. Otras manchas un poco más grandes impiden la lectura en la primera línea del f. 100ra y 100vb, y líneas ocho y nueve del f. 54ra. El f. 23r tiene la tinta corrida, sin que afecte la lectura; en el f. 59v puede verse claramente lo escrito en el 59r. El f. 36v tiene una rúbrica o firma manuscrita en el margen, en el f. 103v el número del capítulo LXVIII está corregido a mano por el correcto, LXVII. Por falta de tinta o error de impresión no aparecen las dos líneas superiores del f. 89ra y no se ve su número. Está roto el margen superior del f. 106 y falta un ángulo en el f. 110 (sobre ra y vb), pero en ambos casos las columnas están íntegras. Falta el f. 111, donde una nota manuscrita señala que el resto del ejemplar está completo. Al pie del f. 110v hay un sello.

Biblioteca Mazarine 307^a: Debido a una restauración, este ejemplar sólo puede ser fotografiado. En los folios 4, 5 y 6, aparecen manchas de color naranja (¿herrumbre?, ¿hongos?), pero sólo en 4ra y 4vb dificultan la lectura. El último folio lleva el número 108.

British Library G. 10240: En f. 49r y v aparece un espacio en blanco en la parte superior, en forma de semicírculo, que afecta la cabecera, las palabras finales de las tres primeras líneas de 49ra y va y las iniciales de 49rb y vb. El f. 104r y v tiene una mancha en el centro de las líneas 8 y 9, que dificulta la lectura: el f. 111 está numerado 108 y tiene un sello de la biblioteca al pie.

Universidad de Valencia R- 1/159: Al pie del grabado aparece la leyenda “A costa de Benito Boyer, mercader de libros”; el ejemplar tiene sellos en todos los folios, recto y vuelto. Le

faltan los cuadernillos C (f.17 a 24) y M (f. 89 a 96); el folio 111 lleva el número 108 y tiene dos sellos.

Descripción de los ejemplares de la 2ª edición

La segunda edición fue realizada por Jacome Cromberger en Sevilla, con fecha 11 de marzo de 1550. Los ejemplares de Munich, Bayerische Staatsbibliothek, 2º P.o. hisp. 19 y Yale, Connecticut, University Library: 1979.121 tienen las siguientes características en común: Prólogo en una columna y texto en dos; grabado inicial; 109 folios numerados en romanos en la esquina superior derecha; errores de numeración en los folios 65 [lxj] y 66 [lxj]; catorce cuadernillos de ocho folios cada uno, de la A a la O (no está la J); los primeros folios de cada cuadernillo están, además, numerados del ij al iiij y sin indicación en los tres últimos (B, Bij, Biiij, etc.); el cuadernillo O está impreso hasta el quinto folio y los restantes están en blanco. La caja de escritura tiene 48 líneas por folio y una línea con la indicación de cuadernillo, en tinta negra. El grabado –de gran calidad y muy detallado– representa un paisaje de suaves colinas, en el centro un caballero con armadura, pero sin armas, barba, penacho de plumas en el yelmo, en un caballo al trote, con ricos jaeces. A la izquierda del grabado caminan dos escuderos y un caballero joven con sendas lanzas; al fondo, sobre la derecha, hay un castillo con varias torres y al frente, del mismo lado, un grupo de árboles. Tanto el grabado como el título están encerrados en una orla de cintas y ramas, bajo la cual se lee “1550”.

Los dos ejemplares están completos y carecen de manchas o problemas de entintado.

Características propias de cada ejemplar

Munich 2ª P.o. hisp. 19: No tiene el nombre del protagonista sobre la orla, aunque quedó marcado el espacio en que debía ir. Faltan las partes en rojo del título, lo que lo vuelve incomprensible; queda “cauallerias: enel qual se cuentan los famosos | que ouo enlos amores de la princesa | alto principio y hazañ- | de don Roselao de”. Dado que para hacer esta alternancia de dos tintas se pasaba dos veces el pliego por la plancha, puede suponerse que, por error de impresión, se omitió esta segunda pasada.

Yale 1979.121: Se encuentran reunidas en un solo tomo las tres partes impresas por Cromberger.

Descripción bibliográfica de los ejemplares no consultados

- **Primera edición:** La primera edición fue realizada en 1547 por Juan de Ayala; se conserva un único ejemplar en Williamstown, Massachusetts: Williams College Library. Según el catálogo, el título de la portada es “Don Roselao de Grecia”; bajo el grabado dice “Tercera parte de Espejo de cauallerias: en el qual se cuentan los famosos hechos del infante don Roserin: y el fin que ouo en los amores de la princesa Florimena: donde vereys el alto principio y hazñosos hechos en armas de don Roselao de Grecia su hijo”. El colofón indica “Fue impresa en la imperial ciudad de Toledo: En casa de Juan de Ayala, a costa de Diego Lopes mercader de libros, acabose a nueue días del mes de Julio, del año 1547”. Consta de CXXVII folios de 27 cm; texto en doble columna, en negro, e iniciales; la portada tiene el título en rojo y negro y un grabado en madera de la figura de un caballero a caballo. La guía de lectura realizada por Jesús Duce García (2008) reproduce este grabado en su tapa, aunque sólo en negro; se aprecia un caballero jinete al trote con una capa al viento y su espada desenvainada en la mano derecha; se aprecian con claridad la riqueza y los detalles de la armadura y los jaeces del caballo; las figuras se destacan contra un paisaje agreste, de pequeñas colinas al fondo y un suelo pedregoso, con algunos detalles vegetales; sobre la derecha, hay un árbol del que cuelga un escudo de armas. Bajo el título aparece el año, 1547.

- **Segunda edición:** En la Biblioteca Nacional de Francia, se conserva un ejemplar de la edición realizada en Sevilla por Jacome Cromberger, el 11 de marzo de 1550, Rés. Y² 216, el cual no puede ser consultado, ya que, debido a una restauración, puede ser abierto a menos de 90° lo que impide su reproducción. José Manuel Lucía Megías (1993) lo describe así “Portada: [*En rojo*] Don Roselao de Grecia. [Grabado] Tercera parte de Espejo de | cauallerias: ene. Qual se cuentan los famosos | hechos del infante don Roserín: y el fin | que ouo en los amores dela princesa | Florimena. Donde vereys el | alto principio y hazña-| sos hechos en armas | de don Roselao de | grecia su hijo. Descripción externa: 295 x 200 mm, in folio, 102 + III ff. Cuadernos a-n⁸, o⁶. Numeración romana en la esquina superior derecha. Errores: 65 [lxj], 66 [lxj]. Columnas: 1: Prólogo. 2: texto. Caja de escritura: 232 x 150 mm. 48 lín. Por folio. Cabeceras centradas en parte superior: Pares: *Tercera parte*. Impares: *De Espejo de cauallerias*. Letra gótica: 10 mm: portada; 7mm: cabeceras, epígrafes; 4mm: texto. Capitales: prólogo: 32 x 32 mm; capítulos: 10 x 10 mm. Portada: Grabado: 140 x 140 mm. Caballero jinete con barba, acompañado por tres escuderos a pie con lanza. En la esquina superior derecha, una ciudad amurallada. Observaciones: Falta el cuaderno l; en su lugar aparece un cuaderno de 10 ff. en blanco, que no hemos incluido para el cómputo de los folios originales conservados. ¿Puede tratarse de un error de impresión?” (p. 191).

- **Tercera edición:** José Manuel Lucía Megías (1993) realiza una única descripción para los ejemplares **Rés. Y² 222-223** y **Rés. Y² 220** de la **Biblioteca Nacional de Francia**; luego de consignar los datos de portada y colofón, hace la siguiente descripción externa: “290 x 200mm, in folio. 115 ff. Cuadernos θ^4 A-O⁸. Numeración arábica en la esquina superior derecha. Se empieza a numerar a partir del 2º cuaderno. Errores. 70 [69], 71 [69], 83 [84], 100 [101], 101 [100], 103 [104], 111 [108]. Columnas: 1: Prólogo. 2: Texto y Tabla. Caja de escritura: 220 x 155 mm. 47 líneas por folio. Cabeceras centradas en parte superior. Pares: *Tercera parte*. Impares: *Espejo de cavallerías*. Letra romana: 6mm: portada; 5mm: cabeceras, epígrafes; 4mm: texto. Cursiva: 3mm: portada. Capitales: Inicio: 42 x 42mm; capítulos: 23 x 23mm | 17 x 17mm | 15 x 15 mm.

Observaciones: Falta el último folio del cuaderno O, en blanco.

Historia: Sellos de la *Bibliothèque Royale* n° 24 (1833-1848 en el fol. 115v. Sello de la *Bibliothèque Imperiale* n.º 34 (1857-1865) en portada.”

Con respecto al ejemplar **Rés. Y² 220**, comenta: “Para llevar a cabo esta edición, se ha servido Francisco de Canto de la impresión que de la primera parte realizó Jacome Cromberger en Sevilla en 1551, cambiando sólo la portada”, en cuyo vuelto “aparece el privilegio fechado en Madrid, el 8 de septiembre de 1585. La licencia se fecha también en Madrid, el 2 de octubre de 1586”.

Viena 40.R.29: Debido a una restauración, como ya señalamos, el ejemplar puede abrirse a menos de 90º lo que impide su reproducción; la descripción de la caja coincide con lo ya señalado en el ejemplar de Buenos Aires; no está completo y muchos folios no están ubicados en el orden correcto, además de rotos o deteriorados; tiene el grabado inicial y carece de tablas. Fue restaurado con el método *leafcasting*, el cual consiste en aplicar un papel o material idéntico al del libro, altamente diluido, para completar los espacios libres con las fibras y luego drenar el agua.

Criterios de edición

Se toma como base el ejemplar de Buenos Aires por el deseo antedicho de destacar la presencia de este ejemplar, perteneciente a la colección de Foulché-Delbosc, en la Biblioteca Nacional, y por haber sido el único que se pudo mirar y estudiar directamente, con el libro en mano.

En la transcripción, dentro de un lineamiento generalmente conservador, se fijaron pautas que, cuando debieron ser transgredidas, lo fueron con la debida justificación. Los criterios son:

1. La puntuación y la acentuación se ajustan a criterios actuales, así como el uso de signos de interrogación y de exclamación, casi siempre ausentes en el texto, aunque necesarios. En el caso de la acentuación se tiene también presente el valor diacrítico.
2. Se desarrollan las abreviaturas en cursiva, sin nota.
3. La *s* alta se transcribe como *s* normal.
4. Se mantienen las vacilaciones vocálicas y duplicadas: *benivolencia*; *fe-fee*.
5. La *i* con valor consonántico se transcribe como una *j* y viceversa. Así, *iayán* se transcribe *jayán* y *gujavan*, *guiavan*.
6. La *u* con valor consonántico se transcribe *v* y, a la inversa, la *v* con valor vocálico se transcribe *u*. Así, *vuo* aparece transcrito como *uvo*.
7. En general se respeta el consonantismo del texto base y se mantiene, igualmente, la ausencia o presencia de *h* muda y su alternancia, incluso en formas que hoy se consideran anómalas: “hedad, horden”; así como también la alternancia *c/z/ç/sc*.
8. Se mantiene la *-ss-* intervocálica, así como su alternancia con *-s-*, en casos como *uviase / uviessa*.
9. Se conserva la *ñ* en palabras como *ñublado*.
10. Se mantiene la alternancia entre *f* y *h* a principio de palabra, en casos como *fizo-hizo*.
11. Se mantiene la alternancia en los casos de vibrante múltiple y simple, que conviven arbitrariamente: *arójó / arrojó*.
12. Se mantienen las formas contractas *desta*, *dello*, *essotro* y similares. Sólo se separa con apóstrofo cuando se considera necesario para facilitar la lectura; así, *nos* (= no os), se transcribe *n'os* y *yos* (= yo os), *y'os*; pero *yos* (= idos) queda *yos*. Se separan las formas verbales embebidas: “ques” (= ‘que es’), se transcribe *qu'es*. Se separa el pronombre *él*, en casos como *del* (*d'él*), *sobrel* (*sobr'él*), *quel* (*qu'él*), pero quedan unidos cuando son artículos.
13. Se transcriben con minúscula inicial los nombres del tipo ‘rey, príncipe, corte’, etc., aunque a veces aparezcan con mayúscula. Las palabras ‘Emperador’ y ‘Emperatriz’ van con mayúscula cuando no acompañan al nombre del personaje. En el caso de “el viejo Emperador de Constantinopla”, nunca aparece su nombre.
14. Se emplean mayúsculas en los nombres; en los apodos cuando funcionan como nombres propios (“Cavallero de la Dubdosa Demanda”), no así cuando es una aparición puntual (“cavallero triste”); en la onomástica geográfica y en los casos en

que son los presuntos nombres del lugar o edificio (“Laguna Blanca”, “Casa del Deleyte”, “Encantado Navío” o “Navío Encantado”).

15. Los nombres abstractos asociados a alguna divinidad (amor, fortuna, mundo, discordia) se transcriben con mayúscula inicial cuando suponen una clara y activa intervención de esa potencia en el desarrollo del episodio o aparezcan personificados.
16. En general, no se agregan las letras embebidas (“Ilegan Alemaña”), excepto cuando se considera necesario para la lectura, en que se agregan entre corchetes.
17. Se corrigen entre corchetes [] las elisiones evidentes, así como las lecturas dudosas, para facilitar la labor del lector.
18. En los casos de unión y separación de palabras, muchas veces arbitraria, se trata de respetar el impreso sin poner en juego la legibilidad; por ello, todos los adverbios en *-mente* unen este sufijo. Se tiene especial cuidado cuando la separación o unión hace que las palabras se resemanticen: *ni a una / ni aún a* [f.56vb].
19. La concordancia de número no se corrige (“saber quién eran”) por considerarse uso de época, salvo errata evidente; se corrige la errónea concordancia de género cuando parece una errata (“letras... los cuales leýdos”).
20. Se respetan las variantes en los nombres de personas y lugares (“Orofanto-Orosanto; Sericania-Sericana-Siricania”); sólo se corrigen los errores evidentes (“Qisobel” por “Bisobel”).
21. Se tildan la forma *há* (verbo), en frases como “tiempo há”, para diferenciarlo de *a* (preposición), que suele estar precedida de *h*: *ha*.
22. Se tilda *y* cuando corresponde al adverbio de lugar allí: “ý verdades”.
23. Se indican los folios y columnas entre corchetes en el lugar correspondiente, excepto cuando el inicio se produzca en el interior de la palabra, en cuyo caso, se señala el final del folio y/o columna con | y se indica el mismo inmediatamente después; así en lugar de ‘en to[f.1rb]do’, se transcribe “en to|do [f.1rb]”.

A pie de página se consignan las variantes, indicadas con números; las notas finales se señalan con letras. Para remitir al vocabulario se emplea asterisco (*); en él se anotan los términos que pueden resultar desconocidos o los usos poco comunes de ellos; por ejemplo, se explica “lastimado de amor”, pero no “lastimado por las armas”.

Siglas y abreviaturas

Tercera edición:

a) Emisión A: A costa de Juan Boyer

BA: Biblioteca Nacional de Buenos Aires: 526 F.D. (Colección Foulché-Delbosc)

M1: Biblioteca Nacional de Madrid: R-11344

M2: Biblioteca Nacional de Madrid: R- 24.903

S: Biblioteca de la Junta de Castilla y León (conocido como ejemplar de la Biblioteca particular de José Antonio Pascual de Tejares, Salamanca)

Maz: Biblioteca Mazarine: 307ª

L: British Library: G. 10240

b) Emisión B: A costa de Benito Boyer.

UV: Universidad de Valencia: R- 1/159.

Segunda edición:

Mu: Jacome Cromberger, 1550, Munich, Bayerische Staatsbibliothek, 2º P.o. hisp. 19

Y: Jacome Cromberger, 1550, Yale, Connecticut, University Library: 1979.121.

Conclusiones

La tarea editorial aquí abordada tuvo como base la idea de que editar no es sólo transcribir sino también interpretar y, a partir de esto, hacer el texto accesible al lector, sea o no especialista; se trata de equilibrar fidelidad con legibilidad, para lo cual se intenta ofrecer un texto inteligible mediante las modificaciones más simples que se pudieran. En consecuencia, se intenta una restauración textual equilibrada y, sobre todo, coherente. Ya que no se trata de una edición paleográfica ni facsimilar, se procuró que fuera 'legible' y precisa. Todas las enmiendas adoptadas y la especificación de las lecciones originales se recogen en el aparato crítico.

Al realizar la *collatio* surgió que los ejemplares consultados de la tercera edición difieren en su estado de conservación, pero no en su contenido; la presencia de manchas, espacios en blanco, rotura y pérdida de folios –en ocasiones, muy grande– se subsanó con el cotejo de los mismos. El análisis de los ejemplares conservados en Munich y Yale de la 2ª edición realizada por Cromberger (1550) permitió comprobar que Francisco del Canto no sólo cambió los tipos góticos por caracteres romanos, sino que tampoco reimprimió el texto de la edición precedente, ya que alteró, suprimió o agregó frases y pasajes. Como el objetivo de la presente edición crítica es dar a conocer los ejemplares impresos de la tercera edición en sus dos emisiones, a partir de la presencia, en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, de la *Tercera parte del Espejo de cavallerías*, el *Roselao de Grecia*, se empleó la 2ª edición para algunos casos puntuales: completar frases truncas, subsanar erratas comunes a todos los ejemplares y –cuando fue necesario– cambiar expresiones, por razones de coherencia o claridad del texto.

Las ediciones segunda y tercera tienen diferencias, de mayor o menor envergadura, en casi todos sus folios. Algunas son tan pequeñas como el agregado de una palabra: donde Cromberger dice “tan proporcionado y gracioso”, la 3ª edición dice: “tan bien proporcionado y gracioso”. En otras oportunidades, el cambio es mayor y comprende varias líneas; como ejemplo de los párrafos agregados, podemos ver los finales de los capítulos LVI y LXVII:

Cromberger	F. del Canto
Cap. LVI: Por tanto, queden las Vuestras Grandezas con los soberanos dioses y estén contentas, que yo podré poco, si antes de dos días no os saco	Por tanto, queden las Vuestras Grandezas con los soberanos dioses y estén contentas, que yo podré poco, si antes de dos horas no os saco libres de la prisión en que estáys y en ello trabajaré, haciendo todo mi dever, de suerte que, pospuesto todo impedimento, os pondré en

	<p>entera libertad y cumpliré lo que he prometido, porque a tan altas señoras no es justo dezirles cosa que no se haga, aunque en ello se aventure la vida, la qual es de poco valor para emplearla en vuestro servicio, quanto más que no ay parte ni cosa en que mejor se pueda gastar que en serviros y daros el contento que desseáys. (f. 89rb)</p>
<p>Cap. LXVII: “y quando la reyna y infanta assí le vieron, sin duda pensavan que muerto estava, por lo qual su gozo passado se volvió en demaziada tristeza, Y llegando junto al cavallero, le quitaron como mejor pudieron el yelmo, por ver si estava muerto, el qual estava tan desfigurado de la sangre que avía perdido, que viéndole tal, las dos señoras empeçaron, llorando agramente, a solenizar con piadosas lágrymas su muerte. Y en este pensamiento sucedió lo que ahora oyréys.”</p>	<p>Cap. LXVII: “y quando la reyna Siliana e infanta Angelina así le vieron, sin duda pensavan que muerto estava, por lo qual su gozo passado se volvió en demaziada tristeza, pesándoles en estremo de ver morir <i>tan</i>preciado cavallero y de quien tanta esperança se podía tener y en la flor de su edad y dotado de tanta gentileza y hermosura, que demás del amor que le tenían por la buena obra que d’él avían recebido, se les acrecentava en gran manera su lástima y <i>compassión</i>, acordándoseles del peligro de que él las avía librado matando aquellos bravos jayanes que les tenían en guarda; y llegando junto al cavallero, le quitaron como mejor pudieron el yelmo, por ver si estava muerto, el qual estava tan desfigurado de la sangre que avía perdido, que viéndole tal, las dos señoras empeçaron, llorando agramente, a solenizar con piadosas lágrymas su muerte. Y en este punto sucedió lo que agora oyréys y en el capítulo siguiente largamente os será mostrado particularmente, donde se os dirá lo que más sucedió por su orden.”</p>

Existen también párrafos omitidos por Francisco del Canto, como se ve en el Cap. LVII, cuando Doralice se dispone a ayudar a Roselín, su madre y la infanta Melisandra, en que Cromberger suministra gran cantidad de detalles:

“...el rey cerró la puerta de la prisión y, muy descuidado de lo que le avino, a su aposento se volvió acompañado de los suyos. Pues como la infanta se vido dentro, no tardó mucho en llegar donde las dos señoras estavan esperándola con mucho deseo; y quando la vieron, a ella se levantaron y, abraçándola, le preguntaron lo que le avía passado, todo lo qual ella contó y de su gentil aviso quedaron espantadas, riendo mucho de la ceguedad que el rey tenía. Y luego a la ora (viendo que avía dello necesidad), buscaron con qué poder hazer el agujero que era necesario para que el Emperador a ellas entrasse; y andando a buscar con qué, acaso se toparon con un assador (que los que en el servicio de las dos señoras presas entravan, allí avían dexado)¹, con el qual, la infanta Doralice, atinando hazia aquella parte que la mazmorra sería, con mucho cuidado de todas tres, haziéndole dos pedazos, empeçaron a desbaratar unas tablas y maderos que por techum-

¹ Los paréntesis están en Mu y Y.

bre la mazmorra tenía. Y como el Emperador el ruydo que ellas hazían oyesse y estuviesse avisado, atinando a la parte que era, con su espada, como mejor podía, les ayudava; de suerte que en breve espacio hizieron un agujero por el qual un hombre muy holgadamente caber podía.” (Mu, Y, f. 88vb-89ra).

Por último, algunos párrafos fueron modificados por Francisco del Canto:

Cromberger	F. del Canto
Cap. LVI: “Con mucho amor la abraçaron las dos señoras despidiéndose della y encomendándole su libertad; y ella se salió adonde es rey estava, al qual dio gran esperanza de su señora, con lo qual él fue muy alegre, pensando con la ceguedad de amor, que todo lo que la infanta le dezía era assí.”	Cap. LVI: “Con mucho amor la abraçaron las dos señoras despidiéndose della y encomendándole su libertad; se fue donde el rey estava y le dio mucho <i>contento con</i> sus vanas esperanças y promesas. [f. 89va]
Cap. LVII: “La infanta en el comedio que la noche venía, se dio tal maña que metió donde el Emperador estava sus armas y otras que de un cavallero que la prisión guardava eran, las quales, porque ella fingió ser buenas para su esposo (quando de la prisión saliesse), se las compró y llevó a la prisión donde estava.”	Cap. LVII: “La infanta en el comedio que la noche venía, se dio tal maña que, quando vino la hora señalada, tenía ya hecho todo lo que avía prometido y estava el Emperador y aquellas reyna y infanta en el aposento de la prisión y cárcel en que avían estado detenidos. Y assí como el Emperador salió de donde estava, se armó de sus ricas armas, las quales la infanta Doralice avía hallado en la quadra que diximos y, con su buena industria, traydolas para que dellas se aprovechasse, y assimismo, traxo otras para la reyna.”(f. 89vb)

El advertir estas diferencias redobló el interés por obtener copia del único ejemplar conocido de la *princeps*, el aparecido en Toledo, 1547, del impresor Juan de Ayala, “a costa de Diego López”, que se conserva en Williamstown, Massachusetts, Williams College, para indagar si también se habían producido cambios entre al primera y la segunda ediciones. Ante la falta de respuesta a los reiterados pedidos efectuados en años anteriores, se recurrió a la ayuda del Dr. Joseph Snow y de la Dra. Leyla Rouhi, para que insistieran en la solicitud. Pese al prestigio de ambos y a que, en el caso de la Dra. Rouhi, es docente del propio Williams College, no se obtuvo respuesta ni explicación alguna. Por lo tanto, fue imposible realizar el cotejo, que sería indispensable para llevar a cabo una edición crítica de las tres ediciones conservadas.

La tarea ecdótica exigió tomar algunas decisiones frente a determinados problemas como:

- cambiar la atribución de un parlamento: en el f. 14vb, todos los ejemplares coincidían en atribuir un parlamento al Emperador cuando por su sentido (referirse a una mujer como perteneciente a su bando) debía

estar en labios de la Emperatriz (“– No consentimos yo ni la princesa, mi hija –dixo la Emperatriz–, ni estas señoras que aquí están, perder de nuestro vando tal donzella como es la infanta Roselinda, porque ganéys del vuestro tal cavallero.”);

- agregar palabras para que la frase fuera más clara o adquiriese sentido (“llegándose al príncipe, se empieçan de herir de muy bravos y pesados golpes y tan a menudo que de la lumbre que de ellos salía, con la reberberación que el christalino muro en sus armas hazía, impedía de muchas vezes [ser] vistos”, f. 29ra; “Los dos buenos hermanos siguieron por donde eran avisados del sabio Atalante para [ir] en favor del duque don Estolfo y del conde Galalón”, f. 84va);
- completar frases y palabras, cuando era necesario para el sentido (“aunque fuessen buscados de la gente de su madre [no los hallarían]” f. 36 vb; “grandes corr[edor]es” f. 22vb);
- proceder a reemplazar –con toda la prudencia del caso– algunas palabras de la tercera edición por otras de la segunda, así, “en la misericordia ponga” fue cambiado por “en la mía ponga” (“mi determinada voluntad es de me bolver a la galera de donde salimos y, pagándosela al patrón, dexarla yr a su ventura, para que en la mía ponga remedio” f. 61ra) y también “Donde con estas crianças y otras muchas se despiden del Emperador despiden del Emperador” f. 23va en lugar de “Donde con crianzas otros muchos”;
- separar o unir palabras cuando esto hace que se resemanticen, como frente a “ni a una” que pasó a “ni aún a” o “también”, corregido en “tan bien” (“Quál desventura pudo ser mayor a ningún príncipe ni aún a baxas señoras que así en vuestro gran imperio y soberano señorío, por solo dos jayanes fuéssedes presas” f. 56vb; “en todos los miembros de su cuerpo tan bien proporcionado y gracioso” f. 101va);
- suprimir relativos y coordinantes en párrafos complejos (“Después que el infante don Roserín fue guarido de sus llagas, que por libertar al hijo del valiente rey Arismeno (que), como oýstes, en el castillo de Rodolano ovo, de donde salió (y), se vino a curar a un puerto de mar que ay cerca se hazía, donde la donzella de Alemaña una su nave tenía, donde

se metieron después que el infante don Roserín fue guarido de sus heridas.” f. 37va);

- hacer enmiendas editoriales cuando tampoco la segunda edición (Munich-Yale) ofrecía un texto aceptable; por ejemplo: “no consintía que otro alguno” (*nos*) / “no consintía que otro alguna” (*edd.*) (f. 5rb); “çafiros” (*nos*) / “çafires” (*edd.*) (12ra); “salió” (*nos*) “salió y” (*edd.*) (f. 37va); “acordándoseles del peligro de que él las avía librado” (*nos*) / “acordándoseles del peligro de que él los avía librado” UV, M1, Maz, S, L. *Locum omittit Mu, Y.* (103va)

La edición de Cromberger tiene menos erratas que la de Francisco del Canto, pero varias eran comunes a ambas y se analizó cada caso en particular para decidir su corrección: “Renaldos de Montalval”, fue cambiado por “Renaldos de Montalván” (f. 33ra); “esta otra parte del padrón”, reemplazó a “este otra parte del padrón” (f. 29ra); “Rezia cosa me paresce” en vez de “Rezio cosa me parece” (f.76rb); se decidió corregir “de más de ciento dellos en media hora mató más de cincuenta” en lugar de “de más de ciento dellos en media hora mató más los de cincuenta” (f. 48rb).

Dado que el fijar la puntuación implica actuar a nivel de interpretación del texto, se analizaron cuidadosamente las distintas soluciones a los problemas que se presentaron a lo largo de la edición. La presencia de períodos complejos oracionales unida a que en la prosa del s. XVI todavía predomina cierta modalidad oral, lleva a no introducir pausas fuertes donde hoy se lo haría y a colocar pausas antes de coordinante (“Y tornándose do sus compañeros estaban,” f. 2rb; “Y allí se hablaron y, abraçándose,” f. 80 va).

Creemos, pues, que se ha logrado el objetivo de este trabajo:

1. Dar a conocer el ejemplar porteño de *Tercera parte de Espejo de Cavallerías. Don Roselao de Grecia*
2. Realizar una edición crítica de las dos emisiones de la tercera edición del texto, aplicando no sólo el criterio *ope editionum* sino también el criterio *ope ingenii*.
3. Ofrecer al mercado lector un texto legible y posible de ser difundido, con una introducción, aparato de notas y apéndice que lo enriquezcan y favorezcan su comprensión.

Bibliografía

Fuentes:

[*Espejo de cavallerías*] PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA PARTE DE ORLANDO ENAMORADO. *Espejo de Cavallerías en el qual se verán el fin que ovieron los amores del Conde Roldán: y del muy esforçado Cavallero don Reynaldos de Montalván y de otros muchos preciados Cavalleros*. Por Pedro de Reinosá, vezino de la muy noble Ciudad de Toledo (Medina del Campo, Francisco del Canto, 1585/6).

Ejemplares consultados:

1) De la tercera edición:

a) Emisión A: A costa de Juan Boyer

- Biblioteca Nacional de Buenos Aires: 526 F.D. (Colección Foulché-Delbosc).
- Biblioteca Nacional de Madrid: R-11344.
- Biblioteca Nacional de Madrid: R- 24.903.
- Biblioteca de la Junta de Castilla y León (conocido como ejemplar de la Biblioteca particular de José Antonio Pascual de Tejares, Salamanca)
- Biblioteca Mazarine: 307^a
- British Library: G. 10240

b) Emisión B: A costa de Benito Boyer.

- Universidad de Valencia: R- 1/159.

2) De la segunda edición

- Jacome Cromberger, 1550, Munich, Bayerische Staatsbibliothek, 2º P.o. hisp. 19.
- Jacome Cromberger, 1550, Yale, Connecticut, University Library: 1979.121.

Estudios:

a) Sobre manuscritos, ecdótica y crítica textual:

AVENOZA, GEMMA y ORDUNA, GERMÁN, “Registro de filigranas de papel en códices españoles”, en *Incipit XI*, 1991, pp.1-9.

AVENOZA, GEMMA, “Registro de filigranas de papel en códices españoles (*cont.*)”, en *Incipit XIII*, 1993, pp.1-13.

- AVENOZA, GEMMA y ORDUNA, GERMÁN, "Registro de filigranas de papel en códices españoles (*cont.*), en *Incipit X*, 1990, pp.1-15.
- BLECUA, ALBERTO, *Manual de crítica textual*, Madrid, Castalia, 1983, 360 pp.
- CAÑEDO, JESÚS y ARELLANO, IGNACIO, (eds.) *Edición y anotación de textos del Siglo de Oro. Actas del Seminario Internacional para la Edición y Anotación de Textos del Siglo de Oro*. (Universidad de Navarra, 10.13 de diciembre de 1986). Pamplona, EUNSA, 1987.
- CAVALLERO, PABLO, "Las concordancias de *Del soberano bien* y una aportación a la búsqueda de citas y fuentes por computadora en textos españoles medievales", en *Incipit X*, 1990, pp. 121-126.
- CODICOLOGICA. I *Théories et principes*, Leiden ("Litterae textuales". A series on Manuscripts and their Texts), 1976.
- CODICOLOGICA. II *Eléments pour une codicologie comparée*, Leiden ("Litterae textuales". A series on Manuscripts and their Texts), 1978.
- CODICOLOGICA. III *Essais typologiques*, Leiden ("Litterae textuales"), 1980.
- CODICOLOGICA. IV *Essais méthodologiques*, Leiden ("Litterae textuales". A series on Manuscripts and their Texts), 1978.
- CODICOLOGICA. V *Les matériaux du livre manuscrit*, ("Litterae textuales") Leiden, Brill, 1980.
- FERNÁNDEZ-ORDOÑEZ, INÉS, "Tras la *collatio* o cómo establecer correctamente el error textual", en *La corónica* 30.2 (Spring, 2002), pp. 105-80.
- FERRARIO DE ORDUNA, LIDIA E., "Editar impresos de los siglos XVI y XVII", en Orduna, Germán, *Ecdótica. Problemática de la edición de textos*, Kassel, Ed. Reichenberger, 2000, pp. 113-163.
- , "Variación lingüística y textual del discurso narrativo en la prosa ficcional caballerescas", en AA.VV., *Estudios sobre la variación textual. Prosa castellana de los siglos XIII a XVI*, Buenos Aires, Publicaciones 6, Secrit, 2001, pp.69-92.
- , "Necesidad de una tarea filológica. A propósito de la edición crítica de *Belianís de Grecia* (Burgos 1547)", en *Actas del II Congreso Nacional de Lingüística*, San Juan, 1981, pp. 105-112.
- , "La literatura caballerescas castellana: ediciones críticas y proyectos editoriales", en *Incipit XVIII*, 1998, pp. 41-63.
- INFANTES, VÍCTOR, "Cómo se edita un texto literario, Seminario de crítica textual de la Universidad Complutense", en *Incipit V*, 1985, pp. 125-128.

- LUCÍA MEGÍAS, JOSÉ MANUEL, "La teoría de los diasistemas y el ejemplo práctico del *Libro del caballero Zifar*", en *Incipit XVI*, 1996, pp. 55-114.
- , "La edición de libros de caballerías castellanos: defensa de la puntuación original", en *Edición y anotación de textos. Actas del I Congreso de Jóvenes Filólogos (A Coruña, 25-28 de septiembre de 1996)*, eds. Carmen Parrilla, Begoña Campos, Mar Campos, Antonio Chas, Mercedes Pampín y Nieves Pena. 2 vols. La Coruña: Universidade da Coruña, 1998, II, pp.389-415.
- , "Editar en Internet (*che quanto piace il mondo è breve sogno*)", en *Incipit XVIII*, 1998, pp. 1-40.
- , "¿Cómo editar textos impresos? Notas y comentarios para un manual", en *La corónica* 30.2 (Spring, 2002), pp. 279-315.
- MARCOS MARÍN, FRANCISCO, "Metodología informática para la edición de textos", en *Incipit VI*, 1986, pp. 185-197.
- , "La recuperación de la colección Foulché-Delbosc de la Biblioteca Nacional de la República Argentina", en *La Corónica*, 29.2 (Spring, 2001), pp.147-57.
- MARCOS MARÍN, FRANCISCO - OLIVETTO, GEORGINA - ZUMÁRRAGA, VERÓNICA, *Catálogo de la Colección Raymond Foulché-Delbosc de la Biblioteca Nacional de la República Argentina*, Tomo II, *Impresos*, Publicación electrónica.
- MONTANER FRUTOS, ALBERTO, "Ecdótica, paleografía y tratamiento de imagen: el caso del *Cantar de mio Cid*", en *Incipit XIV*, 1994, pp. 17-56.
- MOROCHO GAYO, GASPAS, "Autoridad de autor y autoridad de editor", en *Incipit IV*, 1984, pp. 1-16.
- MORREALE, MARGHERITA, "Algunas consideraciones sobre el uso de los signos diacríticos en la edición de textos medievales", en *Incipit I*, 1981, pp. 5-11.
- ORDUNA, GERMÁN, *Ecdótica. Problemática de la edición de textos*, Kassel, Ed. Reichenberger, 2000.
- , "Registro de filigranas de papel en códices españoles", en *Incipit I*, 1981, pp. 25-30.
- , "La *collatio* externa de los códices como procedimiento auxiliar para fijar el *stemma codicum*. *Crónicas del Canciller Ayala*", en *Incipit II*, 1982, pp. 3-53.
- , "Registro de filigranas de papel en códices españoles" (*cont.*), en *Incipit II*, 1982, pp. 55-59.
- , "La *collatio* externa de los códices como procedimiento auxiliar para completar la *recensio* (Las adiciones a la *Crónica de Alfonso XI* y los capítulos iniciales de la

- Crónica de Pedro I*”, en *Incipit IV*, 1984, pp.17-34.
- , “Registro de filigranas de papel en códices españoles” (*cont.*), en *Incipit V*, 1985, pp. 5-10.
- , “Un nuevo tipo de edición: la ‘edición sinóptica experimental’”, en *Incipit VI*, 1986, pp. 103-105.
- , “Registro de filigranas de papel en códices españoles” (*cont.*), en *Incipit VII*, 1987, pp. 1-6.
- , “El cotejo de las versiones *vulgata* y *primitiva* como recurso para la fijación del texto cronístico del Canciller Ayala (ensayo de método)”, en *Incipit VIII*, 1988, pp. 1-24.
- , “La ‘edición crítica’”, en *Incipit*, X, 1990, pp. 17-43.
- , “Defensa de la edición crítica como arte. A propósito de la "Carta del moro sabidor" en la *Crónica del Canciller Ayala*”, en *Incipit XIV*, 1994, pp. 1-16.
- , “La variante y la "vida parafrástica" de la escritura medieval”, en *Incipit XIV*, 1994, pp. 145-158.
- , “II. La edición crítica como arte de edición. 1. *Interpretatio-Iudicium* (*Mio Cid*, vv. 2686-88 y 2428-29). 2. De la oralidad al impreso”, en *Incipit XV*, 1995, pp. 1-22.
- , “La crítica textual ante la documentación histórica (Los últimos años de la *Crónica de Enrique II*)”, en *Incipit XVI*, pp. 1-18.
- PÉREZ PRIEGO, MIGUEL ÁNGEL, *La edición de textos*, Madrid, Síntesis, 1997.
- RICHTHOFEN, ERICH VON, *Límites de la crítica literaria y Analectas de filología comparada*, Barcelona, Planeta, 1976.
- RUBIO TOVAR, JOAQUÍN, "Renuevos de la filología", en *La corónica* 30.2 (Spring, 2002) pp. 23-46.
- RUFFINATTO, ALDO, “El hispanismo italiano y la ecdótica (estado de una cuestión)”, en *Incipit XII*, 1992, pp. 157-170.
- SÁNCHEZ-PRIETO BORJA, PEDRO, “Problemas lingüísticos en la edición de textos medievales (Sobre la relación entre crítica textual e historia de la lengua)”, en *Incipit XVI*, 1996, pp. 19-54.

b) Sobre libros de caballerías

AGUILAR PERDOMO, ROSARIO, “La nao de amor del *Felixmarte de Hircania* y otras

- composiciones líricas en los libros de caballerías peninsulares”, en *Revista de literatura medieval* XIII/2 (julio-diciembre 2001), pp. 9-27.
- ALVAR, CARLOS, “Raíces medievales de los libros de caballerías”, en *Edad de Oro*, vol. XXI. Primavera 2002, pp. 61-84.
- BAJTÍN, MIJAIL M., “Formas del tiempo y del cronotopo en la novela (Ensayos sobre poética histórica)”, en su *Problemas literarios y estéticos*, Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1986, pp. 269-353.
- BARAHONA, FRANCISCO, *Flor de caballerías*, ed. de José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Centro de estudios cervantinos, 1997.
- BELTRÁN, RAFAEL, “Sobre el simbolismo profético de visiones y representaciones en libros de caballerías: de *Curial e Güelfa* y *Tirant lo Blanc* a la *Corónica de Adramón*”, en *Edad de Oro*, vol. XXI Primavera 2002, pp. 481-498.
- BOGNOLO, ANNA. *La finzione rinnovata. Meraviglioso, carte e avventura nel romanzo cavalleresco del primo Cinquecento spagnolo*. Florencia: ETS, 1997.
- CACHO BLECUA, JUAN MANUEL, *Amadís: heroísmo mítico cortesano*, Madrid, Cupsa, 1979.
- , “Los cuatro libros de *Amadís de Gaula* y *Las sergas de Esplandián*: los textos de Garci Rodríguez de Montalvo”, en *Edad de Oro*, vol. XXI. Primavera 2002, pp. 85-116.
- CÁTEDRA, PEDRO, “Literatura y espectáculo caballerescos en el siglo XVI”, Comunicación presentada al Coloquio Internacional “Literatura caballeresca en España e Italia. Circulación de géneros, temas y argumentos desde el Medioevo (1460-1550)”, Colonia, Universität zu Köln, Romanisches Seminar, 3-5 de abril de 1997; se publica en las *Actas*, Colonia: Petrarca-Institut, 2000.
- CORBERA, ESTEBAN, *Febo el Troyano*, ed. de José Julio Martín Romero, Alcalá de Henares, Centro de estudios cervantinos, 2005.
- CURTO HERRERO, FEDERICO, *Estructura de los libros españoles de caballerías en el siglo XVI*, Madrid, Fundación Juan March, 1976.
- , “Los libros de caballerías en el siglo XVI”, en Francisco López Estrada, ed., *Historia y crítica de la literatura española, II: Siglos de Oro: Renacimiento*. Barcelona, Crítica, 1980, pp. 286-290.
- CHEVALIER, MAXIME, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*. Madrid: Turner, 1977.
- DUCE GARCÍA, JESÚS, *Roselao de Grecia (tercera parte de ‘Espejo de Caballerías’)*

- por Pedro de Reinoso, Guía de lectura, Alcalá de Henares, Centro de estudios cervantinos, 2008.
- EISENBERG, DANIEL Y MARÍN PINA, MARIA DEL CARMEN, *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Prensa Universitaria de Zaragoza, 2000.
- FERRARIO DE ORDUNA, LILIA E. "Los libros de caballerías como incitación a la aventura", en *Literatura y cultura en la España del descubrimiento (Seminario 1991)*, Buenos Aires, Embajada de España, Oficina Cultural, 1992, pp.148-171.
- , ed. *Amadís de Gaula. Estudios sobre narrativa caballerescas castellana en la primera mitad del siglo XVI*, Kassel, Reichenberger, 1992.
- FOGELQUIST, JAMES DONALD, *El Amadís y el género de la historia fingida*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982.
- FRABOSCHI, AZUCENA ADELINA, *La educación de un caballero medieval*, Buenos Aires, EDUCA, 2001.
- GALLUD JARDIEL, ENRIQUE, "La difusión de las novelas de caballerías", en *Literatura hispánica. Reyes católicos y descubrimiento. Actas del Congreso Internacional sobre literatura hispánica en la época de los Reyes Católicos y el Descubrimiento*, ed. Manuel Criado de Val, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1989, pp. 223- 229.
- GIL-ALBARELLOS, SUSANA, '*Amadís de Gaula*' y el género caballeresco en España, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1999.
- GÓMEZ-MONTERO, JAVIER, *Literatura caballerescas en España e Italia (1483-1542)*. *El 'Espejo de cavallerías' (Deconstrucción textual y creación literaria)*, Max Niemeyer Verlag , Tübingen, 1992.
- , "Traducciones y mutaciones tipológicas en el género narrativo: la originalidad de las versiones castellanas en prosa del *Morgante* y del *Orlando Innamorato*", en *Actes du XVIII^e Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes du 19 au 24 mai 1986*, Université de Trèves, vol. VI, pp. 362-376 (Tübingen, 1988).
- GRIFFIN, CLIVE. *The Crombergers of Seville: The History of a Printing and Merchant Dynasty*. Oxford: Clarendon, 1988.
- GUIJARRO CEBALLOS, JAVIER, "Notas sobre las comparaciones animalísticas en la descripción del combate de los libros de caballerías. La ira del caballero cristiano", en *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán. Valencia: Universitat de València, 1998, pp. 115-135.

- INFANTES, VÍCTOR, "Tipología de la enunciación literaria de la prosa áurea. Seis títulos (y algunos más) en busca de un género: obra, libro, tratado, crónica, historia, cuento, etc." (II), en Whicker, Jules, ed. *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 21-26 de agosto de 1995 Birmingham II Estudios Áureos I*. Birmingham, The University of Birmingham, 1998, pp. 310-318.
- LEDDA, GIUSEPPINA, "Note sul *Primaleón* o *Libro segundo del emperador Palmerín*", en *Studi sul 'Palmerín de Olivia'. III. Saggi e ricerche*. Pubblicazione dell' Istituto di Letteratura Spagnola e Hispano-Americana dell'Univerdità di Pisa, 13. Pisa: Università di Pisa, 1966, pp. 137-158.
- LÓPEZ ESTRADA, FRANCISCO, "Variedades de la ficción novelesca", en Francisco López Estrada, ed., *Historia y crítica de la literatura española, II: Siglos de Oro: Renacimiento*. Barcelona, Crítica, 1980, pp. 271-285.
- LUCÍA MEGÍAS, JOSÉ MANUEL, "Nuevas noticias sobre viejos libros de caballerías españoles conservados en las bibliotecas públicas de París", en *Revista de Literatura Medieval V*, 1993, pp. 179-232.
- , "Los ciclos de *Amadís de Gaula* y *Palmerín de Olivia* en la Biblioteca del Palacio Real (Madrid)", en *Journal of Hispanic Research*, vol. 3 (1994-95), pp. 81-106.
- , *Libros de caballerías castellanos en las Bibliotecas Públicas de París. Catálogo descriptivo*. Univ. de Alcalá, Univ. degli Studi di Pisa, 1999.
- , "Libros de caballerías impresos, libros de caballerías manuscritos (observaciones sobre la recepción del género editorial caballeresco)", en *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán. Valencia: Universitat de València, 1998, pp. 311-341.
- , *Antología de libros de caballerías castellanos*, Alcalá de Henares, Centro de estudios cervantinos, 2001.
- , "Los libros de caballerías a la luz de los primeros comentarios del *Quijote*: De los Ríos, Bowle, Pellicer y Clemencín", en *Edad de Oro*, vol. XXI. Primavera 2002, pp. 499-540.
- , "Libros de caballerías castellanos: textos y contextos", en *Edad de Oro*, vol. XXI. Primavera 2002, pp. 9- 60.
- , "Caballero jinete en portada (hacia una tipología iconográfica del género editorial caballeresco)", en *Literatura caballeresca entre España e Italia (del 'Orlando' al 'Quijote')*, dir. Javier Gómez Montero; Bernhard König; ed. Folke Gernert, Salamanca, Seminario de Estudios medievales y Renacentistas; Sociedad de Estudios

- Medievales y Renacentistas; Kiel; CERES de la Universidad de Kiel, 2004, pp. 67-107.
- , "Imprenta y lengua literaria en los Siglos de Oro: el caso de los libros de caballerías castellanos", *Edad de Oro*, 23 (2004), pp. 199-229.
- , "Libros de caballerías castellanos: un género recuperado", *Letras. Libros de caballerías. El 'Quijote'. Investigación y Relaciones*, 50-51 (2004-2005), pp. 203-234.
- LUCÍA MEGÍAS, J. M. – SALES DASÍ, Emilio (edd.), *Libros de caballerías castellanos (Los textos que pudo leer Don Quijote de la Mancha)*. Madrid, Castalia ('Castalia Prima'), 2007.
- MANCINI, GUIDO, "Introducción al *Palmerín de Olivia*", en su *Dos estudios de Literatura Española*, Barcelona, Planeta, 1969, pp. 9 -202.
- MARÍN PINA, CARMEN, "Aproximación al tema de la *virgo bellatrix* en los libros de caballerías españoles", en *Criticón* 45, 1989, pp. 81-94.
- , "La mujer y los libros de caballerías. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco entre el público femenino", en *Revista de Literatura Medieval*, III, 1991, pp. 129-148.
- , "Metamorfosis caballeresca de Píramo y Tisbe en el *Clarisel de las Flores* de Jerónimo de Urrea", en *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán. Valencia: Universitat de València, 1998, pp. 289-307.
- , "*Clarisel de las Flores* de Jerónimo de Urrea", en *Edad de Oro*, vol. XXI, Primavera 2002, pp. 451-479.
- , "La aventura de Finea y Tarnaes como relato digresivo del *Primaleón*", en *Formas breves del relato (Coloquio Casa de Velázquez-Departamento de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza. Madrid, febrero de 1985)*, 1986, pp. 105-113.
- , "Los lectores de libros de caballerías", en *El delirio y la razón: Don Quijote por dentro*, eds. Carlos Alvar; José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Comunidad de Madrid; Ayuntamiento de Alcalá; Fundación "Camino de la lengua castellana"; Centro de Estudios Cervantinos, 2005, pp. 38-47.
- MARTÍN MORÁN, JOSÉ MANUEL, "Tópicos espaciales en los libros de caballerías", en *Symbolae Pisanae. Studi in onore di Guido Mancini*, eds. Blanca Perriñán y Francesco Guazzelli. 2 vols. Pisa, Giardini, 1989, II, pp. 365-383.
- Palmerín de Olivia (Salamanca, [Juan de Porras], 1511)*, intr. M. Carmen Marín Pina,

- ed. y apénd. Giuseppe di Stefano, Alcalá de Henares, Centro de estudios cervantinos, 2004.
- PAREDES, JUAN - NOGUERAS, ENRIQUE - SÁNCHEZ RODRIGO, LOURDES (edd.), *Estudios sobre el "Tirant lo Blanc"*, Universidad de Granada, 1995.
- PICCHIO, LÚCIANA STEGAGNO y BLECUA, ALBERTO, "Norma y desvío en la ficción caballeresca: el *Palmerín* y el *Baldo*", en Francisco López Estrada, ed., *Historia y crítica de la literatura española, II: Siglos de Oro: Renacimiento*. Barcelona, Crítica, 1980, pp. 291-296.
- PORRO, NELLY R., "La investidura de armas en el *Amadís de Gaula*", en *Cuadernos de Historia de España*, LVII-LVIII, Buenos Aires, 1973, pp. 331-407.
- RIQUER, MARTÍN DE, "Las armas en el *Amadís de Gaula*", en *Boletín de la Real Academia Española* LX, 1980, pp. 331-427.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, GARCI, *Amadís de Gaula*, ed., pról. y notas de Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1987-88.
- RUBIO TOVAR, JOAQUÍN, *La narrativa medieval: los orígenes de la novela*, Madrid, Anaya, 1990.
- RUIZ-DOMÉNEC, JOSÉ ENRIQUE, *La novela y el espíritu de la caballería*, Barcelona, Mondadori, 1993.
- SALES DASÍ, EMILIO JOSÉ, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- SÁNCHEZ MARIANA, MANUEL, "La ejecución de los códices en Castilla en la segunda mitad del siglo XV", en *Libro Antiguo Español. Actas del primer Coloquio Internacional (Madrid, 18 al 20 de diciembre de 1986)*, Univ. de Salamanca, Biblioteca Nac. de Madrid, Sociedad Española de Historia del Libro, Salamanca, 1988, pp. 317-344.
- SARMANI, ELISABETTA, "Los libros de caballerías en el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés", Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro (AISO), (Alcalá de Henares, 22-27 de julio de 1996) ed. María Cruz García de Enterría y Alicia Cordon Mesa, Univ. de Alcalá, tomo 2, 1998, pp.1491-1498.
- SHARRER, HARVEY L., "Juan de Burgos: impresor y refundidor de libros caballerescos", en *El Libro Antiguo Español. Actas del primer Coloquio Internacional (Madrid, 18 al 20 de diciembre de 1986)*, Univ. de Salamanca, Biblioteca Nac. de Madrid, Sociedad Española de Historia del Libro, Salamanca, 1988, pp. 361-369.

SILVA, FELICIANO DE, *Lisuarte de Grecia*, ed. de Emilio J. Sales Dasí, Alcalá de Henares, Centro de estudios cervantinos, 2002.

SIMÓN DÍAZ, JOSÉ, “La literatura medieval castellana y sus ediciones españolas de 1501 a 1560”, en *Libro Antiguo Español. Actas del primer Coloquio Internacional (Madrid, 18 al 20 de diciembre de 1986)*, Univ. de Salamanca, Biblioteca Nac. de Madrid, Sociedad Española de Historia del Libro, Salamanca, 1988, pp. 371-396.

TENORIO TENORIO, ALEJANDRO, “La aventura espeleológica de Don Quijote”, *Lemir: Estudios, Libros e Investigaciones* (2005) <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Estudios/Tenorio/Tenorio.htm>

THOMAS, HENRY, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas. Despertar de la novela caballeresca en la península ibérica y expansión e influencia en el extranjero*, Madrid, CSIC, 1952.

TIERRI, NICOLÁS, *Platir (Valladolid, 1533)*, ed. M. Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de estudios cervantinos, 1997.

VARGAS LLOSA, MARIO, *Carta de batalla por Tirant lo Blanc*, Barcelona, Seix Barral, 1991.

VIÑA LISTE, JOSÉ MARÍA, *Textos medievales de caballerías*, Madrid, Cátedra, 1993.

c) Sobre temas culturales, literarios, históricos y de impresión vinculados al texto

ABAD, JULIÁN MARTÍN, *La imprenta en Alcalá de Henares (1502-1600)*, Madrid, Arco/libros, 1991.

ALBALADEJO MAYORDOMO, T., *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa*, Alicante, Univ. de Alicante, 1986.

ALVAR, CARLOS, *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza, 1991.

ARIOSTO, LUDOVICO, *Orlando Furioso*, a cura di Remo Ceserani, Torino, 1973.

AUERBACH, ERICH, “La salida del caballero cortesano”, en *Mimesis: La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, pp. 121-138.

BARAHONA, FRANCISCO DE, *Flor de caballerías*, ed. De José Manuel Lucía Megías, Alcalá, Centro de Estudios Cervantinos, 1997.

BARANDA, NIEVES, “El Guarino Mezquino [1527]”, en *Edad de Oro*, vol. XXI. Primavera 2002, pp. 289-303.

- BERISTÁIN, HELENA, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 1985.
- BIEDERMANN, HANS, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Paidós, 1986.
- BOIARDO, MATTEO MARIA, *Orlando Innamorato*, a cura di Giuseppe Anceschi, Milano, 1978.
- CAMPBELL, JOSEPH, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- CIRLOT, JUAN-EDUARDO, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor, 1991.
- CIRLOT, VICTORIA, "La estética de lo monstruoso en la edad media", *Revista de Literatura Medieval*, Gredos, vol. II, 1990, pp. 175-182.
- CLÉBERT, JEAN-PAUL, *Bestiaire fabuleux*, París, Albin Michel, 1971.
- COVARRUBIAS OROZCO, SEBASTIÁN DE, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Castalia, 1994.
- CUESTA TORRE, M. LUZDIVINA, "Adaptación, refundición e imitación: de la materia artúrica a los libros de caballerías", *Revista de poética medieval* 1 (1997), pp. 35-70.
- CURTIUS, ERNST ROBERT, *Literatura europea y Edad Media latina*, México, Fondo de cultura económica, vol. I y II, 1975.
- DE SANCTIS, FRANCESCO y FLORA, FRANCESCO, *Historia de la Literatura Italiana*, Buenos Aires, Losada, 1952.
- DUBY, GEORGES, *El amor en la Edad Media y otros ensayos*, Buenos Aires, Alianza, 1991.
- FERRARIO DE ORDUNA, LILIA, "La historia de Policena en el *Belianís de Grecia* y algunos textos españoles medievales y renacentistas", en *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, 5 vols. Barcelona, Quaderns Crema, 1986-91, vol. I (1986), pp. 383-408.
- FLORES ARROYUELO, FRANCISCO J., "El torneo caballeresco: de la preparación militar a la fiesta y representación teatral", en *Medioevo y literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 27 septiembre-1º octubre 1993)*, ed. Juan Paredes [Núñez], 4 vols. Granada: Universidad de Granada, 1995, II, pp. 257-278.
- FRADEJAS RUEDA, JOSÉ MANUEL, "La *Historia de Enrique Fi de Oliva*: su transmisión textual", en *Medioevo y literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 27 septiembre-1º octubre 1993)*, ed. Juan Paredes [Núñez], 4 vols. Granada: Universidad de Granada, 1995, II, pp. 297-311.

- FRENK, MARGIT, “La ortografía elocuente (testimonios de lectura oral en el Siglo de Oro)”, en *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, I (agosto, 1983). Madrid, Istmo, 1986, pp.549-556.
- FUNES, LEONARDO, *De Alfonso el Sabio al canciller Ayala: variaciones del relato histórico* (Conclusiones del Seminario dictado en la Universidad de Buenos Aires, agosto-noviembre de 2002). www.parnaseo.uv.es/Memorabilia/Memorabilia/Funes/Funes.htm
- GARROSA RESINA, ANTONIO, “La tradición de animales fantásticos y monstruos en la literatura medieval española”, en *Castilla: Boletín del Departamento de Lit. española*, Nº 91, 1985, pp. 77-101.
- GERNERT, FOLKE, “El Baldo [1542]: cuarta parte del ciclo *Renaldos de Montalbán*”, en *Edad de Oro*, vol. XXI. Primavera 2002, pp. 335-347.
- GIL-ALBARELLOS PÉREZ-PEDRERO, SUSANA, “Debates renacentistas en torno a la materia caballeresca. Estudio comparativo en Italia y España”, en *Exemplaria. Revista de literatura comparada*, vol. 1, 1997, pp. 43-73.
- GONZÁLEZ SALGADO, JOSÉ ANTONIO, “Contribución al estudio de la ortografía en el siglo XVI: la reforma del padre Flórez”, en *DICENDA. Cuadernos de Filología Hispánica*, nº 14, 1996, pp. 149-157.
- GRACIA, PALOMA, “Sobre la tradición de los autómatas en la insola firme. Materia antigua y materia artúrica en el *Amadís de Gaula*”, en *Revista de Literatura Medieval*, VII, 1995, pp. 119-135.
- , “El Arco de los leales amadores: a propósito de algunas ordalías literarias”, en *Revista de Literatura Medieval*, III, 1991, pp. 95-115.
- KIECKHEFER, RICHARD, “La fascinación de la magia en la cultura cortesana”, en *La magia en la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 105-126.
- LÁZARO CARRETER, FERNANDO, *Diccionario de términos filológicos*, Madrid, Gredos, 1971.
- MARCOS MARÍN, FRANCISCO A., *Informática y Humanidades*, Madrid, Gredos, 1994.
- MARÍN PINA, MARÍA CARMEN, “Los monstruos híbridos en los Libros de caballerías españoles”, en *Literatura medieval. Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval (Lisboa, 1-5 Outubro 1991)* Organização de Aires A. Nascimento e Cristina Almeida Ribeiro, 4. Vols. Cosmos, Lisboa, 1993, IV, pp. 27-33.

- MARTÍN, J. L. - VENTURA, C. M. - CORTÉS, M. - FLORIÁN, A., “Los caballeros medievales”, en *Cuadernos historia 16*, Madrid, 1985, pp.1-34.
- MOLL, JAIME, “Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro”, en *Boletín de la Real Academia Española LIX, C.CCXVI*, 1979, pp. 49-107.
- , “El libro en el Siglo de Oro”, en *Edad de Oro I*, 1982, pp. 43-54.
- , “Del libro español del siglo XVI”, en *El libro antiguo español. Actas del segundo Coloquio Internacional*, Univ. de Salamanca, Biblioteca Nacional de Madrid, Sociedad Española de Historia del libro, 1992, pp. 325-338.
- , *De la imprenta al lector. Estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII*, Madrid, Arco Libros, 1994.
- PAREDES NÚÑEZ, JUAN (ed.), *Literatura y fantasía en la Edad Media*, Universidad de Granada, 1989.
- PROPP, VLADIMIR, *Morfología del cuento. Las transformaciones de los cuentos maravillosos*, Madrid, Fundamentos, 1981.
- REY HAZAS, ANTONIO, “Introducción a la novela del Siglo de Oro, I (Formas de narrativa idealista)”, *Edad de Oro, I*, Dep. de Lit. Esp., Univ. Autónoma de Madrid, 1982, pp. 65-105.
- RICHTHOFEN, ERICH VON, *Sincretismo literario. Algunos ejemplos medievales y renacentistas*, Madrid, Alhambra, 1981.
- SALES DASÍ, EMILIO J., “‘Visión’ literaria y sueño nacional en *Las Sergas de Esplandián*”, en *Medioevo y literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 27 septiembre-1 octubre 1993)*, ed. Juan Paredes [Núñez], 4 vols. Granada: Universidad de Granada, 1995, IV, pp. 273-288.
- VÀRVARO, ALBERTO, “Forme de intertestualità. La narrativa spagnola medievale tra Oriente e Occidente”, en *Annali. Sezione romanza*, XXVII 1, 1985, pp. 49-65.
- VITACOLONNA, LUCIANO, “A propósito de la coherencia textual”, en *Revista electrónica de estudios filológicos 3*, Marzo 2002. www.um.es/tonosdigital/znum3/indice/indice.htm
- , “Los textos literarios como mundos posibles”, *Castilla. Estudios de literatura*, *Boletín del departamento de Lit. Española de la Univ. de Valladolid 16* (1991), pp.189-212.

d) Diccionarios

ALONSO, MARTÍN, *Diccionario medieval español. Desde las Glosas Emilianenses y Si-*

- lenses (s. X) hasta el siglo XV*. Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2 vols., 1989.
- COROMINAS, JOAN, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* I-VI, Madrid, Gredos, 1980-1991.
- COVARRUBIAS OROZCO, SEBASTIÁN DE, *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición de Felipe C.R. Maldonado revisada por Manuel Camarero, Madrid, Castalia, Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 1995.
- MOLINER, MARÍA, *Diccionario de uso del español* I-II, Madrid, Gredos, 1990.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de Autoridades* (edición facsímil), Madrid, Gredos, 3 vols., 1963.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, 24ª edición, Madrid, Espasa-Calpe, 2005.

Prólogo

Comiença¹ el tercero libro de Espejo de Cavallerías, en el qual se cuentan los famosos hechos del infante don Roserín y del fin desseado que en los amores de la princesa Florimena tuvo; donde veréys el principio de la maravillas de don Roselao de Grecia, su hijo. Dirigido al muy magnífico señor Don Bernardino de Ayala; traducido de lengua toscana en nuestro vulgar castellano por Pedro de Reynosa², vezino de la muy noble ciudad de Toledo.

Muy magnífico Señor, como la ociosidad sea un vicio tan detestable y que todos los demás parece *que* della dependen, determiné en mí que los ratos *que* desocupado me hallava de otros mis acostumbrados negocios, no me tomasse con el descuydo *que* suele y, apercibiéndome con las armas del cuydado, desseoso de ocuparme en algo y de saber en *qué* pararon los delicados amores del infante don Roserín con la hermosa princesa Florimena, traduxe esta tercera parte de *Espejo de cavallerías* de toscano en nuestro vulgar castellano y, como de mi proprio ingenio no le podía venir el verdadero auxilio *que* las semejantes obras han menester, para³ tener osadía de parecer con mis no polidas razones ante el parlero vulgo, *que* jamás vicio ninguno dexa de salir sin reproche de sus manos, acordé de tomar por mamparo la magnífica persona de Vuestra Merced, como sea la verdad *que* bien mirado hallarán a V.M. en las armas y militar exercicio tan cumplido quanto otro de nuestros tiempos hallarse podría de valeroso ánimo, assí en ellas como en las letras y sciencia, bien instructo. Pues la afabilidad y benívola conversación tan buena, sabia y graciosa de que V.M. para con todos es adornado, dando a cada uno lo que se le debe, bastaría a ser amado y querido de todos los del mundo, *que* el proprio ánimo y esfuerço* *que* los amigos y criados de un señor en más estiman no es otro más de aquel aparejo *que* en su buena o mala conversación hallan y es de notar en los tiempos de agora, *que* aunque claras y patentes se conozcan en un ánimo generoso las virtudes y delicadezas, puede tanto la vanagloria y estimado linage, en el *que* por sólo él se estima, *que* en lugar de se hazer amar de todos, se aborecen, como a persona *que* exede más su apetito *que* sus buenas costumbres y el *que* esto haze, sin duda creo *que* no sabe *que* hazer virtud es ser cavallero y no que el ser cavallero y de nobles padres nacido es hazer virtud; por lo qual es

¹ Comienca BA, UV, M1, Maz, S y L.

² Reynosa BA, UV, M1, Maz, S y L.

³ para nos: parar BA, UV, M1, Maz, S y L.

[f. Ira] **Siguese la Tabla de la presente obra**⁴

Capítulo primero. En el qual se da cuenta de algunas cosas que estando el sabio Atalante en la corte del Emperador de Constantinopla sucedieron.....	Folio. 1
Cap. II. En el qual se dize la estraña forma del gran encantamento que el sabio Atalante en los palacios de Constantinopla hizo.....	2
Cap. III. En el qual se declara la aventura que al cauallero del varco avino y se dize quién era y la causa de su devisa y armas.....	3
Cap. IIII. En el qual se dize de la suerte que aquestos señores pudo la ventura juntar y del fin desseado que los amores del infante don Roserín con la princesa Florimena uvieron.	7
Cap. V. De cómo el infante don Roserín salió de la corte de Constantinopla por intercessión de una donzella que en su busca venía.....	9
Cap. VI. En el qual se dize cómo el rey Escardasso y don Renaldos de Moltanván y sus compañeros saltaron en tierra y vinieron a Constantinopla.	11
Cap. VII. En el qual se dize cómo otro día aquellos señores acompañando al Emperador, fueron a visitar al príncipe Aleandro y de ay a ver el Paráyso de Amor.....	14
Cap. VIII. De cómo el duque don Estolfo y el conde Galalón salieron de París en demanda de don Renaldos y de sus compañeros.....	16
Cap. IX. En el qual se declara la aventura que el infante don Roserín en un castillo cerca de Macedonia halló, yendo con la donzella que le sacó de la corte de Constantinopla.....	18
Cap. X. ⁵ En el qual se dize quién era el cavallero y donzel que presos en el varco yvan y de la batalla que con Galiando el infante Roserín, sobre los libertar, uvo.....	fol. 20 ⁶
Cap. XI ⁷ . De cómo el rey Escardaso y la [f. Irb] Reyna Marfisa con el bueno de don Renaldos y sus compañeros salieron de Constantinopla para yr en Francia.....	23
Cap. XII ⁸ . De la burla que al duque don Estolfo y al conde Galalón hizo un cavallero estrangero, llamado Aronte, yéndose embarcar en el puerto de Aguas Muertas, para passar en las Ínsulas Desiertas.....	24

⁴ *Tabulae sine foliatione* BA, UV, M1, Maz, S, L; *numerantur cum Romanis signis*.

⁵ IX BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁶ 20 nos: fol. 21 BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁷ X BA, UV, M1, Maz, S, L.

Cap. XIII ⁹ . De cómo el cavallero Aronte quiso burlar a Malgesi y a los hermanos de don Renaldos y cómo se juntaron con el conde don Roldán, hallándole en una batalla.....	fol. 25
Cap. XIII ¹⁰ . En el qual se declara quién era este cavallero pagano y la causa de su demanda.....	27
Cap. XV ¹¹ . Cómo aquellos señores cavalleros, que en la corte del Emperador de Constantinopla estaban, provaron la aventura del Paráyso de Amor.....	28 ¹²
Cap. XVI ¹³ . De lo que al valiente príncipe Aleandro sucedió, después que en el Paráyso de Amor fue metido.....	29 ¹⁴
Cap. XVII ¹⁵ . En el qual se dize cómo la princesa Florimena parió un hijo y lo que a la donzella Arminda le aconteció llevándole a criar.....	31
Cap. XVIII ¹⁶ . En el qual se prosigue la intención del passado; declarando quién era el sabio y dónde llevó al infante don Roselao, quitándosele a la donzella Arminda.....	32
Cap. XIX ¹⁷ . Cómo la nao de don Renaldos y sus compañeros aportaron* a la ysla de Epiro, en la qual fueron malamente heridos y pressos.....	32
Cap. XX ¹⁸ . Donde se declara a qué parte llevaron a estos cavalleros presos y de cómo el rey Orosanto topó a la reyna, Madama Brandamonte.....	35
Cap. XXI ¹⁹ . En el qual se dize cómo los dos hijos de don Renaldos salieron en busca de quien los armasse cavalleros.....	36
Cap. XXII ²⁰ . En el qual se dize cómo el infante don Roserín, después de guarido de las llagas que uvo en la batalla con Rodolano, se embarcó la buelta de Alemaña.....	37
Cap. XXIII ²¹ . En el qual se declara cómo el [f. Iva] infante don Roserín provó la aventura de los príncipes encantados.....	39

⁸ XI BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁹ XII BA, UV, M1, Maz, S, L.

¹⁰ XIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

¹¹ XIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

¹² 28 nos: 30 BA, UV, M1, Maz, S, L.

¹³ XV BA, UV, M1, Maz, S, L.

¹⁴ 29 nos: 32 BA, UV, M1, Maz, S, L.

¹⁵ XVII BA, UV, M1, Maz, S, L.

¹⁶ XVII BA, UV, M1, Maz, S, L.

¹⁷ XVIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

¹⁸ XIX BA, UV, M1, Maz, S, L.

¹⁹ XX BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁰ XXI BA, UV, M1, Maz, S, L.

²¹ XXII BA, UV, M1, Maz, S, L.

Cap. XXIII ²² . Cómo después que el encantamiento fue desecho, la Emperatriz de Alemaña vino a donde los dos príncipes encantados estaban.....	42
Cap. XXV ²³ . Cómo el rey Orosanto con engaño prendió a la reyna de Cerdeña y la llevó a la Ínsula de la Ventura, donde los otros presos estaban.....	43
Cap. XXVI ²⁴ . En el qual se dize cómo los dos jayanes ²⁵ de la liga vinieron a Constantinopla, donde prendieron a la princesa y a las dos infantas, y de cómo mataron al príncipe Reduardo.....	44
Cap. XXVII ²⁶ . Cómo los cavalleros que en la nave de la vela dorada yvan, tomaron tierra en la isla de Epiro.....	46
Cap. XXVIII ²⁷ . De lo que a los buenos hermanos Ricardo y Ricardeto avino después que del conde don Roldán y sus compañeros se apartaron.....	49
Cap. XXIX ²⁸ . En el qual se da cuenta de lo que al duque don Estolfo y al conde Galalón en esta isla aconteció.....	50
Cap. XXX ²⁹ . Cómo Ricardo y Ricardeto hallaron un antiguo hermitaño, pariente suyo, y del fin que uvieron en su aventura.....	fol. 51
Cap. XXXI ³⁰ . En el qual se declara la forma en que el príncipe don Roselao de Grecia salió con una donzella de la Ínsula de la Ventura, llamándose el Donzel Venturoso.....	52
Cap. XXXII ³¹ . Cómo el infante don Roserín y el gran Constantino y Libanor y Riarán salieron de Alemaña y cómo fue muerto el gran Sarraçeno.....	54 ³²
Cap. XXXIII ³³ . Cómo el infante don Roserín halló a la donzella Arminda y supo della la muerte del príncipe Reduardo y la prisión de la princesa Florimena y de las infantas.....	56
Cap. XXXIII ³⁴ . Cómo supo el príncipe Alejandro la muerte del Emperador de Constantinopla y prisión de su señora y se embarcó y topó con una estraña varca del sabio Atalante.....	56

²² XXIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

²³ XXIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁴ XXV BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁵ jayanes nos: iayanes BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁶ XXVI BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁷ XXVII BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁸ XXVIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁹ XXIX BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁰ XXX BA, UV, M1, Maz, S, L.

³¹ XXXI BA, UV, M1, Maz, S, L.

³² 54 nos: 53 BA, UV, M1, Maz, S, L.

³³ XXXII BA, UV, M1, Maz, S, L.

[f.Ivb] Cap. XXXV ³⁵ . En el qual se da cuenta del valiente príncipe Aleandro que en demanda de su señora, la infanta Roselinda, yva llamándose el Cavallero de la Dudosa Demanda y se encontró con el sabio Atalante.....	58
Cap. XXXVI ³⁶ . Cómo los dos hijos de don Renaldos aportaron* al navío encantado por una aventura que con el cavallero Aronte les avino.....	59
Cap. XXXVII ³⁷ . Cómo el infante don Roserín con sus compañeros aportaron* a Constantinopla, donde hallaron al emperador Carlomagno ³⁸	59
Cap. XXXVIII ³⁹ . En el qual se dize cómo queriendo el infante don Roserín bolverse sin se dar a conocer en la ciudad, por astucia del gran Constantino fue conocido y recibido en la gran ciudad de Constantinopla.....	60
Cap. XXXIX ⁴⁰ . En el qual se dize cómo la emperatriz Salamina renunció su Imperio en el infante don Roserín y cómo fue alçado emperador.....	62
Cap. XL ⁴¹ . Cómo el Donzel Venturoso, yendo por la mar con la donzella Clariola, se encontró con un maravilloso navío, en el qual halló al conde don Roldán haziendo batalla con dos cavalleros y cómo le pidió que le armasse cavallero y de la brava batalla que entre ellos uvo.	63
Cap. XLI ⁴² . En el qual se dize cómo sobrevino a la batalla destes dos cavalleros el sabio Atalante con su encantamento y de cómo desencantó la torre y sacó a los que en ella estaban.....	64
Cap. XLII ⁴³ . En el qual se dize cómo este castillo salió de la ínsula de Epiro y de cómo la donzella Clariola cobró al Cavallero Venturoso.....	65
Cap. XLIII ⁴⁴ . En el qual se dize cómo todos aquellos cavalleros visitaron al conde don Roldán en el lecho y allí se hablaron y contaron lo que por ellos avía pasado.....	66
Cap. XLIII ⁴⁵ . En el qual se dize cómo el sabio Atalante llevó aquellos cavalleros al castillo encantado, en el qual hallaron al cava llo [f.IIra] Aronte, con el qual	

³⁴ XXXIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁵ XXXIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁶ XXXV BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁷ XXXVI BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁸ Carlomagno nos: Carlo Magno BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁹ XXXVII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁰ XXXVIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴¹ XXXIX BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴² XL BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴³ XLI BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁴ XLII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁵ XLIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

rieron mucho y allí conocieron a don Claros y a su hermano, don Finarán el Ligero.....	67
Cap. XLV ⁴⁶ . Cómo el sabio Atalante mostró aquestos señores al emperador Carlos Magno y el emperador don Roserín, cómo se salió de la corte secretamente.....	69
Cap. XLVI ⁴⁷ . En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso, después que uvo la batalla con don Roldán, va platicando con su donzella Clariola y cómo saltaron en tierra con determinación de yr por ella su viaje.....	fol. 70 ⁴⁸
Carta del sabio Atalante al Donzel Venturoso.....	71
Cap. XLVII ⁴⁹ . En el qual se dize cómo yendo el Cavallero Venturoso con su donzella Clariola se topó con los dos jayanes ⁵⁰ , Artadelfo y Galtezino, y los mató.....	72
Cap. XLVIII ⁵¹ . En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso puso en paz los dos cavalleros que la batalla hazían y quién eran y la razón de su batalla.....	74
Cap. XLVIII ⁵² . En el qual se dize el engaño que por industria de una vieja, la infanta Doralice al emperador Roserín hizo, del qual quedó preñada.....	75 ⁵³
Cap. L ⁵⁴ . En el qual se dize cómo llegó el gran Navío Encantado a tierra de los enemigos y cómo todos aquellos cavalleros se repartieron para procurar la libertad de sus amigos.....	77
Cap. LI ⁵⁵ . En el qual se declara lo que al conde don Roldán y a Malgesi avino en su demanda, después que del Encantado Navío salieron, y cómo el duque don Estolfo y el conde Galalón se tornaron a juntar con ellos.....	78
Cap. LII ⁵⁶ . En el qual se dize las bravas y espantables* batallas que don Roldán y Malgesi en la entrada de la prisión passaron.....	fol. 80
Cap. LIII ⁵⁷ . En el qual se declara lo que al duque don Estolfo y al conde Galalón en la entrada de la torre les aconteció y cómo también llegaron a la torre los dos hermanos Ricardo y Ricardeto y también el valiente [f.IIrb] Aleandro y de lo que allí les avino.....	82

⁴⁶ XLIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁷ XLV BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁸ 70 nos: 69 BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁹ XLVI BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁰ jayanes nos: iayanes BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵¹ XLVII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵² XLVIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵³ 75 nos: 85 BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁴ XLVIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁵ L BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁶ LI BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁷ LII BA, UV, M1, Maz, S, L.

Cap. LIII ⁵⁸ . En el qual se dize cómo los dos hermanos, Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván, socorrieron al duque Estolfo y al conde Galalón, que la batalla a la Fuente de la Discordia, el uno con el otro hazían.....	84 ⁵⁹
Cap. LV ⁶⁰ . En el qual se dize cómo el emperador don Roserín aportó* en Sericana y cómo quedó en servicio del rey de Sericana.....	85
Cap. LVI ⁶¹ . En el qual se dize cómo por industria de la linda Doralice, el emperador don Roserín fue preso y ella entró a ver a su madre y a la infanta Melisandra.....	87
Cap. LVII ⁶² . En el qual se dize cómo por industria de la linda Doralice, el emperador don Roserín y su madre y la infanta Melisandra salieron de la prisión.....	89 ⁶³
Cap. LVIII ⁶⁴ . En el qual se cuenta lo que a la emperatriz Ysifilea avino y cómo estando a punto de ser forçada, la libró don Claros de Flordelís y su hermano y de lo que más avino.....	90 ⁶⁵
Cap. LIX ⁶⁶ . Cómo el sabio Atalante con la fingida Ysifilea acordó de libertar a aquellos cavalleros y los sacó de donde estaban.....	91 ⁶⁷
Cap. LX ⁶⁸ . En el qual se cuenta cómo despues de juntados aquellos señores en el Navío Encantado, navegaron la vía de la gran ciudad de Constantinopla.....	92 ⁶⁹
Cap. LXI ⁷⁰ . En el qual se dize cómo el emperador don Roserín fue desposado con la princesa Florimena y otros de aquellos cavalleros, con algunas de aquellas señoras que allí estaban.	93 ⁷¹
Cap. LXII ⁷² . En el qual se declaran las nuevas que a Constantinopla vinieron y de vna estraña aventura que a estos señores aconteció, por lo qual, los puso a todos en muy gran tristeza.....	94 ⁷³
Carta del rey Nembrot al emperador don Roserín.....	95 ⁷⁴

⁵⁸ LIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁹ 84 nos: 96 BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁶⁰ LIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁶¹ LV BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁶² LVI BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁶³ 89 nos: 102 BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁶⁴ LVII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁶⁵ 90 nos: 103 BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁶⁶ LVIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁶⁷ 91 nos: 105 BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁶⁸ LIX BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁶⁹ 92 nos: 106 BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁷⁰ LX BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁷¹ 93 nos: 107 BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁷² LXI BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁷³ 94 nos: 108 BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁷⁴ 95 nos: 109 BA, UV, M1, Maz, S, L.

Cap. LXIII ⁷⁵ . En el qual se declara la estraña aventura que al Cavallero Venturoso avino [f.IIva] en un castillo, donde libertó a la reyna de Inglaterra y a su hija, la infanta Angelina.....	96
Capit. LXIII ⁷⁶ . En el qual se dize cómo el Cavallero de la Ventura mató a los bravos jayanes Carpalión y Rinacaronte y sacó de prision a la reyna Siliana y a la infanta Angelina y de lo que más le avino.....	97 ⁷⁷
Ca. LXV ⁷⁸ . En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso entró en el Encantado Laberintio del castillo, donde el jayán Carpalión habitava, y cómo en él desencantó a la reyna Siliana y a la infanta Angelina.....	98
Cap. LXVI ⁷⁹ . En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso halló unas letras a los pies del gran ýdolo, las quales leydas, sacó de allí a la reyna Siliana y a la infanta Angelina.....	100
Cap. LXVII ⁸⁰ . Cómo el Cavallero Venturoso sacó estas señoras del Encantado Laberintio y de la brava y cruel batalla <i>que</i> con el jayán Carpalión uvo.....	101
Cap. LXVIII ⁸¹ . En el qual se dize cómo la donzella Clariola, andando en demanda del Cavallero Venturoso, entró en el Encantado Laberintio, <i>donde</i> le curó, y de la manera en que de allí salieron.....	103 ⁸²
[f. IIvb] Cap. LXIX ⁸³ . En el qual se dize las cosas que la infanta Angelina passó con el Cavallero Venturoso estando herido en la cama y de cómo la nave en que yvan, con gran fortuna aportó* en la Isla Deleytable y de las sabrosas cosas <i>que</i> allí hallaron.	105
Cap. LXX ⁸⁴ . En el qual se dize cómo puestos el Cavallero Venturoso y la infanta Angelina por juezes entre el príncipe don Lindarán y la princesa Fulmerina, litigaron sobre muchas razones de amor y de lo que más les sucedió en el viaje que llevavan de los Palacios Amorosos con muchos que la misma demanda <i>que</i> ellos llevavan, trayán.....	107

⁷⁵ LXII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁷⁶ LXIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁷⁷ 97 nos: 67. BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁷⁸ LXIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁷⁹ LXV BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁸⁰ LXVI BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁸¹ LXVII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁸² 103 nos: 104 BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁸³ LXVIII BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁸⁴ LXIX BA, UV, M1, Maz, S, L.

Capit. LXXI ⁸⁵ . En el qual se cuentan las cosas <i>que</i> todos estos cavalleros passaron con el gran Cupido y de la burla que el cavallero Aronte les hizo.....	108
Cap. LXXII ⁸⁶ y último. Cómo aquellos señores llegaron a las naos muy cansados del trabajo del caminar a pie y cómo, después de hechos a la vela, el Cavallero Venturoso llegó a Inglaterra con la reyna Siliana y con la infanta Angelina.	110

Fin de la tabla

⁸⁵ LXX BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁸⁶ LXXI BA, UV, M1, Maz, S, L.

[f.1ra]CAPÍTULO PRIMERO. En el qual se da cuenta de algunas cosas que estando el sabio Atalante en la corte del Emperador de Constantinopla sucedieron.

En aquel próspero y luzido tiempo, quando en aquella nombrada corte de Constantinopla estava el infante don Roserín de Risa, hijo del invencible rey don Rugiero de Risa y de la hermosa y valiente reyna de Cerdeña, Madama Brandamonte, junto con sus dos tan caros amigos, don Bisobel de Orlán, hijo del duque Brandimarte y duquesa Milorena, y Escardín de Risa, hijo del fuerte rey Escardaso y excelente reyna Marfisa, tía del infante don Roserín, y con el príncipe Reduardo, hijo del Emperador, acompañados de otros muchos y muy preciados cavalleros, assí naturales como estrangeros que, a la verdad, en aquel tiempo en aquella corte más que en otra ninguna, a fama de las grandes cosas que cada día a ella venían, eran allí ayuntados. Fue assí que un día, estando el Emperador y sus altos hombres en una rica sala, el sabio Atalante que, como ya oýstes, en la corte estava, siendo de todos temido y estimado en aquel grado que su venerable y sapientísima persona más que en otros muchos la razón lo mandava y mucho más que de todos, de aquel excelente, fortíssimo e invencible cavallero, don Roserín de Risa, porque a la verdad no menos era cumplido en to|do [f.1rb] género de criança* y vero agradescimiento que de militar y constante exercicio de cavallería. Porque como ya se os ha contado en las antecedentes partes desta memorable hystoria, esse sabio Atalante crió al rey don Rugiero, su padre^b, donde de la criança* y amor del padre, procedía el justo y devido acatamiento del hijo y el cordial amor del gran sabio, que a la verdad en tan excelentes y valerosas personas no devía de ser menos, sino que su claro conoscimiento pagasse el devido tributo de su alta genealogía, dando un amor por otro. Pues tornando a nuestro propósito y principiada hystoria, para declaración de la qual y claro entendimiento acaesció lo que agora oyréys: que estando un día el Emperador y sus altos hombres en aquella rica sala que arriba diximos, aquel famoso sabio en pie se levanta y con mucho acatamiento a los ánimos de los virtuosos oyentes y a su devido silencio commueve y, dirigiendo su habla al gran Emperador, assí dize:

– Soberano y excelentíssimo príncipe y señor del constantino imperio, la razón que a todos los nascidos incita y commueve a vuestro servicio, junto con la servil obediencia a que todos vuestros vassallos se hallan deudores, nos commueve y a mí a commovido a de continuo especular*, con toda solicitud, aquellas cosas en que vos seáys más servido, para effecto de lo qual y para que esto que publico parezca a la clara, os pido me hagáys al presente merced de algunas joyas de las quel preciado infante don Roserín del palacio

encantado sacó°, para que con ellas dé un nuevo principio a todos aquellos que os dessean servir y el fin a mi propinco desseo.

Al qual el Emperador desta suerte respondió:

– Honrado amigo y que[r]ido [f. 1va] vassallo, son tantos los servicios que de vuestra parte a la mía han sido hechos, que fuera de lo que a vuestra persona se debe, el más mínimo de todos ellos tienen por sí merecido no digo yo este pequeño don, mas el más alto beneficio que de mí podáys recibir y para muestra de lo que digo, os otorgo todo lo que me pedís de muy buena voluntad.

A las quales palabras, el excelente sabio, hincando los ynojos en tierra, las manos le pide para se las besar, donde el bien mirado Emperador le mandó levantar y dixo que cumplidamente se proveyesse de todo lo que él pidía y de lo que más quisiesse y él levantándose en pie, buelto a los cavalleros y señores que en la sala estaban, estas palabras dixo:

– Oýdme estraños y constantinos cavalleros, yo os juro por la fee que devo a Dios de os dexar hecha una tal obra qual nunca en corte de ningún príncipe ni Emperador fue jamás oýda ni vista, a intención de la qual, los claros hechos y memoriables hazañas deste tiempo escurecerán las ya pretéritas de los antiguos passados.

De las quales palabras, como de todos tan estimado y conocido fuesse, colegían en sus pensamientos ser grande el effeto de su voluntad, como a la verdad después pareció y adelante oyréys. Donde después de ser acabada aquella breve plática junto con otros negocios que al bien del común convenía, aquel gran Emperador junto con el infante don Roserín y Escardín de Risa y Bisobel⁸⁷ de Orlán y el príncipe Reduardo y otros muchos y muy preciados cavalleros de su corte, assí naturales como estrangeros, a se solazar se salen fuera de la gran ciudad de Constantinopla, donde ca[da] [f. 1vb] uno de aquellos cavalleros y señores con la conversación el uno del otro rescibía aquella voluntad a quien más su estrecha amistad se estendía; donde unos por unas partes y otros por otras de aquellos floridos campos yvan platicando en lo que más sus coraçones a cada qual demandava, adonde saliendo con el Emperador al mismo exercicio, de muy grande alegría eran sus coraçones abastados, acrecentando con la sabrosa membraça de sus señoras, en la continua meditación de sus amores, principalmente en aquellos a que su alto conocimiento en tal caso más se estendía, que a la verdad ninguna humana passión haze más effeto de aquella cabida que halla en la generosidad de los coraçones. Pues passando

⁸⁷ Bisobel Mu, Y: Qisobel BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

por esta conspiración, el excelente infante don Roserín junto con los otros, aunque en parte más principal por serlo en la excelencia de su espíritu, un día entre estos muchos que el Emperador al campo salía, andándose paseando por la ribera de la mar, platicando con sus caros amigos, Escardín de Risa y Bisobel⁸⁸ de Orlán, que no menos que él deste dulce mal eran atormentados –que como ya oýstes en compañía de la princesa Florimena estaban las dos hermosas señoras, la infanta Coronea, hija del rey Coroneo, y la linda Argiana, hija del rey Argilao de Grecia, que a estos cavalleros traían tan penados–; pues como el mucho cuydado de sus amores les causassen mayor descuydo en sus memorias, se yvan por aquella ribera de la mar adelante, mandan a los criados que no los siguiessen y el infante más delante que los otros dos sus compañeros, que en una profunda disputa de amor yvan platicando, [f. 2ra] y él en la profunda conspiración de la devida limpieza de su señora Florimena y, como el sordo estrépitu que las rompidas olas del profundo mar en las cóncavas y solitarias breñas en los oýdos del dulce enamorado ressonavan, con su solitario y ameno discurso, hazían otro nuevo rompimiento en las entrañas del valeroso infante con la mayor soledad que de la dulce conversación de su señora padecía. Fue así que, siendo alongado gran distancia de sus compañeros y de toda la otra gente por parte de él, llevar un cortago de rúa; muy loçano yrse por do él quería por aquella frondosa ribera, vido venir por la mar adelante un barco, en el qual venía un cavallero grande de cuerpo y dos escuderos que con mucha presteza el barco a tierra traían; el qual cavallero le pareció tan bien qual otro mejor en su vida avía visto y, dándole un desseo de saber quién era y la causa de su arrebatado camino, más a la lengua del agua se acerca, donde siendo el barco llegado vee saltar el gran cavallero en tierra, armado de unas armas celestes sembradas de relevados cisnes de plata, que mucho en su hermosura adornavan, y en medio de su fuerte escudo, otro muy grande y relevado cisné que del pico un rótulo le salía con una letra que dezía: "El bien que mal no se mira, acuerda a estar avisado al que bien no le ha mirado"^d, donde luego los dos escuderos un gran cavallo ruano le sacan con las cubiertas de un brocado azul muy riquísimo, sembrado de los mismos cisnes que las armas lo eran. A todo lo qual, el infante Roserín con mucha atención estava mirando, muy espantado* del gran cavallero y de sus ricas armas y galana invención y, con desseo de saber quién era antes que se fuesse, que [f. 2rb] ya a cavallo estava para seguir la buelta de su presuroso camino y, después de se aver saludado, el infante don Roserín desta suerte le habla:

⁸⁸ Bisobel Mu, Y: Qisobel BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

– Señor cavallero, que ayáys ventura; si el caso de la vuestra puede ser manifesto, yo os suplico que de vuestro viage me hagáys sabidor, para que si alguna cosa en esta tierra de vuestro servicio constare, yo como un cavallero que en ella reside, por lo que se debe a vuestro buen parecer, haré todo aquello que vos me mandáredes de muy buena voluntad.

– Muchas gracias a la Vuestra Merced –dixo el Cavallero de los Cisnes–, por la voluntad *que* me mostráys sin me conocer, por la qual quedo obligado a lo que a vuestro servicio tocare, cada y quando que se me offriere ocasión para ello y, porque al presente voy en cierta aventura que aun yo mesmo no sabría dar razón della, me perdonad si no cumplo con vuestro mandamiento, con prosupuesto* *que*, si la ventura quisiere darme salida deste caso, de os venir a servir esta merced que aquí me avéys ofrecido; y porque me conozcáys, tomad este anillo para que, pidiéndole, yo sea tenido por un cierto siervo vuestro y no quiero más prenda de vos de la que en mi coraçón de vuestra hermosa figura llevo.

Y de sí dando de las espuelas al cavallo por una senda *que* por la costa de la mar guiava se mete después de averse despedido del infante *con* mucha criança*, al qual dexó tan captivo de su buen parecer y criança* quanto la razón de su grandeza al vero agradecimiento mandava. Y tornándose do sus compañeros estaban, sin les dar quenta de lo que con el cavallero del barco avía passado, se buelven a la compañía del Emperador y de ay a la ciudad. [f. 2 va]

CAP. II. En el qual se dize la estraña forma del gran encantamiento *que* el sabio Atalante en los palacios de Constantinopla hizo.

Después que eran passados algunos días *que* el sabio Atalante avía pedido aquellas joyas al Emperador, después de averse effectuado *con* ellas lo que quería, al Emperador y sus altos hombres y valientes⁸⁹ cavalleros un día lleva hazia aquel imperial aposento *que* el infante desencantó, donde al andar de una rica sala donde el Emperador solía principalmente estar, les fue representado, en llegando, el más hermoso y superbo edificio *que* jamás sus ojos ni ninguno de los nacidos vieron, porque a la verdad tales parecían por parte del gran saber del sabio Atalante, donde al parecer de los que miravan, se les figurava una grande y rica calçada *que* sobre sí sostenía un muy fuerte y galano muro, tan

⁸⁹ valientes Mu, Y: valientos BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

transparente *que* no parecía sino un rubicundo y resplandeciente espejo, en el qual los *que* llegavan, con una maravillosa mutance* se veían trasmutados en aquellas personas *que* más amavan, *que* si era cavallero, claramente veía ante sus ojos representada la figura de aquella señora *que* más amava y, si era donzella, aquel cavallero a *que* su corazón era más sujeto; las quales figuras davan de sí las verdaderas muestras a *que* sus amorosos corazones más se estendían y esto no conocían más de quantos ellos en su pecho el amor de su contrario sentían, de lo qual todos aquellos grandes y preciados cavalleros fueron muy admirados de ver cosa tan sabrosa y de tan repentina apariencia, no porque ninguno pudiesse dar de sí ni de nada de lo *que* sentía, a [f. 2vb] otro alguno parte, según era el estraño sabor *que* de contemplar tan excelente cosa recibían. Este cristalino y fuerte muro era ornamento y guarda de un grande y riquíssimo alcaçar, cuyas encumbradas torres parecían comunicar su subida alteza con las nubes, siendo todas ellas de un fino y resplandeciente oro esmaltadas de innumerables piedras de gran valor, del qual alcaçar a cierto tiempo y hora del día oían un tan suave son *que* no parecía con su lindeza y ameno exercicio de música, sino un vero trasunto del paráyso terrestre *que* con los sonos de los amenos instrumentos en la sabrosa comemoración y sentidos de los veros amadores *que* como envelesados mirando en el transparente muro estaban: eran con la suavidad de tan dulce armonía elevados, *que* jamás un punto ni hora de aquella dulçura quisieran ser apartados, especialmente aquellos *que* en sus trasuntadas formas conocían y les era comunicado el alto grado *que* en corazón de su contrario assistía. Pues como el excelente sabio al Emperador y cavalleros anduviesse mostrando esta suprema y transparente morada, *que* de allí adelante fue llamada Paráyso de Amor, les mostró dos puertas *que* el fuerte muro en sí contenía, las quales todas parecían ser formadas de un tyberino y resplandeciente oro, formadas sobre aquellas quatro riquíssimas columnas de *que* se hizo mención en la segunda parte desta gran hystoria^e *que* en el encantado palacio el infante don Roserín halló, sobre las quales parecía, con otra más nueva y sutil invención, estar aquel resplandeciente sol de oro y aquella inestimable luna de plata y cada una en su puerta, de los quales tanta multitud de repentinos rayos [f. 3ra] procedían *que* a la vista de los *que* mirauan, impedían de particularmente como solían serles comunicada su inestimable riqueza, donde teniendo sus refulgentes rayos el hermoso Febo en los encorvados cuernos de la fingida Diana, hazía esta forcible apariencia. Al umbral de las quales puertas estauan dos epitafios de unas letras góticas bien tajadas *que* declaravan de cada qual dellas el

nombre: *que* la una se llamava la puerta de Febo y la otra de Diana, ante⁹⁰ las quales parecían estar dos crecidos y valientes cavalleros armados de unas armas, el uno *tan* vermejas y el otro *tan* blancas, quanto la operación de sus observados rayos en cada uno hazian, porque el un gran cavallero *que* la puerta de Febo guardava, parecía tan resplandeciente como una vera cometa *que* la estrella luziente procede, el qual tenía un epitafio de letras en su escudo que desta suerte dezian: "Yo soy el rey de Cerdeña, don Rugiero llamado, *que* fuy puesto aquí para dar inmortalidad a mi temprana muerte y amorosos desseos. Quien los secretos del Paráyso de Amor ver quisiere, si en la ley de bienamar *tan* constante como yo fuy, se sintiere, suba por la ancha calçada, *que* si de mí uviere victoria, por la soberana virtud le serán comunicados los secretos del grande alcaçar y la entrada de mi feborina puerta".

Y el otro gran cavallero que en la otra puerta estava, tenía otro epitafio de letras como las suyas en su escudo que desta suerte dezía: "Yo soy aquella excelente y nunca vencida, sino del cruel amor, Reyna de Cerdeña, Madama Bradamonte llamada, que para guarda desta diantina puerta fuy diputada. Quien con las condiciones que aquel matador de mi vida con su [f. 3rb] muerte señaló, quisiere entrar por esta puerta, donde otro effecto y maravillas diferentes que en essotra entrada se veen, suba por la gran calçada, que si me venciere, le serán patentes los memorables secretos de amor".

¿Quién os sabrá contar lo que el Emperador y grandes señores con las muestras de tan estremada obra sentían? No otro por cierto, sino de aquel que de tanto favor fuesse adornado, quanto ellos eran excelentes y de valerosísimos ánimos. Adonde a la fama del supremo edificio, la Emperatriz y la princesa Florimena y infanta⁹¹ Melisandra⁹² y infanta Coronea y la infanta Argiana, junto con otras muy preciadas y grandes señoras que en la corte estavan, vinieron. Y como a cada una en particular secreto les fuesse comunicado en el cristalino muro de sus amores, con una repentina inestimable alegría eran, assí ellos como ellas, elevados que no parecían sino personas fuera de todo sentido, que unos a otros no se hablaban, salvo aquellos que de las obras y pelea de amor no estavan heridos.

De allí el gran sabio les amostró un padrón de cobro tan alto como un estado*, encima del qual estava un cuerno de marfil que de una rica cadena de oro pendía, junto con una riquíssima corona de oro, y les dixo quel cavallero que aquella aventura quisiesse prouar, que tocasse aquella bozina, al sonido de la qual, si era enamorado, luego el

⁹⁰ ante Mu, Y: antes BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

⁹¹ infanta Mu, Y: infante BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

⁹² Melisandra Mu, Y: Melisandre BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

cavallero contra quien guiasse se pornía a punto de batalla y, si no lo era, que no haría ninguna mención d'él. Y la señora que se confiasse en su hermosura y, si amasse con lealtad, que se pussiesse la corona, y que si sobrepujasse a la de la reyna de Cerdeña, que subiesse por la calçada, donde le sería concedida [f. 3va] la entrada de la puerta y amostróles unas letras al derredor deste padrón que desta suerte dezían: "Quando los refulgentes rayos de Febo eclipsaren la luz de la fingida Diana en pago de su cruel y vezina conversación, él perderá aquella fevorina apariencia, donde quedando en su primer possession los secretos del sabroso Paráyso serán a todos comunes y esto todo acaecerá por la virtud desse excelente vencedor⁹³ de las fortíssimas guardas".

Donde después de les aver todo esto amostrado, el Emperador y aquellos señores y señoras se bolvieron a sus ricos aposentos, con crecida admiración de la sutil inventiva, de la qual comidian y platicavan cuánto sería excelente obra la de dentro, pues la de fuera tal se mostrava. Y después de algunos días que aquel gran sabio estuvo en la corte del Emperador y Emperatriz, del infante don Roserín y de todos se despidió dexando en las entrañas de cada uno de todos estos señores y señoras impresso un verdadero amor *que* a tan excelente hombre era devido. Donde lo dexaremos en sus montes de Carena, que se puede creer que no tardaría mucho en el camino y os diremos de lo que al Cavallero de los Cisnes, que en el varco venía, aconteció.

CAP. III. En el qual se declara la aventura que al cavallero del varco avino y se dize quién era y la causa de su devisa y armas.

En la segunda parte desta gran historia^f se os dixo cómo el infante don Roserín hizo mercedes del señorío de Berolofonte el cruel, a|quel [f. 3 vb] jayán que mató en París por sacar de la prisión a su madre, Madama Brandamonte, y a los otros paladines que el jayán presos tenía; el qual señorío de las Islas Desiertas dio a su amo, Espinel de Ungria, como ya oýstes, el qual era tan buen cavallero y de tanta virtud y sagacidad, que las sostuvo en mucha paz y sossiego gran tiempo, siendo muy amado de sus vassallos, en aquel grado que su mucha virtud y buen tratamiento pedía. Pues como la desapiadada Fortuna en un ser assistir ni prevalescer pueda, por no olvidar su acostumbrado curso de continuos movimientos, a este honrado cavallero no quiso dexar gozar de aquel bien que tan en breve le avía concedido. Para lo qual avéys de saber *que*, o por promission divina –para que la

⁹³ vencedor Mu, Y: vencecedor BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

bondad de los buenos se purifique en el crisol de su paciencia con los duros y forcibles rayos de fuego de sus contrastes*, dando de sí las muestras que les es pedida, ya que por devida deuda, nacieron obligados— o por sus graves culpas e ynormes pecados permite que sean castigados en este mundo, aunque en parte no como merecen, de tal suerte que conozcan su yerro y la suma piedad de Nuestro Señor Dios, donde vengan a pagar por tal camino el portazgo*⁹⁴ de nuestra flaca humanidad y gozar del sumo bien para do fuymos criados. Assí fue que estando un día aquel generoso y valeroso señor Espinel de Ungría, oýdo lo avéys, en la una de aquellas sus Islas, con arrebatada presteza, una grande nao al puerto llega y, sin ser vistos ni empedidos, los que dentro venían la tierra toman, saltando en tierra más de cient cavalleros con un crescido jayán, que mostrava ser su señor, y con[tra [f. 4ra] una villa que en el puerto estava, sin se poder defender, assí hombres como mugeres y niños metieron a cuchillo; y antes que la nueva de tal crueldad se supiesse, se apoderaron de otra gran fortaleza que cerca de allí estava, que ni aquel valiente Espinel de Ungría —que tal lo era— ni los suyos fueron parte para dexar de perder con improvisa presteza, aquestas dos fuerças, que eran las más principales de la ysla, junto con la libertad, que como él estuviesse en aquella fortaleza con arto poca gente y grande descuydo, el jayán y sus cient cavalleros los tomaron y los metieron en cruel prisión; lo qual todo no pudo ser remediado por ninguno de los de la isla; que, como ya oýstes, estas islas fueron del gigante Berolofonte, que antiguamente tenía pobladas de mucha gente; y como después vino a ellas Espinel de Ungría, dio libertad a todos aquellos que en ellas quisiessen poblar y a todos los cavalleros del jayán que quisiessen quedarse en ellas, de los quales quedaron muchos y eran mayor cantidad los naturales y antiguos criados de Belorofonte⁹⁵, que no los de Espinel de Ungría; por lo qual, el daño que este jayán y sus cavalleros hizieron, no pudo él ser remediado tan presto como lo fuera, si no uviera el inconveniente que oýs. Por lo qual, aquel cruel jayán, llamado Netridote el cruel como su padre, que tal lo era, como oyesse la destruyción y muerte de su padre Belorofonte —que por aver andado por diversas tierras buscando las aventuras, hasta entonces no lo avía sabido—, con furibunda saña, juntando aquellos cient cavalleros y criados de su padre, vino y sucedió lo que oýdo avéys. Para remedio de lo qual, el valiente Es[pinel [f. 4rb] de Ungría tuvo forma de hablar con un criado suyo una noche y, muy bien informado de lo que avía de hazer, le embía a otros dos criados cavalleros de quien él mucho fiava, que estavan en la isla, los quales viendo el mando y fatigua de su señor, con aquel amor y lealtad que le eran deudores, se determinan

⁹⁴ portazgo Mu, Y: portazga BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

⁹⁵ Belorofonte *non legitur in Maz maculae causa.*

de le buscar remedio; para effeto de lo qual, el uno vino en Francia y el otro en Ungría. Porque quiero que sepáys que este cavallero Espinel de Ungría era hijo de una hermana bastarda del Rey y por ser pobre se vino en Francia, donde fue querido y amado del emperador Carlos en aquel grado que su mucha virtud combidava; y agora en esta presente necesidad le embió al bueno de don Renaldos de Montalván y a don Dudón⁹⁶ y Aquilante y a Grifón de Mongrana; y la causa porque el Emperador no le embió más cavalleros fue porque vido que por caso de aventura se auía de cobrar lo que tan presto de tan pocos cavalleros avía sido ganado. Donde salieron de París estos valentísimos cavalleros en socorro de aquel su amigo, Espinel de Ungría, y por parte del amor que sabían quel infante don Roserín le tenía, los quales yvan con aquella voluntad que a los grandes hechos que cada día oían que en el imperio de Constantinopla hazían y su verdadera amistad y parentesco obligava. El qual viaje quisiera hazer el buen conde don Roldán, si se hallara en disposición para ello, la qual no tenía, que como ya estuviesse tan cansado y algo cargado de días, la naturaleza obrava en su alta calidad el efeto para que todos fuymos criados. Y si alguno dixere que cómo el Emperador embiava a don Renaldos que se dixo estar desterrado de la corte [f. 4va] porque el conde Galalón le avía arrebuolto con el Emperador, muy a poca costa de conciencia se puede creer que es falsedad, que muy claro consta que un tan gran señor como era el emperador Carlomagno no ternía tan poca autoridad ni conoscimiento⁹⁷ para que un cavallero como era el conde Galalón, aunque su proprio hermano fuera, le consintiera ni él se atreviera a le hazer tantos enojos ni dessabrimientos como se escriue que hazía, ni él se atreviera de los hazer contra cavalleros que no lo sufrirían de ningún rey ni emperador del mundo, ni se crea que el justo Emperador querría tener descontentos a tantos por no castigar a uno, do se colige y es verdad que ni don Reynaldos ni don Roldán, ni ninguno de los paladines, jamás fueron enojados d'él, antes tenidos y reverenciados en aquel grado que sus altas calidades merecían, ni menos les truxo la muerte, como muchos escriptores falsamente y con adulación han compuesto. Y quien la verdad de la muerte de los paladines de Francia saber quisiere, lea las hystorias de España, que allí la hallará y verá el fin que ubieron por mano del rey don Alonso el Casto, de digna memoria⁸. No dexo yo de conceder ser el conde Galalón malo, mas no tanto como le pintan; y era por causa de su maldita condición, con dar avisos y favor a los enemigos de nuestra Sancta Fee Cathólica, mas no porque lo

⁹⁶ Dudón nos: Tudón BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y

⁹⁷ conocimiento Mu, Y: conociminto BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

hiziesse tan a menudo ni tan a la clara como se dize, que a la verdad nuestra flaca y mala composición es de tan mala manera, que antes más admite al mal que al bien.

Pues dexando de esto por hablar de nuestro propósito, dexaremos de contar destos quatro cavalleros [f. 4vb] que en socorro de Espinel de Ungría yvan y vos daremos cuenta del gran cavallero que en el varco don Roserín habló. Para declaración de lo qual aveys de saber, en este tiempo, que en el reyno de Ungría reynava un excelente rey, assí en esfuerço* de su persona como en generosidad de ánimo; y llamávase el rey Liolemo y tenía un hijo que se llamava el hermoso Aleandro, que a la verdad tal lo era, que muy pocos uvo en su tiempo que en hermosura y valentía le sobrepujassen, el qual era aquel quel infante don Roserín en el varco vido venir, como ya oýstes, que como él fuesse mancebo y novel cavallero y oya los grandes hechos del infante don Roserín y de los otros cavalleros de su tiempo, tenía tanto desseo y embidia de sus hazañas, junto con el alto lugar de donde venía, que a bien obrar le combidava, que no veya la hora de se ver y provar en aquel militar exercicio de cavallería. Por lo qual y por la presente ayuda que su primo Espinel de Ungría a su padre pidió, con licencia suya y de la reyna, su madre – aunque⁹⁸ con harto pesar–, se determinó de le yr a buscar y, viniendo a un puerto, se metió en aquella varca con sus dos escuderos que la guyavan; la buelta de la Islas Desiertas se vino, en la qual vino a parar donde avéys oýdo que al infante halló, y después desto se metió a más andar por la ribera de la mar, porque avía avido muestra de una gran nao que más baxo guiava, en la qual avía oýdo forcibles lamentaciones, como de persona que alguna fuerça rescebía, dando sonorantes alaridos para comover a los oyentes a que con piedad de su libertad perdida gozar le hiziessen.

Y porque es justo que sepáys la causa de sus armas [f. 5ra] y devisa y el amor que tan en breve con el infante puso, se os dirá lo que agora oyréys. Avéys de saber que aquellos excelentes reyes Escardaso y reyna Marfisa tuvieron un hijo y una hija, tan estremados en toda felicidad que a dos príncipes convenían quanto la razón de parecer a tales padres mandava, el uno fue aquel cavallero Escardín de Risa, de quien la hystoria a hecho mención, y la otra fue una hija estremadamente hermosa y tanto que, salvo la princesa Florimena, no avía quien ventaja⁹⁹ le hiziesse, salvo otra que después nació y a todas las de su tiempo en hermosura y castidad sobrepujó, de la que adelante oyréys. Pues sabed que a esta señora, hija del rey Escardaso, le fue puesto por nombre la linda

⁹⁸ -dre aun- *non legitur in Maz maculae causa.*

⁹⁹ ventaja Mu, Y: ventaja BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

Roselinda¹⁰⁰, por amor de su primo, el infante Roserín, y salió esta señora tan linda y loçana de coraçón y adornada de limpia castidad que por milagro fue tenuta en su tiempo; a fama de la qual infinitos cavalleros y señores yvan al reyno de Risa, entre los quales fue uno el príncipe Aleandro y estuvo algunos días en el reyno del rey, su padre, donde quedó tan captivo de los amores desta señora, qual jamás de otra ninguna lo fue. Y como viesse y oyesse dezir de su gran onestidad y virtudes, no osó por el presente aclararse, ni otro ninguno de quantos a la fama suya yvan, osaban manifestar ante su casta y linda figura la indignidad de sus ynméritos coraçones; por lo qual, los que en sí ánimo de generosidad contenían gozavan de solo vella y jamás osar manifestar sus desseos. Y porque adelante sabréys más por entero el alto don de virtud de que esta señora era adornada, no os diremos aquí particularmente sus estremadas virtudes, [f. 5rb] salvo que por devisa y color traía siempre las ropas de color azules y unos cisnes blancos por ella sembrados con una letra que dezía: “El bien que el mal no se mira, acuerda a estar avisado el que bien no lo ha mirado”^h. Con las quales palabras manifestava el desseo de su alta calidad, dando a entender por ellas que a su devida limpieza se avía de tener tanto acatamiento que ninguno fuesse osado, por inocencia ni por malicia, manifestalle su desseo; y como tantos cavalleros y de tantas tierras y calidades allí concurrían, solo de su devisa y en ver su hermosura gozavan, haziendo hazer armas y colores según que el hermoso Aleandro traía, desseando cada uno de los captivos de su beldad para sí la gloria del rescate que en sí comedían y cada qual para sí desseava. Donde pensavan, con este desseo y pensamiento, hazer tales obras que meresciesse manifestar ante tan excelente infanta su voluntad. La qual devisa fue parte para quitar a hartos la vida, porque como cada uno por sí pensasse merecer ser principal en tal servicio, no consintía que otro alguno¹⁰¹ con traer la semejada devisa aún solo gozasse de tales pensamientos y avéys de saber quel afición que este hermoso Aleandro puso con el infante don Roserín tan en breve no fue sino porque este hermoso don Roserín y la infanta Roselinda, su prima, se parecían tanto que era por misterio.

Agora avéys de saber que, después que por la senda que oýstes este valiente Aleandro entró, a cabo de una gran pieça que uvo caminado, saliendo de unas ásperas breñas que allí se hazían a un llano que una espaciosa playa del gran mar en sí contenía, le fue representada, donde vido que de la gran nao que él [f. 5va] avía visto, avían sacado dos donzellas por mandado de un gran jayán que allí parecía, donde coligió, por la fuerça que

¹⁰⁰ Roselinda nos: Roselina BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹⁰¹ alguno nos: alguna BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

parecía serles hecha, ser aquellas que las bozes davan quando él passó junto a la gran nao. Y acercándose más a ellas por ver si pudiesse dar enmienda en la fuerça que les era hecha, conoció que la una dellas era su señora, la infanta Roselinda, y la otra, una su donzella, que el jayán robadas traía; donde viendo ante sí y en tal aflicción a la cosa del mundo que él más amava, con una furibunda saña, que el presente peligro le puso, al jayán se allegó y desta suerte le habla:

– Si la sinrazón que tú hazes no pusiesse razón en lo que suelo tener en el principio de toda batalla, con ella te mostraría la gran trayción que contra tan gran señora, que presente¹⁰² está, cometes; mas si esta razón que digo en ti consiste por lo que a ella y a la orden de cavallería se debe, te pido que la libertad perdida de essa señora, pues que tú pareces ser parte, remedies.

A las quales palabras, el furioso jayán, tiniéndose por affrentado de aquel cavallero, responde:

– Captiva y vil criatura, ¿quál buena obra por tu ruego quieres que de mi parte se haga, pues que tú con términos tan inméritos pides que yo haga tal sandez de dexar lo que siendo por mí con tanto trabajo ganado, tanta libertad a la mía perdida pone?

Donde el valiente Aleandro, poniendo los ojos en él con más acuerdo* que hasta allí, le vido armado de unas fuertes armas y con la misma devisa que las tuyas, que en nuevo corage su corazón enciende y, por ver que de la nao avían salido diez cavalleros, al jayán dize:

– Si tú tan corregido te hazes dessa razón que dizes, retando mis mal regidas palabras, quieres effetuar lo que [f. 5vb] la fuerça presente y devisa de tus armas me piden y, como cavallero, mantener batalla sin que de alguno sino de ti, yo sea offendido, por parte de lo que tengo dicho te desafio como a inmérito de gozar tanto bien, pues ay otro más justo possedor, que so yo.

– Pues porque veas –dixo el jayán– cuánto soy governado por essa de que me imputas de indébil, yo sobre mi cabeça te asseguro, quanto la vida me durare, de mis cavalleros. Y ven a mí, para que pagues con el duro castigo lo que a mi presente injuria y tu gran sandez se debe.

Por las quales palabras, arredrándose* el uno al otro quanto vieron que les era menester, dexando a todos espantados* de quién podía ser aquel tan osado cavallero, que contra tan valiente jayán tan osado se mostrava. Y mucho más lo era aquella hermosa

¹⁰² presente Mu, Y: presentes BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

infanta Roselinda, viendo quán de buena voluntad por ella era dispuesto a la batalla, por lo qual, con infinitas lágrimas, ella y su donzella a Nuestro Señor pedían que aquel cavallero de tal peligro guardasse en este comedio. Ya los dos valientes guerreros, el uno contra el otro, con furiosa carrera y punidoras espoladas, sus cavallos a se encontrar traýan, donde en medio de aquella gran vega, tales encuentros se dieron que las azeradas lanças en muy menudas astillas fueron por el ayre bolando y, juntándose de los cuerpos de los cavallos, tan furiosamente que no parecía sino que dos grandes rocas una contra otra uviessen topado, por lo qual ellos y sus señores vinieron al suelo, donde el valiente jayán, por no tener con su sobervioso esfuerço* tanto aviso qual convenía, debaxo de su cavallo, haziéndose pedaços una pierna con su pesadumbre*, cayó y el valiente¹⁰³ Aleandro, con su gran ligereza, sien|do [f. 6ra] libertado de su gran caýda, en un punto fue sobre él y, cortándole los lazos del hielmo, no le tarda en le cortar la cabeça con aquel gran enojo que d'él abía tomado; de lo qual sus cavalleros recibieron tanto pesar que, no mirando a lo que eran devidos de guardar, con mucha presteza todos juntos a él vinieron y de muy duros y pesados golpes le empieçan por todas partes a herir, al qual no hallaron muy perezoso, como aquel que estremado era, con mucha ligeresa y gran valentía los empieza a tratar de tal suerte que en muy breve espacio les dio a conoscer su estremada valentía en distancia de una hora que con ellos se combatió, matando a los seys dellos y a los quatro tomando a merced, dellos se delibera, aunque herido en tres partes de su cuerpo quedó y así yendo hazia do su señora estava, delante della se hinca de rodillas, después de averse quitado el yelmo, quedando con el cansancio passado y alegría presente, su hermoso rostro de una estraña y linda hermosura adornado. Donde aquella hermosa infanta Roselinda, viendo delante de sí al príncipe de Ungría y que le pedía las manos para se las besar, se queda muy maravillada y, con aquella gravedad que su alteza de coraçón –aunque la presente afflicción acompañava–, le ruega que de allí se levante, diziéndole:

– Excelente príncipe, bien segura avía yo de estar, si mi passada cuyta a ello me diera lugar, a creer que tan alto beneficio no avía yo de rescibir sino de una persona que tanto estimo¹⁰⁴ y precio.

A las quales palabras, el penado cavallero respondió:

– Soberana y hermosa señora, si la seguridad que yo tengo en nunca salir de vuestro servicio tuviéssedes [f. 6rb] vos en pensar de lo admitir en aquel grado que a Vuestra Grandeza se debe, ni vos ahora de lo presente vos hallariades maravillada, ni mi

¹⁰³ valiente Mu, Y: valiete BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁰⁴ estimo Mu, Y: estima BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

desseo desxara de gozar de aquella crescida alegría que recibiré el día que pensare que mis obras ante vos son agradables.

– Agora que yo sé –dixo la infanta– que desto seréys vos contento, yo lo admito y de aquí adelante rescibo esto y lo demás en pago de lo que se debe a mi grandeza y vuestro crecido valor.

Por¹⁰⁵ lo qual, el hermoso Aleandro, tornándose a hincar de rodillas, en señal de mercedes las manos le pide y ella, por favorecerle, se las da, rogándole que a poder del rey, su padre, la buelva. Para efecto de lo qual, a la nao del jayán guían, en la qual fueron muy bien rescibidos, por parte de ser todos los que en ella venían marineros y gente de servicio que el jayán forçados traía, donde siendo en este comedio la mar amansada, la rota del reyno de Risa guía. Y en cabo de dos grandes horas que de la playa avían salido, hazia sí vieron venir una gran nao con toda aquella velocidad que sus inflamadas velas traerla podían; y siendo a vista y cerca la una de la otra, a sus indúbitos coraçones con armadas personas para su guarda preparan, donde llegando junto a poderse aferrar la gran nao en la del príncipe, sus fuertes naos aferran, dando un fuerte alarido de aquella gente mentida. Los de una y otra nao, con arrebatado ímpetu, viendo la mala acogida que a la una y a la otra hazían, siempre con cruelmente herir; y como aquel valiente Aleandro, aunque herido de la batalla del jayán estoviesse, a punto de tal menester a la cruzía sale, dando de sí muestra de valentíssimo guerrero, con[tra [f. 6va] dos grandes cavalleros que en su nao, por la poca resistencia de los suyos, avían entrado, a los quales vido hazer tales diabluras en armas qual otras en su vida de dos cavalleros avía visto, que como el uno fuesse jayán y el otro para lo ser le faltasse muy poco, andavan entre aquella gente menuda dando tan crueles golpes que a unos cortavan braços y a otros piernas y a otros por los cuerpos y echavan por la mar, que no parecían sino dos grandes diablos. De lo qual, el valiente Aleandro, viendo a los suyos tratar de tal suerte, contra aquellos cavalleros guía, donde con valerosíssimo ánimo con[tra ellos se empieça mantener, dando muestra con los terribles golpes la saña que de su valeroso coraçón era acompañado; mas ¿qué le vale?, que lo avía con dos cavalleros que muy pocos en aquel tiempo los excedían, que si en este comedio no sucediera lo que agora oyréys, él sin duda fuere muerto. Que como aquel temporal uviesse sido uno, todas las naos que en aquel mar se hallaron la buelta del desapiadado tiempo siguieron, entre las quales fue una que de muy altas y hermosas gavías era adornada, donde los que dentro venían, que eran quatro cavalleros con otra alguna gente de servicio, viendo

¹⁰⁵ por Mu, Y: par BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

la travada y sangrienta batalla que aquellas dos naos hazían, a ellas la suya mandan guiar; y como llegassen cerca de la batalla de los dos cavalleros y contra el uno los viessen, comovidos de toda nobleza, ayudar al valiente Aleandro llegan con sus espadas en las manos y fuertes escudos embraçados. En la nao saltaron y el uno dellos *contra* el jayán guía y los otros, sus *compañeros*, *contra* los otros, sus *compañeros* que en la nao del príncipe [f. 6vb] Aleandro, por la poca resistencia *que* avían hallado, estaban, donde viendo la buena ayuda que les era venida, se empieça –aunque harto cansado y malherido estava– a revolver con *tanto* ánimo en sus contrarios que espanto* era de ver junto *con* los cavalleros que en su favor avían venido; era cosa extraña de mirar las valentías que los unos y los otros hazían. *Donde* el valiente jayán y su *compañero*, viendo como estando su hecho *tan* al cabo se auía de nuevo empeçado, con una nueva saña herían a sus contrarios, de tal suerte que bien les davan a *entender* el valor de que sus excelentes personas eran adornadas.

En los términos que oýs, estava esta herida y sangrienta batalla, *que* de tan pocos¹⁰⁶ cavalleros *tan* herida nunca jamás en aquellas mares se avían juntado, quando aquel gran cavallero, que de nuevo avía llegado, de toda su fuerça hirió en un muslo malamente a su contrario, de lo qual el jayán recibe tanto coraje que alçando en alto su fuerte espada le dio un tal golpe *que*, si la bondad del yelmo no fuera tal, sin dubda él fuera muerto, mas aunque no le falsó, no por esso dexó de, con la demasiada fuerça que le fue dado, de le sacar de la cabeça, quebrantando¹⁰⁷ las fuertes enlaçaduras con que era ligado, yendo rodando por la cruxía adelante, donde el fuerte jayán, poniendo los ojos en su enemigo para le herir en la desarmada cabeça, le conoció *que* era su caro amigo, don Reynaldos de Moltalván, por lo qual, dando una congojada boz, se hinca de rodillas delante d'él, dándole el espada por la empuñadura, dize:

– Valerosíssimo y esforçado cavallero, la razón de que vuestras estrañas obras son compuestas, avisan a todo hombre a pagar el justo¹ [f. 7ra] omenaje que se os debe en razón de toda valentía y principalmente a vuestros amigos y servidores, por lo qual os suplico que con esta espada toméys la enmienda que a mi yerro, por la aver alçada contra vos, se debe.

Donde el valiente don Reynaldos, viendo ante sí al fuerte rey Escardaso, su íntimo y caro amigo, que el yelmo –mientras esto dezía– se avía quitado, con mucho plazer con él se abraça, rindiéndole las gracias que a tan cumplida criança* devía, y le pregunta quién

¹⁰⁶ pocos Mu, Y: poco BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁰⁷ quebrantando Mu, Y: quebrantado BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

sea el otro, su compañero, y él le dize que su querida muger, reyna Marfisa; donde en este comedio, viendo la reyna Marfisa lo que passava entre aquel cavallero y el rey, su marido, al fuerte don Dudón, que era el que con ella se combatía, dize:

– Valiente cavallero, la muestra que aquellos dos cavalleros de sí nos han dado con su presente amistad pone en mí razón de pensar que nuestra batalla no aya de aver el fin que nuestros coraçones desseavan, para aviso de lo qual, os suplico que sepamos la causa de tan repentina amistad.

A lo qual, el valiente don Dudón, quiriendo replicar, don Reynaldos y el rey Escardaso llegan y viendo la fuerte reyna a su caro amigo don Reynaldos de Montalván, con un entrañable amor le va abraçar; y el rey Escardaso junto con don Dudón la batalla desparten de los otros cavalleros y su gente, los quales espantadas* de tal novedad a se conocer unos a otros llegan, donde siendo todos juntos, aviéndose conocido y hablado con aquel amor que su estrecha amistad demandava; porque avéys de saber que los otros dos cavalleros que con don Reynaldos y don Dudón venían, eran los dos hermanos Aquilante y Grifón de Mongrana. Y contándo|se [f. 7rb] cada uno la causa de su viaje, don Reynaldos preguntó al rey Escardaso y reyna Marfisa la causa de la batalla con aquel cavallero que aún no avía conocido y ellos, después de se la aver dado, contra él guían, que un poco apartado dellos estava sin se dar a conocer, aunque por las insignias passadas muy bien les avía conocido; y desta suerte el rey Escardaso le dize:

– Señor cavallero, aunque mis obras antes vos se ayan demostrado tan inméritas de la gracia que os quiero pedir, yo y estos señores os suplicamos que nos digáys quién soys que después que vos sepáys la causa que de acometer vuestra nao tuve por tus insinias, podrá ser que vuestro enojo se mitigue con la virtud de que mostráys ser adornado.

Donde el valiente Aleandro, viendo delante de sí aquel excelente rey y reyna, padres de su señora, con¹⁰⁸ aquella devida obediencia y criança* quel amor de la hija con los padres mandava tener, después de se aver quitado el yelmo, dize:

– Soberanos y excelentes señores, si el devido acatamiento que a Vuestra Grandeza se debe no ha sido de mi parte a la vuestra hecho, no es otra la causa sino pensar que de mí ayáys rescibido algún desservicio, según la yra con que hasta aquí avéys tratado este vuestro humilde siervo, príncipe de Ungría.

Donde viendo ante sí el rey Escardaso un tan valiente y esforçado cavallero qu'él muy bien conocía y d'él era muy estimado, con mucho amor lo abraça pidiéndole perdón

¹⁰⁸ con Mu, Y: co BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

de su yerro, del qual muy fácil fue de acabar, donde fue tenido de don Reynaldos y aquellos cavalleros, dándosele todos por amigos en aquel grado *que* la presente esperiencia de su esfuerço* y crecidas virtudes pedían y porque¹ [f. 7va] estava malherido, a la nao del rey Escardaso se passan, después de aver con mucho amor y amorosas lágrimas recebido a la infanta Roselinda, que hasta allí por miedo de la batalla no avía salido donde ellos estavan, de la qual supieron la batalla que el príncipe Aleandro¹⁰⁹ por la librar con el jayán avía avido; por lo qual fue de nuevo en más estima tenido y del rey y reyna agradecido tan alto beneficio y curado *con* mucha vigilancia, a causa de lo qual manda guiar sus naos al puerto de Constantinopla, por mejor recaudo poner en su salud y por estar tan cerca, do los dexaremos por contar cómo la Fortuna los pudo juntar.

CAP. III. De cómo se dize la suerte que aquestos señores pudo la ventura juntar y del fin desseado que los amores del infante don Roserín con la princessa Florimena huvieron.

Avéys de saber que la Fortuna que guía todas las cosas como le plaze, fue parte para que a estos señores, que dicho avemos, juntasse y fue assí: que como aquel valiente jayán Nitridonte uviesse hecho tanto estrago en la isla y gente de Espinel de Ungría, no tuvo en sí tanto sosiego para *conservar* lo ganado quanto tuvo de trabajo en lo ganar, como aquel que era gobernado de aquel desordenado Amor, que jamás en una sola cosa durable reposar no le consentía, como aquel que no tenía presente ni gozava de la vista de su señora, la qual era la infanta Roselinda –como ya se os dixo– que a fama suya la corte del rey, su padre, era de muchos cavalleros visitada; entre los [f. 7 vb] quales fue este jayán Nitridonte el cruel, que andando en sus aventuras aportó* en el reyno de Risa, donde viendo la hermosura desta estremada infanta Roselinda, quedó captivo de su beldad, como otros muchos hazían, tanto que determinó de la pedir al rey, su padre, confiándose en su gran valentía y más en su ciego desseo, que el falso brevage de Amor, al que le gusta, pone; haziéndole mayor en su motivo el valor de su persona, que no por aventura sus merecimientos merecen. Por lo qual un día ante el rey declaró su ciega intención, el qual, con muy discretas palabras, un caso tan descompassado del sentido le aparta; por lo qual, el cruel Nitridonte, tiniéndose por *affrentado*, con gran yra se sale del reyno, jurando de por bien o mal aver en su poder a la infanta Roselinda. Donde juntando hasta cient cavalleros

¹⁰⁹ Aleandro Mu, Y: Aleando BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

amigos y parientes suyos y vassallos los más de su padre Belerofonte el cruel, en aquella nao se metieron, siguiendo la vía del reyno de Risa con propósito de effectuar su mal pensamiento. Donde en el camino, la Fortuna le guía a las Islas Desiertas, que avían sido de su padre y agora poseyá Espinel de Ungría, donde hizo el daño que se os dixo; y dexando en guarda de aquello que avía ganado a todos sus cavalleros, con solos los diez que dellos escogió, la buelta del ya pensado viage siguieron en otra nao de las de la isla, por causa de estar la suya muy mal parada, do le guió la Fortuna a tal tiempo que el rey Escardaso¹¹⁰ y reyna Marfisa en una su villa que puerto de mar era, estava solazándose por ser muy viciosa. Y como ellos viniessen demudados y en ábito de mercaderes, una noche se entraron en la villa y tuvieron tal vigilancia sobre^k [f. 8ra] la infanta que supieron como se yva a holgar a un monesterio de monjas que estava fuera de la villa, de muy lindas huertas y hermosas arboledas, donde el penado Nitridonte, como estuviesse a punto de tal menester, para effectuar su desseo una noche que la infanta en una de aquellas huertas se estava holgando, dexando sus cavalleros en guarda, entra y a la infanta y a una su donzella, que con ella estava, a su nao trae; que ni los gritos de la penada donzella ni las amenazas de la turbada infanta fueron parte para que no hiziesse su voluntad trayéndolas a su nao, que sin ser conocida en el puerto estava, la qual en esse punto alçando las velas la buelta quel tiempo presente hazía, siguieron.

Pues como la presente desdicha el esforçado rey Escardaso y reyna Marfisa de parte de unos marineros supieron, con un paternal amor en una nave de las suyas la otra siguieron, la qual avía más de seys horas que era del puerto salida. En este comedio, se siguió a la una y a la otra un gran temporal, el qual fue causa que tan presto como quisiessen no se juntassen, el qual fue tan rezió que todas las naves que en aquella cercada mar andavan siguieron la buelta del desapiadado tiempo, entre las quales fueron la gran varca del fuerte Aleandro¹¹¹ y la nave en que don Reynaldos de Montalván y don Dudón y Aquilante y Grifón de Mongrana yvan, que como ya uviessen llegado en la Ysla Desierta, que los cavalleros del jayán Nitridonte tenían usurpada, en muy breve espacio –como aquellos que eran estremados–, juntándose con ciertos cavalleros criados de Espinel de Ungría, en muy breve tiempo la desocuparon sacando a él y a otros cavalleros de la prisión que tenía [f. 8rb] y dexándolos en paz, porque de una cruel batalla ninguno de los del jayán escaparon de muertos y presos. Donde sabiendo de un cavallero del jayán, que entre otros presos estava, el viaje que su señor avía tomado y la intención que llevaba, con todo

¹¹⁰ Escardaso Mu, Y: Escarsado BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹¹¹ Aleandro Mu, Y: Aliandro BA, UV, M1, M2, Maz, S, L

aquel cuydado que a la amistad que a su caro amigo el rey Escardaso eran deudores, temiendo quel cruel Nitridonte no les hiziessen alguna trayción, entrando en una nao que allí avían traydo, le siguen; mas no fue tan presto que ya no uviessse él hecho la presa de la infanta Roselinda. Donde viniendo por su mar adelante el más alegre hombre del mundo muchas vezes a la infanta Roselinda suplicava que d'él se doliesse, la qual con muy lastimeras* palabras affea el caso de su feo crimen, a las quales el ciego Amor al penado jayán tan ciego tenían *que* no podían effetuar ni responder más de aquello *quel* servicio de su señora mandava y, temiéndola enojar, no osava hazer otra cosa que servilla con toda aquella voluntad que en él assistía para atraella por bien a términos que concediesse sus ruegos. Donde ella y la otra donzella suya no dexavan, quando d'él se veían mal aquexadas, de dar aquellos gritos quel valiente Aleandro, quando passó junto a su nao, oyó dar, por los quales vino a tales términos con el jayán qual oýstes. Donde sucedió en la llegada de la nao del rey Escardaso lo que se os ha contado, por pensar que todavía estuviessse dentro de la otra el robador de su hija, viendo en ella las insignias *que* en su mente traía para la conocer, donde sucedió con la llegada de don Reynaldos de Montalván la batalla suya y de la reyna Marfisa y de los otros cavalleros. Do los de|xaremos¹ [f. 8va] muy alegres por el buen sucesso y contándose los unos a los otros lo que por ellos avía passado después que se departieron en Francia, siguiendo el ya pensado camino de Constantinopla por estar tan cerca del puerto para remedio y reparo de sus heridas.

Y os diremos lo que en este comedio al infante don Roserín con su señora Florimena aconteció; para declaración de lo qual, avéys de saber *que* él andava el más penado hombre del mundo en ver que no podía alcançar de su señora lo que desseava, la qual no menos cuyta por él padescía, gozando el uno del otro no más de aquella dulçura que con los mensajes de la donzella Arminda se hazían por aquella secreta puerta del jardín que en el aposento del infante estava; y esto no todas las vezes que él quería, porque aquesta excelente señora era tan recatada en lo que a su devida limpieza cumplía que, aunque penava por este cavallero, no osava alargarse a más de lo que la razón de su grandeza mandava. Pues como el penado infante con tal congoxa anduviessse, después que anohecía, todas las noches se salía a aquel deleytoso jardín donde se estava tañendo y cantando con la dulce membrança de su señora la mayor parte de la noche, donde una entre otras con una harpa en sus manos, después de aver contemplado en la soledad que tan cerca de su señora tenía, con mucha congoxa y estremada gracia empieça a tañer y cantar con tanta suavidad *que* la dulçura de su estremada voz bastava a elevar el más alto

entendimiento del mundo que oír le pudiera, el qual canto era exercitado con este romance que él compuso: [f. 8 vb]

Salgan mis bozes estrañas
rasgando mi corazón
de enmedio de mis entrañas,
donde mora mi pasión,
descubran nuevos tormentos
nascidos de mi afición.
La luna resplandesciente
Haga nueva conjunción
Eclipsándome en la vida
Agora que ay más razón.

Y de sí dando un gran suspiro, con la gran cuyta que esta afición con que esto dezía le truxo, fue parte para le sacar de todo sentido y, sin poder proceder más adelante en su canto, se tiende en el suelo como si muerto fuera; donde aviendo salido con la misma cuyta de amor, aquella hermosa princesa Florimena a tomar el frescor que los templados vientos en aquellos frondosos árboles del jardín hazía, estando sentada a par de una fuente, donde la clarifica agua con sonorante estrépitu en las cristalinas piedras una sabrosa y dulce armonía con su arrebatada cayda exercitava; por lo qual y por la suavidad de aquella penada boz que por entre aquellos empinados cipreses y entretexidos jazmines con la dulçura de sus desseados amores hazía una tan entonada música en las entrañas desta señora, que sin ser parte su alta calidad ni devida limpieza, hazia donde el tino* de la boz procedía fue casi sin sentido, con el miedo presente llevada, do halló debaxo de unos hermosos cipreses aquél que ella tanto amava, fuera de todo sentido, que tal la cuyta de su sabrosa menbrança le avía tratado. Y viendo tal aquél que más que a sí quería, sentándose en el suelo, la cabeça en su regaço le toma y con angustiosas lágrimas de ver tal a su causa la cosa que más en el mundo^m [f. 9ra] preciava, empear a solennisar lo que a tan conocido y entrañable amor era deudora, destilando por sus hermosos ojos los ñublos del penado corazón, en tanta abundancia que sus amorosas lágrimas, cayendo en el rostro del desacordado príncipe don Roserín, fueron parte para le bolver en su acuerdo*; y como la luna hiciese clara y por ella pudiesse bien conocer y ante sí viesse su señora Florimena, con una alegría inestimable y nuevo esfuerzo cobrado, se hinca de rodillas delante della y,

tomándole sus blancas manos, se las empieza de besar infinitas veces, bañádoselas en vivas y amorosas lágrimas y desta suerte le habla:

– ¡O, vida de la vida mía en cuya membrança vive mi gloria! ¡¿Cuál venturosa ocasión fue causa para que yo gozasse de tan sublimada merced como de vuestra parte me es hecha siendo de la mía tan inmerecida?! Suplico a Vuestra Grandeza que no perturbéys el alegría presente con el pesar que de veros turbada me puede venir, que será parte para que en un punto goze de vida y muerte todo junto.

A lo qual la turbada señora desta suerte respondió con más acuerdo* que su verdadero amor y turbación presente mandava:

– Excelente infante don Roserín, la razón que a vuestra excelente virtud se debe para ser de todos amado y querido nos pone y a mí a puesto en osadía, para que con ella os viniesse a pagar el justo tributo que a Vuestra Grandeza se deve con presupuesto que vos, acatando mi persona y calidad y a la vuestra, paguéys lo que es razón que se pague, para que ninguno de nos quede del otro despagado.

– Señora mía –dixo el infante–, veisme aquí en vuestro poder, del qual después que vuestro excellen[te] [f. 9rb] retrato en Francia me fue presentado, propuse de jamás salir ni hazer de mí más de aquello que vuestra voluntad mandasse, que sola la muerte será la que aqueste desseo que dicho tengo me quite. Yo no quiero¹¹² otra cosa sino que, pues veys que os amo, que me lo paguéys con amarme y pues veys que yo muero por vos, que me deys la vida¹¹³ y pues sabéis quién soy y lo mucho que vos precio, que me recibáys por vuestro esposo, aunque inmérito de gozar tan sublimadas mercedes, pues que há días que os propuse en lo principal de mi corazón por mi señora.

– Señor mío, es de tanto valor vuestra excelente persona que, fuera de lo que se deve al amor que yo os tengo y a la grandeza de vuestro señorío, cualquier señora del mundo era obligada a querer y dessear lo *que* vos me pedís y yo con toda voluntad me acepto por tal esposa para que dispongáys de mí a toda vuestra voluntad y querer.

Donde oyendo aquel excelente infante lo que tanto avía desseado, de inestimable alegría fue su corazón infundido y hincando los ynojos en tierra, le toma sus hermosas manos para se las besar y ella lo mismo haze y con aquel verdadero amor *que* se tenían, con unas amorosas y dulces palabras y sabrosos besos, el uno al otro mostrava el desseo que hasta allí avía tenido de lo que presente gozava. Allí el piadoso Amor les dava lugar y licencia para *que* se comunicasen en todo aquel secreto *que* ellos querían, donde de tal

¹¹² quiero Mu, Y: quiere BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹¹³ vida Mu, Y: vivida BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

conversación que muchas noches por aquellas secretas puertas gozaron, sucedió a que aquella excelente señora fuesse tornada dueña, quedando una tal impresión en su persona, la qual fue parte quel mundo gozasse de aquel excelentíssimo [f. 9va] príncipe don Roselao de Grecia. En este plazer que oys se estuvieron estos dos *queridos amantes* toda la mayor parte de la noche hasta tanto que por aviso de la *donzella* Arminda a sus aposentos bolvieron, llevando cada uno del otro en su corazón una tal prenda qual la grandeza y verdadero amor los mandava, porque a la verdad, la razón de Amor tanto y más se aventaja quanto en los generosos corazones crecen los méritos de valor, aunque sigan sus desseos.

Cap. V. De cómo el infante don Roserín salió de la corte de Constantinopla por intercesión de una doncella que en su busca venía.

En esta sabrosa vida que os dezimos estava el infante don Roserín gozando cada noche por aquel secreto lugar de la dulce conversación de su señora, la princesa, y de la sabrosa amistad de sus caros amigos Visobel de Orlán y de su primo Escardín de Risa, no porque ninguno dellos en todo secreto supiesse el de sus amores, los quales eran amados y queridos de sus señoras, Argiana y Coronea, en todo aquel extremo que ellos de otros mucho más se estremavan, aunque no en parte tan comunicable ni tan desocupadamente como ellos querían y el infante don Roserín gozava, porque como todos posassen en aquel gran palacio y sus señoras en los aposentos de la Princesa, no se pudiendo ver ni hablar como todos desseavan, en la qual vida y deleyte vivían tan olvidados de sus passadas aventuras y hazañas quanto el descuydo de sus amorosos cuydados les ponía más cuydado. Y como la movible Fortuna nunca dexa de dar sus acostumbradas bueltas con el perezoso discurso de su antiguo viaje, desta [f. 9vb] sabrosa delectación a estos señores procura apartar de la suerte que oyréys: que saliendo un día el infante don Roserín solo con sus dos escuderos fuera de la ciudad, vio venir una *donzella* encima de un palafren a mucha priessa, la qual a él llegó, que por saber su viaje al camino avía salido; y viéndole tan hermoso y dándole el corazón de quien era y ella buscava, con mucha criança* le saluda y parando su palafren le dize:

– ¡Cavallero, que ayáys ventura! Sabreysme informar, si soys desta corte, si está en ella aquel excelente infante don Roserín, que tan nombrado es por todo el mundo.

A la qual viendo el infante que con tanta instancia por él preguntava, responde:

– Donzella, ¿quál es la causa que con tanta codicia por esse cavallero demandáys?

– Sabed, señor –dixo ella–, que no lo puedo dezir si no es a él mismo, porque así soy mandada; por eso, si vos no me sabéys dar razón de lo que busco, a Dios seáys encomendado, que yo me voy a la ciudad, donde pienso hallar recaudo de lo que demando.

– Sabed, hermosa donzella, que esse cavallero que buscáys es el que tenéys delante, por esso ved lo que de mí queréys, que yo os doy mi fe de hazer por vos todo lo que en mí fuere.

– Muchas mercedes a la Vuestra Grandeza –dixo ella– que no embalde es la gran fama que de vos suena. La causa de mi viaje en vuestra demanda por el presente no puedo dezir, mas de asseguraros a ley de buena que es justa y, cumpliendo vos lo que soys obligado, haréis gran servicio a Dios y a una señora que acá me embía, de cuya parte os conjuro por la fe que devéys a la cosa del mundo que amáys más y por la orden de cavallería, que estáis obligado con toda excelencia y cumplimiento guardar, que al presente os vays conmigo en Alemania para socorro desta mi señora que os digo que está en una neceéis|dad [f. 10ra]ⁿ, que por otro que por vos no puede ser remediada, según de un gran sabio ha sabido, donde yo creo que si vos soys aquel soberano infante don Roserín, que a vuestra madre y parientes de poder del jayán Belerofonte el cruel con tanto ánimo librástes, siendo nascido y criado para defensa y mamparo de los que poco pueden, que no dejaréys al presente de cumplir con lo que soys obligado y yo con tanta necessidad os pido.

El infante don Roserín, que con tanta instancia se vido conjurar de aquella donzella, con un nuevo cuydado, se para a pensar por una gran pieça lo que en tal caso haría. Mucha diversidad de pensamientos le venían a la memoria, con los quales se acordava de la dulçura de su vida y de la sabrosa conversación de su señora y por otra vía se le acordava quan descuydado avía estado en esta corte de Constantinopla tantos días y como ya su fama yva a más andar cayendo, siendo la causa su mucho reposo. Y a cabo de una gran pieça que estuvo en estas meditaciones, acordava que le era a par de muerte pensar de apartarse de su señora y se cumplir con su honra y tornar a sus passadas aventuras y de hazer aquel viaje que aquella donzella le pedía, a la qual dize:

– Señora donzella, ¿ha de ser nuestro camino de tanta priessa como vos mostrávedes en el que aquí truxistes?

– Señor –dixo la donzella–, la razón de mi obedecer a la necessidad en que dexé a la que acá me embió me manda, acordándome de su cuyta y de lo que soy obligada a cumplir con mi fidelidad, que con toda presteza y cuydado apressure aqueste viaje para su remedio; mas si vos soys servido que sea a la mañana rescebi|ré en ello muy grandes mercedes.

– Sea así –dixo el infante– y esperadme aquí en amaneciendo, que yo seré en este puesto a la ora que os digo y aún antes.

– Muchas mercedes a la Vuestra Grandeza –dixo la donzella–, yo me entro en la ciudad a¹¹⁴ reposar con vuestra licencia y a esperar aquessa hora que vos avéys diputado.

– A Dios vays encomendada –dixo el infante.

Y de sí tornándose a la ciudad, mandó a sus escuderos Crispanel y Esmerindo, que sus armas y cavallo aquella noche aparejassen y que las pusiessen de tal suerte que no pudiesse por ellas ser conocido, todo lo qual los cuydadosos escuderos como él lo mandó pusieron por obra; y como el infante uviesse estado con el Emperador y sus altos hombres y caros amigos, sin dar parte a ninguno de su viaje, se retraxo a su aposento, do se empeçó a acuytar con la pena que recibía en pensar que a la mañana se avía de apartar de su señora Florimena. Allí se maldezía mil vezes porque aquel día avía salido al campo y la hora que con la donzella topó, allí proponía de no salir al puesto que él le avía dicho; por otra parte veía que si no lo hazía, que se le seguiría muy *gran* baldón como a cavallero quebrantador de su palabra y floxo de cumplir lo *que* la orden de cavallería mandava, desseava de cumplir con su honra y en apartarse de tal vida no pensava bivar un momento *con* tal ausencia. De tal suerte le tratavan en esta cuyta sus anxiosos pensamientos, que por sus hermosas mexillas destilavan sus ojos el agua que de su apassionado corazón salía, estando en medio del fuego y fragua de la ausencia de su señora, la infanta, que ya propuesto con su partida tan breve sentía, de la qual cuyta [f. 10va] no sabía determinarse si a su señora diesse parte o si se fuesse sin la hablar, la qual tenía por muy grande inobediencia y mala criança* y como aquel que yva forciblemente contra sus amorosos desseos, estava tal parado que la donzella Arminda, que en este punto entró a visitalle de parte de su señora, se quedó espantada* de tal novedad comidiendo en sí mil ocasiones muy varias del fin y de lo que sería y muy turbada se llegó a la cama, sobre la qual con infinita congoxa se estava de una y otra parte rebolviendo, de tal suerte que con la pena que tenía no la vido hasta tanto que ella le preguntó la causa de tal novedad, a la qual el penado infante, viendo quién le hablava, cobrando en sí más acuerdo* del que hasta allí avía tenido, con nuevas lágrimas la abraça sin la poder hablar palabra. La penada donzella, como tanto le amasse, no pudo en esse punto dexar de pagalle con otras muchas el tributo que el verdadero amor a que era obligada de guardar a este cavallero mandava y se hallava deudora ayudándole a solennizar con harta congoxa la incertinidad de su lloro y con mucha instancia le suplica,

¹¹⁴ ciudad a reposar Mu, Y: ciudad reposar BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

hincando las rodillas delante de la cama, la causa que tanto dolor le causava le diga, a la qual el penado infante don Roserín desta manera le dixo:

– ¡O, mi cara y amiga donzella! ¿Quál razón queréys vos recibir de un tan triste y desaventurado cavallero que tan sin ella se halla por más la tener en la cuyta que la ausencia de mi señora me manda? Que sabed que antes que la mañana venga, tengo de ser apartado de la presencia de mi señora, la princesa, por parte de un don que a una donzella hoy en el campo prometí, que dende [f. 10vb] Alemania venía en mi busca.

– ¡O, señor mío –dixo Arminda–, no os acuytéys de tal suerte que ni la razón de Vuestra Grandeza lo manda ni la pena que con la vuestra a la princesa puede venir, lo pide! Antes con aquella discreción que en vos consiste y con aquel valerosíssimo ánimo con que a las estrañas aventuras days fin, os suplico que al presente os esforcéys y vays conmigo al jardín donde mi señora os está atendiendo con aquel verdadero amor que tenéys ya conocido de ella.

– Muchas gracias a vos, señora Arminda –respondió el infante–, por el grande alivio que me avéys dado con vuestras palabras y más con vuestro mensaje, que yo os doyo mi fe de os lo pagar, si la vida me dura, con os hazer traer corona de reyna en vuestra cabeça y posser un gran señorío.

A las quales palabras, la discreta donzella, hincando las rodillas en tierra, regradece pidiéndole sus manos para se las besar y el infante don Roserín con mucho amor del suelo la levanta y de sí saliendo por aquel secreto postigo de su aposento se salen al jardín donde la princesa, con harta pena de su tardanza, los estava atendiendo y desde que los vido venir, se levanta de donde estava assentada y con mucho amor, como si uviera mil años que no le huviera visto, se va a abraçar con su querido, el infante don Roserín, el qual como la viesse no pudo dexar de sentir más nuevamente con su vista el mal que hasta allí avía de su ausencia temido y con mucha tristeza, contraria del plazer que otras vezes tomava, después de se aver sentado debaxo de unas floridas murtas que junto a una clara fuente estavan plantadas, aviendo el infante gozado de su señora con [f. 11ra] aquel dissimulado plazer, contrario del que solía estando solos aquellos que tanto se querían, porque luego la donzella Arminda conociendo que de su compañía no tenían mucha necessidad para en tan deleytosa communicación, con unos angiosos y prolixos sospiros que el coraçón de la princesa tenían suspenso, con verlos salir con más novedad que solían, que el penado infante a su señora dize:

– Señora y esperança de toda mi cuyta y penado coraçón, quando el trabajoso día de vuestra ausencia por mí passa, mientras viene el verdadero día de la esperada noche a dar

luz a mis ojos con la que de vuestra soberana presencia reciben, para de nuevo cobrar immortalidad en el desseo que de más amaros con la razón de Vuestra Grandeza en mi fee se acrecienta, tal me trata que entre las gentes ando y no sé de mí si soy parte para lo ser con ellos mientras sin vos me veo y muero viviendo en tanto dolor que si no me socorriessen las noches que digo, sin dubda de un día a otro no biviría, pues qué haré yo agora sin mí con pensar de ser apartado de vos, mi señora, que por un don que a una donzella hoy prometí, me cumple apartarme de vos. Y pues, señora, véys quanto al ánimo me allega y cuánta razón tengo de hazer el socorro prometido y de tornar a las obras passadas, que con la membrança de vuestro desseo más estimava, y os suplico por el amor tan grande que me tenéys, que vos no recibáys pesadumbre ni enojo con darme licencia para este viage, porque yo pague cumpliendo con mi honra lo que deve hazer el que es esposo y siervo de tan alta señora como vos soys.

¿Quién vos podrá dezir el gra|ve [f. 11rb] dolor e sobresalto que la princesa con tal licencia recibió? Donde con gran cuyta assí se abraçava con él sin le poder hablar palabra y llorando de sus ojos como si delante le tuviera muerto. Desta suerte el uno y el otro estuvieron gran pieça hasta tanto que la donzella Arminda, temiendo su tardança con la venida del cercano día, porque no descubriesse la celada de sus amores, a ellos llega muy maravillada de los extremos que a estos dos señores veya hazer y el amor en tal partida les mandava adonde ellos con su llegada recordando* de su passado descuydo y la princesa a don Roserín dize:

– Señor mío, ¿por qué me queréys dexar en tanta fatiga como sé que por la vuestra ausencia he de passar? E ya que os vays, no me queréys dezir adónde ni la causa de aqueste vuestro viage.

– Señora mía, yo os juro por la fee que os devo que no sé más la vía que he de llevar que Vuestra Grandeza lo sabe; no me tengáys por tan descomedido que a vos, que soys mi corazón, negasse lo que a mí mesmo avía de encubrir.

– Pues alma mía, ¿assí os queréys yr –dixo la princesa– con quien no conocéys ni sabéys adónde os lleva?

– Por esso es más de estimar –respondió el infante Roserín– la aventura después de acabada, quando con la incertinidad de qual sea su fin nos disponemos al trabajo della para gozar de la immortalidad que su gozosa victoria nos acarrea.

– Pues señor mío –dixo la infanta–, yo os suplico, pues veys que sin vos no puedo vivir una hora, que ya que estáys determinado de os partir, que vuestra jornada sea lo más breve que ser pueda.

– Señora, vos me encargáys una cosa que yo me llevo tanto a cargo quanto la razón [f. 11va] de¹¹⁵ vuestra ausencia en otras tierras me encargara.

Y de sí porque era cerca del día, con muchos abraços y dulces besos y dobladas lágrimas, el uno del otro se apartan, tornándose cada uno a su aposento los más tristes que en su vida estuvieron. Donde el infante escribió una carta para el Emperador y Emperatriz y príncipe Reduardo y para todos sus amigos, suplicándoles por ella le perdonassen por partirse sin les dar cuenta de adónde yva, porque yva en una cierta aventura que mucho cumplía, donde en siendo acabada, les prometía de bolver a su servicio. Y dando esta carta a un escudero de la infanta Melisandra, armándose de todas sus armas, encima de su gran cavallo Nigralvo, se sale lo más secreto que pudo de aquella gran ciudad de Constantinopla, con tanta cuyta qual jamás avía sentido. Donde llegando al puesto que el día antes avía determinado, donde halló a la donzella que gran rato avía que lo estava atendiendo y, después de se aver saludado, le dize:

– Señora donzella, guiad a aquella parte que más os plugiere para que mi promesa y vuestro desseo ayan el fin que desseamos.

Al qual ella con mucha criança* y plazer, sus cumplidas offertas agradece, rindiéndole por ellas infinitas gracias y por un camino que azia Macedonia yva, guían el infante con sus dos escuderos, Esmerildo y Crispanel. Guiando la donzella, se meten do los dexaremos hasta su tiempo por os dezir lo que en Constantinopla, después de la partida de don Roserín, avino.º [f.11vb]

Cap. VI. En el qual se dize cómo el rey Escardasso y don Reynaldos de Montalván y sus compañeros saltaron en tierra y vinieron a Constantinopla.

Al tiempo que con su templada fuerça commutada en los exercitadores ministros suyos, más el dios Éolo sobre las maritíssimas aguas a los curiosos navegantes para más prosperidad de su desseado viage, con su sabrosa templança y reglados vientos más comunicava, para que los vagabundos leñames* efectuassen con tal operación en todo effecto la buelta de su principiado camino. Pues en este comedio era, quando en aquel grande y antiguo puerto de Constantinopla las tres naos del valiente don Renaldos y rey Escardaso y reyna Marfisa tomaron tierras, en las quales –como ya oýstes– el valiente Aleandro, príncipe de Ungría, trayán muy mal herido de la batalla que uvo con el fuerte gigante Ni-

¹¹⁵ de Mu, Y: ve BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

tridente por libertar a su señora, la infanta Roselinda, y de la batalla que después con el rey y reyna, sus padres –como ya oýstes– uvo, donde con el desseo que de ver aquella insigne y nombrada corte y estraño edificio del sabio Atalante y también por ver aquellos sus tan caros amigos que en ella estaban, saltan en tierra el fuerte rey Escardaso y don Renaldos de Montalván; y la valiente¹¹⁶ reyna Marfisa y el fuerte don Dudón y Aquilante y Grifón, aquellos dos tan queridos hermanos, todos armados de sus fuertes y muy luzidas armas y encima de sus poderosos y grandes cavallos, que como todos fuessen tales y de tan lindos pareceres era cosa estraña [f. 12ra] de los mirar y gran maravilla porque venían de modo que davan de sí gran estrañeza, porque en medio de todos traían unas andas en que el hermoso Aleandro venía herido, que en cavallo no pudo venir aunque era poca distancia la que del puerto a la ciudad avía; y par dellas venía aquella estraña y hermosa infanta Roselinda, que como aquella que era loçana de coraçón y sabiendo que en aquella corte estava al presente la flor de toda la hermosura y aviendo oýdo dezir de la *que* aquella excelente princesa Florimena era dotada; por lo qual aquel día se hizo vestir de unos ricos paños que en el monasterio tenía quando el jayán Netridonte la robó, los quales eran de un tornasol tan estraño que los rayos de Febo, que en ellos hería, hazía una reberberación de tan linda estrañeza que a los ojos de los que la miravan empedían de ser bien vistos. Y tendiendo sus hermosos cabellos, que la mayor parte de las ancas de su palafrén le cobrían como fino oro de týbar* relumbrantes, de los quales a ciertas partes de la cabeça se hazían unas guedejas dellos, de las quales pendían unos ricos cercillos de oro y algunos graciosos y bien labrados cisnes pequeños de plata encima, de los quales llevaba una guirnalda labrada muy sotilmente de oro engastada en ella infinitas esmeraldas y rubíes, diamantes, çafiros¹¹⁷ de gran valor que no menos lumbré de sí expedían¹¹⁸ que si fuera cada uno un ardiente cirio de cera, donde en medio de tal resplandor traía su lindo rostro tal gravedad y hermosura qual otra –fuera de la princesa Florimena– hasta allí no se vio. Y junto a par della traía aquella donzella, que os diximos que en la mar dava [f. 12rb] los gritos, ricamente guarnida y no en parte las dos ni en tales palafrenes quanto vinieran si este viaje fuera sobre pensado y no forcible como empeçó. A esta donzella quería esta infanta mucho por averse criado juntas, la qual se llamava Sirinda y tomó tanto amor con el príncipe Aleandro que propuso en sí de le ayudar en todo aquello que al caso de sus amores tocava, los quales ella muy a la clara d'él conoscía con su señora porque es de tal calidad esta sabrosa

¹¹⁶ valienta BA, UV, M1, M2, Maz, S, L / rey Escardaso y don Renaldos de Montalván, y la valiente reyna Marfisa y el fuerte *addidit* BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹¹⁷ çafiros *nos*: çafires BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹¹⁸ expedían Mu, Y: expolían BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

dolencia *que* no puede dexar de salir, aunque más se procure encubrir ni celar algunas verdaderas muestras, por las quales con pequeño aviso sean por ellas entendidos los que tal opinión siguieren.

Pues de la suerte que oýs, empeçó de caminar esta hermosa compañía la vía de la gran ciudad de Constantinopla, a fama de la qual y como fuesse fiesta, venían tanta gente que era cosa de espanto* el rescebimiento que sin pensar les fue hecho. Allí la gente popular, con la apariencia de tanta hermosura de cavalleros y estraña donzella, dezían maravillas de su gentil aparencia. Allí el hermoso y gran Bayarte con su furioso contornear, hazía ancha carrera, yendo su señor y el rey y los otros cavalleros mirando los sumptuosos edificios de aquella insigne población y tan embevecidos* en mirar la diferencia* de gentes que en esta ciudad assistían, que de otra cosa no tenían memoria, por lo qual aquel hermoso Aleandro, que en la litera venía y junto a ella aquella que más herido su corazón traía que las heridas de su cuerpo; y ella, porque le estimava mucho por su gran valor y por lo que por ella avía hecho, venía con él platicando en aquellas cosas que más sabor avían, [f. 12va] donde viendo el penado príncipe la oportunidad de tal tiempo, aunque breve, acordó de no perdella y a su señora desta suerte habla:

– Excelente y soberana señora, la novedad que mi viejo y alto pensamiento en vuestro excelentissimo aspecto haze en mí con el temor que tengo de nunca enojaros, causa *que* no sepa dezir el mal *que* a causa de Vuestra Grandeza, para mayor bien mío, rescibo, por el qual, aunque inmérito ante tanta excelencia, suplico seáys servida que yo ose de aquí adelante con vuestra licencia tener tan altos pensamientos y esto para en descuento de lo que se os deve.

A las quales palabras, la infanta como fuera estuviessse de tal pensamiento, muy maravillada de la suerte, responde:

– Señor príncipe Aleandro, qualquiera cosa de repentina aparencia causa un nuevo sobresalto en el corazón que fuera de tal cuydado esté, por lo qual el mío, *que* tan enagenado de tal pensamiento estava, se halla en este punto de la suerte quel que manifesto, porque la razón de mi grandeza y lo *que* se deve a mi devida limpieza me prohíbe de ocupar los pensamientos en cosas *que* dañen algún punto de mi honra, por lo qual os suplico que essas razones, pues ay tanta razón entre nuestra limpieza y amistad, no me digáys de aquí adelante porque resçebiré dello señalado plazer no obstante, por la buena obra que de vos he rescebido y verdadero querer de vuestra parte a la mía manifesta dexaría de conceder antes a vos que a otro del mundo tener tan altos pensamientos.

– Muchas gracias a la Vuestra Grandeza –respondió el príncipe– por tan soberana gracia como me hazéys en el fin de se prosupuesto* y principio para de nuevo serviros, por el qual os suplico [f. 12vb] que me sea conçedido en señal de mercedes, que el cabo de essa cinta toque yo con mi boca para dar nuevo principio en lo que digo.

A lo qual, la discreta Sirinda, antes que su señora respondiesse, dize:

– Señora mía, no devéys de negar estas mercedes a esse hermoso cavallero, pues tanto sabéys que se le deve, fuera de su grandeza, de vuestra parte; y si vos no se las queréys hazer, yo como más agradescida me porné a rescibir qualquier peligro por le azer a él mercedes.

Y de sí tendiendo la mano con la cinta, la pone en las del hermoso Aleandro, el qual con muy gran plazer infinitas vezes la besa y a la donzella agradece. A lo qual todo, la hermosa infanta no hazía mención ni muestra que le pesava que por más recatada que en lo que a su honra cumplía, fuesse, no por esto del desapiadado amor dexó de ser lastimada*, siendo parte la grandeza y hermosura y verdadero amor que deste preciado príncipe conocía y de sí bolviéndose hazia Sirinda le dize:

– En mal punto vos seáys tan atrevida que de lo ajeno procuréys hazer mercedes a quien no sabéys si con la lealtad aún las merece.

Las quales palabras el príncipe bien coligió, que le fueron grande alivio de allí adelante para sus heridas. Y porque llegavan ya al alcaçar y imperiales palacios, no procedieron más adelante, antes apeándose todos aquellos cavalleros a la puerta del gran alcaçar y el valiente don Reynaldos de Montalván y el fuerte don Dudón apearon a la infanta Roselinda en sus braços y Aquilante y Grifón al príncipe Aleandro que también avía menester su ayuda, no porque dexasse de yr por su pie que más era su mal flaqueza y del trabajo [f.13ra] de la mar, que no pena que de las heridas sintiesse.

Y desta suerte empeçaron a subir por una grande escalera que a los altos corredores guiava yendo delante aquel valiente rey Escardaso y la reyna Marfisa, los quales como todos fuessen desarmados los rostros y manos y fuessen de tan buena gracia como ya avéys oído, parecían también a los cavalleros que a ver los salían que era maravilla. Entre los quales salieron el príncipe Reduardo y Escardín de Risa y, como viessen el uno a sus padres y hermana y el otro a sus caros amigos, don Reynaldos y don Dudón y el fuerte Aquilante y Grifón de Mongrana, con un plazer y estimable y repentino gozo de tal venida, el uno ante sus padres se hinca de rodillas pidiéndoles las manos y el otro sale a rescibir y abraçar aquellos sus tan caros amigos. Donde viendo el rey Escardaso y la reyna Marfisa al príncipe, su hijo, con gran alegría de le ver tan hermoso y valiente y bien acompañado, le

abraçan. Don Reynaldos y los otros cavalleros con mucha cortesía al príncipe Reduardo resciben, dándole cuenta de quién fuessen las dos personas que de braço traían, a las quales rescibió el príncipe con aquel acatamiento que a dos tan señaladas personas era devido, juntamente con hablar al rey Escardaso y a la reyna Marfisa, que también mucho se amavan, donde ver aquella excelente reyna en el ábito de cavallero era una cosa estraña. Y luego el príncipe haze mandado al Emperador de la venida de aquellos señores y de quien cada uno era, a los quales él sale a rescebir hasta la puerta de su rica sala, donde passaron tantas cortesías y modos de crianças* que sería [f. 13rb] una cosa estraña de contar.

Avéys de saber que de parte del príncipe Escardín de Risa y Bisobel de Orlán, que allí también estauan, fue señaladamente y con tanto amor rescibido aquel valiente Aleandro quanto si largos tiempos uvieran conversado y con mucho cuydado y diligencia le llevaron a su aposento donde fue visto y curado por parte y mandamiento del Emperador quanto lo fuera en la casa del rey, su padre.

Allí supieron del Emperador y príncipe y los otros cavalleros y el rey Escardaso y la reyna Marfisa y don Reynaldos de Montalván y los otros cavalleros, como todos estavan muy penados porque la mañana antes se avía partido sin dar a ninguno parte de su viaje el infante don Roserín, de lo qual uvieron harto pesar por el desseo que d'él tenían sus dos tíos y la reyna Marfisa y don Reynaldos de Montalván y todos los otros sus amigos. Luego mandó el Emperador al príncipe Reduardo y al rey que metiessen a estos señores al aposento de la Emperatriz y princesa, mandando juntamente que fuessen aposentados en aquellos ricos palacios de su gran alcaçar, lo qual todo fue bien cumplido según en tal casa convenía. Y entrando donde la Emperatriz y princesa y las otras grandes señoras que estavan, fueron maravilladas de ver tanta hermosura en uno juntada, no menos lo fueron todas ellas y señaladamente de la hermosura y gracia de la infanta Roselinda y del gracioso y robusto¹¹⁹ parecer de su madre y entrando el rey y la reyna y don Reynaldos y los otros señores, se hincaron de rodillas delante la Emperatriz, la qual con muy buena gracia les dixo, des|pués [f. 13va] de los aver hecho a todos levantar:

– Excelente rey y reyna y valerosos cavalleros, mucho bien me ha parecido la ventaja que a todo el mundo en criança* y buen comedimiento queréys hazer y aquí avéys manifestado pagándome a mí aquel tributo que a Vuestras Grandezas se deve.

A las quales palabras, el rey Escardaso respondió:

¹¹⁹ robusto Mu, Y: rebusto BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

– Soberana y exelentíssima señora, Vuestra Magestad es aquella a quien se deven dirigir con más razón esas palabras y a los que aquí venimos, el effectuar con las obras lo que nuestras personas muestran y estar prestos para os servir.

– Baste agora por el presente lo dicho –dixo la Emperatriz– que no quiero quedar de nuevo vencida por vuestras razones y porque es razón que Vuestras Grandezas reposen del trabajo del camino, os suplico que vamos do el Emperador, mi señor, nos estará atendiendo.

– Hágase como Vuestra Alteza fuere servida– dixeron todos.

En este comedio la princesa Florimena y la infanta Coronea y la infanta Argiana tenían consigo a la infanta Roselinda, muy espantadas* de su gran hermosura y buen donayre; y mucho más lo era aquella princesa Florimena viendo cuánto parecía a su primo don Roserín, por lo qual puso de ay adelante tanto amor con ella quanto a ninguna en sus días le tuvo, a la qual pidió por su huésped, por lo qual le rindieron sus padres muchas gracias. Y de ay saliendo el Emperador, después de se aver desarmado y dándoles muy ricos mantos que se cubriessen, do los estava atendiendo con las mesas puestas, el rey Escardaso y don Reynaldos de Montalván y todos los otros cavalleros se sentaron por su devida orden en la tabla [f. 13vb] del Emperador a cenar y la reyna Marfisa y la infanta Roselinda y la Emperatriz y la princesa Florimena y la infanta Argiana y la infanta Coronea y otras muchas señoras de gran valor se sentaron en otras tablas do fueron servidos de tanta diversidad y abundancia de manjares quanto a tales personas y en casa de tan alto Emperador se cree que les darían, aunque no con tanto plazer quanto tuvieran si el infante don Roserín no faltara, que como era tan fresca y ignota su partida y de todos estos señores era tan querido y amado, todos echavan menos su dulce conversación, mucho más aquella excelente princesa Florimena, que bien demostró aquel día y otros muchos la pena que por su ausencia sentía, a la qual le fue casi un demirativo remedio la venida de la infanta Roselinda a la corte, que como tanto pareciese al infante don Roserín, su primo, nunca quitava los ojos della ni menos consentía que un punto se apartasse de donde estava, porque juntas dormían y juntas andavan y la una sin la otra no se hazían. Y de tal suerte creció el amistad destas dos señoras, tanto que bien claro conocían la infanta Argiana y Coronea la diferencia que la princesa Florimena con ellas hazía, mas como ellas fuessen todas de gran discreción y esta infanta de tanta hermosura y gracia, con la qual combidava a todo el mundo a que la amasse, no rescebían ninguna pesadumbre.

Pues como ya uviessen acabado de cenar, el Emperador ruega a aquellos señores que se vayan a reposar del trabajo del camino cada uno a su aposento, por lo qual le rinden

todos muchas gracias; y como ya fuesse passada la mayor parte de la [f. 14ra] noche, se re-trae cada uno dellos a donde fueron guiados por el príncipe Reduardo y Bisobel de Orlán y Escardín de Risa, que los acompañan a todos hasta dexallos en sus camas y ellos se fueron a las suyas, donde reposaron lo que de la noche quedava.

Cap. VII. En el qual se dize cómo otro día aquellos señores, acompañando al Emperador, fueron a visitar al príncipe Alejandro y de ay a ver el Paraíso de Amor.

Y después que las obscuras tinieblas de la noche con la nueva y luzida vezindad de la mañana eran sus vaporosas y negras nubes desterradas y de otra nueva verdura adornadas, con la commutable luz que la venida de Febo en ellas hazía, aparejando su flámígero carro con la velocidad de sus ligeros caballos a la veloz carrera de su acostumbrada jornada, quando aquel excelente rey Escardasso y reyna Marfisa y don Renaldos de Montalván y el fuerte mancebo don Dudón y Aquilante y Grifón de Mongrana junto con Bisobel de Orlán y Escardín de Risa y otros muchos y muy preciados cavalleros, que por los honrar a sus aposentos eran venidos, donde los hallaron vestidos de unas reales e sump-tuosas ropas, que el Emperador a todos mandó bien proveer de todo aquello que al estado y servicio y calidad de cada uno convenía, como aquel que era uno de los bien cumplidos príncipes del mundo. Adonde después de aver passado con aquellos cavalleros y señores muy gran pieça en sus devidas crianças [f. 14rb] y cortesías, al aposento del Emperador se van para que juntamente saliessen a la gran sala a oír los divinos servicios, al qual hallaron ya levantado, do los recibió con mucha cortesía. Y quiero que sepáys que este día la reyna Marfisa vistió en su propio hábito, que la Emperatriz la mandó proveer muy cumplida y abastadamente, la qual salió vestida de un ricotaso carmesí, sembrado todo el ornamento de unos ricos cardos de oro que aquella noche mandó la Emperatriz a grandes maestros obrar, los más bien recamados que hallar se podían. Encima de sus rubios cabellos sacó aquel día una rica corona de inestimable valor, hecha a modo de los mismos cardos de la ropa, muy sutilmente obrada, con las quales galanas ropas y linda devisa, como ella fuesse tan hermosa y mostrasse tal gravedad en su hermoso rostro y crecido cuerpo, a todos los que la miravan, hazía maravillados¹²⁰ de ver quan bien el un hábito y el otro hinchía estremándose en cada uno dellos en todo aquel extremo que estremarse podía. La infanta, su hija, sacó sus ricas ropas, que ya diximos que jamás demudava; la princessa Florimena

¹²⁰ -villados UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y; *non legitur in BA maculae causa.*

salió aquel día más honesta que galana a causa de la pena que sentía por la ausencia de su amante; la infanta Coronea se vistió aquel día toda de terciopelo blanco y por orla, a la redonda de todas sus ropas, yvan unas madexas de oro muy sotilmente enlazadas y la infanta Argiana sacó este día todas sus ropas de un tornasol verde y colorado, acuchillado* sobre tela de plata y tomados los golpes con unos troncos a modo de cardos de oro, que mucha gracia le dava. Y como todas fuessen tan hermosas, era [f. 14va] cosa de maravillar ver a cada una por sí y a todas juntas en común, que más parecía cosa divina que humana, según era su mucha hermosura y gracia; y la infanta Melissandra salió vestida de tela de oro, una saya acuchillada* sobre terciopelo leonado* llena toda de unas estampas de oro muy ricas. Las quales todas con la Emperatriz, salieron a la gran sala donde el Emperador y todos aquellos señores la estaban atendiendo para oír missa, el qual viéndose tan acompañado de tales cavalleros y señoras, dava infinitas gracias a Nuestro Señor por tanto bien como le hazía. Y poniendo los ojos en la infanta Roselinda, que hasta allí no avía bien mirado, le pareció tener delante de sí al infante don Roserín, su primo, que él tanto amava, vestido en hábito de donzella y llegándose todos juntos a ellas con muy honrosas y pulidas crianças*, el Emperador, abraçando a la infanta Roselinda le dize:

– ¡¿Cómo hermoso cavallero¹²¹ e assí os queréys encubrir de mí en nuestra posada que toméys hábito de donzella?! Y para más zelar vuestro engaño, me escrivistes una carta en la qual me pedistes perdón de vuestra secreta partida; yo os doy mi palabra que no pierda de vos la quexa que tengo hasta que me deys la satisfación que se deve a tan gran enojo como me hezistes.

A las quales palabras, la discreta señora respuso:

– Soberano y excelentíssimo señor, suplico a Vuestra Grandeza que la partida del infante don Roserín, mi señor primo, perdone, con presupuesto que si él no diere de sí la disculpa que a Vuestra Magestad se deve, quede yo obligada de servir en todo aquello que él a Vuestra Grandeza podía hazer servicio. [f. 14vb]

– Muchas gracias a vos por la fiança que de vuestro primo hazéys –respondió el Emperador– y por lo que se deve al amor que le tengo y a vuestra persona, yo lo acepto por tal.

El rey Escardaso dixo:

¹²¹ -ro : *non legitur in BA maculae causa.*

– Mira, infanta, lo que avéys prometido a Su Magestad, que estéys presta de lo cumplir y, si alguna batalla viniere a esta corte por parte de vuestro primo, que os aparejéys a dalle cima como él lo haría si aquí estuviesse.

La infanta Roselinda dixo:

– Oxalá Vuestra Grandeza y la de mi señora, la reyna, fuessen servidos *que* yo tomasse el hábito en que vuestras excelentes personas han adquirido tanto loor y fama como ay por el mundo de sus valentías.

Don Renaldos le dixo:

– Señora sobrina, no queráys escoger un hábito en que sometéys el que agora posseéys, porque con el que querriedes por ventura permitiría¹²² la fortuna que fuéssedes de alguno vencida en pago de a quantos con estotro podéys vencer.

– No consentimos yo ni la princesa, mi hija –dixo la Emperatriz¹²³–, ni estas señoras que aquí están, perder de nuestro vando tal donzella como es la infanta Roselinda, porque ganéys del vuestro tal cavallero.

En estas graciosas palabras de burlas estuvieron muy gran pieça, con las quales todos los que las oían recibían deleyte en ver cómo el Emperador se burlava con la infanta Roselinda, de la qual estaban todos espantados* de ver cuánto parecía al infante don Roserín, su primo.

Y ya que uvieron oýdo missa e acabado de comer, el Emperador y aquellos señores acordaron de visitar al príncipe Aleandro y luego lo pusieron por obra; y assí, junto con el Emperador, se fueron a le visitar, después de aver dexado [f. 15ra] a la Emperatriz y princessa e infantas y a todas aquellas señoras en su aposento, al qual hallaron vestido de una aljuba* de brocado y sentado en la cama y muy mejor de sus heridas y junto con él, el príncipe Reduardo y el príncipe Escardín de Risa y Bisobel de Orlán. Que como todos ellos fuessen mancebos y casi de una edad, teníanse tanta voluntad y avíanla puesto con aquel gracioso príncipe quanto si uviera grandes tiempos que se uvieran conversado. Y como viessen entrar al Emperador y aquellos señores, se levantaron haziendo aquel acatamiento que eran devidos a tales señores, donde el príncipe Aleandro lo quisiera también hazer si el Emperador no se lo estorvara; y sentándose todos en aquella sala donde él estava herido, le preguntó el Emperador y todos ellos después qué tal se sentía. A la qual pregunta, el príncipe Aleandro respuso que él estava muy bueno en quanto el desseo de

¹²² permitiría Mu, Y: permitiríe BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹²³ Emperatriz nos: Emperador edd.

servir a sus grandezas tan grandes mercedes como dellos rescibía cada día; y en quanto a sus heridas, que se sentía mejor con el buen tratamiento que allí le era hecho.

– Más que esto se deve a quien vos sóys –dixo el Emperador–, por lo qual rescibiré yo mucho plazer en que arzeziéys* y toméys todo aquel plazer *que* tomaríades en casa del rey de Ungría, vuestro padre.

– Muchas mercedes a la Vuestra Grandeza por tantas como de su parte a la mía han sido hechas, por las cuales suplico a Vuestra Magestad que me sean dadas sus manos para las besar en señal de su siervo y de lo que devo a tan alta persona como la de Vuestra Magestad.

– Ora, hijo –dixo el Emperador–, que yo estoy satisfecho con que vos estéys a vue[stro] [f. 15rb] plazer, do lo podéys estar hasta que vos seáys contento.

En esto, el rey Escardaso y don Reynaldos de Montalván y don Dudón y Aquilante y Grifón le preguntaron todos por su salud y empezaron de hablar en muchas cosas de plazer porque el Emperador recibía mucho deleyte de oír cosas semejantes, donde preguntaron por el edificio del Paráyso de Amor, del qual les dixo el Emperador grandes maravillas; y dixo a don Reynaldos de Montalván:

– Esforçado cavallero, aparejaos si queréys saber los secretos de amor; aquí avéys de aver contienda con uno de vuestros hermanos, don Rugiero y reyna Madama Brandamonte.

– Soberano señor –dixo don Reynaldos–, yo bien sé en mi coraçón todo aquel secreto que de esse señor Vuestra Excelencia me pedís, por lo qual y por no tomar contienda con ninguno dessos, no estoy agora en essa voluntad de saber en el caso más de lo que hasta aquí se ha sabido, salvo si no sintiesse hazer en ello a Vuestra Magestad algún servicio.

– Muchas gracias por essa voluntad que mostráys para me hazer plazer –dixo el Emperador–, por lo qual y por vuestra persona principalmente quedo yo obligado a todo lo que os cumpliere de muy buena voluntad, como lo haría el Emperador Carlos, vuestro tío y mi señor hermano.

Y de sí levantándose don Reynaldos de Montalván por estas palabras, hincándose de hinojos en tierra ante el Emperador, le suplica le dé sus manos por una merced *tan* grande, al qual el Emperador le haze levantar con mucha benivolencia¹²⁴. Donde el valerosíssimo príncipe Reduardo y el príncipe Aleandro y Escardín de Risa y Bisobel de

¹²⁴ b *inversa*, qenivolencia BA, UV, M1, M2, Maz, S, L; venivolencia Mu, Y.

Orlán [f. 15va] propusieron que estando Aleandro sano, todos juntos provassen el aventura del Paráyso de Amor. Y muy espantado* preguntó el rey Escardaso al Emperador que cómo no avía provado el infante don Roserín esta aventura y él le dixo que avía dicho algunas veces que si él supiesse ser señor de todo el mundo, no alçaría su espada contra las figuras de sus padres y que antes moriría mala muerte.

– Él tiene mucha razón –dixo el rey Escardaso y don Renaldos de Montalván y todos los otros cavalleros que allí estaban, donde dixo el Emperador que passava mucha pena por su incierta partida y que desseava saber muy cedo nuevas ciertas d'él, que él tenía por seguras ser muy buenas.

– Como quiera que ellas sean –dixo don Renaldos–, ellas con él y todos sus parientes y amigos con las nuestras estamos prestos a lo que al servicio de Vuestra Magestad tocare.

Y de sí despidiéndose del príncipe Aleandro, se salieron el Emperador y rey Escardaso y los otros cavalleros y fueron a ver aquel sumptuoso y estraño Paráyso de Amor, donde fueron admirados de ver una cosa tan estraña y hallaron a la Emperatriz y princesa Florimena y infanta Coronea y la infanta Argiana y también la infanta Roselinda, junto con otras muchas y grandes señoras que andavan mirando cada una por su parte en aquel transparente muro lo que les era muy claro y muy patente de las personas que tanto amavan, con la qual vista, estaban tan admiradas que parecían personas fuera de su acuerdo*.

Allí con otra repentina novedad, vido la infanta Florimena a su querido y amado don Roserín como si estuviera presente, que yva encima de su [f. 15vb] gran cavallo Nigralvo, armado de aquellas ricas y fuertes armas verdes –que ya oýstes en la segunda parte desta historia^P– y vido caminar detrás d'él a sus escuderos y la donzella por la vía que para el reyno de Macedonia guiava y vido cómo llevaba en sus manos la tabla de su figura, en la qual yva contemplando y llorando de sus ojos por la ausencia que sentía de aquella a quien todo esto le era patente en el cristalino muro; donde viendo ella cosa de tanta estrañeza, recibía grande alegría en su corazón, porque conoció que de allí adelante podía cada y quando saber, sin que nadie se las truxesse, nuevas de su amante y viéndole yr de tal suerte y llorando, no pudo estar que ella no vertiesse algunas secretas lágrimas y fuele bien, que estaua algo apartada del Emperador y Emperatriz y de todos los otros señores y señoras que no la podían ver, que assí era este edificio situado que por más de dos tiros de ballesta que en torno de la hazera* se podía muy bien por todas partes mirar; y tanto era el sabor que cada uno tomava de ver su transmutada figura en él y lo que sentía de su pena, que unos de otros no catavan. Y juntamente con esto, hizo aquel excelente sabio Atalante

por su saber y por el secreto de la pena de cada uno, que todos los que allí mirassen no tuviessen memoria de otra cosa más de lo que se les figurava en aquel christalino muro.

Pues como la princesa Florimena tan embevecida* estoviesse mirando al infante don Roserín y la infanta Roselinda, que un punto della no se partía, después de aver mirado con mucha admiración el estraño muro y aver visto al príncipe Aleandro figurado en su lecho, assí herido como estava a su causa y conocido [f. 16ra] d'él el amor que allí le mostró tener, no pudo su mucha honestidad a tanto bastar que de todo no fuesse rompido su casto y juvenil corazón a que no quisiesse y amasse aquel hermoso príncipe Aleandro en todo aquel grado que sus amorosas entrañas pudieron ser lastimadas*, donde con esta nueva virificación de su desseo, tornando a mirar a su querido y nuevo amante, acrecentava una vez y otra más en le amar con todo su corazón. Y de sí mirando a la princesa Florimena y viéndola llorar y sintiendo por lo que sentía lo que sentir podría, le dize:

– Excelente señora, suplico a Vuestra Grandeza que la congoxa que essas¹²⁵ vuestras lágrimas manifiestan que devéys tener, que a una persona que tanto os ama y os dessea servir como yo, no celéys vuestra fatiga.

Donde como ya esta señora tan del todo vencida y ciega del ciego Amor estoviesse, con vencido corazón y muchas lágrimas, la abraça y le empieza a dezir:

– ¡O, muy caro y amado infante don Roserín que por tal infanta como vos soys y de tanto le parecer os quiero y de muy verdadero amor en que a él y a vos estoy obligada, commutar quiero para de nuevo acrecentar en el que a los dos manifiesto tener! ¿Qué queréys que os diga más de lo dicho para de nuevo deziros el mal que con la ausencia de vuestro primo, don Roserín, y presencia de dos tan verissímiles retratos que en vos y este muro tengo, siento por tanto sentilla?

Por las quales palabras, la penosa infanta Roselinda conoció que esta princesa amava a su primo, don Roserín, de lo qual no le pesó por parte que su primo tuviesse tanta cabida con tan alta señora y también como ella sintiesse el dolor de tal herida, para que las dos se consolassen con [f. 16rb] ser su dolencia de vna mesma calidad, le dize:

– Soberana señora, mucho tengo de nuevo que servir porque assí me avéys manifestado vuestro corazón, por lo que se deve al vuestro servicio y a la merced que uno de otro recibe quando le declara su corazón para darle a entender el amistad que le tiene con confiarle en su pecho lo que al suyo ha estado hasta allí reservado; y porque veo venir

¹²⁵ essas Mu, Y: esos BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

azia esta parte al Emperador y Emperatriz nos vamos a ellos con prosupuesto* de dezir lo que más sobre este caso supiere.

Y assí era la verdad, que estos señores andavan mirando la sabrosa morada y gozando de la dulce armonía que en ella sonava, junto con oír muchas gracias de aquellos y aquellas que las personas que aman podían ser manifiestas, donde el rey Escardasso gozava de la vista amorosa de la reyna Marfisa, su señora, y don Reynaldos de la de su amada muger, doña Claricia, por lo qual recibía mucho deleyte en saber que estava muy buena, según que allí se mostrava.

Y avéys de saber una cosa desta sutil inventiva, que si uno a otro dezía lo que allí le era patente, que no hazía más effecto de aquel que él quería que en el ageno pensamiento assistiese como cosa de sueño, que ésta era una de las señaladas cosas de este edificio y de saber del gran sabio, a do los dexaremos en sus ricos aposentos y imperial ciudad, recibiendo mucho deleyte de cada día —aunque aquella excelente princesa gran cuyta por su amante y mucho más con otros nuevos extremos que a su grandeza ponían en tal extremo de su sentimiento consentir con su novedad no acostumbrada persona aquella que la dulce conversación suya y del infante don [f. 16va] Roserín avía hecho, no teniendo más consuelo de aquel que la discreta infanta Roselinda y sabia donzella Arminda le ponían, que no era pequeño—; y os diremos lo que aconteció en Francia en este comedio.

Cap. VIII. De cómo el duque don Estolfo y el conde Galalón salieron de París en demanda de don Reynaldos y de sus compañeros.

En mucho cuydado estava el emperador Carlomagno y sus cavalleros por no saber nuevas ciertas de don Reynaldos de Montalván ni de don Dudón, Aquilante y Grifón, que en ayuda y favor de Espinel de Ungria avían ydo; y mucho más lo estava aquel valiente don Roldán, su primo, y el duque don Estolfo de Yngalaterra y todos sus amigos y parientes, porque no sabían qué avía hecho la ventura dellos, después que de las Yslas Cruales partieron en busca del jayán Nitridonte, como ya oýstes, que lo que en ellas con los cavalleros del jayán avían passado, Espinel de Ungria embió nuevas dello y de cómo se avían partido la vía del reyno de Risa en busca del jayán. Por lo qual tenían todos pena, porque como ya fuesse el tiempo desapiadado del invierno, temían no se perdiesen por aquellos mares de Grecia; por lo qual, un día estando el emperador Carlomagno en la sala con sus altos hombres, les dixo el cuydado que del viaje destes señores tenía. A lo qual respondió don Roldán:

– Crea Vuestra Magestad, que ellos deven de estar en parte do no podrán hazer mensagero tan [f. 16vb] presto como querrían y, no obstante esto, ha poco tiempo que salieron de la corte, por lo qual se descuydaran de hazer tal mandado.

El conde Galalón, que presente estava, dixo:

– Vuestra Excelencia, deve perder cuydado dessos cavalleros, que doquiera que estén, ellos son tales que sabrán darse a buen recaudo con todo lo que les sucediere.

– Bien es –dixo el marqués Oliveros– lo quel conde Galalón dize, mas mucho me maravilla de don Reynaldos y don Dudón y de Aquilante y Grifón tener tanto descuydo, en cabo de quatro meses que há que salieron de Francia, no hazer la comemoración que se deve a Su Magestad del Emperador, mi señor.

– Sea esta la manera –dixo el duque don Estolfo– si Vuestra Magestad es servido, que vamos en su demanda yo y el conde Galalón para ver lo que la fortuna aya hecho dellos.

– Yo sería contento dello –dixo el Emperador–, si no temiesse también vuestra ausencia como la suya.

– Muchas mercedes a la Vuestra Grandeza por tal voluntad –dixo el conde Galalón–, mas si Vuestra Magestad es servido, yo soy contento de seguir y tener en esta demanda la compañía del duque don Estolfo.

– Pues que assí queréys que sea, hágase como más os pluguiere –respondió el Emperador.

– Pues que ya gracias a Dios, yo estoy mejor de mi enfermedad –dixo don Roldán–, si Vuestra Magestad manda, yo yré a Montalván a donde está mi primo Malgesi y él nos dirá más en breve de su estancia y de cómo les va.

– No por esso dexaré yo de hazer mi viage –dixo el duque don Estolfo, lo qual dezía con el gran desseo que de su primo don Renaldos tenía, porque a la verdad este fue un cavallero que en su tiempo más le quiso y amó.

– Ni yo de cumplir^q [f. 17ra]^r lo que prometí –dixo el conde Galalón.

– Pues en nombre de Dios, partamos luego –dixo el duque don Estolfo.

– Sea assí –dixo el conde Galalón–, que para nuestro viaje bastarnos ha yr como cavalleros andantes.

Y de sí despidiéndose del Emperador y de sus altos hombres y caros amigos, muy bien proveydos de armas y cavallos y de todo lo que avían menester, con sendos escuderos, se parten de París con intención de buscar aquellos cavalleros, porquel Emperador supiesse nuevas dellos, do los dexaremos en la buelta de Grecia hasta su

tiempo, por os dezir lo que al conde don Roldán avino la vía del castillo de Montalván. Para lo qual, avéys de saber que como él llegasse a él, halló a doña Claricia, la muger de su primo, don Reynaldos de Montalván, con gran cuyta de la ausencia de su marido, de la qual fue muy bien recibido y con mucho amor. Y sabida la causa de su venida, le dixo cómo Malgesi y Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván, hermanos de don Reynaldos, su señor y marido, eran partidos con mucha priessa y que no sabía dónde ni cómo; y díxole:

– Valiente y esforçado cavallero, yo no sé la causa por qué don Reynaldos, mi señor y mi marido, quiere andar cotino desterrado de su tierra y ageno de mi presencia y por qué no quiere tomar un poco de reposo para dar a sí descanso y a nosotros todos plazer.

– No resciba Vuestra Merced tanta pena –dixo don Roldán– por lo que mi primo haze, porque se ofrecen cosas en que los hombres no podemos hazer más de aquello que la Fortuna ordena, mas pues agora que yo sé que mis primos Malgesi y Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván son partidos dessa suerte, yo yré en su demanda, como han hecho el duque don Estolfo y el conde Galalón, por mandado del Emperador.

– Muchas mercedes a Vuestra Señoría –respondió doña Claricia– por las que me hizo en quererse disponer a este trabajo y porque sé que mi señor don Reynaldos [f. 17rb]^s de Montalván tomaría el mismo y primeramente la buena dicha que sobre todos Vuestra Señoría alcança, quiero consentir en el agravio que a mi señora doña Alda, la bella, se haze con este viaje.

– Señora –dixo el conde–, los que dessean la verdadera y nombrada fama y inmortal calidad a sus personas, no deven en ningún tiempo reposar ni por ningún temor dexar de hazer aquello para que tomaron el hábito de cavallería; y porque contino se nos represente esto delante, yo me determino de qualquier tiempo que se me offreciere ocasión para ello, de no dilatar la jornada de mi persona a tal trabajo.

Y de sí despidiéndose de doña Claricia, cavalga en su buen cavallo Briador y, apartándose de la vía que a París guiava, tomó la que a las selvas de Ardeña yva, por la qual anduvo toda la parte de aquel día que de Montalván salió y parte de otro que empeçó a entrar en ellas por una vereda que él bien sabía, la qual guiava al padrón de Merlín, donde yva este valentísimo conde pensando en cuánto trabajo y fatigua andavan los cavalleros para adquirir honra y en cuántas vezes avía salido de Francia y cuán a menudo, señaladamente después que Angélica la bella vino a París; y ya como medio aborrido, se determinava mil vezes de andarse contino por el mundo peregrinando, para que cada vez que alguna cosa le sucediesse, no se le hiziesse grave de perder la dulce conversación de su

esposa y amigos y el gran reposo que en la corte del emperador Carlomagno, su señor, tenía. En estas meditaciones y otras muchas yva el valiente alférez de la christiandad, meditando por aquellas selvas de Ardeña y desviándose de lo más espesso dellas por no se meter en sus cerrados y abscondidos bosques, que mucho temía como aquel que bien los auía provado, yendo por una estrecha senda que la traviessa desde Montalván al padrón de Merlín era, para desde allí seguir la buelta de su camino hazia Constantinopla, que allí pen|sava¹²⁶ [f. 17va] él hallar nuevas de su primo don Reynaldos y de los otros paladines. Con infinitos pensamientos caminó el valiente conde don Roldán hasta la noche con harto trabajo d'él y del cavallo, por la falta de viandas que en aquel camino avía, la qual le tomó un poco antes que al padrón llegasse; y apartándose un poco de aquella senda, entre unas espessas matas, quitando las riendas a Briador, se recostó a dormir sobre su escudo, lo qual no pudo mucho durar que como fuesse en tiempo que hazía frío, él fue parte para le recordar* y desta suerte estuvo despierto toda la mayor parte de la noche y ya que quería romper el alva, sintió venir por la senda adelante una persona a cavallo y quexándose muy baxo, como *que* algún secreto mal tuviesse y por ver lo que sería, estuvo quedo, donde dende a pequeña pieça, junto a par de sí, sintió apearse una persona, no porque determinasse quién fuesse y recostarse junto al lugar donde él estava y dende a pequeña pieça oyó dar un fuerte suspiro y dezir:

– ¡O, cruel y desapiadado Amor! Quál razón ningún humano halla para que tal nombre falsamente te sea puesto, porque si tú con razón le tuiéssedes, los que te sirvimos, ni penaríamos como penamos ni tú nos tratarías con la crueldad que nos tratas. ¡Ay de mí, que amo a quien no sé si en otra parte ama, como no es posible menos que haga una persona que de tan alta calidad y hermosura la naturaleza adornó! Grande es mi ceguedad en buscar a quien no me busca y en querer a quien no me conoce y en morir por quien no tiene de mí memoria. Mas ¿qué es lo que digo?, que su valor me obliga a más de lo que hago y haré hasta morir por pagar el devido tributo que se deve a su grandeza.

Muy espantado* estava el conde don Roldán oyendo essas amorosas razones y con mucho desseo de saber quién fuesse la persona *que* las dezía; y como ya la luz del venidero día fuesse común, él se levanta de donde estava y poniendo el freno a Briador, ha|zia [f. 17vb] donde estava aquel *que* se quexava, guía. Donde vido recostado al pie de una peña un donzel, el más hermoso *que* en gran parte se hallara y vestido de unos ricos paños de terciopello negro cortados sobre tela de oro muy estremada, donde el conde don Roldán,

¹²⁶ pen- non legitur in BA maculae causa.

viendo tan hermoso donzel y aviendo oýdo las lamentaciones passadas, con muy gran voluntad de saber quién fuesse, le pregunta.

– Dezidme hermoso donzel, *que* ayáys ventura, cuál es la causa de vuestra cuyta, porque os he oýdo yo esta noche quejar muy gravemente, y para dónde es vuestro viaje, porque la razón de veros solo me manda, por lo que devo a la virtud de cavallería, de os favorecer como lo haré de muy buena voluntad en todo lo que os cumpliere.

– Muchas gracias a la Vuestra Merced por el ofrecimiento *que* sin me conocer me hazéys; plega a Dios me trayga a tiempo que yo pueda servir essas mercedes; y en lo que dezís de mi mal y en lo *que* desseáys saber de mi camino, sabed que es de tal calidad que no puede ser remediado sino por la persona que es hecho y por agora n'os sabría dar más parte de la que oýs, porque aunque lo presumiesse hazer, yo no sabría. En lo de mi viaje, sabed que es a Constantinopla, si la ventura me dexa salir con lo que poseo y he començado.

– A Dios merced –dixo don Roldán– *que* tan hermoso donzel como vos yo pueda en algo complazer, si a vos plaze de yr en mi *compañía*, porque es mi camino.

– Muchas mercedes, señor cavallero, y porque veo vuestra persona adornada de toda virtud y buen parecer me determino, pues vos holgáys dello, de os servir en este viaje con toda aquella posibilidad que en mí fuere, pues yo holgaré, ¹²⁷ *que* vays conmigo, con prometimiento de hazer por vos todo lo que se ofreciere, como ya os tengo dicho. Y aquí no ay más *que* hazer sino *que* subáys en vuestro cavallo y en nombre de Dios, sigamos nuestro camino.

– Sea como vos lo *queréys*, *que* de aquí adelante me determino de no salir de todo vuestro parescer.

Destá suerte *que* oýs, avino al [f. 18ra]^t conde don Roldán con este escudero en las selvas de Ardeña y para que mejor sepáys de aquí adelante quién es y por qué haze la historia mención d'él, se os dirá. Ya avéys oýdo en la parte segunda desta *gran ystoria*^u cómo el rey Marsilio y todos los otros señores moros que en París vinieron truxeron consigo sus mugeres y hijas y toda su casa; pues avéys de saber *que* el rey de Granada truxo consigo a su muger y una hija que tenía muy hermosa a maravilla, la qual se llamava la Linda Doralice; y fueron tantos los loores que del infante don Roserín oyó dezir, de su hermosura, que entonces en el palacio del Emperador por donzel estava, que ella se determinó de le ver antes que de allí partiesse. La qual partida avía de ser breve por el

¹²⁷ *que* vays Mu, Y: vays BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

acuerdo de aquellos señores moros, *que* acordaron de embiar sus mugeres y casa a sus reynos, la qual determinada para su desseo, una noche de las treguas que estava entre el real y el Emperador, se salió¹²⁸ muy determinada¹²⁹, vestida a la usança que ella avía visto a los pajes de aquella tierra vestidos, lo qual le estavan muy agradaciadamente de bien, y entrándose en la ciudad, entró con otros pajes en el palacio, a los quales rogó que le mostrassen al infante don Roserín. Y como ella le viesse y él fuesse tan acabado en hermosura, no pudieron tanto las fuerças desta infanta, que de tantos reyes y señores avía sido pedida, señaladamente de Rodamonte el africano, que no quedasse ella vencida de aquel que del retrato de la princessa de Constantinopla era vencido. La qual se salió porque no la echassen menos en la tienda de la reyna, su madre, donde después de ser acostada y otras muchas vezes, se ponía a pensar en la cruel herida *que* la vista del infante le avía hecho. Y tanto crecía en las entrañas desta hermosa infanta la menbrança de su querido don Roserín y tanto tiempo, que jamás un punto ni hora se hallava su sentido vacuado de pensar en él; y después *que* se bolvieron [f. 18rb] a su tierra, mucho más y más de *que* supo que era armado cavallero y los grandes hechos que en Constantinopla hazía y en todo el mundo. La qual, como ciega de aquel dulce mal estuviesse, sin tener respecto al alto lugar de donde venía ni a los señoríos que poseyá, pospuesto todo temor, se determina de yr a buscar aquel sin el qual un punto no pensava bivar en su ausencia. Y tomando una noche aquellos paños que oýstes, con los que el conde Roldán la halló, y un buen cavallo de la cavalleriza del rey, su padre, y todo lo que le cumplía, se salió muy disimuladamente de la ciudad de Granada y se vino hasta Paris, donde ella supo las grandes cosas del infante don Roserín más por entero y de como estava en Constantinopla. Y tal aviso le dio el verdadero amor *que* en sus entrañas ardía, que jamás fue hallada de los cavalleros del rey, su padre, ni de ninguno de muchos que a buscarla salieron, por lo qual vino sin embaraço en aquel dissimulado hábito hasta donde oýstes que con el conde don Roldán se juntó y determinó yr en su compañía a Constantinopla, en el qual camino le servía y agradava tan bien¹³⁰ como si en aquel estilo¹³¹ fuera todos sus días criada. En la qual compañía fue muchos días, como adelante oyréys, llamándose Lenicio por mejor dissimular su hecho, de la qual procedió una tal obra, como adelante oyréys, do los dexaremos a ella y al conde don Roldán la vía que llevavan de Constantinopla hasta su tiempo.

¹²⁸ salió Mu, Y: salía BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹²⁹ determinada Mu, Y: detrimada BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹³⁰ tan bien *nos*: también BA, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹³¹ estilo M1, M2, Maz, S, L; *non legitur in BA maculae causa*.

CAP. IX. En el qual se declara la aventura que el infante don Roserín en un castillo cerca de Macedonia halló, yendo con la donzella que le sacó de Constantinopla.

En el tiempo *que* el estéril y escogido invierno, *con* el estrago de su venida, la dulce y florida cara del sabroso verano *con* su abominable [f. 18va] apariencia desterrava, ya que los temores de su vezina aspereza eran comunes, a las mentes más ofuscadas en los deleytes de sus contrarios. En este tal tiempo era, quando aquel invencible y dudado cavallero, don Roserín de Risa, con la donzella que oýstes, que de Constantinopla sacado le avía, y con sus dos escuderos por un ancho y estendido camino, *que* la vía del reyno de Macedonia guiava, empeçó a caminar con aquella congoxa que los amores de su señora Florimena le davan, tan ocupados sus sentidos en tal alto pensamiento, que ni sus escuderos le osavan preguntar cosa de su viaje ni él menos se acordava de lo preguntar a la donzella, con el qual descuydo caminaron treze días sin que les aconteciesse cosa que de contar sea. A cabo de los quales, aviéndose desviado de la ciudad de Macedonia gran trecho y siguiendo la buelta de su camino, que a un puerto donde la donzella una nao tenía, guiava; una mañana ya *que* el sol salía, caminavan por una ribera de un grande y caudaloso río, por la qual anduvieron gran pieça, a cabo de la qual siguiendo la buelta, abaxo del agua vieron venir una gran barca, la qual trayán dos enanos por mandado de un gran cavallero que en ella venía, en la qual vieron que llevaba por vía de fuerça, según por las prisiones que llevavan, se mostrava un cavallero anciano con un pequeño donzel. Como el infante don Roserín los vido y ellos a él, el cavallero y donzel, que presos yvan, le empeçaron a dar bozes que de aquella fuerça que recebían los librasse, a los quales el gran cavallero del barco, con grandes amenazas, les empeçó amonestar que callassen, sino que jurava por la horden de cavallería que avía rescebido de los lançar en el río si más hablaban. Lo qual todo, el infante con mucha cuyta por no los poder remediar, estava mirando y, como aquel que de piadoso y valerosíssimo ánimo era adornado, los procura de librar siguiendo por la ribera abaxo; [f. 18vb] y con dulces palabras al cavallero rogaba que dé la libertad al anciano cavallero y el donzel quisiesse ser contento, a lo qual todo, el cavallero del barco no respondía cosa alguna, antes mandava a los enanos *que* con toda brevedad siguiessen su camino. Y a cabo de una grande hora que el infante los avía topado, ellos yvan remando río abaxo, él yva el más apassionado hombre del mundo por ver las lástimas quel cavallero y donzel hazían y muy enojado del gran cavallero viendo la poca cuenta que d'él hazía. Donde caminando de la suerte que oýs, vido que los enanos guiavan el varco a una obscura y cavernosa cueva que en la misma corriente del río se hazía, por la qual con mucho

ímpetu los vido lançar, *que* no le pareció a él sino que fuese alguna boca de infernal gruta, de lo qual quedó el piadoso infante tan admirado y con tanta lástima qual nunca en su vida lo fue. Y dándole un desseo muy grande de saber el fin de tal aventura, con mucha cuyta empieça a pedir a sus escuderos que le den remedio alguno, si ellos mejor que él lo pudiesen pensar, y para que pudiese por el río adelante entrar por aquella temerosa gruta; al qual Esmerildo respondió:

– Señor, no pienso que por el presente podremos aver otro mejor que guiar a aquella fortaleza que allí parece y en ella pienso que avrá algún aparejo para cumplir este, vuestro desseo.

Lo qual todo, como la donzella oyese, estava con mucha fatiga, viendo quel cavallero que ella llevaba se quería ocupar en otra cosa que estorvo a su viaje les fuesse, no porque por velle tan determinado en esta aventura le osasse contradézir su palabra, antes con mucha voluntad empeçó de seguir tras el infante y sus escuderos, que a mucha priessa yvan hazia una gran fortaleza que allí se mostrava. En la qual entrando por parte do la hallar abierta, empeçaron a andar por una bóveda que aquella portada en sí contenía, a cabo de la qual salieron [f. 19ra]^v a un gran patio que de muy hermosos corredores era cercado; donde viendo que en aquel gran castillo nadie no parecía, estavan medio admirados y subiendo por una grande escalera que a los coredores subía, donde vieron que de grandes y ricas salas eran adornados, y entrando por una dellas, yva el infante muy acuytado por no hallar quien razón alguna de lo *que* buscava le dicesse, en la qual vido una gran tumba de piedra que en medio de aquella sala estava, y llamando sus escuderos y donzella, todos juntos asieron de una cubierta que sobre la tumba estava, la qual alçaron sin mucha dificultad, lo qual no fue aún bien acabado de hazer, quando con una súbita presteza salió con un terrible sonido, una grande y descomunal sierpe, dando tan fuertes silvos y terribles baladros que gentes humanas era gran misterio poder sufrir su descomunal sonido, de los quales assí los dos escuderos y donzella cayeron en tierra como si muertos fuessen, de lo qual quedó el infante muy espantado* y, echando mano a su buena y provechosa espada Balisarda^w, se puso en la parte que vido venir hazia sí la furiosa y endiablada sierpe, con sus grandes alas tendidas y su descompassada boca abierta, que más parecía cosa infernal que otra cosa del mundo; y dando un ligero salto sobre el valeroso infante, ella lo hizo con tanta ligereza y él se resguardó de ella con tanto ánimo que, si no lo hiziera, sin duda él quedara de sus fuertes uñas herido. Mas como el venturoso infante tuviesse tino* en tal menester y su espada fuese tan esmerada, le hirió con ella por el vientre, que hasta las entrañas se la metió y, como ella se sintiesse herida,

con una cruel ravia le arojó un golpe con su larga y espaciosa cola, *que* ciñéndole por el cuerpo, le lançó de sí muy *gran* pieça por la sala adelante, del qual golpe quedó tan quebrantado que no parecía sino que todos sus huesos le eran desmenuzados, por lo qual, aunque sus fuer[tes] [f. 19rb] armas le defendiessen de ser herido, no por esso sus delicadas carnes dexavan de ser lastimadas. Y como en este comedio, la fuerte serpiente, con la ravia de su herida, anduiesse vasqueando* con tal ligereza que no tuvo tiempo de se tornar a levantar y al infante coje entre sus fuertes braços y, guiando hazia el gran sepulcro, con infinita presteza se dexa caer por una forma de caracol o escalera, tan honda y temerosa que no parecía sino que al infierno baxasse tan endiablada carrera, por la qual el afligido don Roserín, con el mayor temor que en sus días tuvo, él y la sierpe baxaron por allí abaxo, en el qual fueron rodando por término de media hora, a cabo de la qual, el valeroso infante se halló en un ondo silo* metido, que no veyá la luz ni otra cosa que en tal aflicción le pusiesse remedio más de aquel valiente ánimo de que era adornado. El qual, como allí se viesse y la *gran* sierpe, por la herida que él le dio, muerta, se puso en pie a buscar *con* toda solicitud alguna forma como poder salir de tan espantosa* estancia. Y como ansí anduiesse atentando por las paredes de aquel silo, acertó en una pequeña puerta de madera *que* allí se hazía, en la qual poniendo sus fuerças, hizo pedaços, por la qual salió a una estraña bóveda de piedra *que* un poco de luz por una rexa le entrava, en la qual vido, aunque no muy cumplidamente, infinitos hombres *que* en unas fuertes cadenas estavan metidos, entre los quales avía muchos muertos y otros *que* para lo ser poco faltava, y los *que* bivos estavan, estavan tales *que* dellos a los otros avía poca diferencia; y *con* aquel pequeño esfuerço* *que* su cruel prisión les dava, quexavan su mal. De lo qual todo, el piadoso infante se condolía *con* gran piedad de ver cosa de tan disforme crueldad y, con el desseo de los libertar, les demanda la causa de su prisión, lo qual todo era por demás, por parte *que* todos ellos estavan fuera de sus sentidos, *que* no sabían dar de sí más razón de quexarse del mal *que* allí padescían. Y como [f. 19va] él viesse *que* era por demás preguntarles nada, se da a andar por aquella gruta adelante, alderredor de la qual vido infinitas verjas de hierro de *que* aquellas fuertes prisiones eran fijadas; y llegando a una puerta *que* por unos pequeños escalones subían, la halló que estava cerrada, de tal suerte que bien vido ser imposible fuerças humanas poderla abrir sin voluntad del poseedor de las llaves. Y como allí se viesse y en tal aflicción, donde no avía ninguna esperança de poder salir adonde pudiesse morir o vencer como cavallero, tenía muy gran congoxa y assí, pensando de salir por do avía entrado con la sierpe, se torna, donde vido ser imposible

podello hazer, porque jamás él pudo atinar parte alguna que puerta ni escalera ni luz le mostrasse.

Destá suerte *que* oýs, se bolvió adonde los presos estaban y acordó de reposar allí hasta tanto que viesse alguna cosa *que* remedio mostrasse para su salida; donde desde a pequeña pieça *que* allí bolvió, estando sentado sobre las gradas de *aquella* puerta que oýstes, sintió caer muchas pieças como de provisión para los miserables presos y esto era como de alguna carne de cavallos y de otros animales que él no determinó y algunos pedaços de un pan *tan* negro como la pez, como de salvado quemado, lo qual todo caía en medio de *aquella* bóveda, junto con un caño de agua *que* en unos grandes tinajones caía y allí venían los presos, trayendo sus fuertes cadenas arrastrando; y davan algún pequeño mantenimiento a sus hambrientos estómagos. De lo qual todo, el piadoso infante tenía tanta manzilla* qual nunca en sus días de otra cosa la tuvo y, dando un fuerte suspiro, encomendándose a Nuestra Señora, con una furibunda saña que de se ver allí encerrado tenía, se levanta y asiéndose de una de *aquellas* fuertes rexa de hierro, como era muy ligero, aunque el peso de las armas se lo empedía mucho, subió con mucha presteza y gran trabajo hasta la rexa que ya oýstes, por donde la pequeña luz [f. 19vb] entrava, lo qual le era muy escusado por ser muy fuerte, antes viendo ser su trabajo en vano, metiendo los pies en un agujero de los de la pared, sacó su fuerte y fina daga, con la qual empeçó de cavar con mucha solicitud por *aquellas* partes de la rexa *que* con la peña juntava y con tal cuydado que, en muy breve espacio, hizo lugar para que tirando della con muy poca premia, la arancó de la pared; y dexándola caer en la bóveda, sale con mucho ánimo, su espada en la mano y su fuerte escudo embraçado, a unos como soterraños que sobre sí, por las tres partes en quadro, sostenían unos grandes corredores y, por la otra, una fuerte muralla en la qual batía un grande y caudaloso río, el qual parescía venir por debaxo de la tierra y hazer otro nuevo çabullimiento* por debaxo de aquellos solitarios corrales y grandes bóvedas; donde en una dellas vio estar unas fuertes puertas de hierro abiertas, *que* una grande quadra* cerravan, en medio de la qual vido andar una fuerte rueda de hierro a la redonda y tan apriessa que era maravilla poder divisar lo que sobre ella andava, *que* eran ciertas imágenes de cobre, las quales traían sendas espadas y unos fuertes escudos embraçados y con tanta ímpetu y furia yvan a qualquier vanda* de la sala, quanto la furia de la furiosa agua, que la rueda traía, les mandava. Y en medio de esta gran rueda, estava un trono muy alto a forma de una gran silla, en la qual vido sentado *aquel* anciano cavallero *que* él avía visto traer en el varco forçado, no porque allí estuviesse el pequeño donzel *que* con él traían, el qual anciano cavallero, como allí estuviesse y la furiosa rueda

le truxesse a la redonda, sentía tanto miedo y fatiga que le sacava el gran dolor de sentido y dava los mayores gritos y lastimeras* bozes que podía y, de rato en rato, quando más seguro estava, aquellas figuras que oýstes, las quales eran de jayanes y se alçavan¹³² con otro ingenio y, con unos açotes de muy guesso cuero, al pobre cavallero, que desnudo estava, davan [f. 20ra] tales açotes quales jamás pensaron ser vistos ni oýdos de ningún seso humano; que como aquel infernal artificio fuesse hecho tan diabólicamente y el río que por debaxo yva fuesse tan poderoso, daban aquellas figuras tan disformes açotes, que si bien por entero las quisiessen meter, para que con toda su fuerça diessen el golpe, ningún esfuerço* humano bastaría a lo poder sufrir. De lo qual todo quedó el infante don Roserín tan espantado* y con tanta lástima del triste cavallero que, determinado a lo quitar de aquel peligro, sin ningún pavor se mete en la sala con su buena espada Balisarda en la mano y su fuerte escudo embraçado; lo qual no uvo bien acabado de hazer, quando aquellas quatro figuras de jayanes se baxan a le herir con tanto ímpetu y fortaleza que no parecía sino que cien cavalleros estuviessen batallando con él, que como la una le diesse un furioso golpe, llegava la otra y le dava otro y tan presto que ni él era señor de herir a la que passava ni guardarse de la que venía. Pues quererse tornar a salir era muy escusado, porque él no uvo bien acabado de entrar quando, con un furioso tronido, las puertas fueron cerradas y la quadra* era hecha de tal forma que en qualquier parte della, aquellos disformes jayanes alcançavan con sus descompassadas espadas.

Pues ved en cuánta aflicción estaría el penado infante que un punto que reposar quisiesse, jamás él lo podía hazer hasta morir o vencer; el qual como se viesse en tanta fatiga, arrojó como dessesperado un golpe tan estraño a una de aquellas quatro figuras, que como él fuesse dado con tanta fuerça y con tal espada, dándole por cima de la rodilla, le cortó una pierna cercén y una cadena de hierro que por de dentro de la pierna, que gruesa era, subía, con la qual todo el artificio de las ymágenes se governava; y como soltasse la cadena con el corte del espada, todas quatro figuras vinieron con tanto ímpetu a tierra, que parecía hundirse una gran [f. 20rb] fortaleza, las quales alcançaron las dos dellas al infante con los cuerpos, tan grandes porrazos que a mal de su grado le hizieron caer de ojos en tierra una muy gran cayda. Mas como aquel que era bivo de coraçón se levanta en un punto y se llega a la rueda que a solo el cavallero traía y, sacando unas fuertes cuñas que el rodezno tenían travada, la rueda la haze parar y al pobre cavallero que encima de aquel husillo* estava asido, ayuda para que baxe. Y él, como se viesse delante de aquel que le

¹³² alçavan Mu, Y: alavan BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

avía librado de tanta fatiga, se hinca de rodillas delante d'él pidiéndole las manos para se las besar, al qual el piadoso infante haze levantar de tierra y le pregunta la causa de su prisión.

– Señor cavallero –dixo el cavallero desnudo–, suplico a Vuestra Excelencia *que* procuremos remedio para salir de aquí, *que* después que seamos fuera desta diabólica morada, que tal me parece ella, os diré la causa de mi prisión, porque si al presente yo me parasse a os dar cuenta della, podría ser que en este término viniesse el gran cavallero, donde no escapásemos con las vidas, porque tal es su crueldad y costumbre.

– No tengáys ningún temor –dixo don Roserín–, ante quiero saber primero y ver todo lo deste castillo que d'él salga, porque la razón de su soledad y estrañeza me combida a lo hazer y será bien que vos –porque estáys sin armas– me atendáys aquí hasta la buelta, que yo quiero procurar por la libertad¹³³ de unos presos que acá delante yazen y por vuestras ropas y nuestra libertad.

– Sea como vos, señor, seáys servido, que no saldré de aquello que vuestra voluntad fuere en todo lo que seáys contento, aunque tomara por mejor partido de yr en vuestra compañía armado y como cavallero, que quedar aquí desnudo y como salteador.

– Muchas gracias por essa voluntad, que por cierto yo fuera dello muy contento, mas quedad con la paz de Dios, pues no se puede hazer más por el presente.

Y subiendo por una pequeña escala que a un postigo subía, empieça con grandes golpes a llamar por [f. 20va] ver si por ellos le respondiesse alguna persona *que* le diesse razón de aquella morada. Do le dexaremos por os contar quién era el señor deste castillo y la causa de tales crueldades como en él parecían ser hechas.

Cap. X¹³⁴. En el qual se dize quién era el cavallero y donzel que presos en el varco yvan y de la batalla que con Galiando y el infante don Roserín, sobre los libertar, hovo.

En esta grande y general historia, avréys oýdo mentar muchas vezes al rey Arismeno en la casa y corte del Emperador de Constantinopla; pues sepáys que era rey de Macedonia, el qual reyno era sujeto a la corona imperial de Costantinopla y el dicho rey Arismeno era vassallo y mayordomo mayor del Emperador, por lo qual y por ser hombre de muy claro y limpio ingenio, era amado del Emperador en extremo y nunca se hazía sin

¹³³ libertad Mu, Y: librtad BA, M1, M2, Maz, S, L.

¹³⁴ Cap. IX BA, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

él ni menos se despachava negocio ninguno, sin que primero passasse por su mano. Por lo qual todo más del tiempo estava en la corte de Constantinopla y residía muy poco en Macedonia, en la qual tenía puesto por governador de tal señorío un su hermano, muy prudente y sagaz cavallero, el qual se llamava Rodoriso; y tenía tanta sagasidad en la governación del señorío de su hermano, que era amado y querido de todos sus vasallos en todo extremo. El qual tenía a cargo un hijo pequeño del rey Arismeno, su hermano, primogénito heredero del reyno; y era casado este rey con una sobrina del Emperador, llamada Litencia, muy honrada y valerosa señora, en la qual no uvo más de aqueste hijo a cabo de mucho tiempo que eran casados, al qual pequeño pusieron por nombre Flamíneo. Y avéys de saber que este Rodoriso, hermano del rey Arismeno, degolló un cavallero [f. 20vb] natural del reyno, por una gran trayción que él y otro hermano suyo, *contra* una señora principal¹³⁵ de Macedonia y dos hijas suyas, hizieron. Y no pudo aver más de al uno; y el otro fuese huyendo a una fortaleza de su padre, que cerca de Macedonia estava, la qual era aquesta donde avéys oýdo quel infante don Roserín estava; y llamábase el Castillo de la Desierta Ribera y al señor della, que era padre del degollado y destotro que bivo quedava, llamavan Rodolano, el qual era el mayor encantador que en gran parte hallarse podría y tenía estos dos hijos, assaz de malas costumbres y criados por antigua¹³⁶ criança* en el palacio real de Macedonia. Al uno, que era el menor y el que Rodoriso mandó degollar, llamaron Galimedes y al otro Galiando, que era aquel que con su padre huido estava, el qual era un valiente cavallero si sus obras no desdorarán el matiz que la valentía a su persona adornava. Y pospuesto todo temor y vergüença del delito passado, se determinan él y su padre Rodolano de hazer todo el daño y dessabrimiento que en los macedonios pudiessen y vengar en ellos la saña *que* de la muerte de su hijo y hermano avían cobrado. Para effecto de lo qual, se recogieron a este su castillo, el qual era en todo extremo muy fuerte y, no obstante esto, en cada una de quatro grandes salas que en él avía, tenía quatro grandes monumentos, en los quales tenía encerrados quatro disformes vestiglos*, para guarda de su gran fortaleza, la qual de ningún hombre quería fiar, por no ser por sus siervos vendidos. Antes tenía este sabio Rodolano tal encantamiento en todo su castillo, que dentro de dos horas que qualquiera persona entrasse, fuesse encantado y, aunque en término dellas se quisiesse tornar a salir, no hallava la puerta como él la quería, antes luego *que* entrava, por virtud del encantamento, eran cerradas todas las puertas de aquel castillo, por lo qual halló el infante don Roserín abierta la puerta del castillo, como [

¹³⁵ principal Mu, Y: pincipal BA, M1, M2, Maz, S, L.

¹³⁶ antigua Mu, Y: antiguo BA, M1, M2, Maz, S, L.

f. 21ra]^x ya oýstes, y entrando y guiando a la gran sala, le aconteció con la sierpe lo que se os ha contado.

Y avéis de saber que turaron* las otras tres aventuras del Castillo de la Desierta Ribera hasta tanto que el príncipe don Roselao de Grecia, hijo del infante don Roserín, por allí vino, donde las acabó con valerosísimo ánimo y descubrió cosas estrañas que en este castillo avía y después oyréys. Pues avéys de saber que este castillo era fundado sobre una pequeña montaña, por la qual el río hazía aquel grande çabullimiento*, contenía en sí aquella cavernosa entrada que oýstes, por la qual los más presos Galiando metía y en aquella cruel prisión que se os dixo, adonde el infante salió, los ponían, donde por la miserable vida que les davan y cruel hambre que padecían los más dellos, a todos passavan por muy miserables muertes, nunca hartando sus crueles coraçones y maldades a queste infernal padre y diabólico hijo. Antes, como este Galiando fuesse tan valiente y diabólico cavallero y truxesse unas armas encantadas, no avía tales diez cavalleros que le osassen parar delante. Y como un día saliesse por aquellos campos a effectuar su dañada intención, la ventura le guió a la traviessa de un camino, por el qual vido venir compañía de hasta diez cavalleros, con los quales uvo una cruel batalla en la qual, matándolos a todos, uvo en su poder al que tanto él avía desseado, que fue al governador Rodoriso y al príncipe Flamíneo, que el rey, su padre, avía embiado por él para que se holgasse en Constantinopla y para se le dar al príncipe Reduardo por escudero, porque ya avía nueve años y estava en términos de empeçar a hazer aquellas obras que cada uno su semejante devría de hazer. Y como la ventura los guiasse a passar por aquella parte por do el valiente Galiando estava, todos los diez cavalleros, que en guarda de Rodoriso y del príncipe Flamíneo venían, mató y la otra gente de servicio hizo huyr; y tomando él y sus dos escuderos al príncipe y a su tío, caminaron con [f. 21rb] mucha presteza hasta los poner en aquel barco que ya oýstes; y a tiempo que el infante don Roserín por aquella ribera caminava, do le tomó voluntad de los socorrer y entró a tal tiempo que acabavan de poner al pobre Rodoriso en aquella diabólica rueda de los quatro jayanes que el infante deshizo y el sabio Rodelano para el governador Rodoriso avía forjado.

Pues avéys de saber que estando el sabio Rodolano en su estudio, mirando un pequeño libro y en él leyendo, le fue representado todo lo que el infante en su castillo hazía y, saliendo con una horrible saña a la sala donde los dos escuderos Esmerildo y Chrispanel y la donzella que de Constantinopla le sacó estava fuera de sus sentidos por los encantamentos y por los fuertes baladros que la cruel serpiente avía dado, los mandó tomar a cierta gente de servicio que en el castillo tenía y meter en aquella cruel prisión que se os

dixo. Y de sí yéndose a donde su hijo estava con mucho plazer por la prisión del príncipe Flamíneo y del visorey Rodoriso, le cuenta lo que aquel cavallero, que abaxo en los soteraños o bóveda de su fortaleza estava, avía hecho, de lo qual al valiente Galiando mucho pesó. Y tornándose a armar de sus fuertes y encantadas armas, baxa a una gran sala que encima de aquella bóveda en que la rueda estava, se hazía y al tiempo que don Roserín, con el pomo de su preciada espada llamava a muy grandes golpes, llegó; a los quales, el furioso Galiando abre diziendo:

– Entra, miserable cavallero, adonde tú saldrás del cuydado en que estás y yo quedaré satisfecho del enojo que de ti he rescebido, tomando la enmienda que se deve a tu loca entrada en el mi castillo.

– Por cierto –dixo el infante–, que si como tienes el parescer de cavallero effectuasses las obras que Nuestro Señor Dios sería más servido, haziéndolo tal que los agravios que aquí a los que caminan tú o el señor de aquesta maldita morada hazéys.

– No te cures ni pienses poner el consejo [f. 21va] –dixo Galiando– en aquella parte que la razón de tu enemistad ni mi valor permiten ser admitido ni que passe adelante; antes procura de te defender sino quieres pagar más presto lo que tarde ha de venir.

Pues como el valeroso don Roserín viesse su enemigo en tal término, con muy furioso ánimo a él se guía, al qual no halló perezoso, antes se juntan en medio de aquella grande sala y se empieçan a herir de las espadas tan furiosamente que no parecía sino que cien cavalleros lidiassen allí juntos. Allí la estremada espada Balisarda, siendo guiada por la valentía de aquel estremado infante, mostrava bien en las encantadas armas del valiente Galiando la estremada virtud y fineza que aquella sabia Falerina avía en ella puesto^y, haziéndole sentir sus dulces filos en muchas partes de su cuerpo, aunque lo mismo el infante también sentía y no en parte tanto como Galiando.

Y avéys de saber que en este punto el infante Roserín no estava armado de aquellas ricas y encantadas armas que aquel famosísimo sabio Atalante le avía embiado a la corte de Constantinopla al tiempo que Escardín de Risa truxo la demanda de la infanta Argiana, según que en el fin de la segunda parte oýstes^z, que como ellas fuessen tan preciadas y conocidas, siempre las llevaba Esmerildo en sus fundas para los tiempos de más nescessidad y él yva armado de otras harto buenas para de camino, por lo qual y por la valentía de Galiando, él andava herido en un muslo y en el hombro yzquierdo, aunque no de grandes heridas, y Galiando andava herido de más de seys heridas, el qual estava el más congoxoso hombre del mundo viendo que sus encantadas armas ni su gran valentía bastavan a resistir la valentía de aquel cavallero.

Bien anduvieron por término de grandes dos horas sin reposo tomar en su porfiosa cortiada, de lo qual el sabio Rodolano¹³⁷ estava espantado*, viendo a su hijo en tanto estrecho* y el esfuerço* de su contrario. Y en este término, el infante don Roserín [f. 21vb] alçando su fina y tajante espada, descargó un fortíssimo golpe sobre el escudo de Galiando, que aunque era harto fuerte, se le hendió de arriba a baxo y no paró el espada hasta le herir en el hombro derecho de una mala herida, por la qual y por las otras que ya tenía, no andava tan ligero como solía, aunque no porque no hiriesse a su contrario de muy pesados golpes. Por los quales, las christalinas y blancas losas de que aquella gran sala era adornada, eran esmaltadas con el fino rosicler* de su esparzida sangre, de tal suerte que ya davan todos muestra de su flaqueza, aunque más a la clara la dava Galiando y, viéndose en tal estrecho* y delante de su padre y en su propia casa, sacando fuerças de flaqueza, con un nuevo coraje que su fatigado corazón sentía, arrojó un desatentado golpe a don Roserín, que aunque se procuró guardar, no salió tan limpio que no le hiriesse en un braço muy malamente, de lo qual recibió el infante tanta yra que, sin ningún pavor, entró con él y calándole una punta de espada por baxo de lo poco que del escudo le quedava, que le passó más de dos dedos de espada por¹³⁸ un costado de la otra parte que, sino fuera al soslayo, sin dubda le uviera muerto. De la qual herida quedó tan desmayado el tirano Galiando que sin ningún sentido se tiende con una gran cuyta en el suelo, donde el infante don Roserín, viéndole tal, fue sobre él y cortándole los lazos del yelmo, le pone la punta del espada en el rostro, a lo qual, el piadoso padre viene con mucha presteza y, hincándose de rodillas delante del infante, le suplica que no quiera matalle y se contente con averle vencido y con averle destrozado toda su fortaleza.

– ¿Quién soys vos que me lo pedís?– dixo el esforçado infante don Roserín.

A lo qual respondió el sabio Rodolano:

– Sabed, señor cavallero, que yo soy señor desta fortaleza y padre de esse cavallero que allí debaxo tenéys.

– La verdad sea –dixo el infante don Roserín– que a vuestras malas obras y suyas [f. 22ra]^{a2} no se avía de tener ningún miramiento, si la razón de ser cada uno piadoso no me obligasse a lo ser deste cavallero al qual otorgaré la vida, con tal condición que él y vos me prometáys de hazer lo que yo os mande.

– Yo lo prometo –dixo el sabio Rodolano y su hijo Galiando, que en este punto ya estava en todo su acuerdo* con el ayre que le había dado.

¹³⁷ Rodolano Mu, Y: Rodolano BA, M1, M2, Maz, S, L.

¹³⁸ por Mu, Y: per BA, M1, M2, Maz, S, L.

En esto llegó el governador Rodoriso, *que desde la pequeña puerta que aquella sala subía, avía visto todo lo que avía passado, y dixo al infante don Roserín:*

– Señor, sepa Vuestra Merced que deste cavallero y su padre ha recebido el rey Arismeno, mi señor y hermano, muchos desservicios y el Emperador de Constantinopla, muchos enojos y agora uno *que pienso yo que el rey, mi hermano, terná por principal y es que viniendo yo por un camino, que cerca de aquí passa la vía de Constantinopla, llevaba conmigo al servicio del príncipe Reduardo, al príncipe Flamíneo, mi señor, hijo del rey Arismeno, mi hermano, y llevaba diez cavalleros en nuestra guarda, a los quales todos, esse cavallero que en el suelo sentado yaze –que es hijo destotro y vasallos de mi hermano, el rey Arismeno– mató y prendió a mí y al príncipe, mi sobrino, que era aquel pequeño donzel que conmigo en el barco vistes quando caminávades por la vera del gran río. Por lo qual, señor cavallero, os suplico y, por lo que se deve al servicio de dos tan exelentes personas como es el Emperador de Constantinopla y el rey Arismeno, que mandes a estos cavalleros que al príncipe Flamíneo den para que cumpla mi viaje.*

Muy espantado* estava don Roserín oyendo las crueldades que Rodolano y Galiando, su hijo, hazían y díxole desta suerte:

– La verdad sea, Rodolano, que si yo oviera de mirar a vuestras malas obras y a las de vuestro hijo, como ya os he dicho, que otra paga os avía de dar de la que aquí executo, mas yo os embiaré en parte do pienso que os cumplirán de toda justicia. Y será que vos, mi señor, por lo que yo devo al servicio del Emperador [f. 22rb], mi señor, seáys servido de llevar a este cavallero, assí como está, y a su padre a Constantinopla, que yo os daré compañía, que harta pienso que ay en el castillo de los presos que aquí tienen. Y de parte de un cavallero que ha poco que salió de su corte con una donzella, del qual supo su partida por una letra, Vuestra Merced le besará las manos juntamente con las besar a la Emperatriz y al príncipe Reduardo y a la princesa Florimena, mis señores, y les presentar de mi parte estos dos cavalleros para que Su Magestad haga dellos según que sus obras lo han merecido.

Y para effeto de lo qual, dixo a Rodolano:

– Cumple que a la hora me deys aquí al príncipe Flamíneo y a todos los presos que en el castillo tenéys, si no queréys –por no cumplir vuestras palabras– vos y vuestro hijo cumplir vuestras vidas.

Ya podéys sentir qual estarían padre y hijo, viéndose en tanta aflicción y abatimiento y en parte donde aún no avía un día cabal que eran señores y poderosos; y mucho más lo estava el sabio Rodolano, viendo que sus encantamientos no avían podido nuzir aquel

cavallero a cabo de catorze horas y más que en su castillo avía entrado. Y la causa porque los encantamientos no dañavan al visorey Rodoriso era porque el sabio Rodolano le avía reservado dellos con prosupuesto* de le penar en aquella rueda, como su saña avía desseado, y assí lo hazía de todos los otros presos porque sintiessen más su fatiga. Pues como este sabio Rodolano se viesse en esta presente fatiga y agora sobre todo supiesse que le cumplía yr a poder del Emperador de Constantinopla y rey Arismeno, no sabía qué remedio se tener, si no fue que, hincando los ynojós ante el infante don Rozerín, dize:

– Valiente y esforçado cavallero, yo suplico a la Vuestra Grandeza que la gloria deste vencimiento no perturbe la razón de vuestra benivolencia y sea que vos seáys servido de os contentar con los presos y todo lo demás que de aquí llevar quisiéredes y *que* [f. 22 va] no permitáys que yo ni mi hijo vamos a poder del rey Arismeno, mi señor, porque mi torpe ingenio conoce agora, con el presente daño, el mayor que nuestro engaño hasta aquí nos ha hecho.

– Agora, cavallero –dixo el piadoso infante–, sea ésta la manera, que vos vays adonde os embió en compañía del señor Rodoriso y él, por me hazer merced, suplicará al Emperador y rey, su hermano, de parte mía, que se tenga con vos y vuestro hijo toda aquella templança que a sus excelentes y benívolos coraçones conviene.

– Yo soy contento de lo hazer assí –dixo Rodoriso–, pues que veo que dello seréys vos servido y no por lo que a Rodolano ni a Galiando, su hijo, se deve.

– Pues que assí soys servido, que passe –dixo Rodolano–, hágase lo que por bien tuviéredes, que yo creo que debaxo del mamparo de vuestra palabra y de la de mi señor Rodoriso, osaré poner mi hecho a todo lo que me pueda venir.

Luego mandó a ciertos criados suyos, porque a él no le dexaron de allí salir, que truxessen al príncipe Flamíneo, el qual fue luego traýdo y empoderado a Rodoriso, su tío, y todos los otros presos, los quales eran más de sesenta, entre cavalleros y escuderos, entre los quales venían los dos escuderos de don Roserín y su donzella, los quales vinieron todos juntos a besar las manos de su señor; él los rescibió con mucho amor, abraçándolos a todos.

Pues ver las gracias y loores que todos aquellos que avían salido de la prisión, después que supieron que eran libres a causa suya, le davan, sería una cosa de nunca acabar, más que como ya fuesse passada la luminaria del día, allí donde estavan el infante don Roserín y visorey y príncipe, su sobrino, después de le aver curado, reposaron lo que de la noche quedava; y todos los demás por otros aposentos del castillo, tiniendo mucha vigilancia que no les fuesse hecho ningún engaño, estuvieron hasta la mañana, la qual

venida, se empieçan sabiendo¹³⁹ la voluntad del infante [f. 22vb], todos los que avían salido de la prisión, a poner a punto de camino, que era de los embiar a Constantinopla y haziendo unas andas en que Galiando fuesse y su padre junto a él, en son de preso, y el príncipe Flamíneo y su tío Rodoriso se despiden del infante don Roserín; y tomando la vía de Constantinopla, empeçaron de caminar con mucho desseo de dar las nuevas de aquel cavallero no conocido, que por las muestras suyas, bien pensavan *que* era muy amado del Emperador y los suyos. Donde llegando a la gran ciudad de Constantinopla, como la gente della viesse¹⁴⁰ tantos hombres y tan mal adereçados de armas y cavallos y ropas, grande espanto* rescibían de su estraña venida; y llegados que fueron al grande alcaçar, el visorey Rodoriso y el príncipe Flamíneo se apean de sus cavallos y toda la otra gente manda en los grandes corredores¹⁴¹ quedar y sólo él y el príncipe Flamíneo, después de sabido quién eran, entraron. Donde el Emperador y el rey Arismeno y el rey Escardaso y don Reynaldos de Montalván y todos los otros cavalleros, *que* avéys oýdo *que* en esta corte estavan, eran juntos y, hincando los ynojos en tierra, al Emperador piden las manos para se las besar y él, como los conociesse y supiesse ser *aquel* hijo y hermano del rey Arismeno de Macedonia, les hizo mucha cortesía, después de la qual, el visorey Rodoriso contó delante de todos aquellos señores las maravillas *quel* cavallero no conocido, en el Castillo Desierto avía hecho y dixo al Emperador cómo le embiava preso al sabio Rodolano y embiava a su servicio todos los presos que de su prisión salieron; y contó la cruel batalla que con la sierpe y con Galiano avía passado, donde todos estavan admirados de oýr tan grandes maravillas. Por las quales y por lo *quel* cavallero embiava a dezir de la disculpa de su partida, conocieron todos que era el infante don Roserín, de lo qual eran los más alegres hombres del mundo; y mucho más aque||los [f. 23ra]^{b2} sus parientes y amigos, en especial su señora, la princesa Florimena, *que* como todos los del palacio diessen tantos loores de *aquel*, su querido, muy en breve se supo por todo el pueblo. Allí el Emperador mandó que fuessen puestos el sabio Rodolano y su hijo en una prisión, remitiéndolo al rey Arismeno y rogándole que, por intercessión del infante don Roserín, no hiziesse justicia dellos hasta qu'él bolviesse; y juntamente mandó proveer muy cumplidamente a todos aquellos presos de *aquello* *que* avían menester, por la qual magnificencia, bolviéndose todos a sus tierras, yvan dando infinitos loores de *aquel* Emperador y del infante don Roserín, *que* los avía librado. El qual estuvo en *aquel* castillo gran parte del día en que se avían partido todos

¹³⁹ sabiendo Mu, Y: abiendo BA, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁴⁰ viesse Mu, Y: viessa BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁴¹ corredores Mu, Y: corres BA, M1, M2, Maz, S, L.

ellos para Constantinopla y, aunque estava malherido, nunca quiso quedar en él por mucho que sus escuderos y donzella le importunaron, antes caminó todo aquel día hasta la noche, muy aquexado de sus heridas y más de su señora, hasta que llegaron a un puerto donde la donzella tenía su nao, en el qual avía un gran lugar donde el infante fue muy bien curado. Y al cabo de veynte días *que allí*¹⁴² estuvo, aviendo oportuno tiempo, se metió en la nao, siguiendo la vía *que* la donzella mandava a los marineros, *que* era la buelta del imperio de Alemaña, *que* assí lo avía dicho al infante.

CAP. XI¹⁴³. De cómo el rey Escardaso y la reyna Marfisa con el bueno de don Reynaldos y sus compañeros salieron de Constantinopla para yr en Francia.

En mucho plazer y alegría estuvieron aquellos excelentes señores, el rey Escardaso y la reyna Marfisa y don Reynaldos de Montalván y el fuerte don Dudón y Aquilante y Grifón en aquella luzida corte de Constantinopla en compañía del [f. 23rb] Emperador y la Emperatriz y de los otros señores muchos días; los quales como viessen que la ausencia de sus personas podían causar algún daño en sus reynos y señoríos, acordaron de se partir para ellos y como esto pensaron, juntos todos seys un día, ya que uvieron acabado de comer, el rey Escardaso y todos ellos se hincaron de rodillas antel Emperador y el valiente rey desta suerte le habla:

– Soberano y excelentíssimo señor del constantino imperio, yo y estos cavalleros, vuestros siervos, suplicamos a la Vuestra Grandeza que, después de mandarnos aquello que a vuestro servicio tocare, seáys servido de nos dar la licencia que se deve al bien de nuestros señoríos y principalmente vuestros, a la tardança que tantos días hemos hecho fuera dellos.

Pues como el Emperador viesse aquellos grandes señores y valientes cavalleros delante de sí y por sus excelencias los amasse tanto, abraçando a cada uno por sí, los levanta de tierra diziendo:

– Cavalleros y señores amigos, la razón que me anteponéys de vuestra partida por causa de lo *que* con la ausencia se puede en vuestros señoríos suceder, me constriñe a hazer lo que por mi voluntad no haría, teniendo acatamiento a lo que se deve¹⁴⁴ a tan provechosa y dulce amistad como la vuestra. Y pues vuestra final intención es la de la

¹⁴² allí Mu, Y: alí BA, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁴³ CAP. X BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹⁴⁴ deve Mu, Y: dve BA, M1, M2, Maz, S, L.

partida y para ello ay tan justa causa, yo os ruego que veáys de mis señoríos en qué cosa seréys servidos, que todo se hará como en los propios vuestros.

– Muchas mercedes a la Vuestra Grandeza –dixo el rey y la reyna y todos los otros señores–, que no nos cumple dellos más de que Vuestra Magestad se sirva de los nuestros y de nuestras personas.

– Aquí no queda –dixo don Reynaldos– sino saber la voluntad del valeroso príncipe de Ungría que, pues nosotros venimos con él en esta tierra, no es justo salir della sin saber primero cuál sea su voluntad.

A las quales palabras, el hermoso Alejandro, que presente estava^{c2} [f. 23va] junto con Bisobel de Orlán y Escardín de Risa, sus caros amigos, que tales se mostraran estos señores por mucho tiempo, a don Reynaldos responde:

– Excelente cavallero, la virtud y criança* de vuestra persona captiva tanto a qualquiera que una vez os conozca, que no sé cuál sea el sandio* cavallero que niegue vuestra compañía junto con la de todos estos señores; y yo, como inmérito de tal desseo hasta que merezca tenella, suplico a Vuestras Mercedes el servicio que de mi persona a las vuestras pudiera en este viaje ser hecho, perdonéys, con prosupuesto* que quedo con voluntad de buscar aquellas cosas que me traygan a este merecimiento que digo.

– Muchas mercedes a la Vuestra Grandeza –dixo la reyna Marfisa– por lo que nos admite, aunque otra más legítima causa que la final que proponéys, deve de ser la que a nuestra compañía y mercedes os manda negaros.

Antes que el príncipe respondiesse, dixo don Dudón:

– Su Grandeza tiene gran razón de lo hazer, pues queda en parte donde ninguno dexaría de lo hazer de muy buena voluntad, si conoscimiento no le faltasse, no obstante que la de Vuestra Grandeza sea tan justa y buena.

– Vos tenéys mucha razón, señor compañero –dixeron Aquilante y Grifón, los dos buenos hermanos.

Donde con estas crianças* y otras muchas¹⁴⁵ se despiden del Emperador y altos hombres, que por sus altas virtudes, de todos eran queridos y amados. Y se van a despedir de la Emperatriz a su cámara, donde estava acompañada¹⁴⁶ de todas aquellas grandes señoras que avéys oýdo; y contaros por estenso lo que particularmente en esta despedida passó, sería cosa de nunca acabar, no obstante que la princesa Florimena suplicó al rey

¹⁴⁵ Donde con estas crianzas y otras muchas Mu, Y: Donde con crianzas otros muchos BA, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁴⁶ acompañada Mu, Y: acompoñada BA, M1, M2, Maz, S, L.

Escardaso y la reyna Marfisa que fuessen contentos de le dar por algunos días a la infanta Roselinda, con quien ella mucho holgava, a la qual respuso el rey Escardaso:

– Soberana y hermosa señora, bien parece la ventaja que sobre todas las del mundo [f. 23vb] queréys hazer, con adeudar contino a los vuestros en casos que jamás con todo aquello que se puede alcançar en el mundo, fuera de lo que se os deve, puedan servir, para muestra de lo qual avéys al presente querido demandar lo que yo y la reyna, mi muger, y la infanta, mi hija, os avíamos de suplicar. Y pedimos que seáys servida de lo permitir, porque ella pague con alguna muestra de pequeño servicio, el grande que nuestras voluntades os dessean hazer¹⁴⁷.

– Muchas gracias a la Vuestra Grandeza por lo que me admite sin lo merescer y por la merced que se me haze en me dexar a mi querida hermana, la infanta Roselinda.

Destá suerte que oýs, quedó esta hermosa señora en la compañía de la princesa y de las otras señoras por muchos días y, besando las manos a sus padres, dellos se despide y ellos de la Emperatriz¹⁴⁸ y princesa Florimena e infanta Argiana y infanta Coronea y infanta Melisandra y de todas las otras grandes señoras que allí estavan. Y de sí salieron do el Emperador estava con sus altos hombres aparejados para los acompañar hasta sus naos, las cuales el Emperador avía mandado muy bien proveer de todo aquello que era menester para tan grandes señores; y cavalgando todos aquellos cavalleros con el Emperador, salieron hasta el gran puerto, donde se embarcaron con próspero viento que para el viaje hazía. Y deziros lo que al despedir el rey Escardaso y la reyna Marfisa y don Reynaldos¹⁴⁹ y don Dudón y Aquilante y Grifón de Mongrana con el Emperador y príncipe Reduardo y príncipe Aleandro y Bisobel de Orlán y Escardín de Rissa passaron, sería querer hazer un largo y prolixo processo; tanto quiero que sepáys que Escardín de Risa, besando las manos a sus padres, con infinitas lágrimas, se despidieron y, dando las velas al viento, empeçaron su viaje del reyno de Risa y el Emperador y sus altos hombres se bolvieron a la ciudad, sintiendo la soledad de tales personas. [f. 24ra]^{d2}

CAP. XII¹⁵⁰. De la burla que al duque don Estolfo y al conde Galalón hizo un cavallero estrangero llamado Aronte, yendo a se embarcar en el puerto de Aguas Muertas, para passar en las Islas Desiertas.

¹⁴⁷ hazer Mu, Y: hezer BA, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁴⁸ Emperatriz Mu, Y: Emperatriz BA, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁴⁹ Reynaldos Mu, Y: Rynaldos BA, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁵⁰ CAP. XI BA, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

Con mucho cuydado y gran voluntad de saber de sus caros amigos, caminaron el duque don Estolfo y el conde Galalón después que de París salieron, como ya oýstes, acompañados de solos dos escuderos, que las armas y provisión para el camino les llevaban; yendo acordados de seguir la buelta de las Yslas Desiertas¹⁵¹ y por mar, que por ella pensavan ellos hallar más presto lo que buscavan. Para efecto de lo qual, llevavan su derecho camino a un cercano puerto que allí se hazía cerca de do caminavan, que se llama Aguas Muertas, porque bien creýan que no les faltarían allí naos o galeras o otros leñames* que su viaje siguiessen. Desta suerte que oýs, caminaron estos dos cavalleros dos días, sin que les aconteciesse cosa que de contar sea, a cabo de los quales, saliendo una mañana de un pequeño lugar do la noche antes avían alvergado, como el duque don Estolfo oviesse sido tan galán y tan gracioso enamorado, como oýs, nunca yva por la carrera sino burlando o contando cosas graciosas o burlas, a la quales todas, el conde Galalón con mucha sagacidad y plazer oýa; donde siendo ya alongados gran trecho de allí do avían dormido, el duque don Estolfo dixo al conde:

– Dezid, señor conde, si agora por caso de aventura, nos saliessen dos donzellas y nos pidiessen compañía, con tal que siguiessen nuestro viaje, por vuestra fe ¿holgarýades de que fuessen con nosotros?

– No penséys, señor don Estolfo, que mi caduca memoria aya olvidado los sabrosos deleytes de amor, para que lo que me niega mi edad, con tal aparejo como aquesse que dezís, no admitiesse mi voluntad, que tanto y con más razón es obligado el espíritu al continuo [f. 24rb] y pesado trabajo de amor, quanto la memoria fue en la juventud bien empleada.

– La razón de vuestro claro conocimiento admite lo que niega ya vuestra edad – dixo don Estolfo–, pero esto es justo que se dexa para otros muy más moços, que no somos los dos.

– Yo os doy mi fe que no me desvío desse consejo –dixo el conde– ni aún pienso de admitir lo que mi débil y frágil memoria publica. Mas dexando esto aparte, mucho quería saber la causa porque aquel cavallero que allí va, se escondió dentro aquel soto quando nos vido.

– ¿Cuál?–dixo el duque don Estolfo.

¹⁵¹ desiertas Mu, Y: desierta BA, M1, M2, Maz, S, L.

– ¿Y cómo no vistes –dixo el conde– un cavallero que estava en aquel requesto que junto al camino se haze, armado de unas armas amarillas y un cavallo blanco que allá va a más andar?

– Bien le vi –dixo el duque–, mas él devía de entender, aunque no estava cerca, nuestra plática, según con el descuydo con que caminávos por el mucho cuidado della, y deve de yr a dar aviso a nuestras amigas para que acrecienten nuestras lealtades en la voluntad que nos tienen puesta.

– Pues como quiera que sea –dixo el conde Galalón–, si a vos os plaze, yo querría que supiésemos la causa de su huyda.

– Hágase como vos quisiéredes –dixo el duque Estolfo.

Y de sí dando de las espuelas a sus cavallos, se meten por aquella parte que al cavallero vieron entrar, donde no ovieron mucho caminado, quando le vieron parado a la puerta de un antiguo edificio que allí estava, el qual todo lo más alto y principal estava caído, y llegando a él, el duque le dixo:

– Dezyd, cavallero, ¿quál causa fue parte para que os apartássedes del camino quando nos vistes y os escondiéssedes en estos bosques?

Al qual él respondió:

– No otra, por cierto, sino mi voluntad y oír unos ciertos gritos que acá dentro se davan en estas casinas; que quiero *que* sepáys que yo há muchos días que vine en esta tierra dende la mía que es Macedonia, en busca de un ave que en esta morada está encantada muchos días há, la qual ha de ser el [f. 24va] verdadero remedio de la salud de un viejo padre que tengo, de una muy grave dolencia. Para remedio de la qual, me fuy a un gran sabio amigo mío, que en aquel reyno bive, el qual me dixo que no podía ser mi padre sano hasta tanto quel ave fuesse desencantada y que le diesse a comer el corazón. Y diome tal aviso; y fue que diziéndome esta morada, me viniessse a ella y que a cabo de muchos días que en ella estuviesse, vería venir muchos cavalleros dende aquel lugar do, señores, me vistes y que aquellos que viesse que me seguían al tiempo *que* ella dava los gritos que, apartádome del camino, que les suplicasse que en esta morada entrassen y que los assegurasse de todo peligro, porque en ella no avía ninguna que acabar, mas de dar resolución en siertas preguntas que una ymagen de alambre les diría. Por lo qual, señores, os suplico que me hagáys merced, pues que en mi ventura ha cabido que tales cavalleros como vosotros me siguiessen, de entrar dentro y provar, pues tan poco se aventura en dar fin a la que presente tenéys, con el qual me haréys el mayor bien que jamás cavallero rescibió.

Dezía esto el cavallero de la floresta con tanta cuyta, que al conde Galalón y al duque don Estolfo comovió a mucha piedad; y como el duque fuesse tan loçano e arguloso de coraçón, le dixo:

– Cavallero, tened esperança en Dios que antes que de aquí vays, yo haré que vos *quedéys* satisfecho y nosotros pagados de lo que a quien somos se deve.

– Muchas mercedes a la vuestra –dixo el cavallero estraño–, que muy seguro estava yo que de presencia de tan luzidos y hermosos cavalleros, no avía de proceder sino todo bien.

En esto, el duque don Estolfo se apeó y juntamente con él, el conde Galalón y con mucha presteza entran en aquella casa, la qual como oviesse sido grande edificio y agora con la antigüedad estuviesse caýda lo más della, parecía una cosa estraña, la qual tenía a la entrada un muy grande patio, cercado de unas muy grandes salas [f. 24vb] que parecían aver sido buenas, sobre las quales se sontenían unos pedaços de altos muy antiguos y grandes en los quales les dixo el cavallero *que* la ave estava.

Y avéys de saber que para subir a ellos no avía escalera, porque por la antigüedad estava toda caýda. Y andando buscando por do subir, dixo el conde Galalón:

– Por Dios, señor duque, que me parece más trabajosa de acabar esta aventura que este cavallero¹⁵² nos ha dicho, porque yo no veo por dó podamos subir a le dar fin.

– Esperaos, señor –dixo el duque don Estolfo–, que yo he pensado cómo se hará muy bien y sea que nuestros escuderos, ayudándolos nosotros, suban encima desta pared y dende ella nos ayuden con algunas cuerdas o algo y assí subiremos a los corredores.

– Hágase como mandáredes –dixo el conde–, sino que temo quel peso de las armas nos estorvará mucho.

– Yo subiré primero, que soy algo más moço, y os ayudaré después a subir a vos, señor conde.

– Sea assí– dixo él.

Y de sí ayudando desde los cavallos a sus escuderos¹⁵³, con harto afán subieron sobre una pared que allí estava caýda y dende allí al corredor y bolviendo a do avían subido, sus señores les echaron las cinchas de sus cavallos ligadas unas con otras y, atándose, el duque don Estolfo subió muy ligeramente, tornando a echar las cuerdas, el conde Galalón se ata y sus escuderos y el duque don Estolfo le ayudan y empieçan a subir. Donde ya que llegavan a la mitad de la pared, fue su ventura tal que los dos escuderos, que

¹⁵² cavallero Mu, Y: cavallere BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁵³ escuderos Mu, Y: escudros BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

por cabo de la cuerda tiravan, desmoronándose un pedaço de la pared, cayeron de espaldas en una gran hoya que llena de agua y cieno de las acogidas allí se hazía, adonde dieron tan gran golpe que, si su ventura no los guiara a caer en aquel cieno, ellos sin duda fueran muertos, porque a la verdad, la pared era muy alta; mas aunque no se mataron, no quedaron tan limpios de la caída que no quedassen brumados* y muy bien encenagados, de tal suerte que saliendo medio arrastrando, dellos a puercos no [f. 25ra] avía diferencia. Pues en este comedio, no estaban tales sus amos *que* no uviessen bien menester toda ayuda, *que* como ya oýstes, el duque don Estolfo tirava de la cuerda más cerca de donde el conde Galalón subía y como sus criados cayeron, él también lo hiziera sino tuviera más acuerdo en se asir muy fuertemente de la pared y con mucho ánimo y ligereza se detuvo encima della, soltando la cuerda con que el conde venía ligado, la qual con su peso, empeçó a discurrir por la pared adelante, de tal suerte que, viniendo arastrando por entre dos grandes piedras de la pared, no paró hasta tanto que llegó la juntura que las cinchas hazían, donde los hieros y fiudos estaban, y apretándose en aquellas dos grandes piedras, el conde quedó colgado de la pared más de dos estados* del suelo, sin que a una parte ni a otra pudiesse passar. De lo qual, el duque don Estolfo de lo ver así colgado y dándole grandes bozes *que* le ayudasse a descender y de ver por la otra vanda* salir a sus dos escuderos bien encenagados, no pudo estar que no riesse.

En este comedio, el cavallero que allí los avía traýdo no estava muy de vagar, que haziendo una señal que tenía para tal necesidad, salieron dos hombres suyos que en aquellas casa estaban ascondidos y, tomando en un punto los cavallos dellos y de los escuderos, viendo quán bien le avía salido su engaño, se llega junto a donde el duque don Estolfo y el conde Galalón estaban, el uno colgado de la pared y el otro encima della y, alçando la visera del yelmo, dize:

– Cavalleros más atrevidos para alcançar nidos de páxaros que cuerdos para guardar sus cavallos, una postrera gracia os suplico que me hagáys y sea que, desencantando aquella ave que os dixes, que para que yo quede por verdadero y vos, señor que en lo alto estáys, quedéys pagado de lo que me dixistes que a la grandeza de los dos se devía, que la mostréys a bolar, pues lo avéys enseñado a vuestros escuderos, pues vosotros [f. 25rb] soys tan ligeros.

Como el duque don Estolfo oyó dezir al cavallero tales palabras y viesse a él y a sus hombres encima de sus cavallos y todos los otros de diestro, luego cayó en la burla que hecha les era, por la qual ni sabía si se enojar ni *qué* hiziessen; y de sí dixo al cavallero:

– Dezid, señor, cuál razón tenéys vos de burlaros de quien, por os hazer plazer, ha sido así burlado.

– No otra, por cierto –dixo él–, sino la mucha que en vuestros cavallos veo, siendo tan buenos, de mayor y mejor carga que hasta aquí han traýdo, que harta sinrazón me parece que su gentil loçanía la gasten en traer sobre sí personas tan livianas y que tan bien saben bolar y por parte que no han menester cavallos.

– Por la fee que debo a Dios –dixo el duque don Estolfo, muy enojado–, que si vos me atendéys hasta que allá baxe, que yo os haga conoscer que es muy mal hecho lo que con nosotros usáys.

– Yo os tengo mucha merced essa voluntad con que me predicáys, que agora no tengo necesidad de atender a essas, vuestras ofertas.

– Pues yo os prometo –dixo el conde Galalón, con arta fatiga– que algún día yo os tope en parte adonde la afrenta y fatiga que passo me paguéys no con menos que con la vida.

– No tenéys razón, señor cavallero, de os quejar de mí –dixo el otro–, pues que veys que os he hecho honra, más que se hizo a otro más cuerdo que vos, que fue Virgilio, en no os poner en cesto^{e2} sino en cincha, para que con esta alvarda* no tuviéssedes embidia a tal silla. Y porque al presente tengo necesidad de buscar otras para las de los cavallos que faltan, a Dios seáys encomendados hasta que buelva y porque es justo que sepáys con quién avéys avido batalla y conozcáys mi valentía, sabed que a mí me llaman el cavallero Aronte, hermano de mi necesidad y compañero de mi astucia; mi tierra es Macedonia, como os dixen, y mi morada es la del lobo, en la qual me hallaréys quando buscarme queráys.

Y dando de las espuelas a los cavallos, a más andar se salen de aque||llas^{f2} [f. 25va] caýdas caserías, dexando al duque don Estolfo y al conde Galalón con sus escuderos de la suerte que oýs, donde ni el conde podía abaxar ni el duque se atrevía a le ayudar solo, por no dexalle caer, ni los escuderos, aunque les davan hartas bozes, los oýan, según estavan de malparados. Desta suerte que oýs, estuvieron gran pieça del día y toda la noche en harta fatiga, siendo metidos en ella por este cavallero Aronte, el qual era tan astuto y sagaz en burlas con los que topava por la vía qual otro jamás lo fue; con lo qual proveya su miseria, porque a la verdad, él era muy pobre y no tenía otra cosa más de la que deste modo avía, con lo qual hizo muchas burlas a los cavalleros andantes. Y porque en esta hystoria oyréys muchas vezes d'él, no se os dize por entero quién era y porque no haze mucho al caso.

CAP. XIII¹⁵⁴. De cómo el cavallero Aronte quiso burlar a Malgesi y a los hermanos de don Reynaldos y cómo se juntaron con el conde don Roldán, hallándole en una batalla.

De la suerte que oýs, aquel astuto¹⁵⁵ Aronte se apartó del duque don Estolfo y el conde Galalón, dexándolos con harta fatiga, porque ya era cerca de noche quando dellos se partió, en la qual ellos y sus escuderos passaron mucho trabajo con la hambre y frío que allí padecieron, donde mil vezes maldezían al cavallero y la gran insapiencia que en ellos cabía, para le creer tan de ligero de quien no conocían.

Agora avéys de saber que el astuto Aronte con sus dos hombres, que los quatro cavallos llevavan, no uvieron andado mucho quando les tomó la noche a poca distancia del recuesto* y camino que *aquel* día avían estado y, apartándose a reposar entre un gran enzinar *que* allí se hazía muy escondidamente, se desviaron del camino que avían traydo y, apeándose de los [f. 25vb] cavallos, los ligaron muy bien y ellos cenaron de aquello que para tal menester traían, donde después de aver cenado, se recostaron a reposar lo que de la noche quedava. Donde con el mucho frío y poco abrigo, poco el cavallero Aronte dormía, donde estava esperando con mucho desseo la mañana, oyó cerca de sí como murmullo de personas que en aquel enzinar reposavan y, como aquel que nunca estava pensando sino en cosas de que poder aprovecharse, se levanta muy passo y, guiando a aquella parte donde la gente oýdo avía, se llega muy cerca dellos, donde al uno oyó que¹⁵⁶ hablava con los otros y les dezía:

– Mira, señores primos, no penséys *que* si yo supiesse dónde vuestro hermano está o la fatiga en que me da el ánimo que es metido, que yo dexaría de llevaros muy en breve adonde me pedís con tanta voluntad como con la *que* me lo rogáys, mas yo os hago saber que yo no lo alcanço bien por entero, más de quanto soy avisado de quien lo sabe, qu'es aquel mi amigo y gran sabio que os tengo dicho, que para cierto día y tiempo haga juntar a todos los más amigos nuestros en un cierto lugar, que desde lo aya hecho, el tiempo y necesidad me avisará de lo que tengo de hazer.

– Señor –respondió otro–, vos soys el que podéys mandarnos y nosotros obedecer; y haced todo aquello que vos seáys servido, que nosotros no avemos de salir de vuestro buen parecer.

¹⁵⁴ CAP. XII BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹⁵⁵ astuto Mu, Y: astutut BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁵⁶ que Mu, Y: que que BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

– Ni yo salir del mío –dixo Aronte en esse punto que los estava escuchando–, que es de hazeros escotar la posada que sin mi licencia *tan* junto de mí tomastes, porque se os pague algo de tal vesindad.

Y de sí desarmándose de sus armas, se acerca muy passo a ellos y aguarda a tiempo que le pareció que estavan durmiendo y, llegándose al uno dellos, como mejor pudo, le sacó muy sotilmente la espada de la sinta y una jornea* de seda que debaxo de la cabeça tenía; y llegándose a otro, su compañero, que por la luz de las armas devisó que cerca estava, querien|do [f. 26ra]⁸² hazer otro tanto, no pudo porque tenía la espada debaxo de sí muy apretada, mas no por esso dexó de *con* las ligaças del escudo que cerca de sí tenía, de le atar los pies junto con los de su compañero, que junto estava. En este punto *que* oýs, estava este falso de Aronte intentando de despojar a aquellos cavalleros, *que* en aquel enziñar dormían, *quando* muy mansamente otro *compañero* de los *que* tenía ligados, hasió por detrás y lo abraça muy fuertemente, diziendo:

– En mal punto vos, don atrevido, avéys sido tan osado de venir a hazer escarnio y robar los cavallos *que* están reposando.

En esto, como el cavallero *que* lo abraçó, procurasse de lo echar en tierra y él pugnasse de se desasir d'él, los dos cavalleros recuerdan muy despavoridamente, e yendo con mucha presteza a se levantar y poner mano a sus espadas, se hallan muy espantados* de verse ligados el uno al otro y el uno más, no hallando su espada, la qual en manos de Aronte vido reluzir, *que* con su compañero luchando estava, el qual como no se pudiesse mandar, porque aquel que lo tenía abraçado, tenía grandes fuerzas, empeçó a dar altas bozes, diziendo:

– ¡Acorredme, señores, este cavallero me quiere matar sin le aver echo cosa ninguna porque lo haga!

A las quales bozes, como ya los dos cavalleros se oviessen desatado, contra el otro, su compañero que al cavallero Aronte tenía abraçado, guían, pensando que fuesse algún estraño que alguno de sus escuderos quisiesse matar; y el uno con su espada y el otro con una lança, los empieçan de herir malamente y sin conoscerle y de tal son que le convino, mal de su grado, dexar al astuto Aronte y defenderse de sus compañeros, diziéndoles:

– Afuera, cavalleros, tened más conocimientto que mostráys, porque os hago saber *que* yo soy vuestro primo Malgesi, *que* aquel falso ladrón quería pagar de la suerte que os pagare, si yo durmiera como vosotros.

Los quales se desviaron afuera conociéndole con más acuerdo* que hasta [f. 26rb] allí y le piden perdón.

Agora avéys de saber que estos tres cavalleros que aquí estavan, a quien Aronte quisiera burlar, el uno era Malgesi, primo de don Reynaldos de Montalván, y los otros, sus dos valientes hermanos, Ricardo de Ayamonte y Ricardeto, que como ya oýstes, doña Claricia, muger de don Reynaldos, dixo al conde don Roldán que eran salidos, sin le dar parte de su viaje, del castillo a mucha priessa, y porque Malgesi uvo una carta de su amigo, el sabio Atalante, en que le avisava que, si quería que su primo don Reynaldos y otros grandes amigos suyos no se perdiessen, que para un cierto día tuviesse ayuntados los más cavalleros que podía, porque con ellos haría una provechosa jornada y que, si no quería errar, que no mirasse ni especulasse* con su saber más de lo que él le dezía. Lo qual el buen Malgesi cumplió muy determinadamente, que sin dar parte de lo que quería hazer, salvo a estos, sus dos queridos primos Ricardo de Ayamonte y Ricardeto, se salió de Montalván un día antes que el conde don Roldán al castillo viniessen y en hábito de buen cavallero, que tal lo era él, y en aquel viaje se quiso aprovechar. Con el qual desseo, caminaron hasta donde el cavallero Aronte los halló, que era muy cerca del puerto do se pensavan embarcar con propósito de yr en Constantinopla, donde sabían que el infante don Roserín y otros valientes cavalleros estavan; do les sucedió en aquel enzinar, lo que oýs con el cavallero burlador. El qual, llevando a Ricardeto su espada y una jornea* de sobre las armas, tomando las suyas, que él se avía desarmado, junto con sus hombres se metió y aquel día se venía por do mejor le pareció que se apartaría dellos, adonde le dexaremos hasta su tiempo, que jamás por mar ni por tierra parava, y os diremos lo que oyréys. Que como este Aronte, por verse en poder de Malgesi que tan fuertemente le tenía abraçado, por lo qual dio aquellas bozes, el conde don Roldán, que allí cerca estava, a mucha pries|sa [f. 26va] demandó a su escudero su cavallo, el qual como aquel que no era muy diestro en tal menester y no estava desocupado de la pena que los amores del infante don Roserín le davan, no tuvo tanto aviso a que, por parte de no ser bien de día y porque Briador se avía metido entre unos peñascos, no se le dio tan presto como él quisiera, de lo qual el valeroso conde don Roldán estava muy enojado y en un punto, viendo que no le traía, se va a pie hazia aquella parte que las bozes sonavan. El qual, como ellas cessaron, perdió muy presto el tino* y, guiando a otra parte, salió al camino que cerca estava, por el qual vido venir, que ya era amanecido, un gran cavallero encima de un gran cavallo morzillo*, muy bueno, el qual llegando junto, le dize:

– Dezid, cavallero, ¿es este el camino que a las selvas de Ardeña me puede sacar?

Y como el conde, por no aver hallado lo que buscava, estoviesse enojado, no le respondió palabra, de lo qual el cavallero del camino se sintió y tuvo por afrentado, por lo qual le dixo:

– ¡Por Dios, que vuestra criança* conforma con el exercicio de vuestro caminar a pie, aunque la sinrazón de traer tan ricas armas no la pusiesse en el poco merescimiento vuestro!

– Mucho mejor haríades –dixo el conde don Roldán– de seguir vuestro viaje y dexar a cada uno caminar como le plaze, que ni en lo uno ni en lo otro que vos dezís, tenéys tanta razón como manifestáys.

– Yo pienso –dixo el cavallero estraño– que la más mínima parte de la que tengo bastaría a poner en ella a un tan sandio* cavallero como vos parecéys.

De lo qual el conde, acrescentando en el enojo y saña que traía, sin le responder palabra, echando mano a su buena espada Durindana, a él se va, el qual como le vido venir tan determinado, en un punto se apea del cavallo, porque no se le hiriese, y haziendo él lo mismo de la suya, se empieçan de herir de tan duros golpes que Malgesi y Ricardo y Ricardeto, que al conde avían conoci|do [f. 26vb], llegados donde la batalla se avía començado, se espantavan* de ver quán desapiadada y cruelmente se herían por todas aquellas partes que más mal se pensavan hazer. Allí, las fuertes y encantadas armas del uno defendían que su cuerpo no fuesse herido adonde la valentía de su contrario le ponía grande espanto*, porque a cabo de una grande hora que mortalmente, sin se aver hablado palabra, se avían combatido, el conde le hallava en todo aquel vigor y fuerça que tenía al principio, aunque por parte de los desatentados golpes del conde don Roldán, andava algo herido y no tanto que al su valiente ánimo pusiesse ningún pavor, antes acrescentava en saña, que la razón de verse herido y a su contrario no, se la hazía crecer.

Donde el conde don Roldán, viendo quán valerosísimamente aqueste cavallero contra él se mantenía tanto tiempo, preciándole mucho y desseando le conoscer, se aparta afuera y le dize:

– Cavallero, la poca razón que en nuestra batalla para que passe adelante ay y la mucha que yo suelo en ellas tener, me pone cobdicia, aunque no estoy en tales términos que por falta en mí aya, si a vos parece, ella se desparta con yqual honra de entrambos, por parte de averlo yo sido al principio, que por tan pequeña causa, ella se empeçasse.

– Primero es justo que yo sepa –dixo el cavallero– quién vos soys y vuestro nombre, para ver si es justo que la calidad de vuestra persona y merescimiento temple la

mucha razón de mi yra y por ser herido de vos, por sólo no querer dezirme como cavallero lo que os pregunté.

– Pensad, señor cavallero –dixo el conde don Roldán–, que si no conosciessse que de mi yerro sale la dificultad de la que a mi honrra pongo en dezir todo esso, que porque el restante del mundo a ello me persuadiesse, yo no forçaría por temor la voluntad que por virtud y razón es forçada. Para lo qual, avéys de saber *que* a mí llaman el conde don Roldán, sobrino del excelente emperador Carlomagno¹⁵⁷ [f. 27ra], mi señor.

– Conde –dixo el cavallero–, la causa que mi determinado viaje hasta aquí me ha traydo, *que* ha sido con vos y con los otros paladines me provar, al presente me la ponen juntamente *con* aver sido reptado* de vos de la suerte que oýs, a que por el presente mi determinada voluntad y propósito mude; y por tanto, sabed que hasta que uno de nos en el campo quede muerto o vencido, no tengo de dexar de hazer lo que la razón de mi largo viaje demanda.

Muy maravillado quedó el conde don Roldán de ver el esfuerço* con que esto le dezía y muy espantado* cuál fuesse la causa que tan mortalmente le desamasse, por lo qual, le dize:

– Pues que vos no queréys aprovecharos de esta cortesía que, a mi parescer, os hago, ni yo soy más obligado para cumplir con lo que devo ni vuestra poca mesura y poco agradescimiento mandan que de vos me parta hasta tanto que os pague con el pago que a los tales desagradescidos suelo pagar.

Con lo qual se tornan a juntar con mucha saña y gran valentía y a se herir tan mortalmente *que* no parecía sino *que* todo el día se avían estado holgando, de lo qual Malgesi y Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván, que la batalla miravan, estaban tan espantados* quanto en sus días lo avían sido de batalla que al conde don Roldán oviessen visto hazer *con* un solo cavallero, salvo de algunas *que* él y don Reynaldos avían passado. Más de otras dos grandes horas, los dos valientes cavalleros se anduvieron hiriendo con mucha yra, donde ya el conde don Roldán, viendo *que* tanto aquel cavallero turava* y como en tales tiempos *que* la yra le enseñoreava, eran sus golpes sin medida, uno tal a su contrario arroja *que* como él estuviesse ya muy canssado y desangrado de las grandes heridas *que* tenía y el conde le hiriesse con tan desapiadado golpe por cima del hombro derecho, rompiéndole las armas y la carne hasta le herir mortalmente en los güesos, por lo qual, el cavallero sin ningún acuerdo*, en el suelo se tien|de [f. 27rb], y

¹⁵⁷ Carlomagno Mu, Y: Carlomag BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

porque el conde avía d'él tomado infinito enojo, sin catar más tiempo, cortándole¹⁵⁸ las enlazaduras del yelmo, le corta tras ellas la cabeça, y limpiando la espada, después de aver dado infinitas gracias a Nuestro Señor por aquella victoria, la qual no estimó en poco, en el estrecho* en que le avían puesto, se va hazia sus primos, los quales ya avía conocido. Donde en llegando, se abraçaron con mucho amor y Malgesi le dixo:

– Señor primo, harto de poco conoscimiento sería aquel *que*, en paz o en guerra, no admitiese vuestra voluntad y buen parescer, pues que al fin, que quiera o *que* no, se ha de hazer vuestra voluntad, según *que* oy nos avéys mostrado.

– Señor Malgesi –dixo el conde don Roldán–, por cierto *que* a mí me ha pesado de lo que con este cavallero passa y que yo no lo quisiera llevar tan por el cabo, si él quisiera, y mucho más me pesa agora que el daño es hecho, porque no supe quién era o la causa de su viaje, de lo qual holgara; mas pues *que* assí fue y veo *que* de sus escuderos, según con el llanto que su muerte solenizan, será escusado sabello.

– Señor –dixo Malgesi–, porque es justo que vamos a socorrer al conde Galalón y al duque don Estolfo, que nos han menester, no os pese tanto agora, quanto a vos y a vuestros amigos y parientes algún tiempo pesará, si esto assí no fuera. Y será que dexemos esto agora, que yo os diré después quién era y la causa de su viaje, que no era sin mucha causa, por tanto será bien que me sigáys.

Y assí cavalgando en sus cavallos y Ricardo tomando la espada del cavallero muerto, siguen la vía que Malgesi llevaba, adonde en poca pieça que caminaron, después de aver atravessado un gran soto, en un hondo recuesto*, vieron unas grandes casas derribadas, las quales eran en las *que* el duque don Estolfo y el conde Galalón estavan y de tal suerte el conde *que*, si más tardara sin ser socorrido, sin dubda peresciera, porque jamás consintió al duque don Estolfo que la cuerda cortasse ni él se atrevió solo a baxalla, que como ya avéys oýdo [f. 27va], este duque era de mayor coraçón y gentileza que no de fuerça de miembros.

Pues como el conde don Roldán y Malgesi y los dos hermanos de don Renaldos, llegaron y los viessen tales, junto con sus dos escuderos, después de con toda diligencia los aver baxado y a sus escuderos remediado, no pudieron estar que no riessen con harta gana de ver quán donosa burla les avía hecho el subtil Aronte. Y tomándolos a las ancas de sus cavallos, se fueron a aquel lugar donde el duque y el conde avían reposado el día antes, do se proveyeron de cavallos y de todo lo necessario y, por induzimiento de Malgesi,

¹⁵⁸ cortándole Mu, Y: cortando el BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

diziéndoles cuánto el sabio Atalante le avía encargado que los juntasse; y dende a quatro días que allí estuvieron, se fueron al puerto, que no estava de aquel lugar más de quatro leguas.

Y porque agora es justo que se os diga quién era este cavallero que don Roldán mató y la causa de su viage.

CAP. XIII¹⁵⁹. En el qual se declara quién era este cavallero pagano y la causa de su demanda.

Para lo qual avéys de saber que aquel gran emperador Agricán de Tartaria, que en la primera parte de esta gran historia se dixo y contó^{h2}, a quien don Roldán mató, dexó un solo hijo y una hija. El hijo fue aquel fuerte Mandricardo que hizo campo con el conde estando cercada la ciudad de París, según que ya oýstes en la segunda parteⁱ², en el qual murió. Pues avéys de saber que, como en aquel grande imperio y señorío de este mal regido mancebo y Emperador supiesen su muerte, temiéndose de los christianos, determinaron –pues que no quedava otro pariente ni legítimo heredero del imperio– de dar la obediencia a la hija del gran Agricán y hermana de Mandricardo, lo uno por la razón que avía para que ellos cumpliesen con sus lealtades y lo otro por la mucha descreción y virtud [f. 27vb] y hermosura de que esta señora era dotada, por lo qual era muy querida de todos los tártaros en todo estremo.

Por lo qual, después que ella se vio poseedora de aquellos grandes señoríos, hizo jurar a sus vassallos que en ningún tiempo la constriñessen a tomar marido más de aquel que ella escogiesse, lo qual todo le prometieron; y para remedio de su voluntad, ordenó que aquel cavallero que quisiesse ser señor de su persona y señorío y casar con ella, que le avía de hazer juramento de le traer la cabeça de don Roldán, para en vengança de su muerto padre y hermano, y mantener* treynta días campo a todos los cavalleros christianos que en un passo a se combatir con él viniessen, en que avía de publicar que avían sido falsa y traydoramente muertos.

Pues como esta señora Ysifilea, que assí se llamava, fuesse tan hermosa y gran señora, infinitos cavalleros se determinaron por alcançar tan gran señorío y tan hermosa señora por muger, no sabiendo con quién lo avían de aver, a provar su ventura con quien toda la del mundo estava. Y assí venían a una gran ciudad que de Tartaria era principal,

¹⁵⁹ CAP. XIII BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

que se llamava la *gran* ciudad de Esparta, infinitos cavalleros de muchas partes de la morisma y, jurando en sus manos y en su ley todas las posturas que ella pedía, se partían para Francia en busca del conde don Roldán. Entre los quales fue aquel gran Bruzaferonte, señor de Aravia, muy valentíssimo cavallero, el qual fue aqueste que el conde don Roldán mató de la suerte que aquí se os dixo, el qual por dos escuderos suyos, después de aver lamentado su muerte, fue llevado a su tierra y primeramente a la gran ciudad de Esparta, porque la emperatriz Ysifilea viesse el principio que avía hecho aquel valentíssimo Bruzaferonte de Aravia, su señor, en el fin que de su vengança desseava. Donde la piadosa Ysifilea, como viesse aquel valiente rey, muerto de manos del matador de su padre y hermano, con más lástima que hasta allí, desseava su muerte y cruel determinación [f. 28ra].

Pues avéys de saber que en este imperio estava un gran sabio en las artes mágicas, que alcançava tanto con su saber, quanto en otro su tiempo alcançó, aunque entrasse en ellos el sabio *Atalante*. Este se llamava el *gran* Sarraceno y haitava continuamente en una estraña fortaleza que en una pequeña ysla de aquellas¹⁶⁰ mares se hazía, la qual él avía subtil y estrañamente obrado, de la qual y de los grandes efectos que en ella passaron, después oyréys. Dende esta fortaleza embió este sabio a dezir a su señora Ysifilea en una carta estas razones:

“Soberana y excelentíssima señora del tartárico imperio: Yo, tu antiguo y fiel criado Sarraceno salud en los nuestros dioses te embió, con la qual razón de lo que al servicio de tu grandeza se deve, me ha hecho con toda sollicitud expecular lo que sobre esta determinada y voluntariosa venganza tuya ha de suceder. De la qual los piadosos dioses, viendo la justa justicia que de tu parte a la de aquel cruel matador de nuestros tartáricos emperadores, con justo castigo amenazan y a ti, mucha¹⁶¹ alegría prometen, para effecto de lo qual es necesidad que a nuestro poder venga un niño que presto nascerá, para que por su parte, la que tú desseas de nuestra vengança, sea segura. Y yo, por cumplir lo que a tu servicio soy obligado, quiero tomar el cargo de le aver en nuestro poder y de lo que sea, tú lo verás y yo te lo mostraré, con te dezir otras cosas que a tu servicio convienen.”

De esta suerte que oýs, escribió este sabio a la emperatriz Ysifilea, con la qual carta fue la más alegre muger del mundo, esperando de ver vengança de quien deseaba; de lo qual adelante oyréys. Y agora os diremos de la prueba que en el Paráyso de Amor se hizo.

¹⁶⁰ aquellas Mu, Y: quellas BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁶¹ mucho BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

CAP. XV¹⁶². Cómo aquellos señores y cavalleros que en la corte del Emperador de Constantinopla estava provaron la aventura del Paráyso del Amor. [f. 28rb]

Los virtuosos ánimos y generosos coraçones que jamás, do quiera que están, dexan de pagar lo que se deven, frutificando en la calidad de las personas el preciado licor de sus provechosísimos acatos, tales eran los generosos coraçones¹⁶³ de estos grandes príncipes que en Constantinopla estaban pagando el debido fruto de su grandeza, desseando hallarse en la operación de los más virtuosos actos que hazer se pudiessen; y señaladamente aquel valiente príncipe Aleandro, el hermoso, y el príncipe Reduardo y el príncipe Escardín de Risa y Bisobel de Orlán, los quales se avían tomado tanto amor, que solo un punto el uno del otro no podían estar apartados, según era la voluntad con que se amavan; y como todos fuesen tales y de tan alto lugar, nunca pensavan ni platicavan sino en cosas donde más honra y fama avenirles pudiesse.

Pues como un día estuviessen todos quatro platicando en la partida del infante don Roserín y que sería justo de le seguir, acordaron de provar primero la ventura del Paráyso de Amor, aunque avía hartos que lo tenían pensado; con la qual determinación se fueron ante el Emperador y, hincados de rodillas¹⁶⁴ ante él, le dizen su determinación, para lo qual, le piden licencia, la qual él de muy buena voluntad les otorgó, viendo el desseo con que se la pedían y desseando saber los secretos de aquel superbo edeficio. Ellos le besaron las manos y le suplican que otro día por la mañana, Su Magestad fuesse servido, con la Emperatriz y sus damas, de les favorecer con estar delante, lo qual todo, viendo que en ello no avía peligro, según el sabio le avía asegurado, se lo otorgó.

Luego fue divulgado por todo el palacio aquesta nueva y cómo aquellos príncipes otro día avían de provar la aventura del Paráyso de amor, por lo qual en aquellas señoras uvo mucha alegría, aunque no en el ánimo de la princesa Florimena, viendo que la gloria que para su amante desseava, otro por ventura podía gañársela [f. 28va], por lo qual aquella noche passó en lamentaciones con tal fatiga y mucho más con la que su preñez le causava. Que a la verdad, si la infanta Roselinda y la donzella Arminda, que tan discretas eran, no le pusieran alivio con sus consolaciones, ella sin dubda, de cuyta y miedo de ser descubierta, pereciera; de lo qual rescebían ellas tanto dolor, quanto la razón de amar a tan

¹⁶² CAP. XIII BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹⁶³ coraçones Mu, Y: coraçenos BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁶⁴ rodillas Mu, Y: rodillos BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

alta señora lo demandava. Allí la infanta Roselinda, con mucha discreción y gracia, le decía:

– Mi señora, mire la Vuestra Grandeza que los extremos que hazéys, pueden acarrear algún daño con que vuestra excelente persona padesca peligro, si vuestra demasiada cordura no tiempla lo que la ventura ha permitido y plaziendo al Alto Señor para su servicio.

– ¡Ay, señora mía –decía la princesa–, que si yo no estuviesse segura de mi querido don Roserín, ya avría pagado con mi voluntariosa muerte lo que se le deve a mi mal guardada limpieza!

Desta suerte que oýs, estaban cada vez *que* solas se veýan estas señoras, esperando algún remedio para encubrir lo que a más andar podía ser descubierta, si Dios no lo remediara.

Pues como la aurora del venidero día, con la real magestad de su presuroso viaje, las obscuras tinieblas de la perezosa noche ya desterrasse, aquel gran Emperador de Constantinopla, como aquel que tan cumplido era de todas buenas maneras que a un excelente príncipe convenían, no se le olvidó de honrar acompañando a aquellos cavalleros que el día antes avía dado licencia para que la aventura provassen. Donde saliendo a la real sala, halló a todos sus cavalleros y altos hombres que le estaban aguardando, donde aviendo oýdo los divinos officios, al príncipe Reduardo con todos los que la aventura avían de provar, manda que se aparejen; y como aquellos que otro no desseavan, en muy breve espacio a la gran sala vinieron armados muy estremadamente y de aquellas armas y devisa que a cada uno agradava; donde hallaron a la Emperatriz y a la princesa que [f. 28vb] aquel día, por ruego de la infanta Roselinda, se avían muy ricamente adereçado.

Pues como el Emperador los viesse a todos estar a punto y con tanto desseo de cumplir el *que* manifestavan, al gran Paráyso de Amor guían todos juntos, assí como estaban. Donde en llegando, la entonada y dulce armonía que otras vezes solían oýr, empeçó dende las encumbradas torres a sonar con tanta melodía que no parecía sino que ángeles lo exercitavan, donde todos pensavan, con ver alguna diferencia* en este son, que la aventura sería aquel día acabada; el qual cessando, todos aquellos valientes cavalleros, con valerosos ánimo para dar prueba de su virtud en la presente aventura, se aparejan. Y el primero que a la prueba salió, fue el príncipe Reduardo, hijo del Emperador, el qual servía y era amado de la infanta Melisandra, hermana del rey Leopardo de Sericania, que en la segunda parte de esta hystoria avéys oýdo¹², los quales se querían en todo extremo. Este valiente príncipe venía armado de unas fuertes armas moradas y muy riquíssimas,

sembradas todas de unos ángeles dorados muy subtiles y entre cada dos formas de ángeles yva figurada aquella hermosa infanta Melisandra y en su fuerte escudo, ni más ni menos con una letra que dezía:

Aqueste hermoso viso
que el mundo no meresció,
es justo que ponga yo
en la cumbre del Paráyso.

De la qual letra y devisa, hizo a todos muy maravillados y a su señora muy plazentera; y encomendándose a Nuestro Señor de todo corazón¹⁶⁵, con muy valiente ánimo y presurosos passos, al gran padrón que diximos, guía y tomando la corneta que allí estava, la toca muy fuertemente, al sonido de la qual, luego la ymagen del rey [f. 29ra^{k2}] don Rugiero, por aver el príncipe guiado allá, se pone a punto de le defender la entrada, el qual, llegándose al príncipe, se empieçan de herir de muy bravos y pesados golpes y tan a menudo que de la lumbre que de ellos salía, con la reberberación que el christalino muro en sus armas hazía, impedía de muchas vezes [ser] vistos¹⁶⁶. Allí la figura de aquel valentíssimo don Rugiero¹⁶⁷ mostrava con sus obras lo que en su vero trasunto avía, efectuando con su fingida apariencia, para gloria de su antecessor, la voluntad que aquel excelente sabio Atalante en vida le tuvo. Assí que el príncipe Reduardo empeçava a dudar, viendo que passava de una grande hora que se començó el desengaño que a su engañado pensamiento la fingida forma le dava, el qual, viéndose delante su padre, parientes y más de su señora, la infanta, proponía en sí de rato en rato todo aquel esfuerço* y valentía que en él consistía. Donde viendo que no podía hazer ventaja a su contrario, le arrojó un grande y desapiadado golpe, con el qual pensó de fenecer la batalla, mas no fue assí, porque rescibiéndole en el escudo, la ymagen le tiró un tan terrible golpe que, alcançándole por el un lado del yelmo en soslayo, hiriéndole ya quanto, sin ningún sentido le haze venir al suelo tan desacordado que sin sentir cosa alguna fue sacado arrastrando hasta esta¹⁶⁸ otra parte del padrón, fuera de la calçada, sin que fuessen vistos quién eran los que le sacavan, de lo qual pesó mucho al Emperador y a su señora Melisandra.

Donde quiero que sepáys que, siendo de esta otra parte del padrón, se halló en todo su libre juycio y sano de la herida que pensavan que la imagen le avía dado; y levantándose con mucha vergüença, se vino donde el Emperador estava, con mucho plazer de le venir

¹⁶⁵ corazón Mu, Y: caraçón BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁶⁶ vezes [ser] vistos nos: vezes vistos BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹⁶⁷ Rugiero Mu, Y: Ruguiero BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁶⁸ esta nos: esto BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

sano y libre. En este término, todos aquellos cavalleros que les plazía y más delanteros se hallavan, yvan a se combatir con la valiente figura.

E quiero que sepáys que en menos de dos horas que se avían combatido, fueron lançados fuera [f. 29rb] del padrón diez cavalleros vencidos, entre los quales fue un valiente mancebo, hijo del duque de Antilla, llamado don Riarán de Falco y otro primo suyo, hijo del duque de Alafonte, llamado Libanor el Liger. Estos eran muy valientes cavalleros y mancebos, naturales de Trapisonda, *que* al presente en la corte estavan por se provar en esta aventura, do fueron vencidos juntamente con el valiente Constantino, que era primo del príncipe Reduardo, hijo de una tía suya, hermana de su madre; éste era príncipe de Rodas. Estos cavalleros que oýs, fueron vencidos de aquella figura del rey don Rugiero, de lo qual el Emperador y la Emperatriz y todos estavan admirados de ver cosa de tanta estrañeza, donde considerando aquel valiente Bisobel de Orlán la fortaleza que en una ymagen sin vitales espíritus avía, con valentíssimo ánimo allá guía, donde uvo una profiosa y reñida batalla, a cabo de la qual, después de se aver mantenido valentísimamente contra él más de dos horas, fue lançado como los otros fuera.

¿Qué os diré del príncipe Aleandro y del valiente Escardín de Risa, su compañero, sino que de coraje de¹⁶⁹ ver vencido su compañero como a los otros, querían deshazer?! Y adelantándose Escardín de Risa, contra el rey don Rugiero guía, el qual yva armado este día de unas armas verdes sembradas de unos veros colorados, muy por orden, y en su escudo una ymagen de donzella, según que era la de la infanta Argiana de Grecia, su señora, con una letra por orla que decía: “Aunque el de la prueba es tal, el vuestro es immortal”.

De esta suerte que oýs, empeçó su batalla con el valiente rey, de tal suerte y con tanto ánimo que no parecía sino que veynte cavalleros lidiassen. Allí la ligereza del uno y del otro eran guarda de sus personas y sus crueles golpes, tormento, aunque la ymagen no lo sintiesse; allí el coraçón del valiente Escardín se manifestava con el valentíssimo y menudo golpear que a su contrario hazía, donde andando de la suerte que oýs y [f. 29va] viendo que no le podía vencer, pospuesto todo temor, dexando colgar la espada de la cadena, muy fuertemente se assen abraços, y viendo no poderse vencer, dende a gran pieça se sueltan, a cabo de la qual, no siendo parte el valiente Escardín, fue lançado fuera como los otros.

¹⁶⁹ de Mu, Y: de de BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

Y el valiente Aleandro, por le vengar, con valentíssimo ánimo, empezó de herir al rey don Rugiero de tan fortísimos golpes, que bien dava más señal de su excelente persona y del desseo de mostrar su valentía ante su señora y ante tanto príncipe y valientes cavalleros, como allí estavan. Allí viérades la más estraña batalla y de más admiración que jamás entre dos cavalleros se avía visto, donde como el buen Aleandro anduviesse con tanto ánimo y aviso por sobrepujar a su contrario, entrando con él, le hiere tan desapoderadamente* de un golpe sobre la cabeça, que si cosa humana fuera, no lo pudiera en ninguna suerte bastar, mas antes que de sus manos saliesse, el rey don Rugiero le hiere en un hombro de una tan fuerte cuchillada que no parecía sino que todos los huessos le oviesse desmenuzados; por lo qual, encendido todo en furibunda saña, sin ningún temor con la figura del rey se abraça y, como aquel que de valentísimas fuerças¹⁷⁰ fuesse, tan fuertemente¹⁷¹ le aprieta¹⁷², que a una vanda* ni a otra le dexava menear. Donde andando en esta lucha por buen rato, se llegan forcejando el uno con el otro tan junto con la puerta de Febo que una mano, que de ella pareció salir, del príncipe de Ungria ase, oyendo una boz que dixo:

– Por tu alta ygualdad te será concedida alguna parte de gloria.

Lo qual aún no uvo bien acabado, quando el hermoso Aleandro fue metido por aquella gran puerta de Febo y la ymagen puesta adonde solía, esperando batalla, la qual, porque aquel día era tarde¹⁷³, no uvo más por mandado del Emperador, estando maravillado del estraño caso¹⁷⁴ que al príncipe Aleandro avía acontecido y muy alegre él y todos sus amigos por la valentía y ygualdad de armas que con la [f. 29vb] figura de aquel valentísimo rey avía hecho.

No estava en este punto la infanta Roselinda menos alegre por la buena andança de su querido, al qual esperaron –porque ya era tarde– que saliesse, hasta que fue gran parte de la noche y, viendo¹⁷⁵ que no avía de ello memoria, le aguardan, con mucho desseo de saber qué sería d'él, hasta la mañana; mandó el Emperador que tragesen a aquella gran sala aparejo en que pudiessen passar de noche atendiéndole, del qual os diremos lo que sucedió.

¹⁷⁰ fuerças Mu, Y: fuergas BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁷¹ fuertemente Mu, Y: fuertementa BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁷² aprieta Mu, Y: apriete BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁷³ tarde no uvo Mu, Y: tarde de no uvo BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁷⁴ caso Mu, Y: casa BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁷⁵ viendo Mu, Y: viendio BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

CAP. XVI¹⁷⁶. De lo que al valiente príncipe Aleandro sucedió después que en el Parayso de Amor fue metido.

Ni las oscuras tinieblas de la noche, que al tiempo que el valeroso príncipe Aleandro en el Parayso de Amor fue metido por el alto merecimiento de la ygualdad que a la valiente¹⁷⁷ figura del rey don Rugiero avía hecho, eran parte para que con el demasiado claror de las diamantinas piedras *que* en las paredes de las torres de *aquel* supremo edificio estuviessen fixadas, juntamente con la real magestad de las preciosas esmeraldas y çafires, jacintos¹⁷⁸ y topacios y otras infinitas piedras y perlas de gran valor, con la estraña luz que de sí lançavan, no le fuesse patente al excelente úngaro las estrañezas de *aquel* superbo edificio. Donde entrando para *aquella* riquíssima puerta, le fueron representadas tantas diferencias* de cosas, qual él jamás pensó ver, porque a una parte de la entrada vido una huerta tan estraña y de tanta diversidad de árboles¹⁷⁹ y frutas y fuentes y animales, que era cosa estraña de mirar; la qual toda estaua cercada de una subtil y bien obrada rexa de plata, por la qual muy bien podían gozar con la vista de las dulces apariencias¹⁸⁰ que dentro se manifestavan, en la qual estava una tabla de oro con unas letras negras que assí dezían:

“Quando el extremo de los dos extremos fueren, con ventaja de las fortissimas guardas, aquí ayuntados, aviendo medio de sus cuytas, y la entrada [f. 30ra] del deleytoso jardín le será concedida, porque en esta morada, según las obras y merecimientos gozan de la gloria”.

Pues como el excelente Aleandro oviesse leydo estas letras, sin poder colegir ninguna cosa de ellas, de allí mueve azia una rica y grande sala, donde entrando, le fue representado *aquel* grande y gentilico dios Júpiter, que antiguamente le fabulavan por dios de los dioses. Él estava assentado en un encumbrado teatro, encima del qual estaua una muy rica silla, que por diez gradas a ella subían; este ydolo tenía una espada en la mano de tan riquíssima apariencia y valor, qual otra jamás oviesse visto, y en la otra mano una guirnalda de unas rosas de oro, tan estrañas que naturales parecían. Lo qual todo estava mirando con grande admiración de la estraña riqueza con que todo estava obrado, donde al pie de la una grada leyó este epitafio: “Quando la junta sea hecha de los dos que a los dos

¹⁷⁶ CAP. XV BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹⁷⁷ valiente Mu, Y: valente BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁷⁸ jacintos Mu, Y: jabintos BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁷⁹ árboles Mu, Y: árbolas BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁸⁰ apariencias Mu, Y: apariencia BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

vencerán, rescebirán por principal señal de vencimiento estas dos joyas, con las cuales han de ser cobrados, siendo ellas perdidas, los que ocultos estuvieren”. En este comedio¹⁸¹, el valiente Aleandro que esto estava mirando, vido entrar por una puerta un antiguo y gran cavallero y una grande jayana; traía el cavallero unos vestidos tan mal ordenados quanto bien para bien entender lo que figurava, porque era el Mundo, el qual traía vestida una conjernea* de brocado verde, muy antigua y rota, y en medio de los pechos una forma de la rueda de la Fortuna, bordada en la ropa muy subtilmente, con una letra que dezía: “Mientras aquesta color dura, mi obra haze otro effecto y un deffecto en natura a que todo lo sujeto con concertallo ventura”. La donzella jayana mostrava en sí ser la Discordia, amiga y compañera d’él, que consigo traía una gran bolsa de moneda y una linda muger consigo, denotando con una letra que dezía: “Su vana opinión, el uno y otro cuydado acrecientan en mi estado”.

Y llegando delante del¹⁸² [f. 30rb] gran dios Júpiter, haziendo un muy honrado acatamiento, el uno y el otro empieçan, con sumptuosas palabras, a pedir licencia para que el effecto de sus voluntades viniesse en obra, relatando aquella jayana estas palabras:

– Divino y ensalçado señor y piadosissimo dios de todos los dioses, suplico a Vuestra Grandeza que, para que yo quede de nuevo adeudada en la antigua deuda de vuestro servicio, con vuestra piadosa licencia déys facultad para *que* yo, como señora por vos diputada, éste que presente conmigo parece, yo pueda mudalle, según la razón de Vuestra Grandeza en mí comutada.

A lo qual el viejo cansado y floxo en todo cuydado de su provecho, con una ronca y flaca boz, respondió:

– Soberano señor, yo como hechura de tus manos, en ellas me pongo, para que de mí mandes hazer aquello que la razón de tu grandeza a todo lo criado nos manda.

En esto, la forma de aquel falso dios de esta suerte les respondió:

– Porque es justo que se comunique con el devido rigor del castigo la soberana clemencia mía, os doy licencia a vos Discordia, que para que a mí por vos se me pague lo que se me deve, todo mi menor obedezca a vuestra voluntad, para cumplimiento de la mía.

Las quales palabras aún no eran bien acabadas, quando el príncipe Aleandro vido entrar por *aquella* puerta, por donde *aquellos* dos avían entrado, todos aquellos ydolos o forma de ellos, *que* aquel excelente infante don Roserín del palacio encartado sacó, y delante de todos empieçan a seguir *aquella* jayana y *aquel* anciano y antiquíssimo viejo.

¹⁸¹ comedio, el valiente *nos*: comedio que el valiente BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁸² del Mu, Y: de BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

Los primeros eran *aquel gran dios de las batallas*,¹⁸³ Mars, *junto con él* venía el dios Vulcano, señor y forjador de las fortísimas armas; tras estos, venía el dios Neptuno y Éolo, señores de vientos y aguas; luego el intérprete de los dioses¹⁸⁴, Mercurio, y Plutón, señor del infierno: todos los quales, después de aver hecho su debido acatamiento al dios Júpiter, abriéndose un costado de aquella gran sala, a unos espaciosos y estendidos campos salen, [f. 30va] donde en un punto le fueron representadas al príncipe Aleandro dos compañías de innumerables gentes de guerra, juntamente con una potentísima armada que en el mar parecía adornada de infinitísimas naos, cuyos navales castillos parecían ser poblados de innumerables guerreros. En este punto, aquel bullicioso Mars viniéndose azia donde el príncipe Aleandro estava, le pone una fuerte lança en la mano diziéndole:

– Muy valeroso cavallero, toma esta lança, con cuya forma en el tiempo que por verdad passe todo aquello que aquí fingido se os figura, os hará muy bien menester, como aquel que ha de ser uno de los más principales de aquesta unión.

Y assí, sin le responder palabra, juntos mueven, llevándole el dios Mars por la mano, y todos los otros dioses en medio; y en saliendo de aquella gran sala a aquellos espaciosos campos, en unos poderosísimos cavallos suben y el valiente príncipe de Ungría con ellos, por ver que assí le cumplía por el mandamiento de aquel dios que allí le truxo.

En este punto, aquellas gentes que le parecía a él conocerlos, fueron metidas por sus valientes capitanes en sus regladas batallas, donde se oían infinitos sonos de los instrumentos de guerra que allí se sonavan; allí las luzidas armas, alindadas con la reberveración del resplandeciente sol, impedían a que los militares guerreros fuessen bien vistos. Donde como al passo de sus grandes cavallos, los unos a los otros viniessen, hecha primero la seña que en tal caso cumplía por sus capitanes, yendo aquel valeroso príncipe Aleandro por compañero del gran dios de las batallas, los unos *contra* los otros en todo riesgo rompen, adonde se oyeron infinitos alaridos de los *que* formalmente parecían ser allí derribados y mortalmente heridos. Allí se vieran infinitos cavallos sin señores; allí aquel potentísimo Mars, rompiendo las concertadas hazes de sus contrarios, y junto con el príncipe de Ungría sobre ellos torna; allí el *gran* [f. 30vb] dios Baco con su epulona* forma¹⁸⁵, en su favor se mostrava; allí *aquella* cruel jayana Discordia, con su anciano compañero, assí en enemigos y amigos, ella con una tajante hoz, al que a derecho alcan-

¹⁸³ batallas Mu, Y: bataillas BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁸⁴ dioses Mu, Y: diosos BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁸⁵ forma Mu, Y: formas BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

çava, por doquiera *que* le cogía, sin le prestar nada armadura, por medio le cortava, donde en cayendo, su cruel *compañero* con encarniçados dientes comía. Allí, aquel gran Plutón, señor de las Stigias moradas, con los espíritus y ánimas que de los muertos salían, su hambriento estómago henchía; allí, *aquel* mensagero Mercurio de una parte a otra muy reziamente corría, mostrándose ser parcial de unos y de otros. En este punto, el gran dios Neptuno, aviendo entrado en las fuertes naves una grande armada *que* contra otra venía, con muy gran desbarato *rompe*; la grito era tanta y la bozería de unos y de otros tal, *que* ni se oían ni se entendían. Allí los grandes arroyos de sangre de las batallas que allí eran celebradas, como fino rosicler* en los verdes prados y marítimas aguas, se representavan. En este punto, el dios Éolo, señor de los vientos, con una horrible presteza los suelta, los quales con furibundo ruydo las potentísimas armadas, en un punto todas las desbaratan, donde ellas y las dos crueles batallas, que en la tierra parecían, desaparecieron, quedando el muy valiente príncipe de Ungría, Aleandro, harto cansado y muy maravillado de lo que avía visto. Y mirando por sí, se halló dentro en una gran sala que de muy ricos razimos de oro tenía cubierto el pavimento y por las paredes esculpidas muy sutilmente, muchas historias y batallas muy antiguas.

En esta gran sala, vido este valerossísimo Aleandro, príncipe de Ungría, a todos aquellos dioses que en la batalla avían entrado –como ya avéys oýdo– figurados en forma de ídolos y sentados por su orden en unas ricas sillas de oro y, queriendo salir el príncipe Aleandro de aquella morada por yr donde avía dexado al Emperador y a sus compañeros, en saliendo al gran palacio, [f. 31ra] donde la grande y deleytosa huerta se hazía, vido que venían hazia él dos donzellas hermosas, muy ricamente ataviadas, y saludándole cortesmente, la una le dize:

– Excelentísimo príncipe, el sabio Atalante, mi señor, a Vuestra Grandeza suplica *que* le perdonéys al presente porque no os ha mostrado los grandes secretos deste gran Paraíso, porque aún no es venido el tiempo quando se han de manifestar, y os ruega que no se os olvide lo que aquí avéys visto, aunque ha sido menos de los más que aquí ay, para que en su tiempo deys fe dello y él salga verdadero.

– Hermosa señora –dixo el príncipe–, diréys al sabio Atalante, mi caro amigo, que el desseo de le conoscer y servir junto con la honra que en me aver manifestado a mí, el primero, parte de sus grandes maravillas, me haze dessear conoscer y hablar una persona que tanto estimo, al qual suplicad de mi parte *que* tenga esta pobre persona por suya.

– Él lo hará –dixeron las donzellas– quando más Vuestra Grandeza con su vista sea servido.

Las quales desapareciéndole de los ojos, no las vido más, antes se halló fuera de aquella grande y estraña morada, donde vido al Emperador y a sus altos hombres, *que con gran desseo le estaban atendiendo*, donde fue dellos rescibido con mucho amor y preguntado *qué era lo que en aquel gran Paraíso avía visto*, contó todo lo que dentro avía passado, de lo qual se hallaron muy espantados* y más de oír que en su tiempo avían de passar aquellas grandes batallas que unas gentes *con otras en forma de amigos christianos*, que él no avía conosciado, hazían. Donde después de aver dado cuenta de todo, se fueron con muy grande alegría a los palacios, donde estuvieron algunos días con mucho plazer, hasta que viendo el valiente Aleandro que el verano se acercava y quán holgados allí bivían él y sus dos amigos, Escardín de Risa y Bisobel de Orlán, con licencia de sus señoras¹⁸⁶ y del Emperador de Constantinopla, que en demanda¹⁸⁷ de sus aventuras salieron y, [f. 31rb] metiéndose en una nave que la vía de Alemaña¹⁸⁸ llevaba, se parten y dende a pocos días se partieron también otros muchos, viendo que la honra y prez de las armas no se devía de ganar holgando en las cortes, entre los quales fueron don Rifarán de Falco, hijo del duque de Antila y su primo, Libanor el Ligerero, y el valiente Constantino, sobrino del Emperador, de todos los quales hará después la hystoria mención.

CAP. XVII¹⁸⁹. En el¹⁹⁰ qual se dize cómo la princesa Florimena parió un hijo y lo que a la donzella Arminda le aconteció llevándole a criar.

Ni aquel temido tiempo que a la excelente princesa Florimena tan temerosa tenía, podía dexar de con toda presteza llegarse a la sazón que con la que de su preñez sentía, no declarasse lo que tanto a la sazón de su grandeza¹⁹¹ era devida, de con toda solicitud aguardar y encubrir convenía, la qual aunque a los generosos coraçones más en principal avía de pagar el tributo que a su generosidad y mayor valor es devido, para más adeudar en la razón de más conosciimiento y valerosíssimo ánimo, para más en lo más hazer el poco remedio que para encubrir la causa de tal sospecha tenía, no le dava lugar a ella ni a la infanta Roselinda y a la donzella Arminda, *que el secreto sabía*, a que remedio alguno hallassen en tal aflicción, salvo uno que entre todas tres se pensó y fue *que la princesa*, por estar tan al punto de parir, se hiziesse mala y *que la infanta Roselinda suplicasse a la*

¹⁸⁶ señoras Mu, Y: señorra BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁸⁷ demanda Mu, Y: emianda BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁸⁸ una nave que la vía *non legitur in M2 scissurae causa*.

¹⁸⁹ CAP. XVI BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹⁹⁰ el Mu, Y: lo BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Tablas.

¹⁹¹ grandeza Mu, Y: gradeza BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

Emperatriz *que* a ella y a las infantas Coronea y Argiana y Melisandra, con sendas donzellas, diesse licencia para se yr a holgar a unas casas de plazer *que* la Emperatriz tenía dos leguas de la ciudad, muy hermosas y de *gran passatiempo*, que se llamava la Casa del Deleyte y que, si la Emperatriz lo aceptava, que allí podrían ellas bien y sin tanto intervalo encubrir [f. 31va] su hecho, lo qual como lo pensaron lo pusieron por obra, que luego la princesa Florimena, acostándose en su lecho, se finge estar mal dispuesta, por lo qual, como fuesse amada del padre y madre en aquel grado que a sus grandezas mandava, en entrando el Emperador y la Emperatriz le preguntan qué tal se siente. Ella respondió *que* mal dispuesta estava, mas que no tanto *que* le estorvasse de algún deleyte que con la venida del verano su angustioso mal le *combidava*¹⁹² a tomar; a lo qual la infanta Roselinda, antes que más replicassen, con mucha dissimulación y gracia –que tal la tenía ella– le dize:

– Si en no más de que Vuestra Grandeza reciba algún deleyte con la salida a ver el campo con la salud, yo dende aquí como una persona que en todo extremo la desseo, suplicaré a Sus Magestades que lo consientan y que juntamente con Vuestra Grandeza lleven a estas señoras y a mí a la Casa del Deleyte que Su Magestad tiene, donde no solamente Vuestra Excelencia cobrará, plaziendo a Dios, salud, mas también nosotras saldremos deste captiverio que aquí parece que tenemos, que malaya la fortuna que tantos días há que desseo holgarme y ver esta Casa y no me ha querido traer a términos *que* mi desseo fuesse cumplido.

Dezía esta preciada infanta esto con tanta gracia que a todos hazía reír con solo mirarla y, como al Emperador y a la Emperatriz cayesse *en* gracia y pareciesse ser parte para la salud de la princesa, su hija, se lo otorgaron de muy buena voluntad y mandan a muchos cavalleros que acompañen a su hija y a las otras señoras que con ella avían de yr a la Casa del Deleyte, donde *con* mucho plazer de todas, ellas se aparejan, juntamente con el príncipe¹⁹³ Reduardo, que avía de yr en la compañía de su hermana y de las otras señoras; y en viniendo la mañana, se adereçan todas muy ricamente y, cavalgando en muy hermosos palafrenes y ellos en muy buenos cavallos, la vía de la Casa guían, *que* era dos leguas de la ciudad, [f. 31vb] en una ribera de un grande y caudaloso río, que cerca della en la mar entrava, cuyas frondosas riberas eran adornadas de muy deleytosas y grandes arboledas y otros grandes edificios, que por ser el lugar tan apto para *passatiempo* en él estaban edificados. Donde llegando, el príncipe *don* Reduardo con su compañía fueron

¹⁹² *combidava* Mu, Y: *cobidava* BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¹⁹³ príncipe Mu, Y: *prncipe* BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

aposentados en aquellos grandes y ricos palacios que en aquella gran Casa avía, donde le vino bien a la princesa Florimena que el príncipe Reduardo mandó bolver a Constantinopla a todos los cavalleros que le avían acompañado y quedó solo con aquellos criados que de su casa y servicio solía tener. Y la ocasión porque lo hizo fue que, como avéys oýdo, él estava enamorado de la infanta Melisandra y por poder gozar a su sabor de sus amores, mandó *que* todos los cavalleros le dexassen solo y como aquel que tenía la memoria ofuscada en la dulçura de sus amores, no tenía otro cuydado sino por aquella linda ribera y por aquellos hermosos jardines festejarse con aquellas señoras *que* assimismo recebían muy crecido deleyte, y quando se desocupava de todas ellas, tomando a la infanta Melisandra por la mano, le contava todas sus cuytas, a la qual hallava muy contraria de su voluntad si no se casava con ella, lo qual después os contaremos cómo passó.¹²

Agora avéys de saber *que* en esta viciosa vida estavan estas señoras, donde a cabo de quatro días que a la Casa del Deleyte vinieron, la princesa se acostó en su lecho fingiendo todavía su mal, de lo qual a todas mucho pesava y más a la infanta Roselinda y a la donzella Arminda, temiendo cómo este hecho pudiesse ser encubierto, do les vino bien *que* estando una noche muy acuytadas ellas tres solas por la gran fatiga *que* la princesa sentía en la hora de su parto, *que* no sabían *qué* hazer, y assí estando en aquella congoxa, parió la princesa un hijo tan estremado en todas las pueriles faciones quanto después en los otros de su tiempo se aventaja, aviendo nacido con harto afán [f. 32ra]^{m2} de la madre, la qual después de le aver la donzella Arminda puesto en orden, le tomó en los braços y con infinitas lágrimas, besándole en su boca por no ser sentidas, se le tornan a dar a la donzella, y mirándole con más atención que antes, le vido una maravillosa señal en el hombro derecho, que por aviso de la donzella le avían tornado a desembolver para le baptizar, lo qual fue hecho por ellas como mejor supieron y le pusieron por nombre –por mandamiento de la madre y por amor del padre– don Roselao de Grecia; la qual señal era que dende el hombro derecho, atravessándole la espalda hasta el costado yzquierdo, le yva una forma de un lunar *que* dentro d'él unas letras inlegibles contenía a manera de un gran rétulo, las quales no pudieron ni supieron leer por mucho tiempo –como después oyréysⁿ²–, y assí mandando a la donzella Arminda *que* con toda brevedad lo pusiesse en cobro, la qual como ya estava avisada de lo que avía de hazer, fingiendo esse día antes partirse a la ciudad a ciertas cosas del servicio de su señora, la princesa, a la medianoche se parte, tomando el niño en los braços, por una puerta que de la huerta al río salía, y entrando en una barca para passar el río y yrse a un lugar cercano, donde ella ya tenía concertada una

ama que el niño criasse, diciendo que era suyo, y empeçando como mejor pudo a remar, le aconteció lo que agora oyréys.

CAP. XVIII¹⁹⁴. En el qual se prosigue la intención del passado, declarando quién era el sabio y dónde llevó al infante don Roselao, quitándosele a la donzella Arminda.

Querer con mi frágil memoria y flaco sentido ponderar en parte algo de lo mucho que ay que dezir del nascimiento¹⁹⁵ y criança* y costumbres deste excelentíssimo príncipe, don Roselao de Grecia, hijo del invencible don Roserín y de la excelentíssima [f. 32rb] princesa Florimena, sería dar comienço en una obra que jamás puede ser acabada, según que fueron sus obras de gran excelencia y maravillosísimas maravillas. Para principio de las quales, avéys de saber que yendo aquella donzella Arminda a la hora que ya se os dixo, que el príncipe avía sacado de poder de su madre, que sería más de medianoche, por unos grandes sotos que en la ribera de aquel río se hazian, en mitad del camino se le para una forma de un hombre anciano que le dixo:

– Donzella, cumple que essa criatura que lleváys, vaya conmigo en parte donde será mejor tratada que no donde vos pensáys.

A lo qual la turbada Arminda respondió con harto miedo que su demanda a tal hora y de tal cosa le ponía y dixo:

– Señor horrado, yo os suplico que seáys servido de me dexar seguir mi camino, pues tan poco remedio para alguna necessidad que tengáys con este niño podéys aver.

– Agora –dixo el viejo– esto cumple que se haga para lo que yo traygo pensado.

Y así, sin que ella fuesse parte para se lo resistir, el niño de los braços le toma y en aquel camino la dexa, lamentando su desventura y el dolor que la princesa avía de sentir quando tan gran desdicha supiesse, mas a cabo de grandes lamentaciones, ella acordó de bolverse a la Casa del Deleyte y no dezir a la princesa ninguna cosa más de que le dexava a buen recaudo, a do las dexaremos por os contar quién era éste que al príncipe Roselao llevó.

Bien ternéys en memoria lo que se os dixo de la emperatriz Ysifilea de Tartaria, aquella que avía prometido su persona y imperio en casamiento a qualquiera que la cabeça de don Roldán le truxesse y de una carta que el gran Sarrazeno, criado suyo, le escribió y cómo le prometió de le aver en su poder este niño, el qual con su saber tuvo tanta

¹⁹⁴ CAP. XVII BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹⁹⁵ nascimiento Mu, Y: nacimiento BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

vigilancia que, aguardando al tiempo que la donzella Arminda a criar le llevaba, se le tomó como oýdo avéys, y sin le llevar a que la emperatriz Ysifilea le viesse, en una [f. 32va] fortaleza que él en aquella su ysla tenía, le pone, teniendo tanta vigilancia en la criança* del niño quanto requería tenerse con persona que avía de dar vengança a su señora, a la qual, después de algunos días *que* en el Castillo Venturoso le tuvo, se lo dixo y ella, la más alegre muger del mundo, le ruega que se le muestre y él le dixo:

– Soberana señora, suplico a la Vuestra Grandeza que por el presente no tengáys esse desseo, porque cumple a la vida del donzel *que* dentro de dos años nadie le vea, mas yo os prometo que yo os le amuestre quando más holguéys con su vista.

Por lo qual, la hermosa señora, oyendo lo que aquel sabio le dezía, tuvo paciencia y él para su ysla se buelve y porque es bien que sepáys la morada deste grande Sarraceno se os dirá aquí algo della, aunque no todo.

Avéys de saber que este sabio tenía en possession una pequeña ysla que en el mar de Persia caýa y por parte de infinitas maravillas *que* en ella se veýan, se llamava el Castillo Venturoso. Esta ysla era pequeña de sitio y muy plana, tanto que, después de passados algunos días que el príncipe don Roselao en ella se crió y salió della llamándose el Cavallero Venturoso, se sumergió debaxo del agua, la qual era toda muy bien poblada de grandes y frondosas arboledas, que la ribera de un grande arroyo que del castillo de una fuente salía con gran hermosura adornada, aviendo en ella tanta diversidad de huertas y jardines y deleytosas moradas de casinas, que los moradores della tenían, que era una cosa estraña. Ella tenía en largo y ancho no más que seys leguas de tierra, la más deleytosa y agradable que en todo el mundo avía; en ella, so el vasallaje¹⁹⁶ y mando del gran Sarraceno estaban, aunque pocos, una generación de pérsicos que allí avía consentido hazer unas casinas, los más belicosos y valientes que en toda Persia avía, entre los quales avía algunos jayanes y valien[tes] [f. 32vb] cavalleros, que por industria del sabio allí bivían para que con su valentía, quando necessidad oviesse y él de su saber no quisiesse usar, supliessen la falta de sus fuerças. Pusiéronle los navegantes a esta ysla por nombre la Ysla de la Ventura, porque jamás en ella nadie llegó que no hallasse en ella grandes maravillas, según *que* después vos veréys, donde más larga relación se os hará de la criança* que el sabio en el príncipe¹⁹⁷ don Roselao hazía, el qual tenía tanto plazer en tener consigo un tan alto príncipe qual nunca jamás le tuvo, aunque le salió al revés de lo que él pensava la criança* *que* en él hizo, para hazer más acabado en ventura al que en el Castillo Venturoso fue

¹⁹⁶ vasallaje *nos*: vasalaje BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹⁹⁷ príncipe Mu, Y: píncipe BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

criado y para que el sabio ayo suyo participe del bien de que él era possessor, a do lo dexaremos por os contar lo que en este tiempo avino.

CAP. XIX¹⁹⁸. De cómo la nao de don Reynaldos y sus compañeros aportaron* a la ysla de Epiro en la qual fueron malamente heridos y presos.

Con la veloz carrera que la prosperidad del favorable tiempo, las naos del valiente rey Escardaso y reyna Marfisa y de don Renaldos de Montanván ayudadas eran, al reyno de Risa sin ningún contraste* llegaron, en el qual fueron recibidos de los suyos con mucho plazer, sabiendo el buen sucedimiento que en la libertad de su señora, la infanta Roselinda, avían avido, por lo qual todos sus vassallos hizieron grandes fiestas, a todas las quales, por amor de sus caros amigos, el rey Escardaso y reyna Marfisa, don Renaldos y sus compañeros estuvieron holgándose muchos días; por la tardança de los quales el emperador Carlos determinó de los embiar a buscar, desseando saber nuevas [f. 33ra]⁰² ciertas dellos; donde salieron en su demanda el esforçado y animoso conde don Roldán con el duque don Estolfo y el conde Galalón, como ya se os ha dicho, y de cómo se toparon con el sabio Malgesi y con los dos hermanos del bueno cavallero don Renaldos de Montalván¹⁹⁹, Ricardo y Ricardeto, que con Malgesi venían; a los quales, por una carta que del sabio Atalante Malgesi avía recebido, con mucho cuydado juntava, y a cabo de algunos días, en una gran nao que el sabio Atalante a Malgesi avía embiado, en el puerto de Aguas Muertas se meten; los que en ella entraron eran estos: el conde don Roldán y el duque don Estolfo y el conde Galalón y Malgesi y Ricardo de Ayamonte y Ricardeto. Donde la nao de la vela dorada, que tal era una que por proa llevaba, la qual con toda velocidad que el gran saber del sabio Atalante mandava, empeçó a navegar por la mar adelante do los dexaremos hasta su tiempo por contaros lo que a don Renaldos de Montalván y a sus compañeros avino después que del reyno de Risa se partieron, dexando mucha soledad en el rey y reyna y vasallos d'él.

Para declaración de lo qual, avéys de saber que en aquel gran reyno de Siricania, cuyo señor fue el rey Leopardo, hermano de la infanta Melisandra, que el conde don Roldán truxo a la ciudad de Constantinopla, según que en la segunda parte desta grande hystoria avéys oýdo^{p2}, alçaron por rey a un valiente y esforçado pagano llamado Nembrot Almançor, hijo del otro Nembrot Almançor de Tolometa que sobre París murió. Este

¹⁹⁸ CAP. XVIII BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

¹⁹⁹ Montalván nos: Montalval BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

Nembrot fue el más valiente moro que jamás en aquel reyno se halló, el qual como se viesse señor de aquel gran reyno y señorío de Siricania, desseando vengar la injuria y muerte de su antecessor, se determina de lo poner por obra de la suerte que aquí [f. 33rb] oyréys. Que como él supiesse quán poderosíssimamente los cavalleros christianos se avían avido con todos los moros que a los contrastar* avían passado, hizo llamar un valiente pagano, que era rey de toda Albania, llamado el soberbio Orofanto, hijo del rey Liombordo que sobre París murió, y a otros dos hermanos jayanes de la ínsula Forvace, los más valientes y diestros que jamás uvo. Estos dos tenían tal hado que una gran sabidora, madre suya, sobre ellos avía hecho, y era que no podían morir sino a manos de un solo cavallero que en ygualdad de valentía él solo a los dos sobrepujasse y que mientras más cavalleros a ellos viniessen, menos daño ni trabajo sintiessen y más fuerças cobrassen y si por aventura querían ser encubiertos, con ciertas palabras que la sabia les amostró antes que muriesse, se encubrían de todos quantos los siguiessen, que jamás eran vistos hasta tanto que ellos querían. El mayor se llamava Artadelfo y el menor Galtezino el Mesurado, el qual lo era assí, que avéys de saber que fuera de sus hados y valentía, tuvieron ventaja a todos los jayanes de su tiempo en estas dos cosas, que el jayán Artadelfo en discreción y saber tuvo por todo extremo, estremada gracia y Galtezino, en criança* y buen comedimiento. Pues ved si eran estos para que aquel sagaz Nembrot Almançor y rey de Siricania los escogiesse y incitasse para la vengança de su antecessor, juntamente con dessear cobrar la infanta Melisandra, que él amó más que a sí mismo en tiempo del rey Leopardo, su hermano.

Pues como este señor tuviesse en su gran ciudad de Siricania a estos tres cavalleros, después de les aver hecho infinitas fiestas y plazerés, a todos tres juntos en una de sus ricas salas en mucho secreto los habla y les dixo desta manera:

– Excelentíssimos príncipes y valerosos cavalle|ros⁹² [f. 33va], los soberanos dioses que la naturaleza de los hombres formaron para que con diferencia* de excelentes ánimos, los pronosticados hados de los mayores a los menores hiziessen ventaja y obedeciessen a la razón de su grandeza, la mucha razón de la vuestra y la venturosa osadía de que vuestros generosos coraçones son adornados, me han commovido para que, tomando la vengança de nuestros enemigos, redunde en honor y acrecentamiento de nuestras honras y famas, primeramente, pagándonos de lo que se nos deve en la sinrazón de ser ofendidos*. Pues como digo, ha sido esto parte para que, pues nosotros lo somos en la offensa a nosotros hecha, os pidiesse sabor y consejo en esto que ya os tengo dicho y antes de agora de mí tenéys sabido, porque estoy determinado de tomar vengança de aquestos christianos que offendidos nos tienen y recobrar en mi poder a nuestra excelente infanta Melisandra, mi

amada esposa, porque como sabéys, quando por señor fuy admitido, la primera promesa que hize fue de la cobrar y poner en su libertad; para lo qual, os ruego y pido me déys vuestro consejo, so cuyo buen parecer y ayuda, pienso que nuestros dioses nos darán lo que tanto desseamos.

Con todo devido comedimiento y criança*, qual entre tales señores cada uno por sí era obligado, el rey Orofanto²⁰⁰ al rey Nembrot desta suerte respondió:

– Excelentíssimo príncipe, la razón de Vuestra Grandeza y la magestad que en vuestro estado con vuestra persona a ella ponéys, a mí y a estos dos cavalleros que aquí están y a otros muchos, nos ha commovido que a serviros viniésemos, con presupuesto de estar por todo aquello que Vuestra Grandeza mandarnos quisiéredes.

– Gran merced a la vuestra –dixo el rey Nembrot–, que no esperava yo menos de unas personas tan señaladas [f. 33vb] quanto lo son las vuestras para mi voluntad y para la satisfacción de nuestra honra, viniesse en effecto.

El sabio jayán Artadelfo, con voluntad de su hermano, les dixo assí:

– Señores, mi parecer sería, pues que ya tenéys acordado como cavalleros y excelentes varones de buscar la emienda que se deve a las injurias de nuestros antepassados que el rey Nembrot, mi señor que presente está, con cient cavalleros quales él escogiere, que pienso que serán tales, en un navío se determinasse de yr en Francia y procurasse de se afrontar con aquellos cavalleros de quien dezís ser afrontados nuestros antepassados y sobre ello él y todos los que con él fueren, se determinen a perder las vidas como cavalleros y tomar la satisfacción que desseamos de nuestros enemigos. Y el rey Orofanto, con otros cient cavalleros de Tartaria, en otro navío procure hazer una escala en el señorío y isla de Cerdeña, donde me dizen que es una reyna y señora, que dizen ser hermana de don Renaldos de Montalván, que tanto daño se suena avernos hecho²⁰¹, y procure de la aver en su poder, con los más que de su reyno pueda; e yo y mi hermano solos yremos en la ciudad de Constantinopla, donde con ayuda de nuestros dioses, nos proferimos* de aver y recobrar a la infanta Melisandra y la traer a esta ciudad de Siricania, donde vuestra real persona sea servido y con ella ayuntado.

Al valiente Nembrot y al rey Orosanto les pareció muy bien lo que el jayante Artadelfo y Galtezino tenían acordado, para efecto de lo qual, la obra siguió a sus voluntades, que en esse mismo día mandaron al mar tres navíos, los mejores y más fuertes que en el puerto estaban y cada uno de los reyes con cient cavalleros a la mar se meten y los

²⁰⁰ Orofanto Mu, Y: Orofante BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

²⁰¹ hecho Mu, Y: hechos BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

dos jayanes, en otro navío, a la ventura de lo que tenían pensado, donde os daremos cuenta de lo que [f. 34ra]² al rey Nembrot de Siricania aconteció y por el semejante os diremos de los otros.

Para razón de lo qual, avéys de saber que metiéndose en aquel fuerte navío que para su viaje tenían aparejado, mandó que la vía de poniente siguiessen²⁰², y que si acaso en algún puerto d'España tocassen, que él fuesse avisado para que hiziessen escala. Pues fue assí que a cabo de veynte días que por la mar avían navegado, aviendo salido de los estrechos que entre la Grecia y Galizia el Mediterráneo mar haze y corrido todas las yslas de Creta y Rodas, un día bien de mañana, descubrieron la ínsula que de Epiro agora se llama y como el rey Nembrot viniesse fatigado de la mar, él mandó guiar su navío a tierra, donde en siendo llegado él con sus cavalleros sálense a solazar y tomar el refresco que avían menester, donde suscedió lo que oyréys.

Ya avéys oýdo como don Reynaldos y Aquilante y Grifón y el fuerte don Dudón se avían despedido del reyno de Risa y se avían buelto la vía de Francia; avéys de saber que esta provincia, que entonces ansí se nombrava, era la que agora nombramos Trapero, que es en los confines de Arabia. Pues como aquí estos valientes cavalleros, passando los dos estrechos que de Constantinopla para salir a las ínsulas de Chipre y Rodas se hazen, la ventura los avía guiado a aquella parte donde el rey Nembrot con su navío aportó*, que era en la ínsula de Epiro; desta era señor un jayán, sobrino del rey Orosanto, que se llamava Rinoferonte, muy bravo y esquivo jayán, el qual fue combidado para esta junta que estos paganos avían hecho y por cierta enfermedad no avía podido venir, el qual como desseasse tomar enmienda de los christianos, andava al tiempo que don Reynaldos y sus compañeros, fatigados de la mar, a la ínsula llegaron, buscando na|víos [f. 34rb] en que pudiessen passar en el reyno de Siricania para lo que tenían pensado, donde la ventura –o por mejor dezir su desventura– le guió a este Rinoferonte con más de otros ciento de sus cavalleros a aquella parte donde don Reynaldos y sus tres compañeros avían tomado puerto por descansar del trabajo de la mar y, como aquellos que descuydados estavan, siendo destos paganos descubiertos, en un punto los acometen; de lo qual don Reynaldos y Aquilante y Grifón y el fuerte don Dudón se hallaron muy congoxados por se hallar solamente con sus espadas y sin armas, que como pensaron tornar luego su viaje y no más de por se solazar avían salido, no se curaron de armar cosa, lo que jamás ellos acostumbraron hazer; no por esso sus valientes ánimos desmayaron, antes con valentíssima furia entre aquellos paganos se

²⁰² siguiessen Mu, Y: siguiessen BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

meten, que no parecía que hevilla les faltasse. Don Reynaldos guió contra el jayán Rinoferonte y, aunque no con tanta osadía como si tuviera sus armas y encima de su buen Bayarte, le empieça de herir por donde veya que más daño hazer le podía y el jayán, viéndose tan embaraçado de un solo cavallero y sin armas, estava el más congoxado hombre del mundo y desatentadamente le arrojaba infinitos y fortísimos golpes, los quales el valiente don Reynaldos, como aquel que era diestro en tal menester, en su espada rebatía, ayudándose mucho de su ligereza, la qual le valió aquel día más que nunca, después que fue armado cavallero. En este comedio, sus valientes compañeros no estavan de espacio*²⁰³ porque el jayán traía consigo –como oýstes– más de cient cavalleros y como ellos estuviessen sin armas, aunque tan valientes y estremados fuessen, no dexavan de ser muy malamente afrontados y en algunas partes heridos, aunque [f. 34va] a costa de las vidas de sus enemigos. Porque os hago saber que en obra de media hora que fueron acometidos, juntándose todos quatro espaldas con espaldas, más de veynte cavalleros tenían delante de sí muertos y malheridos y eran tales las heridas y golpes que davan, que con harto temor llegava el que enojar los quería, no por esso dexavan de les arrojar lanças y dardos y hasta las mismas espadas por los matar, todo lo qual ellos, con su destreza, abilidad y ligereza, de sí apartavan, aunque no de suerte que dexassen de ser heridos en más de seys partes de sus cuerpos. En este comedio, era tanta la yra y saña de don Reynaldos por se ver assí salteado y a él y a sus compañeros malheridos, que quería rebentar del grande enojo que tenía; y alçando su cortadora y fina espada, al jayán de todo su poder hiere por cima de una rodilla, que cortándole las armas, la buena espada no paró hasta le herir en los huessos, de la qual herida el valiente Rinoferonte, no pudiendo tenerse sobre aquella pierna, se hincó de rodillas en el suelo y con un nuevo coraje, que dentro de las armas se deshazía, tan desapiadados golpes arrojaba que, si Dios y su ligereza a don Reynaldos y a sus compañeros aquel día guardar no quisiera, sin dubda ellos fueran muertos.

Más avía de dos horas que de la suerte que oýs contra todos se mantenían, a cabo de las quales, aviendo muerto más de setenta de sus contrarios y malherido al jayán, en su batalla valerosísimamente se mantenían, la Fortuna que jamás dexa de dar sus xaropes* a qualquiera que en esta²⁰⁴ vida bive, permitió que al gran ruydo y bozes que los unos y los otros traían, el valiente Nembrot, que cerca de allí avía tomado tierra y llegado, donde viendo la batalla que con Rinoferonte y sus cavalleros aquellos quatro christianos, [f. 34vb] que por las insinias bien conoció que no eran moros, según lo que hazían y estimándolos

²⁰³ de espacio Mu, Y: despacio BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

²⁰⁴ esta Mu, Y: est BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

en mucho, pensó que por ventura serían algunos de los que él buscava y, sin guardar aquella lealtad que como cavallero devía, él y los suyos en un tropel a los christianos arremeten, y tomándolos en el estado que oys y tan cansados y dessangrados de las heridas que tenían, con muy poco trabajo, aunque con harto daño, abraçándose con ellos más de veynte cavalleros de los del rey Nembrot –que ningunos de los del jayán avían ya quedado– los prenden y por pura y sobrada fuerça los rinden y las espadas les quitan; a los quales, el rey Nembrot mandó llevar a su nao presos, dexándole al jayán con los suyos muertos. Mas tanto os hago saber que de ninguno dellos pudo saber quién fuessen, porque creýdo tenía ser de alta guisa, a los quales mandó curar a muy grandes maestros que para tal menester traýa y, siendo dentro en la nave, manda seguir a la de don Reynaldos que, viendo la desdicha que a sus señores avía acontecido, se avían ydo huyendo, como dentro no avía sino marineros y gente de servicio, mas como llevaba gran ventaja, jamás la pudo alcançar, antes a velas tendidas con la mayor priessa que pudieron, la vía de Francia siguen, donde a cabo de diez días que de la ysla de Epirio avían salido, llegaron y las tristes nuevas publicaron; de las quales el emperador Carlomagno y sus altos hombres fueron tan lastimados* qual nunca lo fueron de cosa ni desdicha que en Francia viniesse, porque por toda ella se publicava la nueva de la muerte de don Reynaldos de Montalván y de don Dudón, Aquilante y Grifón, que ver las lástimas y llantos que los padres y hijos y mugeres dellos hazian, era la mayor compassión del mundo, porque si se oviesse de dar cuen|ta [f. 35ra]^{s2} particularmente de la tristeza y llantos que en toda Francia, Cerdeña y Constantinopla y en todos los reynos y señoríos que amigos o parientes estos señores tenían, se hizieron, sería hazer otra²⁰⁵ nueva hystoria, sólo quede a buen juyzio remitido, para que considere donde faltando tan excelentes varones lo que se haría y crea que por más que se hiziesse, aún quedava corto el dolerse, quanto era más larga la ocasión para que todo esto se hiziesse; donde los dexaremos por os contar lo que al rey Nembrot, después que a estos cavalleros prendió, avino y del lugar adonde los llevó presos.

CAP. XX²⁰⁶. Donde se declara a qué parte llevaron estos cavalleros presos y de cómo el rey Orosanto se topó con la reyna Madama Brandamonte.

Pues avéys de saber que antes que esta liga que los paganos hizieron, por sus mensageros y cartas a todos los mayores señores de la morisma se la hizieron saber, entre

²⁰⁵ otra Mu, Y: otro BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

²⁰⁶ CAP. XIX BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

los quales fue aquella excelente princesa Ysifilea, señora del gran imperio de Tartaria, la qual mandó al gran Sarraceno –aquel sabio que al príncipe don Roselao de Grecia avía hurtado y tomado a la donzella Arminda en la ribera del río, según que ya se os dixo– que con su saber proveyesse y ayudasse aquestos príncipes paganos, por consejo del qual salieron, en la orden que se os ha dicho, a procurar de aver en su poder algunos grandes y principales de la christiandad para que, con su captiverio y ausencia, ellos pudiessen, sin tanto embaraço, con grandes huestes venir sobre la christiandad y, [f. 35rb] como aquellos que desseavan su perdimiento, con toda vigilancia lo pusieron por obra y quedó acordado por consejo deste gran sabio que todos aquellos que prendiessen muertos o vivos luego los truxessen aquella ysla que de la Ventura se llamava, donde él hazía su abitación, la qual era dentro de la mar Abacuz, que es en los confines de Albania.

Pues como este gran rey Nembrot tuviesse en su poder aquestos cavalleros christianos, aunque jamás pudo saber de ellos quién fuessen, mandó a sus marineros que en saliendo del puerto, que en saliendo de la ínsula de Epiro se hazía, que siguiessen la buelta de Galacia y tomando tierra en un puerto y dexando allí su nave y buen recaudo en ella, con los cavalleros presos y malheridos, en un gran carro que quatro dromedarios guiavan, siguió la buelta de Albania, donde atravessando la mayor parte de Armenia y Córsega con gran presteza llegaron y tomando allí otro navío, se meten a la mar, donde a cabo de quatro días llegaron a la Ínsula de la Ventura y, sabiéndolo el gran sabio, los salió a rescibir muy alegre quando supo que avían avido tan buen principio en su començada empresa; el rey de Siricania le dixo:

– Honrado señor, avéys de saber que por permissão de nuestros altos dioses, yo fuy guiado en la ínsula de Epiro, donde hallé en batalla a estos quatro cavalleros con más de otros ciento de la ínsula y con un valiente jayán, su señor; y llegando a tiempo que pude bien ver su batalla y las cosas que hazían, viendo que eran christianos, determiné de faborescer a los de nuestra sancta ley, porque os hago cierto que solos estos quatro se defendían de tal suerte y sin armas, que ellos solos²⁰⁷ –como os tengo contado– mataron al jayán y a todos sus cavalleros, sin dexar uno ni más a vida y aún os doy mi [f. 35va] palabra real que antes que yo los prendiesse, me hirieron más de diez cavalleros de los míos, mas al fin yo les ove en mi poder; y por lo que os tengo contado y por avérseme encubierto y no me dezir sus nombres ni su nación, tengo creýdo que son de alto lugar y de aquellos en cuya demanda somos salidos.

²⁰⁷ solos Mu, Y: soles BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

– Poderoso señor –dixo el sabio–, yo prometo a Vuestra Grandeza de los poner en parte donde mal de su grado dellos propios sepamos quién son y todo lo demás.

– Esso es lo que yo os encargo –dixo el valiente Nembrot–, no obstante que ellos sean curados y acatados como cavalleros.

Todo esto que oýs, passavan el rey Nembrot y el gran Sarraceno en secreto, porque os hago saber que en llegando, que allí llegó, él por su propia mano le entregó al bueno de don Reynaldos de Montalván y a don Dudón y Aquilante y a Grifón de Mongrana, los quales fueron puestos a tan buen recaudo como después se os dirá. Tanto os hago saber que era gran compassión oýr y ver las lástimas que en este comedio estos quatro cavalleros passavan y la mayor congoxa que tenían era verse traer presos tan lexos de Francia, adonde por gran ventura avía de ser sabida su prisión, do los dexaremos por os contar lo que al valiente rey Orofanto, que en la otra nave yva, avino en demanda de la que el rey de Siricania avía salido; el qual después de aver reposado con el sabio dos días, salió de la Ysla de la Ventura y se bolvió por mar y por tierra al navío que avía dexado en el puerto de Galacia, al qual llegando sin ningún contraste* con sus cient cavalleros, se metió a la mar en su demanda, do los dexaremos por os dezir lo que al rey Orofanto avino, que la vuelta de Cerdeña guiava.

Para declaración de lo qual, avéys de saber que a cabo de veynte días que avía partido de Siricania, una mañana [f. 35vb] antes que el sol saliesse, los marineros descubrieron tierra y como mal diestros en aquellas mares, reconociendo bien do estaban, se hallaron sobre la ysla de Mallorca y sabiendo el valiente pagano ser de christianos, aunque no era la que él buscava, manda lo más secreto que pudiessen que en una emboscada saltassen²⁰⁸ en tierra, lo qual con toda brevedad fue hecho; y saltando en tierra muy bien armados en sus cavallos se dieron a andar por la ysla adelante, donde anduvieron aquel día que de la nave salieron, reposando la noche al pie de una gran montaña que en la ysla se haze. Otro día, antes que todos en los cavallos subiessen para seguir a su señor Orosanto, que delante de todos avía cabalgado, por detrás del recuesto* vieron salir una gran compañía de gente de a pie y de a cavallo que en medio unas andas traían y, llegándose el rey Orosanto hazia donde vido salir la gente y mirando de más cerca, vido más de cien peones con solos seys cavalleros, que traían las andas que os diximos, en las quales venía una señora con atavío y tocas de biuda, la qual en su aspecto mostrava ser de alta guisa; y llegándose el valiente Orosanto y saludándola en lengua griega, ella le preguntó:

²⁰⁸ saltassen Mu, Y: saltessen BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

– Dezid, señor cavallero, si soys servido, ¿de qué tierra o nación soys?

– Mi señora –dixo el rey–, yo soy natural de Grecia y vassallo del Emperador de Constantinopla, si caso es que en algo os pueda servir, yo lo haré de muy buen grado.

– ¿A qué fue vuestra venida por esta tierra? –dixo la dueña de las andas.

– Avéys de saber, mi señora –dixo él–, que el Emperador de Constantinopla, mi señor, me embía al emperador Carlomagno con cierto recaudo que mucho a su servicio toca y por estar algo enojado de la mar y por ver esta ysla, soy salido por ella a me solazar, donde ha querido la ventura que [f. 36ra]¹² yo me topasse con la Vuestra Merced para que mi viaje fuesse más venturoso.

– Muchas gracias, señor cavallero –dixo la dueña–, por la que me hazéys en os holgar por me aver en esta vía topado y porque soys de tierra do todo mi bien y descanso habita, os suplico conmigo seáys servido de reposar aquí oy, que ya avrá tiempo para que yo mi viaje y vos el vuestro podamos cumplir.

El rey Orosanto, dándole el ayre que devía de ser persona de alta guisa y como él a las tales buscasse, para lo qual venía dissimuladamente armado con todos sus cavalleros en hábito de christianos y como pláticos en todas naciones y lenguas para effecto de lo que él desseava, lo que la dueña pedía acepta, donde tornándose apeaar de su cavallo, él y todos los suyos y los cavalleros de la dueña y su gente, sabiendo su voluntad, la apean de las andas en las quales venía por razón de venir enferma; donde en muy breve espacio fue armada una gran tienda que el rey traía y adereçado de comer como mejor pudieron; tenía tanto sabor la dueña de las andas de hablar con el cavallero griego que le dio a él voluntad, viendo que con tanta afición le pedía las cosas de Constantinopla, de saber quién era y desta suerte le dize:

– Señora, la razón de vuestro viaje y la incertidad que yo d'él tengo, me an puesto en cuydado de saber quién soys y adónde vays, para que por ygnorancia yo no yerre de lo que soy obligado, para quienquiera que vos seáys para teneros el respecto que os devo.

– Muchas mercedes a la vuestra, señor cavallero, que por no incurrir en caso de descomedimiento para con tan buen cavallero como vos soys y me parecéys, os diré lo que me pedís. Avéys de saber que yo soy reyna y señora destas yslas que en este mar se hazen, donde es Cerdeña y Mallorca y Menorca, llámanme por mi nombre, Madama Brandamonte, soy herma|na [f. 36rb] del valiente cavallero don Renaldos de Montalván y madre del infante don Roserín de Risa, del qual pienso que ternéys noticia siendo del imperio griego, como ya me tenéys dicho, del qual os suplico me hagáys gracia de me dar nuevas ciertas, porque há muchos días que d'él no supe.

Ya podéys ver el gozo que sentiría el rey Orosanto aviéndose topado con tal persona, porque ya tenía noticia de quién era y del esfuerço* y valentía de su persona y para más dissimular el engaño por avella en su poder, se finge aver conocido y tenido estrecha amistad con el infante don Roserín y, según él era informado de un cavallero que²⁰⁹ consigo traía, que con el gigante Netridonte en Constantinopla avía passado, al tiempo que el príncipe Aleandro le mató y por fuerça les llevó el navío; como aquel que era sabio y en todo bien prevenido para en la respuesta que presente se le ofrecía, deste aviso y de otros que él se sabía, tales nuevas y palabras supo dezir a la reyna de Cerdeña, que le captivó la voluntad para estar por todo lo que él le rogasse y, como él sintiesse della esta voluntad, le dixo:

– Excelente reyna y señora, suplico a Vuestra Grandeza que seáys servida de me dezir la causa de vuestro viaje y por qué, estando enferma, os avéys puesto en camino.

– Sabed, señor cavallero –dixo ella–, que el emperador Carlomagno, mi tío, avrá quinze días me embió a mandar *que* para remedio a mi salud y para su servicio, cumplía que yo en Francia passasse, donde há mucho que él me dessea ver y yo, por cumplir su mandado, soy salida de Cerdeña para yr en Marsella, donde el Emperador, mi señor, me aguarda. Y soy venida por esta yslla a ciertos negocios que a servicio mío tocavan, donde dexándolos proveýdos, me voy a un puerto que cerca de aquí se haze, donde tengo un mi navío que para seguir mi viaje me atiende, en el qual si soys servido de res|cebir [f. 36va] servicio y cumplir vuestro viaje, pues que es todo uno el vuestro y el mío, me haréys muy señalada gracia.

– Muchas mercedes a Vuestra Excelencia –dixo el rey Orosanto–, y porque es justo de no salir de lo que tan excelente señora manda, yo acepto la merced, pues se me haze tan señalada.

En estas palabras y otras muchas estuvieron platicando la hermosa reyna de Cerdeña y el rey Orosanto, hasta tanto que los criados de la reyna les dieron a yantar en la tienda do estavan; y dexando passar toda la mayor parte del día, la reyna mandó alçar su tienda y el rey Orosanto aparejar sus cavalleros y que guiassen a un puerto donde la reyna tenía una gran nave, en la qual entró con toda la gente de pie que oýstes y no con más de seys cavalleros, con la qual el rey Orosanto y los suyos, muy dissimuladamente por no ser conocidos, entraron, los quales ya estaban avisados de lo que delante oyréys y de quién era aquella señora con quien venían y de lo que avían de hazer; para efecto de lo qual, el

²⁰⁹ cavallero que Mu, Y: cavallero BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

rey Orosanto con licencia de la reyna, mandó passar veynte cavalleros de los suyos a su navío, que ay cerca estava, y que al de la reyna guiassen con mucha vigilancia para que estuviessen prestos a lo que el rey determinasse, según que su fortuna ordenasse. Y dando las velas al viento, la vía de Marsella guiaron, donde los dexaremos por os contar de lo que en Francia avino a los hijos de don Renaldos.

CAP. XXI²¹⁰. Do se dize cómo los dos hijos de don Renaldos de Montalván fueron en busca de quien los armasse cavalleros.

En esta memorable hystoria que de los grandes hechos de los doze pares¹¹² de Francia se haze larga mención, muchas vezes avréys oýdo dezir cómo don Renaldos de Montalván tuvo dos hijos valrones [f. 36vb], de los quales jamás ningún escriptor dellos ha contado lo que era de razón, que encelado no estuviesse, que fueron sus hechos y hazañas cavallerías no menores que ningunas de las que en su tiempo fueron y como yo, leyendo muchas hystorias antiguas de Francia, hallasse los grandes hechos destos dos hermanos y viesse que era razón dar dellos cuenta, acordé de los escrevir en esta tercera parte, para muestra de lo qual os contaremos el principio por donde empezaron a salir a ellas, que fue quando fueron armados cavalleros. Por lo qual avéys de saber que estos dos hermanos, siendo ya donzeles, el uno de diez y ocho años y el otro de diez y seys, por todo extremo eran hermosos y de lindas personas; al uno llamavan Claros²¹¹ de Flordelís, por una que en los pechos tenía, y éste era el mayor, y llamavan al menor Finarán el Ligero, porque tal lo era él, como en muchas batallas que en su tiempo hizo a la clara pareció. Pues como estos dos cavalleros se viessen en tal edad y hijos de tal padre y oyessen los hechos que su padre y parientes de cada día hazían, tenían mucho desseo de ser cavalleros, para effecto de lo qual, después de averse entre los dos determinado en lo que avían de hazer, una noche sin que de nadie fuessen sentidos, tomando dos palafrenes –para lo que adelante oyréys–, del castillo de Montalván se salen y tomando la vía del imperio de Constantinopla, la de París dexaron por no yr a pedir que el Emperador, su tío, los armasse cavalleros ni su voluntad estorvasse, a fama de la grandeza de la corte de Constantinopla guían y por ver al infante don Roserín de quien tan grandes hazañas oýan. Pues como ellos se viessen alongados buen trecho de Montalván y en parte donde aunque fuessen buscados

²¹⁰ CAP. XX BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

²¹¹ Claros Tablas, Mu, Y: Carlos BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

de la gente de su madre [no los hallarían]²¹², apeándose de los palafrenes, ribera de un caudaloso río, en un gran soto *que* allí se hacía, ya *que* era bien entrado el día y ellos avían caminado más [f. 37ra]^{v2} de diez leguas, en aquella ribera a descansar se meten y desque ovieron comido de algunas cosas que para tal menester traían, don Claros de Flordelís a su hermano dixo:

– Hermano, ya véys quanta razón, los que de buen natural somos, tenemos para ser obligados a hazer ventaja con las obras a los que de tan alta generación, como nosotros somos, vienen y como la Fortuna nos ha querido hazer tanto mal como ha sido de nos dexar sin padre –que por muerto le tenemos–, según las nuevas que de sus criados supimos y como nosotros somos obligados a buscar el remedio que para quien somos, nos falta, para effeto de lo qual, mi parecer es *que*, como ya sabéys y os tengo por muchas vezes dicho, yo muero de amores por nuevas de su valerosa fama y estremada hermosura de la emperatriz Ysifilea, del tartárico imperio señora, aquella *que* agora nuevamente la muerte de nuestro tío don Roldán con toda solicitud procura y para *que*, donde tanto peligro se me offrece assí por ser ella pagana como de amalla con las condiciones *que* para se casar pide, nosotros nos vamos en hábito de donzellas a la ciudad de Constantinopla y digamos ser allí criadas de la reyna Madama Brandamonte y que somos naturales de Cicilia, en la qual provincia, como agora sabéys, ay muchas mugeres que pelean como cavalleros y supliquemos al Emperador que nos arme de la orden de cavallería, con la qual podemos seguir nuestro camino, la buelta de la gran Tartaria, donde con lo que se nos suscediere podemos obrar, assí como somos y nascimos obligados.

– Muy bien sabéys, señor don Claros –dixo don Finarán el Ligero–, como antes *que* de Montalván saliésemos os dixes, *que* moriría por vos en todo aquello que os tocare y por esto no es menester que de nuevo me aviséys en lo que se deve a vuestro contentamiento ni menos en lo que hemos de hacer para lo *que* somos obligados, que será bien *que*, como vos dezís, [f. 37rb] vamos a Constantinopla y de ay a Tartaria y después nosotros, pues sabemos la lengua albanesa que con Tartaria *confina*, allí yo me vestiré como mercadante y os venderé a la emperatriz Ysifilea, como vos me lo tenéys importunado, donde entrando a su servicio, vos veréys lo que os cumplieres en caso de vuestros amores.

– Muy bien me dezís –dixo don Claros–, aquí no resta sino que vos me ayudéys a vestir y yo a vos de los vestidos que a mi señora doña Claricia para este effeto tomamos.^{w2}

²¹² no los hallarían Mu, Y: om. BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

– Sea así –dixo don Finarán–, y no será malo que nos acordemos en los nombres que hemos de llevar con el vestido, porque nos cumple también mudallos.

– Bien dezís –dixo don Claros–, llamadme a mí de aquí en adelante Florinarda y a vos os llamaré Arcantisa.

– Muy bien avéys dicho –dixo don Finarán.

Por lo qual, después de vestidos y concertados en lo que avían de hazer y en como se avían de llamar, siendo passada la siesta, se meten al camino do lo dexaremos, que la buelta de Constantinopla llevaban, sin jamás ser hallados de los cavalleros que su madre a buscallos embió. Por lo qual, por la ausencia de los hijos y padre, en grandes congoxas padecía y os diremos lo que atañe a nuestra hystoria.

CAP. XXII²¹³. En el qual se dize cómo el infante don Roserín, después de guarido de las llagas que ovo en la batalla con Rodolano, cómo se embarcó la buelta de Alemaña y de cómo la donzella le dize la causa de su viaje.

Después que el infante don Roserín fue guarido de sus llagas, que por libertar al hijo del valiente rey Arismeno²¹⁴, como oýstes, en el castillo de Rodolano²¹⁵ ovo, de donde salió²¹⁶, se vino a curar a un puerto de mar que ay cerca se hazía, donde la donzella de Alemaña [f. 37va] una su nave tenía, donde se metieron después que el infante don Roserín fue guarido de sus heridas.

Pues avéys de saber que navegando por su mar adelante la buelta de Alemaña, a cabo de tres días que se avían embarcado, al infante don Roserín vino en voluntad de saber el viaje que llevavan y a²¹⁷ la donzella con mucha instancia le ruega que se lo diga; la donzella de Alemaña, que Dalfina se llamava, viéndose interrogada de aquel cavallero que consigo para remedio de su señora llevava y por no le desagracionar más de lo que veya que él por sus amores yva, desta suerte le dixo:

– Muy excelentíssimo príncipe, vos avéys de saber que yo soy criada de Corisalda, emperatriz de Alemaña; esta mi señora fue casada con un valeroso príncipe llamado Gisberto, los quales tuvieron una sola hija, heredera deste gran señorío, y fue su ventura tal que murió mi señor el Emperador y, viniendo el príncipe de Tracia, don Listarán, en Ale-

²¹³ CAP. XXI BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

²¹⁴ Arismeno *nos*: Arismeno que BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

²¹⁵ d *inversa* BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

²¹⁶ salió *nos*: salió y BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

²¹⁷ y a la Mu, Y: y la BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

maña, buscando sus aventuras como cavallero andante, vido en unos torneos a mi señora, la princesa Filomela; y como fuesse estremada en gracia y hermosura, a la hora que el príncipe don Listarán de Tracia la vido, quedó preso de su vista y vencido de sus amores, según que en él por lo que después pareció, se conocía. En este comedio, mi señora, la emperatriz Corisalda, era importunada por vía de casamiento del rey de Escocia para sí y por parte de un su hijo, primogénito heredero del reyno, para mi señora, la princesa Filomela; venido en concierto, mi señora la Emperatriz, determinada en lo que el rey de Escocia le pedía, un día tomando a la princesa Filomela aparte, su determinada voluntad le declara, la qual cosa llegó tanto al alma de Filomela que a poco estuvo de no morir de pesar, porque ella amava de muy entrañable amor al príncipe don Listarán de Tracia y, determinada antes a perder la vida que el amor que a don Listarán [f. 37vb] era obligada, a su madre su intención le declara; la qual, viendo la determinada voluntad de su hija Filomela, rescibiendo mucho enojo porque no venía en lo que ella le mandava, la mandó meter en una torre, donde estuvo hasta lo que agora oyréys: que dende a quatro días que mi señora, la princesa Filomela, estuvo presa, luego la reyna Corisalda, mi señora, embió a llamar al rey de Escocia que su marido avía de ser, con el qual vino su hijo. Muy alegres y contentos venían estos señores al llamado de mi señora, como aquellos que no sabían lo que la princesa Filomela tenía acordado; donde en llegando el rey de Escocia y siendo de mi señora Corisalda muy bien rescibido, con su voluntad y licencia fue a la torre donde la princesa Filomela estava y pensando aplacalla, la halló muy mal indignada²¹⁸ contra él y contra su hijo, el qual como anduviesse tan penado por los amores de Filomela y se viesse della aborrescido, un punto de reposo no tenía, antes andava como hombre fuera de todo sentido, en pensar qué era la causa porque la princesa no le amava ni tampoco lo quería por marido. Y como es esta vida no ay nada celado, vino a saber que la princesa, mi señora, amava de cordial amor y que secretamente estava desposada con don Listarán, príncipe de Tracia; de lo qual el príncipe de Escocia fue de nuevo²¹⁹ metido en mayor cuydado y tristeza. Y como de noche y de día anduviesse rodeando la torre y morada de Filomela, una noche que no deviera, halló a don Listarán solo y desarmado, hablando con mi señora, la princesa Filomela, por una rexa que en la torre avía; y viendo el príncipe de Escocia a su enemigo, que mortalmente desamava, echó la mano a su espada y acomete a don Listarán, mas él, como al príncipe vio venir, echó mano a la suya y, abraçado el manto que traía, para él se viene y fue tal su ventura que tñrando [f. 38ra] al príncipe d'Escocia una

²¹⁸ indignada Mu, Y: indinada BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

²¹⁹ nuevo Mu, Y: nueve BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

estocada, le metió el espada por el gorjal* de una cota que traía y se la passó de la otra parte, donde el desdichado príncipe d'Escocia quedó muerto y don Listarán libre de su persecución.

“No fue la desventura tan secreta que en muy breve espacio lo supo el rey, su padre, que dentro del palacio de mi señora Corisalda posava, por unos criados que andavan con el muerto, lo qual fue para él la misma muerte, porque como hombre sin seso empeçó luego a hazer tales estremos que ni mi señora Corisalda ni ninguno de los que a la presente desdicha venían, podían apasigualle. En este comedio, mi señora Corisalda mandó prender al príncipe don Listarán, que en su posada se avía recogido, peleando con los criados del muerto²²⁰, donde con la sobra de gente que mi señora embió a él, fue preso. En este comedio fue tanto lo que el rey de Escocia sintió, que de puro enojo adolesció de tal suerte que dentro de quatro días vino a fallecer y murió la más desesperada muerte que jamás hombre murió”.

“Y avéys de saber que este rey de Escocia era muy gran sabidor y mágico y, no sabiendo cómo vengarse del príncipe don Listarán y de Filomela, hizo tal encantamento que aquel día, antes que muriesse, los vieron sacar por el ayre a dos grandes vestiglos*, sin los poder valer los que presos los tenían, y alçándolos tan alto que los que los mirávamos los perdimos de vista, dende a media hora se abatieron con ellos en un campo muy grande que junto a la ciudad de Colonia se haze que es donde mi señora, la emperatriz Corisalda, reside; y allí los dexaron los vestiglos*. Y como estuvieron en tierra se alçó una forma de un alto muro y se formó una fortaleza tan excelente al parecer, que no parece sino que fue fabricada de grandes y ex|celentes [f. 38rb]²²¹ artifices; y a ciertas horas del día vemos salir a estos dos príncipes a una de las encumbradas torres de la fortaleza y dezir tales cosas y hazer tales estremos, que es la mayor compassión del mundo de los ver y oír, según la vida deven passar. Me espanto* cómo biven, porque cada vez que allí los vemos, vienen sentados en un carro de bivo fuego que ellos y él no parecen sino una²²² biva llama y formalmente no dexamos de los ver en medio de la flama”.

“La guarda deste grande alcaçar no la sabemos más de quanto el rey de Escocia, antes que muriesse, nos dixo: que hasta que viniessse un cavallero tal que osasse acometer y provar el aventura del Castillo Cruel, que assí se llama según las crueldades que a los príncipes don Listarán y Filomela en él son hechas, en vuestra demanda, muy excelente

²²⁰ muerto Mu, Y: muerte BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

²²¹ 3 *inversus* BA, UV, M1, Maz, S, L. *Partim scissus in M2.*

²²² una Mu, Y: uno BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

príncipe, la más breve suma y razón os he dicho; de la nescesség destos príncipes, ya estáys avisado, de mi señora, la emperatriz Corisalda, y de su cuyta, os sé dezir que es tanta que no basta ningún consuelo para se le poner en la ausencia de su hija, la princesa Filomela, y en la falta de heredero para su imperio y señorío; no obstante que ella está tan arrepentida de lo que contra su hija hizo, que es la mayor lástima del mundo oír lo que sobre este caso dize y lo mismo haze por el príncipe de Tracia, don Listarán, que está informada de sus excelencias y virtudes muy mejor que lo estava antes que esta desdicha les viniesse, de la qual ha procurado de los libertar, para lo qual ha incitado infinitos cavalleros para su remedio, los quales, passando un circuyto y fosso muy grande, que es ornamento y guarda del gran castillo, y passando una puente, sin ser vistos de ninguno, los oímos hazer batalla y, no viendo con quién pelean, son ya passados más de ciento [f. 38va] que passando la puente del fosso o cava, nunca más los emos visto, muertos ni bivos; por lo qual há más de un año que no ay cavallero que se aya atrevido a provar esta aventura —o por mejor dezir, desventura—, pues tanta malandança ha causado en Alemaña”.

“En este comedio, mi señora Corisalda²²³ oyó dezir de las excelencias de que vuestra persona²²⁴ es adornada, por lo qual me mandó venir a Constantinopla y que os pidiesse el don que ya vistes, para que su remedio y vuestra partida viniessen a effecto”.

Muy espantado* quedó el valeroso y esforçado infante don Roserín de la aventura que Dalfina le avía contado y, en sabiendo la desgracia que a aquellos dos príncipes, don Listarán y a Filomela avía suscedido, y por ser por amores, le dio muy mayor voluntad de los libertar y assí lo dixo a Dalfina, la qual yva la más alegre muger del mundo en llevar consigo un tan bueno y tan valeroso cavallero como para el remedio de sus señores convenía. Donde navegando con próspero viento por su mar adelante, a cabo de quinze días que en la mar entraron, una mañana antes que el sol saliesse, tomaron tierra en un puerto de Dalmacia, donde desembarcaron; y mandando el infante don Roserín a Crispanel y a Esmerildo, sus escuderos, que le sacassen su cavallo y armas, con ellos y con la donzella Dalfina, guiando la buelta de Alemaña, se metió a caminar, donde con próspero viaje llegaron a la ciudad de Colonia sin les avenir cosa alguna que de contar sea. Y dexando la donzella Dalfina al infante don Roserín con solos sus dos escuderos dos millas atrás, dando del açote al palafrén en que yva, se adelantó a dar las nuevas de la vènida del infante don Roserín a su señora, la emperatriz Corisalda.

²²³ Corisalda Mu, Y: Corisalva BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

²²⁴ persona Mu, Y: persono BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

¡Qué os diremos de quando la Emperatriz vio entrar a su querida donzella Dalfina [f. 38vb], sino que a pocas estuvo de salir de seso de plazer, viéndola venir con tan alegre semblante, que por pronóstico de su buen recaudo y remedio lo tuvo! La qual, llegándose ante su señora, la Emperatriz, hincados los ynojós en tierra, con muy alegre rostro le pide las manos para se las besar, mas la Emperatriz, echándole los braços al cuello, la alçó de tierra y le dixo:

– Mi muy amada Dalfina, yo te ruego *que* me des buenas nuevas del recaudo que de Constantinopla me traes en lo que te embié.

– Soberana señora –dixo la donzella–, qué es lo que quiere Vuestra Grandeza que diga, más de suplicaros de mi parte que os alegréys y de oy más perdáys essa cuyta que tenéys por la que nuestros encantados príncipes passan, que con el ayuda del Alto Señor, yo traygo su remedio comigo en traer aquel soberano y excelentíssimo príncipe don Roserín, que por los librar, a mi petición de vuestra parte ha salido de Constantinopla; y porque es justo que a tan excelente varón se haga el devido acatamiento, mande Vuestra Magestad a sus altos hombres que a rescibirlo salgan, porque viene muy cerca.

Mucho fue lo que la emperatriz Corisalda holgó con las nuevas que su donzella le traía y en esse punto mandó a todos sus altos hombres que a rescibir al infante saliessen y ella se aderesçó lo mejor que pudo para la venida de tal cavallero, al qual todos aquellos señores, que de la ciudad de Colonia a su rescebimiento avían salido, le toparon bien cerca, donde fue rescebido de todos ellos muy honradamente; y tomándole entre el conde de Braba y el duque de Austria, le metieron por la gran ciudad de Colonia; y llevándole con infinita honra hasta los palacios de la emperatriz Corisalda, después que fueron apeados, ella le salió a rescebir hasta el corredor, donde el príncipe [f. 39ra] don Roserín, viéndose delante de tan excelente señora y alta Emperatriz, no olvidando lo que era obligado, llega y los ynojós en tierra, le pide las manos para se las besar; ella le dixo:

– Excelente cavallero, mucho me pesa que queréys ganarme por mi negligencia la ventaja que sé que me tenéys, para que yo quedando de nuevo deudora en lo que os somos obligados todos los nascidos, no pueda pagar en mi vida lo que todos juntos no os pagaremos y se os deve; por lo qual, os suplico que os levantéys, que no es justo que un tan excelente príncipe como vos soys, estéys desta suerte ante quien todo os lo deve.

El infante se levantó por cumplir el mandado de tan gran señora y desta suerte le dixo:

– Soberana señora, gran señal me ha dado la Vuestra Grandeza de la que en vos ay, y a todos los del mundo por experiencia es notorio, para siempre os estar obligados de ja-

más salir de vuestro servicio, por lo qual –como yo sea uno de los tales–, os suplico que de mí os sirváys para que yo pague el justo tributo que se os deve y yo quede pagado con os servir de mí de lo que soy obligado.

Con estas y otras muchas palabras de criança*, la emperatriz Corisalda y el infante don Roserín se rescibieron en aquel corredor del qual, entrados a una muy rica sala, las mesas fueron puestas y el infante fue allí servido, tanto quanto en corte de ningún príncipe que él oviesse estado; y después de aver cenado, por ser tarde, para que el infante don Roserín descansasse del trabajo del camino, en los palacios de la emperatriz Corisalda le fue dado un muy rico aposento, según que para tan gran señor pertenescía*, donde reposó todo lo más que de la presente noche quedava. [f. 39rb]

CAP. XXIII²²⁵. En el qual se declara cómo el valiente don Roserín provó la aventura de los príncipes encantados.

Después que la aurora del venidero día con los rayos de Febo su hermoso rostro y luminava y siendo ya del cansancio y profundo sueño el infante don Roserín recordado*, como aquel que el cuydado de su señora no le dexava reposar mucho en el descuydo de su descanso, pidiendo de vestir a Crispanel y a Esmerildo, sus escuderos, a la gran sala, donde muchos cavalleros estavan, se sale, de los quales fue rescebido con mucho comedimiento y criança*, y todos juntos se fueron platicando a esperar a la emperatriz Corisalda, la qual dende a pequeña pieça, salió adonde todos estavan y, hecho su devido acatamiento, tomándola el infante don Roserín por la mano, se fueron a la capilla donde les fue dicha misa muy solennemente. Y después de acabada, mandó la Emperatriz poner las tablas y hizo aquel día plato a todos sus altos hombres por amor del infante don Roserín, el qual estava espantado* de ver cómo esta Emperatriz se servía y tratava, que después de la corte de Constantinopla, nunca otra más próspera este valeroso príncipe avía visto como la desta noble Emperatriz.

Pues avéys de saber que después que ovieron comido y las mesas fueron alçadas, la emperatriz Corisalda tomó al infante don Roserín por la mano y se fue assentar en un estrado que para ella estava hecho y hizo sentar al infante don Roserín par de sí; y de esta suerte le dixo:

²²⁵ CAP. XXII BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

– Muy excelentíssimo cavallero, la fama de vuestras soberanas obras y el testimonio [f. 39va] que dellas en el mundo todos tienen, nos commueve a todos aquellos que de la nescesség dellas estamos obligados, a que con toda solicitud y trabajo nos dispongamos de nos aprovechar para nuestro remedio de vuestra persona, para la nescesség que este señorío al presente tiene, del qual por mi donzella devéys ya de estar informado, aunque no os lo merezcamos, vos os doláys y de tan gran desdicha vos nos saquéys, porque sé cierto que con vuestra valerosa persona, posponiéndoos al trabajo de esta aventura, mis hijos serán remediados mediante vuestra buena dicha, y yo y todo mi señorío, muy alegres y prósperos con su remedio.

El infante don Roserín, viendo las comedidas palabras y la estrecha nescesség con que la emperatriz Corisalda aquello dezía y tan luenga tierras por él avía embiado, como aquel que cumplido era en todo género de criança*, desta suerte le respondió:

– Soberana señora, tiéneme tan captivo vuestro gran comedimiento y excelentísimas virtudes que no tengo otra pena al presente sino que en el desseo de os servir, tarda la obra a mi voluntad; para effecto de la qual, a la Vuestra Grandeza suplico de me mandar a destrar* hazia donde el Castillo Cruel es, que por lo que me veys obrar podéys comedir lo que desseo serviros.

– Gran merced a la vuestra –dixo la Emperatriz–, por la que me hazéys en todo y porque es mi proprio provecho el de vuestra determinada voluntad para mi remedio, tengo ya determinado de os ver en esta aventura, porque sé cierto que saldréys della mucho a vuestra honra y a mi provecho. Para effeto de lo qual vos, cavalleros y altos hombres que presentes estáys, yréys en compañía deste soberano príncipe para nuestro remedio y mostradle el Castillo Cruel.

Luego el infante don Roserín mandó traer aquellas armas ver|des [f. 39vb] que el sabio Atalante le avía embiado y, armado por manos de todos aquellos cavalleros alemanes, despidiéndose de la emperatriz Corisalda, al gran patio baxó, donde sus dos escuderos le tenían un gran cavallo Nigralvor, en el qual subió con gran número de cavalleros que le acompañavan con otra infinita gente que de la gran ciudad de Colonia, a fama de la prueba que en la ventura se yva a hazer, salían.

Bien sería el gran castillo una buena legua de la ciudad, adonde llegado que fue el infante don Roserín, despidiéndose de los cavalleros alemanes, comiença de rodear el gran fosso que el castillo rodeava y, llegado que fue a la puente que para passar el fosso estava hecha, santiguándose y encomendándose a Dios de todo corazón y llamando a su señora Florimena, el cavallo de las espuelas hiere y abraçando su escudo y su muy buena espada

Balisarda en la mano, que por manos de aquella gran Falerina fue forjada, la qual contra todo encantamento era especial remedio, como ya oýstes^{x2}. Pues con gran²²⁶ furia y ligereza el buen cavallo Nigralvor por aquella puente se lança, donde no ovo entrado, quando le pareció al infante que, por cima de una gran laguna que elada estuviesse, yva corriendo y era tan formalmente aquel circuyto al modo de christalino yelo formado, que el infante no osava retener el gran cavallo, porque con la furia de hazer piernas no viniessse al suelo. Jamás el valiente don Roserín se vido en tan gran congoxa y aventura que oviesse provado como en esta, que formalmente se le representava esta laguna de agua elada y con la²²⁷ furia del cavallo no le parecía sino que por mil partes se abría y *que* por cada una avía de hundirse en el gran piélagos que allí se hazía.

Con esta congoxa que oýs y con muy veloz carrera, el cavallo al gran castillo llegó, donde sin ser [f. 40ra]^{y2} parte el infante don Roserín para le tener, dio tan valiente topada en un lienço* de los del castillo, que todo le hizo venir al suelo, donde le parecía al valiente don Roserín que todas aquellas grandes argamassas sobre él y su cavallo –que en tierra estava del gran golpe que avía dado– venían. Mas como aquel excelente cavallero fuesse dotado de tan valeroso ánimo, no por esso desmayó, antes con el escudo y espada, puesto en pie, le parecía que todo lo apartava de sí, aunque con harta congoxa, en la qual estuvo más de un quarto de hora, hasta que se sintió llamar y le dixerón:

– Di, cavallero sin ventura, ¿quál ocasión desdichada te ha traydo a nos impedir* en nuestras estancias?

Bolviendo el infante hazia aquella vanda* que se oyó nombrar, vido abierto un costado de aquel gran castillo y *que* por él avía salido un cavallero tan dessemejado²²⁸ que le parecía comunicar su diforme grandeza con una de las encumbradas torres del castillo; de lo qual quedó el infante tan admirado qual nunca lo fue en su vida de fantasma que él oviesse visto, y desta suerte le respondió:

– Disforme y diabólica figura, la sinrazón que en esta diabólica morada hazéys, me ha hecho venir aquí para emienda de lo que te digo.

– Pues agora lo verás –dixo el jayán.

Y en esse punto le pareció al infante que se abaxó como a medida de otros jayanes con quien él oviesse peleado y con una valiente maça alçada, contra el infante que a pie estava, se va, el qual no fue perezoso de le salir al encuentro; bien cubierto de su escudo y

²²⁶ gran Mu, Y: gra BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

²²⁷ la Mu, Y: la la BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

²²⁸ dessemejado Mu, Y: desseamejado BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

apretando la espada en la mano, se va para él, donde allegando el valiente jayán le tiró un tan desvariado golpe que si le acertara, le oviera muerto, mas desviándose con mucha ligereza, el infante le dexa passar la maça y, en passando, le hiere con todo su poder, que le pareció que le avía de [f. 40rb] abrir hasta las entrañas, mas no fue así, que no ovo llegado la espada Balisarda sobre el jayán, quando como un humo muy espesso desapareció sin ser visto, dando un estallido, que así al infante como a todos los que dentro de la gran ciudad de Colonia estavan y por todo aquel circuyto, dexó atronados.

Como el valeroso infante viesse el gran effeto de su buena espada, mucho fue alegre y, mirando en sí dónde estava, se halló en una cueva tan oscura que no parecía sino carrera de infernal gruta; y, encomendándose a Dios, con harto trabajo, le parecía que por aquella cueva su entrada contra muchos que se la defendían guiava. Bien anduvo un quarto de hora por ella hasta tanto que salió a un gran patio que en el castillo se hazía, donde viendo la luz mucho fue alegre. Mas en este comedio de la salida de la cueva se formava una gran torre de la qual se sintió asir tan fortíssimamente por dos grandes vestiglos*, al modo de grifos, que sin duda él fuera puesto en el cruel tormento que todos los otros, que allí avían entrado, padescían, si el remedio de su fina y encaxtada espada él no tuviera; y como se viesse agarrar tan fuertemente, como mejor pudo, al uno hirió de punta por el vientre, que al momento fue desaparecido; el otro le apretó tanto y tan desatinadamente que ni a bien ni a mal él se podía arrodear*, mas como mejor pudo, bolviendo con el pomo de su espada, tan rezio golpe le dio en la cabeça que toda se la hizo pedaços, quedando ni más ni menos tornado en humo como las otras cosas lo eran.

Aunque harto cansado y trabajado el infante don Roserín de la batalla de los vestiglos* quedava, no por esso dexó de passar adelante por aquel gran patio, donde muy ricas y muy grandes salas avía, todas las quales eran entapizadas de muy excelentes paños y estrados, salvo que todo [f. 40va] ardía en bivas llamas; y así como el infante llega, toda aquella llama le yva huyendo delante en una de aquellas salas que allí eran. Al punto que el infante don Roserín llegó, vido poner dos grandes y ricas sillas y, sin ver quién las ponía, vido que dende a pequeña pieça, trayéndose de las manos el infante don Listarán de Tracia a la princesa Filomela con apressurados passos allí se sentaron; y así ellos como las sillas y la sala ardían en bivas llamas, que no parecía sino un traslado del infierno, donde en llegando el infante, por las señas que dellos llevaba, los conoció y llegando bien cerca dellos –lo qual pudo hazer por la virtud de su espada–, se puso en parte donde bien oýrlos podía; y estando escuchando, oyó que el príncipe Listarán a la princesa Filomela desta suerte hablava:

– ¡O, la mi amada y querida señora! Quénto há que desseava que este infernal fuego que Amor en esta su triste morada darnos pudo, mi cuerpo y ánima abrasasse para que, afinado como fino rosicler* en el oro de vuestros amores y en la fornaça* de mis desseos, os pagasse de veras lo que por burlas de mí algún tiempo tomastes. Ay de mí, señora, que por no aver ‘ay’ que a vos doliesse, andava yo con tanto ‘ay’, mas ay que, que ay aquí un ‘ay’ que en veros padecer tal me trata, que no ay remedio para que algún consuelo yo tenga. ¡O, si ya Amor tanto bien me hiziesse que con solo padecer en esta triste prisión que nos puso, mi solo mal, el vuestro no me doliesse, ni yo ternía trabajo en el padecer ni tormento en os ver tan junta a mi daño!

La princesa Filomela le respondió desta suerte:

– ¡O, príncipe don Listarán! Que si aquí do Amor y mi madre, por os bien querer, me pusieron, yo no sintiesse la gloria de mi dolor viéndome padecer por bien amaros ni el tormento que padezco dexaría de consumirme ni pensar en el vuestro de aca|barme [f. 40vb]. Mas, ¡o, cuánto lo hizo este falso de Cupido con mayor destreza que para mayor verificación de mis desseos, me dio el contrario de os tener conmigo en tan maña congoxa como padecemos y que un punto de reposo no aya para nuestro descanso! Solo veo salir un bien deste mal y es que jamás daño redundó en provecho de limpieza para dos amantes, tan conjuntos como este, que os doy mi fe que es gran consuelo para mí este trabajo remedio.

– ¡O, mi señora! –dixo don Listarán– ¿Y cómo queréys que más me duelan vuestras razones que no esta infernal llama que nos abrasa y cuándo solo en mayor descanso yo estuve que vuestra sola voluntad no me ligasse?

Con estas y otras muchas lastimeras* palabras, estos dos enamorados príncipes en medio de su tormento se lamentavan de tal suerte que al piadoso infante don Roserín, como aquel que de su mismo mal estava tocado, a aver piedad dellos conmovía y tanto que, pospuesto todo temor, en la sala se lança muy determinado para los delibrar de tan gran tormento como ellos allí padescían, lo qual no ovo hecho, quando la sala empeçó a tremer y a sumirse hazia baxo; mas no por esso dexó el infante de guyar hazia los príncipes, donde en llegando a la silla de la princesa Filomela, la azió por un braço tan fuertemente que ella empeçó a dar muy grandes gritos, viéndose assí llevar de aquel cavallero, diciendo:

– ¡Ay, mi don Listarán! ¿Por qué no me socorréys, que veys aquí la Emperatriz, mi madre, me manda degollar, que este deve de ser su ministro?

A las bozes de la princesa Filomela, el penado don Listarán se levanta y tan fuertemente él y la princesa a don Roserín abraçan que parecía que el aliento le quitavan; él no

sabía qué se hazer, porque estava en gran confusión como aquel que a ninguno avía de herir, mas no por esso dexó de pu[llar [f. 41ra]²². De la suerte que o[ys, anduvieron gran rato hasta tanto que todos tres vinieron al suelo, por el qual andando rodando, llegaron a una puerta que salía a una huerta, por la qual los dos príncipes encantados, soltando al infante, se lançan y, dexándole bien cansado, en la espessura y arboleda se meten. El infante don Roserín quedó tan confuso y enojado, viendo cómo no hallava el remedio que él desseava para dar fin a esta aventura, que como aborrido* se lançó en la huerta y los empeçó a seguir, por la qual no ovo mucho andado, mirando aquellas grandes arboledas que en ella avía, pobladas de una fruta como carvones, quando por una fuente que bien seca estava, de entre otras animalias salió una tan disforme que no parecía sino cosa infernal. Tan grande era esta diabólica sierpe quanto una grandíssima vaca serlo podía y alçándose sobre dos grandes alas que del cuerpo le salían, dando muy fuertes silvos y baladros, la boca abierta, se viene contra los dos príncipes, que un poco más delanteros que don Roserín yvan; y en llegando a don Listarán, que primero yva, se le traga y por el consiguiente a la princesa Filomela²²⁹; la qual cosa viendo don Roserín, quedó el más espantado* del mundo y, temiéndose que lo mismo haría a él, viéndola venir tan desapoderamente, encomendándose a Nuestra Señora, le pone su provechosa espada Balisarda delante, por la qual la diabólica sierpe se mete, donde no ovo tocado en ella, quando en esse punto desapareció, quedando los dos encantados príncipes metidos en aquella fuente, que hasta allí seca parecía, en una ardiente y biva llama que como corriente agua della salía²³⁰; y antes que el infante a ellos llegasse, una muy vieja jayana y tanto que parecía hecha de raýzes de árboles a él se llegó, diziendo:

– Cavallero, sábete que yo soy [f. 41rb] la sabia Falerina y hágote cierto, por el bien que a tu tío don Roldán y a don Reynaldos quiero, soy venida aquí a te desengañar y dar modo con que acabes lo que tanto desseas, porque te hago saber que te puedes andar un año sin que de aquí salgas ni tu demanda acabes, si primero no subes a la gran torre que en este castillo por principal vees y por allí has de desocupar el camino para que saques por él los pressos, que por aquí será escusado; y mira que por ninguna vía hagas lo que las guardas te pidieren y, en venciéndolos, tócales con essa, mi famosa espada, que luego harás lo que tú quisieres.^{a3}

No lo ovo bien acabado de dezir estas razones la vieja, quando en esse punto desapareció, sin más la ver; el infante quedó algún tanto más consolado, viendo algún camino

²²⁹ Filomela Mu, Y: Filomana BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

²³⁰ salía Mu, Y: solía BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

para lo que buscava y guiando hazia una gran torre que en el castillo se hazía, vido estar a la puerta della un gran cavallero que de unas armas rosadas estava armado y un fuerte escudo embraçado y con una espada desnuda en la mano, se vino hazia el infante y desta suerte le dixo:

– Cavallero de las armas verdes, si quisieres entrar en esta, mi observada torre, cumple que conmigo hagas batalla y si me vencieres, que me quites el yelmo en señal de victoria y, si te paresciere, a la hora me tajes la cabeça, pues que tan mal recaudo a lo que guarda no supe poner.

– La batalla –dixo el infante– en contradecirme mi viaje, no se puede escusar, lo de tajar la cabeça no sé cómo sea, a más de que te hago cierto que jamás procuraré con muerte agena ensalçar mi honra, porque tanto te estimaré vencido y mucho más que muerto.

– Pues espera, verás cómo te va conmigo –dixo el cavallero– que no pienses que me estimo en tan poco que tal te consintiesse, sino que estoy tan harto de padescer que por mi solo remedio te pedía mi muerte.

Y como^{b3} [f. 41va] esto dixo, guió contra el infante, al qual halló a punto de batalla, como aquel que por descuydo no quería padescer ventaja. No se ovieron bien juntado los dos cavalleros, quando de muy duros y pesados golpes muy poderosamente se empieçan de herir; mucho se maravillava el infante don Roserín viendo la valentía de aquel que delante tenía y cómo no se deshazía como los otros con quien avía peleado; lo qual no era ansí, porque os hago saber que los que esta entrada guardavan, eran de los cavalleros que allí avían entrado y, por la fuerça del encantamento, defendían la entrada unos a otros como venían. Pues avéys de saber que anduvieron el cavallero de la torre y el infante don Roserín en su batalla más de media hora, que jamás el uno al otro pudo vencer, mas en este comedio el infante apretó tanto a su contrario, que como muerto del trabajo y tesón de la batalla vino al suelo, luego fue el infante sobr'él y quitándole el yelmo para ver si era muerto, le conoció que era el gran Constantino, sobrino del Emperador, su señor, de lo qual se halló muy espantado*, porque cuando él partió de Constantinopla le avía dexado en la corte. Mas avéys de saber que este cavallero con otros muchos –que adelante se os contarán– avían venido por tierra en Alemania, donde quisieron provar esta aventura a petición de la emperatriz Corisalda, donde quedaron encantados algunos de los cavalleros de Constantinopla, los quales el infante aquí halló. Pues como él viesse a su buen amigo y primo de su señora tal como muerto en el suelo tendido, mucho se congoxó de le aver tal parado, y acordándose de lo que la sabia Falerina le avía dicho, en esse punto le toca con la espada de llano en la cabeça y luego el gran Constantino recuerda y buelve en sí y, como

hombre que oviesse visto visiones, se empieça de santiguar y [f. 41vb] admirándose de se ver assí adónde estava y mucho más quando conosció al infante don Roserín, el qual le preguntó:

– Dezid, buen señor, ¿cómo os sentís o qué es la causa que ansí en este castillo os ha hecho morar para deffensa d'él?

– ¡O, mi señor don Roserín –dixo el gran Constantino– y cómo me ha hecho oy Dios la más señalada gracia que nunca cavallero rescibió en me sacar de una pena infernal que aquí he tenido más há de veynte días! Y para mayor bien mío, me ha querido conceder que fuesse por vuestra mano, porque mi remedio obrado por un tan mi señor, como vos soys, yo quede más adeudado en lo que a vuestro servicio devo.

– Muchas gracias a la Vuestra Merced –dixo el infante–, por la que me hazéys en vuestras razones, que este servicio y otros muchos más os devo yo y estoy obligado hasta la muerte; y porque es bien que deste castillo salgamos y yo lleve por lo que acá entré, os suplico que aquí me atendáys, porque yo quiero passar adelante en demanda de dos encantados príncipes que acá dentro yazen, que fue la principal intención de mi venida en esta tierra.

– A mí me plaze –dixo el gran Constantino– y huelgo de os aguardar aquí por cumplir vuestro mandado y, porque sé que os hará poca necessidad mi compañía, no os combido con ella más de que ruego a Dios os dé próspero viaje.

Pues ydo el infante, encomendándose a Dios, por unas gradas que a una puerta que a la gran torre guiava se sube, la qual hallando abierta, entró en una quadra*²³¹, la más estraña que él visto oviesse, donde vido estar una gran fornaça* de fuego, en la qual estavan unas parrillas, en las quales dos coraçones de biva carne parecían ser abrasados, siendo ministros y atizadores desta fornaça* dos grandes cavalleros que otra cosa no hazían, salvo uno con grandes fuelles sonar el fuego y otro, poner grandes leños que [f. 42ra] en él ardiessen. El infante fue espantado* viendo dos cavalleros que en extremo le parecían bien, en tan vano y simple cuydado metidos y, llegándose junto a ellos, les empezó a demandar la causa de su vano trabajo; los quales le dieron por respuesta, desenvaynando sus espadas, el venirse a lo herir como a mortal enemigo.

Y avéys de saber que se vido aquí el infante don Roserín en muy gran congoxa, porque estos dos con quien peleava, era el uno don Riarán de Falco²³², hijo del duque de Antila, y el otro, Libanor el Ligero, que tan estremados en armas eran –como ya la hystoria

²³¹ quadra Mu, Y: uadra BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

²³² Falco Mu, Y: Flaco BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

os ha hecho mención²³³; aunque con harto trabajo, el infante don Roserín los venció y paró de tal suerte que, tendidos en tierra, quitándoles los yelmos como al gran Constantino y tocándoles sobre las cabeças con la espada, los buelve en todo su acuerdo*, donde conociendo al infante y viéndose libres de un tan diabólico encantamento, en el qual –aunque sin sentido– no dexavan de lazerar y con contino trabajo, a Dios y a don Roserín dan infinitas gracias, el qual se las rescibió con mucho plazer y criança*, como aquel que mucho los amava y, dándoles cuenta de su venida, como al gran Constantino, les rogó que allí atiendiesen y, azia el gran fuego que en mitad de la sala estava se va y, dando con su espada sobre las parrillas y coraçones, en esse punto que la espada les tocó, dando un terriblissimo estrallido, assí el castillo y el fosso y todas las visiones desaparecieron, que jamás pareció aver avido dellas señal, quedando del rezio estrallido todos los cavalleros y príncipes y el infante en el suelo sin sentido caýdos.

CAP. XXIII²³³. Cómo después que el encantamento fue ya desecho, la Emperatriz de Alemania vino adonde los dos príncipes encantados estavan.

[f. 42rb] Fue tan crescido el terremoto y tronido que desapareciendo el gran castillo con todas sus altas torres y fossos dieron, en tocando el infante don Roserín con su espada en los dos coraçones, que diximos que sobre las parrillas estavan, que assí él como todos los cavalleros que dentro estavan, quedaron sin sentido, en medio de aquella espaciosa vega, que os diximos, donde el castillo estava situado.

Pues avéys de saber que este gran tronido se oyó en la gran ciudad de Colonia, donde la emperatriz Corisalda estava en oración con todas sus dueñas y donzellas, rogando a Nuestro Señor que al infante don Roserín diesse victoria. Pues como ella oyese todos aquellos terremotos y diferencias* que otras vezes, aunque la aventura se provasse, no avía oýdo, a la hora pidió un palafrén en que subir y, acompañada de muchos grandes señores de su corte, la buelta del Castillo Cruel guía y, dándose mucha priessa en el camino, llegaron al tiempo que el infante don Roserín y todos los otros en sí bolvían, aviendo estado fuera de todo su acuerdo*. Donde la princesa Filomela y don Listarán se hallaron asidos de las manos y en todo su acuerdo* y tan flacos y dessemejados de los grandes trabajos que passado avían, que por mysterio se conocían el uno al otro; y como medio espantado*, el príncipe don Listarán, antes que el infante a ellos llegasse con todos los otros cavalleros

²³³ CAP. XXIII BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, Mu, Y.

que del encantamento avían salido, que hablando con don Roserín estaban, desta suerte a la princesa Filomela dize:

– ¡O, mi señora Filomela! ¡Cuán cruel cosa es para mí veros como os veo, acordándome de lo que ya os vi padecer, que en solo pensallo, agora que en [f. 42va] más libre sentido me hallo, no puedo pensar qué sea la causa que con tanta fatiga –y más viendo la vuestra– con vida me aya dexado! Esto pienso que pudo ser, porque quien esta mala obra nos hizo, quiso permitir que yo con ella quedasse para que más me doliesse la pena en que yo os vía que mi propia muerte me doliera.

– ¡O, don Listarán de Tracia –dixo Filomela–, en cuánta obligación os ha puesto Amor para comigo! Pues que podéys estar cierto que en medio de mis fatigas, el mayor descanso que en ellas hallo es veros comigo.

– Mi señora –dixo él–, no quiera la Vuestra Merced obligarme a tanto en vuestras obras y palabras a que permitáys *que* toda mi vida, obrando en vuestro servicio, aún quede corto para lo que os devo.

En esto, el infante don Roserín y el gran Constantino y don Riarán de Falco y Libanor el Ligero con todos los otros cavalleros, a los dos príncipes llegan y desta suerte el infante don Roserín les habla:

– Excelentes señores, la variedad de los casos que Fortuna a los mortales acarrea son tan comunes, aunque diferentes, que no se deven Vuestras Grandezas espantar* de veros en tal suerte y en tal lugar do pienso que, aunque os lo demandassen, no sabríades dar más razón de vuestras vidas de aquella que presente nos mostráys, para remedio de lo qual yo, como ministro por la divina clemencia de Dios, Él ha sido servido que de un largo encantamento y captiverio en que estávades, os sacasse y a intercessión de la excelente emperatriz Corisalda, que aquí me embió, para efecto de lo que presente tenemos. Y porque es justo que Su Majestad reciba el alegría de vuestra vista que tanto tiempo há que dessea, suplico os seáys servidos de que hazia la gran ciudad de Colonia Vuestras Grandezas caminen, donde todos los que aquí estamos, yremos en vuestro servicio.

– Gran merced a la vuestra, señor cavallero –dixo [f. 42vb] don Listarán de Tracia–, por la que a mí y a mi señora Filomela nos hazéys con vuestras palabras y avéys hecho con las obras, de cuya parte os suplico, porque por ignorancia no se yerre no conociéndoos de lo que se deve, seáys servido de nos dezir quién soys.

– Por esso no faltaré yo en os servir –dixo el infante–, para effecto de lo qual sabréys que a mí llaman don Roserín de Risa, hijo de don Rugiero de Risa y de la reyna de

Cerdeña, Madama Brandamonte, que por os libertar del encantamento en que el rey de Escocia os puso, aquí soy venido dende Constantinopla.

– Excelente señor –dixo don Listarán–, suplicoos que seáys servido de me dar las manos para os las besar por señor, que muchos días há que lo desseo, que a un tal príncipe qual vos soys, que a los reyes y príncipes domáys y libertáys, todos os somos obligados y devemos obediencia.

– Yo soy el que os la devo –dixo don Roserín; y abraçándose desde aquel punto se tuvieron tanto amor que por grandes tiempos les duró.

La princesa Filomela dixo al infante don Roserín:

– Señor infante, si la Vuestra Merced soys servido de mi amistad, gran bien será para mí que de mí os sirváys, pues que tan soberana gracia de vos tengo conosciada.

– Excelente señora –dixo don Roserín–, no quiero consentir que la Vuestra Grandeza me haga esta ventaja con tan subida criança*, sino es por la parte de querer humildemente que se os pague el tributo de la mía, a que todos os somos obligados.

– Yo lo soy y seré –dixo la princesa–, porque es justo que a aquella compañía guieemos, que allí deve de venir la Emperatriz, mi señora, y quiero dexar de contender por el presente en más razones y dexallas para quando la disposición y el lugar nos le dieren.

En esto, bolviendo el infante hazia la vanda* de la ciudad, vido venir a la emperatriz Corisalda, que con toda su cavallería²³⁴ [f. 43ra]²³⁵ hazia ellos venía; donde siendo ya cerca la Emperatriz, se apea en braços de sus altos hombres y hazia su hija Filomela se viene, la qual se hincó en tierra y le pidió las manos para se las besar; y ella con infinitas lágrimas la abraça y, besándola muchas vezes, la levanta de tierra, haziendo lo mismo a don Listarán de Trazia, que de rodillas ante ella estava, diziendo, buelta hazia el infante don Roserín:

– Excelentíssimo cavallero, bien segura estava yo que este bien que presente tengo, no me avía de venir sino de vuestras manos, por lo qual, después de Dios, a mí y a estos dos príncipes y señorío avéys dado libertad y alegría, yo os pido me hagáys tanta gracia que de todo y de nosotros os sirváys y hagáys a vuestra voluntad, porque ésta será la mía todos los días que yo biviere.

– Soberana señora –dixo don Roserín–, el mayor señorío es el ser vuestro y estar para os servir muy aparejado. Lo que al presente a Vuestra Grandeza suplico es que seáys servida a mi señora, la princesa Filomela, y al príncipe don Listarán de Tracia, pues que

²³⁴ *Hic fmit* M2.

²³⁵ *Deest folii numerus* in BA, UV, M1, Maz, S, L.

tanto por se querer han padescido, y, pues que el príncipe don Listarán es tal señor y tan valeroso cavallero, quanto el testimonio de sus obras nos testifica, que Vuestra Grandeza le dé en compañía de matrimonio a mi señora, la princesa Filomela, con quien será tan bien casada, quanto la grandeza de su persona meresce y Vuestra Magestad servida y este señorío amparado en todo aquel estado que tal príncipe ponerle puede.

— Señor don Roserín —dixo la Emperatriz—, ni ya Fortuna puede mostrarme en más de lo visto para que con desseo de más, teniendo el todo comigo, que es a don Listarán de Tracia, pretenda yr adelante, ni el amor que a Filomela él ha tenido y tiene, suffre que otra cosa se haga, y principalmente que veo ser esta vuestra voluntad, por lo qual es mi querer que don Listarán aya [f. 43rb] por muger a mi hija Filomela y sea señor de Alemaña, cuya renunciación de presente y espontáneamente le concedo.

¡Qué os diremos del alegría que don Listarán y la princesa rescibieron! ¡A pocas estuvieron de salir de seso! Con la qual, ante la emperatriz Corisalda se pusieron de ynojos y otra vez las manos le piden, la qual alçándolos de tierra, mandó que les diessen en que yr a la ciudad, lo qual fue luego hecho. En este punto, el infante don Roserín y todos los otros cavalleros desencantados, subiendo en sus cavallos, que cada uno par de sí halló después que fueron libres, con toda la gran cavallería que de Colonia a nueva de la libertad de los desencantados príncipes venían y con las alegres nuevas que unos a otros davan, era gran plazer de ver las alegrías y regozijos que todos hazían y el repicar de las campanas y el tocar de los menestres; la diferencia* de danças y juegos que en un momento inventaron, fue cosa espantosa* de ver, las bozes que la gente menuda en loor y alabança del infante don Roserín dava, era cosa estraña de oír; el qual llevaba a la emperatriz Corisalda de rienda y de la otra parte yva el gran Constantino; y era tanta el alegría que en todos avía, que era por misterio ver lo que los unos con los otros de plazer dezían.

Con gran rescebimiento que les fue hecho, llegaron a los grandes palacios, donde todos se apearon; y a los cavalleros que del encantamento avían salido mandó dar la Emperatriz todo lo necessario de posadas y vestimentos, dando cargo dello a un su privado, gran señor; y al infante don Roserín, y al gran Constantino y a Libanor el Ligero y a don Riarán de Falco, quitándoles las armas, les mandó dar muy ricos mantos; donde subidos a la grande y muy rica sala, lo primero que se hizo por mano del Obispo de Colonia, fue desposar al príncipe don Listarán con la princesa Filomela y después de avejles [f. 43va] dado a todos muy cumplida y abastadamente de comer, los juegos y danças en el serao* començaron, allí las damas y cavalleros y todos los demás davan mil bendiciones a aquel que ocasión de tanto plazer sobre tanta tristeza les avía traído.

De aquí quedó acordado que dende en veynte días las bodas²³⁶ se solennizassen y que jurassen a don Listarán por señor de Alemaña, porque los desencantados príncipes convaliescien; y mandó la Emperatriz²³⁷ pregonar para aquel día una justa y torneo real y que aquel que mejor lo hiziesse, aviesse una muy rica corona de oro, que era el prescio de la justa, de la qual fueron señalados por mantenedores el gran Constantino y Libanor el Ligero y don Riarán de Falco; después de lo qual, todo ordenado, cada uno se recogió a su aposento y don Roserín llevó consigo a sus tres compañeros; a don Listarán dieron un aposento muy rico, donde los dexaremos por os contar otra cosa que haze al caso de nuestra hystoria.

CAP. XXV²³⁸. De cómo el rey Orosanto con engaño prendió a la reyna de Cerdeña y la llevó a la Ínsula de la Ventura, donde los otros presos estaban.

Con muy próspero y favorable tiempo, los dos navios de la reyna Madama Brandamonte y del rey Orosanto la buelta de Marsella, después que de la ysla de Mallorca salieron, guiavan, llevando ya el rey Orosanto en pensamiento la trayción de prender a la reyna, que bien descuydada en su navío la avía acogido, quando en un momento con muy terribles tronidos, el cielo y sus nuves, para más efecto de la trayción pensada, parece que se empeçó a demudar, amenazando a los míseros navegantes con la obscura cara de sus negros ñublados a poner gran temor y solícito cuydado, para que por falta d'él, la vezina tormenta no los tomasse en todo [f. 43 vb] desapercibidos, que a la hora que vieron venir el gran terremoto que de agua y forcibles vientos se les mostrava, unos encomendándose a Dios y otros a su falso Mahoma, amaynando las principales velas y tomando por reparo de darse a la mar, con toda solicitud lo ponen por obra y, en menos de media hora, viérades los dos navios con la furia de los vientos con veloz y forcible carrera bolver en contra de su principiado viaje: era tanta el agua que del cielo y de la mar hazía, que a bien ni a mal ni con dar a la bomba ni con otras diligencias, se podían dar remedio. En grande aflicción se vido la linda Brandamonte en este término, lo uno por estar mala y lo otro viendo que la yra del Alto Señor contra ellos venía; y assí ella como el rey Orosanto, que muy triste yva, viendo que su pensamiento tan al revés le salía, no se sabían dar consejo, salvo cada uno como mejor podía, rogando a su Dios los salvasse de tan gran peligro como era en el que

²³⁶ bodas Mu, Y: bodos BA, UV, M1, Maz, S, L.

²³⁷ Emperatriz Mu, Y: Emperatriz BA, UV, M1, Maz, S, L.

²³⁸ CAP. XXIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

se veían. Más de catorze horas esta terrible tempestad les duró, a cabo de las quales, cessando ya quanto, se hallaron bien cerca de la costa de Berbería, a la qual por tomar algún reposo, mandó la reyna guiar y también porque la nave del rey Orosanto, que aquella buelta avía seguido, pudiesen recobrar; donde siguieron todo lo que de aquel día quedava y toda la noche hasta otro día tarde, que reconocieron la tierra y costa del reyno de Fez y dende bien lexos vieron dos grandes navíos que en una grande batalla estaban, donde llegando más cerca, el rey Orosanto reconoció que era el uno el suyo y el otro, por las insinias que traía, vido que devía de ser del rey Nembrot, su compañero, que también aquella fortuna avría seguido. Y viéndolos así contender, comidiendo en sí la causa de su batalla, con licencia de la reyna, el suyo manda a ellos guiar y en el navío del rey Nembrot²³⁹ manda aferrar y en un punto él y sus cavalleros fueron dentro, lo que bien pudieron hazer por causa [f. 44ra] que los del rey Nembrot estaban en batalla con los suyos y, en llegando, el rey Orosanto guía hazia donde vido pelear al rey Nembrot y asiéndole por un braço por detrás, le dixo:

– ¿Y cómo tan poco conoscimiento tiene la Vuestra Grandeza con los vuestros que assí nos queréys a todos confundir?

El rey Nembrot, como se viese asir de aquel cavallero que no conocía –que como ya oýstes se avía puesto él y los suyos en hábito de christianos–, le dixo:

– ¿Quién soys vos que assí me asís y habláys sin me conocer?

– ¿Y cómo no me conoce la Vuestra Merced –dixo él–, que soy el rey Orosanto, vuestro compañero, y aquessos cavalleros con quien los vuestros pelean, son los míos?

En esto, quitándose los yelmos, el uno al otro se abraçan y despartiendo los suyos, el rey Orosanto le dize:

– Excelente señor, sepa la Vuestra Merced que este navío en que yo vengo, es de christianos y viene dentro una de las principales señoras dellos; y cumple que los vuestros cavalleros y míos, antes que más noticia de nosotros tengaz, que demos sobre ellos.

Y dándole cuenta de quién era la que en el navío venía, de lo qual el rey Nembrot fue el más alegre hombre del mundo. En esse punto todos sus cavalleros²⁴⁰ que serían más de ciento y ochenta, a la nave de la reyna de Cerdeña guían, en la qual hallaron muy poca resistencia porque, como oýstes, no venían con la reyna más de hasta diez cavalleros^{d3}, que todos los otros eran gente de servicio y marineros, los quales en muy breve espacio fueron todos muertos y vencidos, que no quedó ninguno, salvo la reyna, que muy mala en su

²³⁹ m *inversa in* BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁴⁰ cavalleros Mu, Y: cavallos BA, UV, M1, Maz, S, L.

lecho estava, y sus dueñas y donzellas, que para su servicio traía, todas las quales con su señora fueron presas y a ella metieron los descreídos en una cadena, porque se temían que si armas tomava, que se verían en peligro con ella. La qual, desde se vido presa y tan falsamente engañada de aquel mal cavallero, infinito fue lo que le pesó, mas como sabia y de vale|roso [f. 44rb] ánimo fuesse, esperó con paciencia lo que Fortuna della hazer quisiese y mucho más fue su pesar quando entendió que eran paganos y que sabían quién era ella.

El rey Orofanto y el rey Nembrot, desde ovieron hecho lo que oýs, mandaron pasar a la nao de la reyna todos los más valientes de sus cavalleros; y ellos juntamente en ella; y mandan a las otras dos que la siguiessen y, guiando la buelta de Galicia, empieçan a navegar contándose el uno al otro lo que le avía suscedido; y desde supo el rey Orosanto los cavalleros que el rey Nembrot avía prendido, infinito fue alegre y, por las señas que una dueña de la reyna, que presa llevavan, les dio, vieron que los que tenían presos eran de los doze pares de Francia y, señaladamente, que entre ellos estava don Reynaldos de Montalván, según que esta dueña les dezía, de lo qual yvan los más alegres hombres del mundo la buelta de la Ínsula de la Ventura, donde llegaron a cabo de veynte días que a la reyna prendieron, donde fueron recibidos del gran Sarraceno muy alegremente, endemás desde supo quién eran los que tenían presos y la que traían, la qual pusieron en una torre apartada de los otros presos, porque no los osavan tener juntos. Que avéys de saber que después que fueron sanos, los pusieron en muy fuertes prisiones y a cada uno por sí, en las quales estuvieron en fama de muertos por muchos días, como después oyréys.

CAP. XXVI²⁴¹. En el qual se dize de cómo los dos jayanes de la liga vinieron a Constantinopla, donde prendieron a la princesa y a las dos infantas y de cómo mataron al príncipe Reduardo.

Fueron tan sagazes y astutos estos paganos, juntamente con ser valientes que pudieron hazer esto que oýdo avéys y, como osados y de grande ánimo, meterse entre sus [f. 44va] enemigos, adonde la aventura los guió en parte donde a los que oýdo avéys prendieron. Pues que avéys ya oýdo lo que a estos dos reyes en su viaje suscedió, razón será que os diga lo que a los otros dos jayanes avino; para lo qual avéys de saber que los dos hermanos Artadelfo y Galtezino navegaron por su mar adelante veynte y dos días después

²⁴¹ CAP. XXV BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

que del reyno de Siricania salieron, al cabo de los quales una mañana en siendo el alva, arribaron en un puerto baxo de Constantinopla seys millas, donde tomaron tierra; y ellos dos solos, con dos escuderos que las armas y provisión les llevaban encima de dos grandes cavallos, la buelta de la gran ciudad de Constantinopla guiaron, donde no ovieron andado mucho quando toparon una donzella que a más andar encima de un palafrén venía, a la qual saludando, le demandan la causa de su viaje; ella les dixo que era criada de la infanta Argiana, hija del rey Argilao de Grecia, que yva con cierto mensaje de parte de su señora a un lugar que adelante se hazía. El jayán Artadelfo, que era el mayor, le preguntó:

– Dezid, señora donzella, que ayáys ventura, pues no aventuráys en ello nada, el Emperador y su muger y hijos dónde están; porque venimos yo y este mi compañero en cierta demanda, que por otro sino él no puede ser remediada.

La donzella, viendo la criança* de estos dos jayanes, la qual cosa no era muy común entre ellos, le dio voluntad a los complazer y desta suerte les dixo:

– Señores cavalleros, avéys de saber que el Emperador y la Emperatriz están en la ciudad de Constantinopla, con toda su corte, salvo que el príncipe Reduardo está en unas casas de plazer que son dos leguas de la ciudad, en la ribera de aquel gran río que allí parece, el qual está en guarda y compañía de la princesa, su hermana, y de mi señora, la infanta Roselinda y la infanta Coronea y de la infanta Melisandra y de otras muchas señoras de alta guisa que están con la princesa Florimena, que por se solazar, allí la lleva|ron [f. 44vb].

– A Dios vays encomendada –dixo el jayán Artadelfo–, que assaz nos avéys dado nuevas para hallar lo que buscamos.

La donzella, dando del açote al palafrén, se despidió dellos; y en esto, el jayán Artadelfo mandó a sus escuderos que a la nave se bolviessen y que diessen aviso de lo que avían de hazer hasta que sus señores bolviessen; y, tomádoles las armas, él y su hermano Galtezino, la buelta de la gran Casa del Deleyte, que la donzella les avía dicho, siguen, yendo muy alegres por ver quán a su salvo podían hazer lo que traían pensado. Dos horas después que la donzella dellos se apartó, llegaron a un muy grande soto que bien cerca de la Casa del Deleyte se hazía, donde apeándose de sus cavallos para tomar consejo de lo que avían de hazer y esperar a la noche, en la qual pensavan de los tomar descuydados, estuvieron allí escondidos hasta que el sol se ponía, a la qual hora, cavalgando en sus cavallos, los yelmos enlazados, la buelta de la gran Casa, que por las insignias reales bien conocieron, guían, a la qual llegando Artadelfo dixo a su hermano:

– Señor Galtezino, a nosotros²⁴² cumple que oy nos despartamos, porque no erremos en lo que devemos hazer. Las señas de la infanta Melisandra bien pienso que ternéys en memoria; de mí os hago cierto que no herraré de cuál sea, yo terné cargo de avella en mi poder, no dexéys vos de aver en el vuestro a la princesa Florimena, por que no nos vaya^{e3}, que podrá ser que nos venga harto provecho por su rescate.

– Assí se hará, como vos dezís –dixo Galtezino–, plaziendo a nuestros altos dioses, a los quales suplico nos encaminen este negocio de la suerte que desseamos.

Diziendo estas palabras a la hora que la noche cerrava, por la gran Casa entraron, apeándose de sus cavallos y echando mano a sus espadas, a un gran patio que en la casa se hazía entran, adonde empeçaron a topar muchos criados del príncipe y de las infantas y mucha gente de ser|vicio [f. 45ra], los quales, como viessen tan dessemejados jayanes a tál hora y las espadas desnudas, unos empieçan a dar grandes bozes, otros a correr con la nueva al príncipe don Reduardo, que con todas aquellas señoras estava cenando y, entrando los criados, dando grandes bozes, empieçan a dezir:

– ¡Trayción! ¡Trayción! ¡Socorra la Vuestra Grandeza que dos grandes jayanes han entrado en vuestro palacio y muerto todas vuestras guardas!

Y assí era la verdad, que muchos criados del príncipe quisieron defendelles la entrada, mas ellos los metieron por los filos de sus espadas.

¡Qué os diré del príncipe y de la princesa y de todas las otras señoras quando la nueva y la gran bozería que en su palacio andava sintieron, sino que todas aquellas señoras unas con otras abraçándose, davan muy sonorantes y terribles gritos! Mas el príncipe Reduardo en un punto, como aquel que excelente cavallero era, pide sus armas y armándose él y hasta diez cavalleros criados suyos, salieron a los grandes corredores donde los jayanes estaban; y quando el príncipe vido el estrago que en su gente en la escalera y en el patio avían hecho, grande fue el enojo que recibió y, echando mano a su espada, contra el jayán Galtezino, que más cerca vio, se va y empieça a herirle de muy duros y pesados golpes y sus cavalleros ni más ni menos. Mas ¡¿qué les vale?! que lo han con dos de los valientes y bienhadados jayanes del mundo, que mientras más a ellos venían, menos temor tenían. En grande y furiosa batalla el príncipe Reduardo y tres cavalleros de los suyos con Galtezino andavan, quando el furioso jayán, viéndose aquejado destes quatro cavalleros y más del príncipe, alçando su tajante y cortadora espada, de toda su fuerça, al príncipe don Reduardo hiere por encima del yelmo, de tal manera que él ni armadura que truxesse

²⁴² nosotros Mu, Y: nosoros BA, UV, M1, Maz, S, L.

fueron parte para que el imperio griego y el desdichado príncipe no quedasse sin heredero; porque fue tan terrible el golpe que la cabeça [f. 45rb] hecha dos partes y el yelmo, juntamente con el príncipe, vinieron al suelo. Qué os dieremos de sus cavalleros quando a su señor vieron muerto, sino que como canes ravidos a los dos jayanes arremeten, donde sin les hazer daño ninguno, en menos de media hora, todos diez fueron muertos con toda la mayor parte de la otra gente, que no escapa sino algunos escuderos *que* a muy grande priessa, quando vieron muerto al príncipe Reduardo, corrieron para la ciudad a dar nuevas de tan gran desventura al anciano Emperador y Emperatriz.

Pues como Galtezino y Artadelfo viessen que no avía hombre que en toda aquella casa se les pusiesse delante, a una gran sala, donde muchos llantos oían, se van y, entrando dentro, vieron a todas aquellas señoras que con la princesa Florimena estaban, solennizando con muy crecidos llantos la muerte y perdición de su hermano; donde como entraron a luz de muchas hachas que encendidas estaban, pudieron como en mitad del día ver todas estas señoras, las cuales desde los vieron entrar, sin duda pensaron que lo mismo harían dellas que de los cavalleros avían hecho, por lo qual con mayores bozes empieçan a llorar su perdición. El jayán Artadelfo que su intención quería cumplir *contra* la infanta Melisandra –que como oýstes, bien conocía–, se va y tomándola debaxo del brazo, le dixo:

– Perdóneme la Vuestra Grandeza por os llevar tan descomedidamente adonde se-réys servida y acatada muy mejor, *que* no aquí.

Ella, viéndose llevar de aquel terrible jayán, empeçó a dar grandes gritos y a pedir socorro que la valiessen. En esto Galtezino llegó a la princesa Florimena, que por las ricas y reales vestiduras bien conoció, la qual de ver par de sí tan dessemejada cosa, estava en el suelo sin ningún sentido caýda, donde el jayán llega y, tomándola debaxo de su brazo, la infanta Roselinda della se ase y al jayán con ignominiosas y feas palabras empieça de maltratar. En esto, Artadelfo, bolviendo la cabeça, [f. 45va] viendo su hermano que de todas las infantas y señoras estava empachado* y que de la princesa, dando terribles gritos, se asían y mucho más la infanta Roselinda, le dixo:

– ¡Y cómo, Galtezino, tiempo es este para que de unas donzellas y sin fuerzas la tuya se empache*?

Lo qual oyendo Galtezino, con mucho enojo dellas, amenazándolas con su espada, se descabulle*, mas jamás por palabras ni amenazas la infanta Roselinda de la princesa Florimena desasirse quiso, lo qual viendo el jayán dixo:

– ¡Por Júpiter, doña atrevida donzella, que vos también vays conmigo pues *que* mi compañía no queréys dexar!

Y tomándola juntamente con la princesa, la pone debaxo del brazo yzquierdo y como si llevara dos niños a su hermano, que la infanta Melisandra llevaba, sigue y baxando a la puerta de la gran casa adonde avían dexado sus cavallos llegar y, subiendo en ellos, poniendo aquellas señoras delante de sí, contra la mar muy alegres guían, adonde avían dexado su navío. ¡Qué os diré de los llantos y bozería que todas aquellas señoras con sus dueñas y donzellas quedavan haziendo, lo uno viéndolos muertos y lo otro ver llevar aquellas tres señoras de aquellos dos fieros jayanes y que no avía quién se lo defendiesse! Pues oír y ver lo que la donzella Arminda por su señora hazía y dezía, era para quebrantar de dolor quantos coraçones la oyessen:

– ¡O, la más desdichada muger de las nacidas! ¡O, mi señora Florimena, ¿qué hará esta, vuestra sierva sin vos?! ¿Adónde os yré triste a buscar? Que aunque en medio de turcos y alárabes estos traydores os lleven, allá os yría yo a servir y estar con vos de muy buena voluntad, mas yo os prometo, pues que cavallero ninguno no ha avido que os bastasse a defender destos traydores, que yo vaya por todo el mundo en demanda de quién, aunque en lo más apartado d'él os pongan, os dé libertad.

Y con esto, sin ser parte ninguna de todas aquellas señoras para la detener, donde tenía su palafrén baxa y, tomándole a más de medianoche, de aque[lla] [f. 45vb] gran casa se sale, do la dexaremos por os contar lo que en Constantinopla sucedió quando la triste nueva de la muerte del príncipe llegó, que el anciano Emperador lo sintió tanto, juntamente con la Emperatriz y todos sus grandes, que gran lástima era de ver los llantos que en toda la ciudad se hazían, viendo a su príncipe muerto y mucho más quando el robo de aquellas señoras se supo. Más eran ya de las ocho horas del día, quando estas tristes nuevas a la ciudad vinieron, en el qual término los dos jayanes tuvieron tiempo de se poder alongar hasta donde su navío tenían, en el qual entraron sin contraste* ninguno, porque, aunque muchos cavalleros de Constantinopla salían en su demanda, como a cosa incierta no los hallaron, aunque algunos siguieron la vía que ellos llevavan; mas, como ya oýstes³, estos dos jayanes se encubrían quando querían y assí lo hizieron aquí, que aunque muchos cavalleros con ellos toparon, jamás los pudieron ver; por lo qual ellos llegaron a su nave, la qual hallaron bien a punto, adonde echándoles una gran barca entraron dentro con aquellas señoras y, metiéndose en la nave los unos y los otros, mandaron alçar las áncoras y tender las velas y, dándose a la mar, de la emboscada salen, yendo aquellas señoras como atónitas y sin sentido del mucho llorar que aquella noche avían hecho.

Donde las dexaremos hasta su tiempo por os contar lo que en Constantinopla aconteció después de aquesta gran desdicha passada, que no fue ella sola, porque della se deri-

varon otras mayores, como agora se os contará, que eran tantos los llantos que en la gran ciudad de Constantinopla por la muerte del príncipe Reduardo y por el robo de la princesa y de las dos infantas Melisandra y Roselinda se hazían, que era la mayor compassión del mundo oír y ver las gentes quales andavan y las cosas que hazían. Y el viejo Emperador sintió tanto esta presente desdicha que vino a adolecer de tal suerte que, dende en veynte y cinco [f. 46ra] días vino a morir, por lo qual de nuevo los llantos y lutos empeçaron a renovarse. Y fue así su muerte: que un día antes, *que* fue el postrero de las obsequias* del príncipe Reduardo, que muy honrada y copiosamente en el gran templo donde le enterraron, fueron hechas, avéys de saber que como este anciano y christianíssimo Emperador se viesse tan cercano a la muerte y considerando en sí las grandes desdichas que le avían venido, viendo que su señorío quedava sin heredero varón, salvo de la princesa Florimena y que essa estava perdida, viniéndole a la memoria el infante don Roserín y, como otro mejor que él no avía, que la cobrasse y que por sus merecimientos su gran señorío poseyesse; determinado el Emperador en este buen propósito, a la Emperatriz y al rey Arismeno y a otros grandes señores, de quien él mucho fiava, mandó llamar, los quales venidos, desta suerte les habla:

– Mi señora y amada muger y queridos y honrados cavalleros, son las desgracias deste mundo tales y las variedades de sus desaventuras tan *continuas*, que ya no ay seso que lo baste ni esfuerço* que lo resista ni saber que lo entienda. De mí os sé dezir que me tiene el mundo tal parado, que a cabo de noventa y cinco años que sé qué cosa es, él con sus desórdenes me ha hecho tan caduca la memoria y los sentidos tan cansados que menos tengo oy día de entendimiento para con él *que* el día que nací; no sé más deziros de lo menos que d'él alcanço, sino que qualquiera que se fia, que toma prestado para al fin pagallo al doblo. El mayor seso y cordura que uno en esta miserable vida puede tener, es medirse antes *que* este traydor le mida y tener prosupuesto* de usar d'él para vivir con él y no para que él viva conmigo. Todo esto, señora y amigos especiales, os digo para que toméys aviso de lo que veys que os haze menester y que no os fiéys en grandezas ni menos en prosperidades, mira quán poco tiempo há que me vi señor y príncipe de la mayor y más [f. 46rb] insigne y acompañada corte del mundo y veysme agora aquí en este lecho, flaco, debilitado y aun sin esfuerço* para poderos dezir estas postrimeras palabras: ved vuestro príncipe muerto y en mitad de su gran señorío y dentro de su palacio, por solos dos cavalleros; ved cómo dexándole a él sin vida, a vosotros ha dejado sin heredero, pues que aunque la que os quedava también os llevaron, de la qual ocasión y tristeza me ha sucedido la enfermedad presente y la muerte cercana; por lo qual, porque es justo que yo mi voluntad con la del

Alto Señor conforme y porque pienso que Él desto será servido, mi parecer y voluntad es que vos, mi querida y amada muger, *tengáys* en possession vuestro señorío y imperio y vos, mi buen amigo el rey Arismeno, la governación por ella; y que, pues Dios pienso que es servido de me llevar y veo que en hazer lo que agora os diré, pienso que yré descansado, os ruego y mando que de mi parte, por todo el mundo busquéys al infante don Roserín de Risa, hijo de la reyna de Cerdeña y sobrino del Emperador Carlomagno, y le recibáys y toméys por señor, tomando él el cargo de buscar a mi hija Florimena y de tomalla por muger, con la qual yo huelgo que se case y este gran señorío herede, porque él me ha servido muy bien y lealmente y porque sé cierto que vosotros seréys tenidos y honrados, debaxo de su governación y mando, en toda paz y sosiego.

Eran tantas las lágrimas y solloços con que el anciano Emperador esto dezía, que assí la barba, blanca como las almohadas, mojaba, *con* las quales palabras y tristes insignias que de su tristeza salían, a la Emperatriz y aquellas señoras tenía sin sentido de puro llorar; y eran tantos los extremos que ella y las otras hazían, que apenas el buen Emperador podía dellas ser entendido. Para declaración y postrimera voluntad, *mandó* venir allí un notario para que lo pusiesse por testimonio en su testamento y sellar y, firmándolo la Emperatriz y principales de su señoría [f. 46va], dentro de catorze horas que este testamento y mandado hizo, su mal le aquejó tanto que, como él ya fuesse viejo y oviesse llorado tanto y estas desdichas tanto oviesse sentido, con muchos llantos de la Emperatriz y de los grandes que allí estavan, su ánima fue arrancada, dexando el cuerpo a la tierra y dexando en todos sus vassallos tanta tristeza y soledad, que por largos tiempos fue llorado. Y más al tiempo de su muerte, fueron tantos los extremos que la Emperatriz y todos los grandes de su corte por él hizieron, que sería muy larga hystoria querer dar aquí dello cuenta; básteos saber que él fue sepultado como un tan excelente príncipe merecía y, como oviesse sido tan amado en la vida, no lo dexó de ser en la muerte, porque por cumplir lo que él avía dexado mandado, la Emperatriz con paños de duelo, se recogió en su palacio y el rey Arismeno quedó entendiendo en las cosas necessarias al imperio, embiando muchos mensageros en Alemaña y en otras partes donde pensava que el infante don Roserín estaría, embiándole a dezir todo lo que avía sucedido. Do lo dexaremos con harta tristeza por os contar de lo que en este tiempo avino.